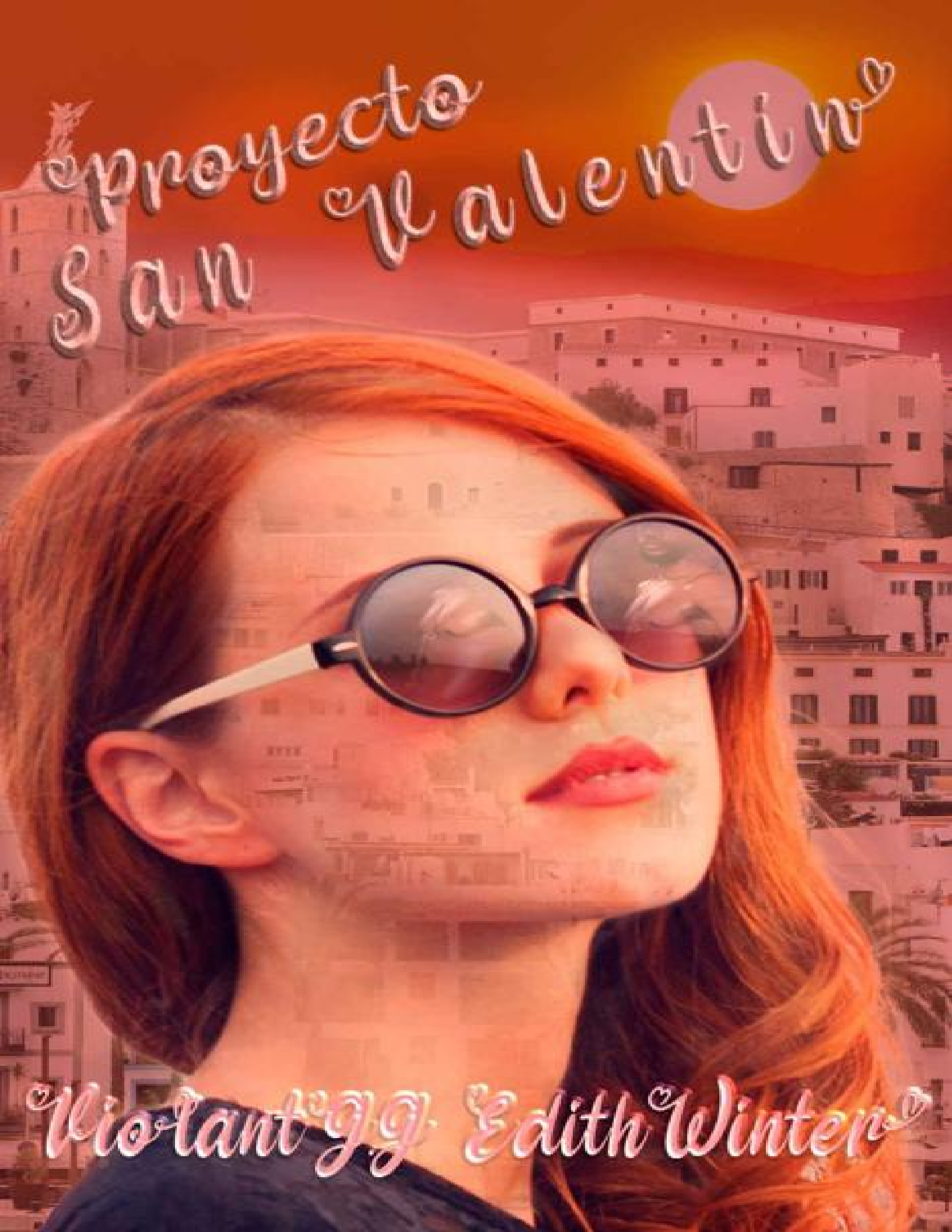




proyecto el valentino san

Niolant gg Edith Winter

PROYECTO SAN VALENTIN

VIOLANT G.G. Y EDITH WINTER

Derechos de autor © 2024 VIOLANT G.G. Y EDITH WINTER

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Salvador Martínez Albalat

NOTA DE LAS AUTORAS

Antes de comenzar con la lectura, nos gustaría hacer una aclaración sobre el texto.

Entre los personajes existe una familia cubana que emigró a España hace algunos años y, aunque se encuentran perfectamente adaptados al país, no han dejado de lado ni sus costumbres ni algunas palabras que utilizan al hablar. Por tanto, vais a encontrar una serie de cubanismos cotejados y corregidos junto a nuestras correctoras Vero y Ainhoa.

Aquellos que están en letra redonda son los aceptados por la RAE y los que están en letra cursiva son los que se usan de forma más coloquial solo en Cuba.

Para crear a estos personajes nos hemos basado en nuestra propia experiencia con familiares venidos de Latinoamérica, así que digamos que hemos utilizado el método empírico.

Una vez dicho esto, esperamos que disfrutéis de la lectura.

PRÓLOGO

Comienzo a oír ruidos desde la cocina y me remuevo nervioso en la cama, debería estar dormido, pero la emoción por comenzar a celebrar nuestro día especial me impide seguir durmiendo. Disimularé, como Mayelin me enseñó, y no abriré los ojos hasta que mi *pura*^[1] o mi abuelita me llenen de besos o me hagan miles de cosquillas para despertarme. Según ellas, que dicen ser muy sabias —aunque yo no sepa muy bien qué significa esa palabra, solo tengo 7 años y hay cosas de mayores que no termino de entender—, no hay nada mejor que empezar el día con una sonrisa en los labios, con ella no cambiarás el mundo, pero sí tu actitud a la hora de actuar.

Creo que están equivocadas en eso, pues yo siempre me levanto con mi mejor sonrisa y mis compañeros de la escuela siguen insultándome por mi color de piel, golpeándome por ser diferente, negándose a jugar conmigo en el patio por no tener su astilla^[2] y riéndose de mí por no tener *puro*^[3]. Suerte que tengo a mis hermanas a mi lado, ellas son mis únicas *aseres* y siempre están listas para jugar, hablar, defenderme o consolarme. Espero que cuando crezca sea un hombre fuerte y valiente, para poder ser yo quien las cuide y proteja como se merecen. Según mi *pura*, ese será el trabajo más importante que deba cumplir, aunque no sé qué tendré que estudiar para conseguirlo, la verdad.

La puerta de mi cuarto se abre y me quedo muy quieto, con los ojos bien cerrados y casi sin respirar, no pueden saber que llevo un rato despierto o se pondrán tristes y terminaré estropeando nuestro día antes de que empiece. Reconozco su olor cuando se sienta en la cama, ella siempre huele a fresas, a cariño y *amol*; o al menos es lo que yo siento cuando está cerca.

Mi abuelita es una mujer especial, sabe lo que pienso antes de que lo diga, nos avisa de cosas que no han sucedido y tiene respuestas y consejos para todas las personas que se acercan a ella. Lisandra dice que es una bruja, Dayana una maga, Yanet pitonisa —que no sé qué es— y Mayelin asegura que es una mezcla de todo. Pero para mí es mi abuelita y la quiero sobre todas las cosas, incluso sobre mi balón de fútbol.

—¿Vas a estar mucho más rato intentando engañarme, mi chama^[4]? Sé que llevas despierto desde antes de que entrara al cuarto.

Es imposible engañarla y eso me enfada, no digo que con el resto de las chicas de la familia sea fácil, todas tienen un sentido especial y me pillan antes incluso de que lo intente, pero con mi abuelita es imposible, es capaz de ver el engaño antes de que pueda llegar a pensarlo.

—¿Cómo lo sabes? No me he movido y he aguantado la respiración todo el rato.

Me destapo e incorporo en la cama esperando su explicación, aunque mi abuelita me ignora y me regala una de sus sonrisas, esas que sí alegran mis días.

—¿Por qué siempre sabes lo que pienso, lo que hago o sucede? —insisto con los brazos cruzados, dejando claro mi malestar.

—Sé lo que piensas, mi fiñe^[5], te conozco mejor que tú mismo y sé lo que haces porque soy tu abuelita y una mujer muy lista y observadora. Nunca intentes engañarme, mi chama, no lo conseguirás.

—¿Y cómo sabes cosas que todavía no han ocurrido? ¿Es porque eres bruja?

—Hoy quieres enfadarme, chamaco^[6], y estás a puntito de lograrlo.

—No, abuelita, no te enfades, solo quiero saber por qué eres tan especial.

Pongo mi mejor cara de bueno mientras me trago las lágrimas. No quiero que se enfade y no disfrute de nuestro día.

—No estoy enfadada, fiñe, contigo es imposible estarlo, pero te daré un consejo antes de responder a esa duda que ronda por tu cabezota. Esa curiosidad que sientes no la dejes escapar, pregunta, busca, insiste y no descanses hasta obtener lo que deseas, tampoco permitas que nadie apague tu luz o dañe o cambie tu *corasón*.

No entiendo muy bien lo que dice, aunque asiento con la cabeza a cada palabra que pronuncia. Algo que le hace sonreír y a mí feliz.

—Y ahora sí voy a responder a las preguntas que no te atreves a hacer. No soy una bruja, maga o adivina o, al menos, no como las que salen en tus cuentos. Lo real y verdadero no es solo lo que podemos ver, tocar o sentir; hay mucho más, Yotuel, solo que no todos son capaces de aceptarlo. La magia existe, mi fiñe, vive entre nosotros; y yo soy una afortunada que formo parte de ella. Sé que ahora mismo no lo entiendes, aunque lo harás en el futuro. Solo recuerda, y nunca olvides, que el rojo es tu color.

—Abuelita, a mí me gusta el verde.

—Eso es ahora, cariño, en unos años cambiarás de opinión; y prepárate, o las chicas empezarán nuestro día sin nosotros.

Salto de la cama y comienzo a desnudarme, por nada del mundo me perdería San Valentín, es nuestra celebración más importante, donde solo importa estar en familia, reír, comer dulces y demostrarnos todo el cariño que nos tenemos. Porque en nuestro *gao*^[7] eso significa el catorce de febrero: *amol* del bueno y de verdad.

PROFECÍA DE CARIDAD

Vendrá del Mediterráneo

Azul intenso en su mirada

Lívida piel pintada al óleo

En el arte de una época pasada

Nativa provisional de la bruma

Tomará una férrea decisión

Ilusión nueva que consuma

Nacida de su revolución

Acelerada por la tramontana

Yugo olvidado en La Marina

Y con estrellas de capitana

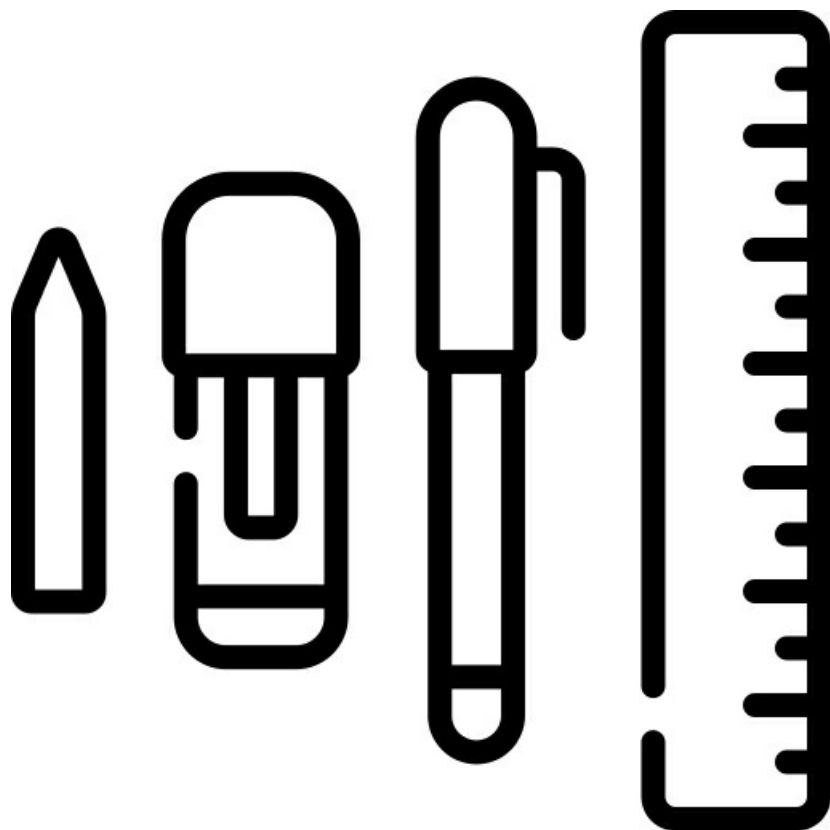
Obrará la magia de la adivina

Tifón que romperá el cerrojo

Urgente necesidad contra la razón

Emitirá un potente destello rojo

Limpiando las heridas del corazón



CAPÍTULO 1

VALENTINA

Un vaso de *whisky* sin hielo descansa sobre la gran mesa de haya de mi despacho. En la silla de cuero que la acompaña se encuentra una mujer a la que no reconozco, aunque sea yo misma. El último mes ha sido una tortura con las navidades de por medio, gente yendo y viniendo de los centros comerciales, sonrisas a espuestas, caras de felicidad en los críos, villancicos a todo trapo en los altavoces de las tiendas. Y, mientras, yo viéndolo todo desde fuera, sumida en mi torbellino particular, cogiendo distancia de la realidad que se generaba a mi alrededor. Doy gracias a que las malditas fiestas han terminado ya porque he estado a un tris de tirarme por uno de los miradores de Altea.

Llevo en mi pequeño estudio desde las cuatro de la mañana. Cansada de dar vueltas en la cama, he venido a mi refugio, ese que en otros tiempos tenía un efecto balsámico sobre mí, pero que ahora no me aporta nada. Bueno, eso no es del todo verdad. Por lo menos aquí tengo a mi querido Macallan para que me caliente la garganta y me ayude a sobrellevar las horas que me faltan para largarme de aquí.

Tragándome el orgullo y la autosuficiencia que siempre me acompañan, el día veinticuatro de diciembre decidí llamar a mi amiga Nati para contarle un poco por encima lo que me estaba ocurriendo. Tras darle infinidad de vueltas, vi con absoluta claridad lo que debía hacer, que no

era otra cosa que tomar distancia de todo lo que me estaba bloqueando, de aquello que no me permitía avanzar. Hasta ese instante, mi fuerza interior, descomunal donde las haya, me había ayudado a seguir poniendo un pie delante del otro. Sin embargo, el motor que daba empuje a mi cuerpo se había parado de un golpe seco de la noche a la mañana y ya no se había vuelto a poner en marcha.

Los bocetos de mis últimos vestidos, mediocres, sin el brillo que caracteriza a Valentina's, mi marca, me miran desde el panel de corcho que tengo enfrente, riéndose de mí, me recuerdan que la mujer de hace unos meses se ha perdido, y eso no lo voy a consentir. No me he pasado años currando como una burra, consiguiendo hacerme un nombre en el mundo de la moda, para perderlo todo en un abrir y cerrar de ojos. Ese bloqueo que mantiene amarrado mi potencial me lo voy a quitar, aunque tenga que pegarme cabezazos contra la pared hasta que la sangre circule y vuelvan a fluir las ideas.

—¿Otra mala noche?

—¡Joder, Milagritos! ¡Qué susto me has dado! ¿No sabes llamar a la puta puerta?

—Estaba abierta, de nuevo. Esto te enseñará a cerrarla la próxima vez.

—¿Quién va a entrar aquí? ¿El asesino del hacha?

—Eso nunca se sabe. Vivimos en un mundo convulso, mi querida Valentina. Haz caso a tu amiga dominicana. No sabes lo que la gente es capaz de hacer por cuatro perras.

—Mi amiga dominicana fue adoptada con dos años por unas españolas, así que dudo mucho que recuerde nada de lo que vivió en su país de origen.

—Bueno, tenía que intentarlo.

Con cara de resignación fingida, Mila toma asiento frente a mí en una de esas sillas incómodas que puse al otro lado del escritorio para que la gente no se quedara más tiempo del necesario. La mueca que acompaña a su rostro mulato nada más sentar su culo en ella es la única prueba que preciso para saber que siguen cumpliendo con su cometido.

—¿Cómo llevas los preparativos de tu marcha? ¿Has contratado ya a un séquito para que te lleve las doscientas maletas al aeropuerto?

—Muy graciosa.

—¿Qué? No estoy diciendo nada que no sea cierto. De las tres amigas tú siempre has sido la de los «por si acaso». Y eso se traducía en dos maletas enormes para un simple fin de semana. No quiero ni imaginar cuántas vas a necesitar para tu temporada indefinida.

—No es para tanto. Además, viajo en ferri, listilla. Así me puedo llevar el coche e ir a mi aire.

Jamás le daré la razón, aunque la tenga. Al salir de casa mi habitación parecía la zona cero de un huracán. Iba por cuatro maletas del tamaño de una casa de tres plantas y seguía contando,

pero es que necesito muchas cosas. Además de una variedad infinita de vestidos, blusas y pantalones ligeros llevo alguna ropa con un poco más de tela por si algún día hace fresco.

Eso sin contar la cantidad de potingues que tengo para el pelo, la cara y el cuerpo. Ser una pelirroja de tez blanca salpicada de pecas conlleva un esfuerzo por mi parte. Le había dado demasiada caña a mi nívea piel durante la adolescencia, cuando lo único que quería era ser una copia de Eva Longoria con ese bronceado natural. Os podéis imaginar que eso no salió bien. Con el paso de los años fui tomando conciencia de lo inconsciente que había sido al ofrecerme sin protección alguna al implacable sol de las doce del mediodía. Comencé a investigar y hoy en día tengo tantas cremas corporales y faciales en mi haber que hasta podría montar mi propia tienda de cosméticos.

Luego están los complementos, que los necesito como la tierra seca a una buena tormenta. Bolsos de todos los tamaños y colores, collares, pulseras, pendientes. Todo es imprescindible para mí, al igual que los zapatos. ¿Cómo pretendía mi amiga que metiera todo eso en una maleta pequeña? ¿Acaso tenía pinta de *boy scout*?

—¿Has hablado ya con Jordina? —pregunta Mila refiriéndose a mi hermana pequeña.

Lo de mis padres con los nombres de sus hijas es de traca de mascletá. Enamorados del amor, se casaron un catorce de febrero de hace casi cuarenta años. Cuando mi madre se quedó embarazada de mí decidieron que, en honor a ese querubín que tanto les gustaba, me llamarían Valentina. No contentos con eso, cuando once años después mi madre se quedó encinta de mi hermana, acordaron hacer honor a Sant Jordi, aquel que mató al dragón con su espada para liberar a la princesa, y le pusieron Jordina a la enana. Sin embargo, el karma hizo de las suyas concluyendo que, a pesar de llevar nombres relacionados con días dedicados al amor, esas niñas odiarían todo lo relacionado con flores y corazones.

—Sí. Me ha dicho que vuele libre y que no me preocupe por ella, aunque tú y yo sabemos que eso no va a ser posible.

—Ya —indica mi amiga con cara de comprensión—. A ver, que te vayas no implica que dejes de estar en contacto con ella. Es tu hermana, tu floreta, como la sueles llamar, y prácticamente la has criado tú. Sin embargo, tomar distancia no solo es coger un barco y plantarte en otra ciudad. Debes dejar aquí todo aquello que te agobia, incluidos los recuerdos de la enfermedad de Jordina. Ella ahora está bien, lleva años dada de alta tras varios controles del cáncer dando negativo. Es hora de que las dos tengáis vuestro espacio.

—Bueno, ya veremos.

—Ni veremos ni dejaremos de ver. Esto es lo que hay, Valentina. Como no leves el ancla te quedarás atascada entre arena y piedras —¡me cago en Mila y sus frases sacadas de las musas de las cantautoras!—. Si quieres dar un giro a tu vida, debes cambiar el chip.

—Por favor, no me lances más sentencias baratas de motivación de Google. Como vuelvas a decirme algo parecido a «escucha el cantar de los pájaros, pues ellos te recordarán lo bello que es vivir», te meteré uno de mis *stiletto*s de doce centímetros en la garganta.

—¡Ahí no, so bruta! ¡Es mi herramienta de trabajo!

—Entonces, hazme un favor: cierra la boca y, ya de paso, ¡lárgate! Tengo muchas cosas que hacer antes de irme.

—Sí, ya veo que llevas un montón de horas superocupada mirando el fondo de ese vaso de *whisky*.

—¡Largo!

Mila consigue cerrar tras de sí justo a tiempo, antes de que uno de mis zapatos impacte en su cabeza. Al final acaba golpeando contra la puerta y cayendo al frío suelo. Es una mujer de gran corazón que, por encima de cualquier cosa, desea dar apoyo y cariño a la gente que la rodea. Supongo que, aunque siempre me burle de sus palabras, algún poso debió de quedarle de sus dos primeros años de vida en un orfanato de República Dominicana. Sin embargo, no necesito más mierda de «tú puedes, querida, solo deja la mente en blanco y fluye». Ya he tenido suficiente, gracias.

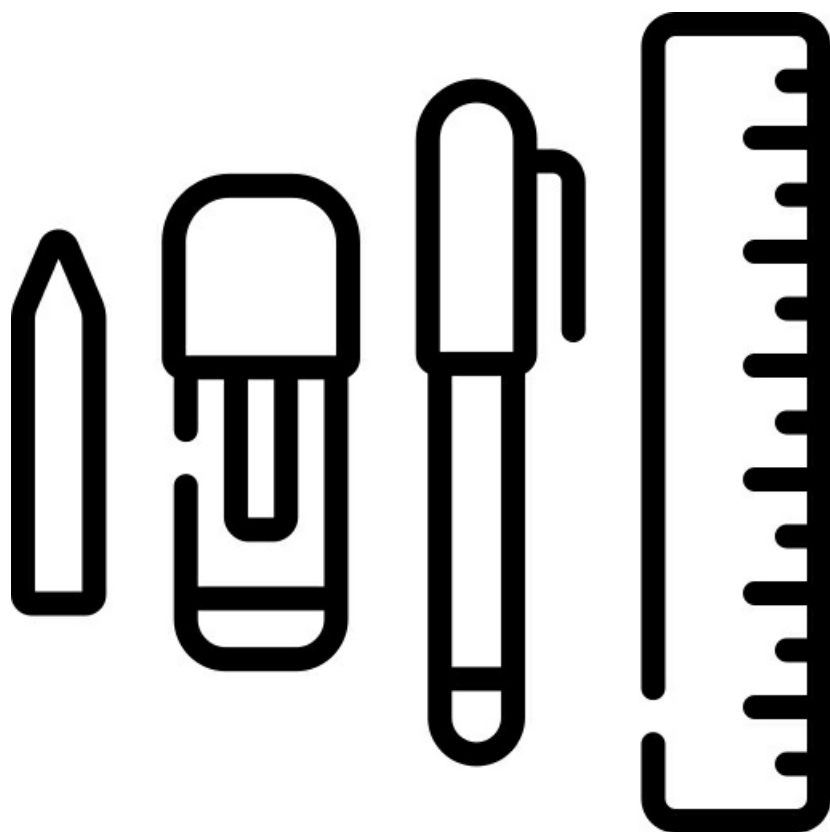
Paso toda la mañana intentando arreglar alguno de esos bocetos sin gracia que me recuerdan la falta de chispa que tengo, pero es inútil. Solo consigo obsesionarme más, hundirme más en mis problemas y en mi talento olvidado en algún rincón obsoleto de mi corazón de artista. Decido levantarme del asiento, que me ha dejado el culo cuadrado, e irme a mi última sesión de pilates en Altea. Por lo menos, de momento.

Durante una hora, entre estiramientos y posturas imposibles, dejo la mente en blanco y me enfoco solo en conseguir lo que Paula, la profesora, nos pide que hagamos. Mi objetivo, como todo lo que hago en esta vida, es llegar a la excelencia, así que pongo todo mi empeño en conseguir que la imagen del espejo me devuelva la figura exacta que debo replicar. Mi esfuerzo se ve recompensado cuando Paula me da la enhorabuena delante de una clase llena de féminas con caras descompuestas que ahora mismo me están mirando como si su felicidad dependiera de eliminarme a toda costa, a poder ser de forma dolorosa y sanguinolenta. Y a mí su rechazo lo único que me provoca es una gran ola de admiración extra hacia mí misma y ganas de hacerlo incluso mejor la próxima vez que las tenga delante.

Me despido de la profesora, que con cara de pena me desea lo mejor, y salgo corriendo hacia mi casa con la intención de que el sudor no me enfríe y acabe cogiendo una pulmonía. Mucha gente pensará que es una cerdada no ducharse en cuanto se hace ejercicio, pero antes muerta que meterme en las duchas comunes de ese pequeño gimnasio. Estarán todo lo desinfectadas que tú quieras, eso no lo pongo en duda, pero ahí se meten un montón de señoras de las cuales no sé nada, ni su nombre ni sus hábitos de higiene. Una larga estancia en el hospital junto a Jordina me enseñó que hasta el médico que toma las mayores precauciones puede estar lleno de gérmenes. Así que prefiero ir a la seguridad de mis chorros de hidromasaje.

Mientras sigo el trayecto hacia mi casa, mi móvil suena. Otra vez es el pesado de Rodrigo, mi novio. Bueno, lo llamo novio debido a la costumbre, pero lo cierto es que ya no sé si quiero seguir con él. También es otra de las razones de mi partida. Necesito tenerlo lejos para mirar nuestra relación con perspectiva y ver si tenemos algún futuro juntos. Y ya de paso saber si quiero que siga siendo el administrador y comercial de mi sociedad empresarial.

Demasiadas preguntas, todas ellas sin respuesta. No obstante, espero que el distanciamiento obre su magia y me devuelva a la Valentina que solía ser.



CAPÍTULO 2

VALENTINA

Tras una ducha revitalizadora y las cremas de noche puestas sobre mi cuerpo, me dispongo a ultimar los detalles de mi viaje de mañana. Meto mi bloc de dibujo, la tableta electrónica y mi agenda de contactos en la maleta que queda abierta, y ya estoy lista para mi pequeña aventura. Solo he necesitado llenar cinco maletas del tamaño de la Torre Eiffel. No está mal.

La pantalla de mi teléfono no para de iluminarse y veo que vuelve a ser Rodrigo. Otra cosa no tendrá, pero a persistente no le gana nadie. Lo cierto es que no sabe nada de mi marcha ni pienso contárselo, por lo menos por teléfono. He aprovechado un viaje de negocios a Barcelona que tenía él para escabullirme como una lagartija. No obstante, no me apetece darle explicaciones y, ya de paso, aguantar sus lloriqueos pidiendo que no me vaya. Ahora mismo no necesito nada de eso. De todas formas, voy a coger la llamada porque es capaz de pasarse toda la noche dándole al botón verde y no quiero llegar al extremo de tener ganas de estampar mi precioso móvil contra la pared para que me deje tranquila.

—Dime.

—Querida, menos mal que has cogido el teléfono. Estaba a punto de llamar a emergencias.

—No exageres, Rodrigo, que no es para tanto.

—Llevo todo el día llamándote, Valentina. Creo que sí es para tanto.

El silencio se establece en la línea durante unos segundos eternos. Yo no pienso dar mi brazo a torcer. De continuar con la misma cantinela él acabará llorando mientras me dice lo prescindible

que se siente a mi lado, que no le cuento nada, que ya no hacemos el amor como antaño... En fin, una hartura.

—Bueno, ya me tienes aquí. ¿Qué querías?

—Solo hablar contigo, muñequita. Estoy a cuatrocientos kilómetros de casa y te echo de menos.

—Ya, y yo a ti.

Esto lo digo con la boca bien pequeña porque, si soy sincera conmigo misma, no he pensado en él en ningún momento.

—No sabes lo que me alegra escucharte decir eso —continúa con voz melosa—. No te preocupes, pronto tu Rodri estará ahí. Si te apetece, puedo reservar en esa marisquería del puerto que nos gusta tanto. Así nos pegamos un pequeño homenaje.

—Vale, como quieras.

Un pequeño homenaje pagado de mi bolsillo, por supuesto. Porque Rodrigo rara vez paga la cuenta y, cuando abre la cartera para invitarme, siempre es a una copa de vino o a una cerveza, nunca a una cena o comida; y te aseguro que sus gustos no son baratos. No sé de dónde le sale el morro tan fino al caballero, ya que sus padres eran unos curritos como los míos. Supongo que ser el primero de su familia en ir a la universidad le subió los humos de tal manera que ya no consiguió bajar de la nube que él mismo había generado.

Es curioso como todo aquello que te atrae de una persona al principio de una relación, acabe siendo una de las razones por las que te repele cada vez más. Porque sí, el paladar exquisito de Rodrigo me resultó muy atractivo y me dio la oportunidad de disfrutar de lugares que antes solo miraba de lejos. Además, su gusto innegable a la hora de vestir, con esa planta a lo Cary Grant, me hacía ver las estrellas cada vez que lo tenía frente a mí.

No sé en qué momento todo cambió, pero dejé de mirarlo con las gafas del enamoramiento o la tontuna, no sé cuál de las dos era, para verlo con los ojos libres y enfocados a la perfección. Puede que fuera mi bloqueo artístico, que se estaba llevando consigo no solo mi marca personal, sino también mi vida entera. Por eso había decidido hacer una especie de borrón y cuenta nueva. La ansiedad que sentía en Altea iba *in crescendo* y, si no le ponía remedio, mucho me temía que la caída sería más dolorosa.

Mientras sigo con mis divagaciones, Rodrigo me cuenta que ha conseguido un contrato con Platinum, un gran almacén de productos de lujo donde Valentina's tendrá un pequeño *stand* con algunos de sus diseños exclusivos. Como él no sabe nada de mi bloqueo, piensa que sigo siendo la gallina de los huevos de oro, esa que consiguió entrar hace cuatro años en la París Fashion Week como diseñadora novel de gran talento y que desde entonces no ha parado de cosechar éxitos.

—Por supuesto, aunque creo que es una gran oportunidad, la última palabra la tienes tú, muñequita.

—¿Para cuándo debe estar tomada la decisión?

—Quieren empezar en la temporada de verano. Les encantaron tus vestidos de este año ambientados en África, así que tienes dos meses como mucho.

Bueno, por lo menos me daban un margen para recuperarme. Era arriesgado, puede que fuera un poco justa de tiempo, no obstante, el trabajo duro nunca había sido un problema para mí. Si al final debía quedarme por la noche a trabajar durante un mes para tener esa colección a tiempo, lo haría. También tenía el frente abierto de las pasarelas más importantes, las cuales me esperaban como agua de mayo, aunque yo no tenía nada que ofrecerles. Todas eran en septiembre, las de este año las había pasado por los pelos. A estas alturas ya debería tener, al menos, los bocetos

definitivos. Sin embargo, salvo un par de dibujos que realicé en mi etapa prebloqueo y que estaban pasables, no tenía nada más.

—Bueno, ya veremos lo que se me ocurre.

—Seguro que algo que los dejará con la boca abierta, querida.

—Eso espero —contesto sin mucha convicción en mi voz—. Bueno, tengo que dejarte. Ya es muy tarde y sabes que me gusta acostarme pronto para descansar bien.

—Por supuesto, no te entretengo más. Que tengas dulces sueños, muñequita.

Cuando colgamos me siento como la persona más ruin del mundo por no hablarle de lo que me ocurre. Sin embargo, hay algo que me dice que no lo haga, que mantenga mi secreto con las tres personas que lo saben: Nati, Milagros y Jordina. Igual es una estupidez o una paranoia mía, pero algo me advierte de que cuanta menos información dé, mejor para mí.

Antes de meterme en la cama me tomo una pastilla para dormir, ya que entre mis comeduras de cabeza y los nervios por el viaje estoy atacada. Como no estoy acostumbrada a ese tipo de medicamentos, caigo dormida en un santiamén.

A las ocho, el sonido del despertador me despierta. Debido al efecto narcótico que todavía recorre mi cuerpo, me cuesta abrir los ojos. Tengo los músculos doloridos, como si tuviera agujetas, aunque ya te digo que no son por el pilates. Me he pasado toda la noche corriendo por un bosque, tratando de huir de unas tijeras, una aguja y una bobina de hilo que me perseguían. Además, llevaba puesto el vestido que Cenicienta lleva al baile, con lo que acababa en el suelo cada dos por tres porque me pisaba el bajo. Vamos, un cuadro.

Ahora no me voy a poner a analizar el sueño que he tenido. Es demasiado pronto y me espera una mañana ajetreada, así que me visto con unos vaqueros pitillo negros, un suéter fino de punto en color blanco, mi chaqueta corta de cuero en tono burdeos y unos botines negros con tacón cuadrado. Me arreglo el pelo, me pongo mis cremas mañaneras en la cara, me lavo los dientes y ya estoy lista para salir. Ayer quedé con mi hermana en nuestra cafetería favorita. Vamos a desayunar juntas y, ya de paso, a despedirnos.

Cuando llego, Jordina ya está sentada en una de las mesas del fondo. Su mirada color turquesa, muy parecida a la mía, se encuentra enfocada en la pantalla de su móvil. Una risita graciosa se escapa de sus labios, por lo que sé al instante que está viendo algún video de TikTok con animales, su gran pasión.

Mi hermana se había pasado los cinco últimos años estudiando la carrera de Veterinaria en la Universidad de Murcia. Para mí había sido todo un horror tenerla lejos, pero ella siempre había tenido las cosas muy claras. El haber padecido leucemia con tan solo seis años le dio otra perspectiva de la vida. Supo que esta era demasiado corta como para quedarse parada en un punto, que en cualquier momento te podías ir al otro barrio sin haber hecho todo lo que querías. Supongo que esa ha sido la razón principal para decirme que me largue y viva. Ella agarró bien fuerte las riendas de su existencia y hoy en día es la orgullosa veterinaria en prácticas de una clínica muy reconocida en Altea.

—Hola, rubia. ¿Te importa que me siente?

—Para nada, pecosa. No todos los días se ve un bombón como tú por estos lares.

Ambas estallamos en carcajadas y nos damos un enorme abrazo por encima de la mesa. Un tanto incómodo, pero igual de efectivo que los que se dan de pie.

—Bueno, ¿cómo van esas maletas? ¿Has conseguido que sean veinte en vez de veinticinco?

—¡Otra que tal! Ayer Milagritos me dijo lo mismo. Menuda fama tengo.

—Es que traumatizaste a la pobre Mila de por vida. Reconoce que no tuvo que ser fácil meter todos esos bártulos en un Seat Panda solo para pasar un fin de semana fuera.

—No fue nada fácil, ahí te voy a dar la razón. Sin embargo, ¿qué hay de la anécdota que nos quedó? Podemos contar la historia doscientas veces y sigue siendo igual de graciosa.

—Muy cierto, hermanita —reconoce con su sonrisa de niña pilla—. Bueno, ¿estás muy nerviosa?

—Si te soy sincera, nada. Es como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Te hacía falta tomar esta decisión. Ahora solo céntrate en ti, que los demás ya nos arreglamos.

En la siguiente media hora nos dedicamos a tomarnos el desayuno de las campeonas y a estirar los minutos que nos quedan para estar juntas. No obstante, todo lo bueno llega a su fin. Ya son las nueve y yo me tengo que poner en marcha si no quiero ir apurada. Tras darnos un millón de besos y prometernos que hablaremos como mínimo una vez por semana, nos separamos.

Al llegar a casa, meto las maletas en el ascensor y bajo hasta el garaje. Abato los asientos traseros para tener más espacio e introduzco el equipaje por el maletero de mi pequeño Volkswagen Polo. Ya estoy lista para partir.

Antes de dejar Altea voy a casa de Rodrigo. No pensaba decirle nada, pero mi entrometida conciencia ha ganado la batalla y me ha hecho tomar una decisión de última hora. En cuanto llego a la finca me encuentro con Paco, el portero del complejo residencial en el que vive mi todavía novio. Hablo un rato con él, es un hombre jovial y amable que siempre me ha tratado bien, así que, como mínimo, pienso que le debo algunas palabras de cortesía. Al finalizar la corta conversación, le doy un sobre, el cual tiene una nota dentro, para que lo deje en la mesa del comedor de la casa de Rodrigo, indicando que es urgente que lo encuentre ahí, ya que lo va a necesitar. Acepta sin rechistar lo que le propongo y, como él tiene llaves de todas las casas para casos de emergencia, no pone objeción alguna. Ahora sí puedo ponerme en marcha.

En poco más de media hora me planto en el puerto de Denia, lugar desde donde sale el ferri a Ibiza. Tras hacer el *check in* en la garita de la compañía, me pongo a la cola para subir mi coche al barco. Durante ese tedioso momento en el que avanzas un metro cada cinco minutos, me pongo a pensar en lo que voy a encontrarme en la isla. Le pedí a Nati que me buscara una casa para vivir, pues no pensaba quedarme con los tortolitos. Soy muy independiente y aprecio demasiado mi salud mental. No tengo necesidad alguna de oírlos retozar por las noches o encontrarme a Kalevi en bolas.

Bueno, supongo que aquí comienza mi aventura. Dos horas y media más y estaré surcando las carreteras en dirección a Santa Eulalia del Río.



CAPÍTULO 3

YOTUEL

El sudor empapa mi cuerpo, mis piernas comienzan a resentirse y mi respiración es más parecida a una locomotora en apuros que a la de un tío de treinta y cuatro años, deportista y acostumbrado a estas palizas mañaneras. Aunque no me preocupo, conozco mi cuerpo y sus capacidades, y sé que todavía puedo forzar mi máquina un poco más. El dolor, al igual que el resto de las emociones, solo está en nuestra mente y si sabemos controlarlas sabemos manejarlas, o al menos eso es lo que siempre dice mi *pura* —que por si no lo sabéis, significa madre en Cuba—, y todos sabemos que la palabra de una *pura* es sagrada.

Sobre todo en mi caso, que he crecido rodeado de mujeres fuertes, capaces, independientes y con un carácter de mil demonios. Mi abuelita, y jefa de la familia, doña Caridad —no os engañéis por ese nombre tan dulce, que cuando se enfada puede cambiar toda la buena onda que le acompaña para dar paso al mismísimo Lucifer—, fue toda una revolucionaria de su época. Cansada de aguantar al huevón^[8] que le había tocado por esposo, se marchó de su hogar junto a sus tres hijas y, sin apenas dinero, logró sacar a su familia adelante.

Mi *pura* no se quedó atrás, el malnacido que eligió la llenaba de golpes cada vez que bebía, es decir, todos los días y a todas horas. Ella guardaba silencio, escondía los golpes y moratones que el desgraciado le dejaba y les aseguraba a todos los que la rodeaban que era feliz. Por suerte, mi abuelita —que de tonta no tiene un pelo—, supo ver las señales y ayudó a su niña a escapar de ese borracho maltratador.

Junto a mis cuatro hermanas emprendimos el viaje más importante de nuestras vidas. Primero llegamos a Madrid, la tierra de las oportunidades, pero no era sitio para nosotros. Veníamos de una isla donde apenas teníamos un trozo de pan de yuca para comer, las casas eran pequeñas habitaciones donde todos convivíamos y los coches algo que solo podías ver a los ricos. Aterrizar en esa nueva ciudad, donde cualquiera podía comprar comida, tener casa propia e incluso un coche, era más de lo que ellas habían podido soñar. Pero el mar formaba parte de sus vidas, lo extrañaban, y dos años después de nuestra llegada volvimos a marcharnos, esta vez a Santa Eulalia del Río, Ibiza.

En nuestro nuevo hogar encontramos todo lo que necesitábamos para ser felices de verdad. Con mucho esfuerzo, mi abuelita y mi *pura* montaron un restaurante de comida cubana que fue un éxito y que ahora, junto a mis hermanas, sigue siendo un reclamo para los turistas con ganas de disfrutar de una buena comida. Yo apenas tengo recuerdos de mi estancia en Cuba, solo tenía tres años cuando nos marchamos, aunque sí me siento cubano y, junto a las seis mujeres más importantes de mi vida, he aprendido a conocer y a querer a la tierra que me vio nacer y que, algún día, espero volver a ver.

Mi teléfono comienza a sonar y no necesito mirar la pantalla para saber quién me llama a estas horas, por lo que descuelgo con una gran sonrisa.

—Buenos días, titi^[9].

—Buenos días, chicharrón^[10]. ¿Te pillo en mal momento?

—Yanet, me llamas todos los días a la misma hora, sabes que estoy practicando deporte, no es necesario que te hagas la inocente conmigo, recuerda que te conozco desde hace...

—Como digas ese número en voz alta te partiré las piernas nada más verte —me interrumpe de forma brusca—. Además, sé que practicas muchos tipos de deportes y no en todos estás solo.

—Sabes que la edad no importa cuando tu espíritu es joven, si no mira a la abuelita, tiene ochenta y seis años y le sigue gustando la farándula como cuando era una niña.

Nunca he entendido la obsesión de las personas por la edad, esa manía de quitarse años o de enfadarse por decirlos. Es solo un número que va creciendo conforme nosotros lo hacemos, pero solo es eso, puedes ser un abuelo con veinte y todo un jovenzuelo con noventa. Todo depende de cómo te veas tú, las decisiones que tomes y lo feliz que seas, aunque eso a mi hermana mayor no le entra en la cabeza.

—La abuelita no es normal y lo sabes, esa mujer hizo un pacto con el demonio y por eso está estupenda, pero no es mi caso, tengo dos canas nuevas, ¡dos! Y de las arruguitas que empiezan a salirme alrededor de los ojos mejor ni hablamos.

—Esas arruguitas, como tú las llamas, son felicidad, y por las canas no te preocupes, ahora se lleva el pelo blanco con orgullo, además, no veo que a Felipe le importen esas tonterías.

No lo digo por decir, mi cuñado adora a mi hermana con sus defectillos incluidos. El amor que ambos se tienen llega a ser empalagoso para los que los rodean, para todos menos para mí. Soy un enamorado empedernido, me encantan las muestras de amor, los detalles, las palabras bonitas y los abrazos que calientan el alma. Puedo sonar cursi, es más, creo que lo soy, pues, aunque he crecido en una familia donde el amor hacia la pareja no ha funcionado, yo sigo creyendo en esas historias felices, en ese amor para siempre y en, algún día, encontrar a esa persona especial que me haga soñar despierto.

—Déjate tus consejitos para tus conquistas, yo solo te llamaba para saber si vendrás a comer con nosotras, la abuelita ha tenido una revelación y quiere compartirla contigo.

Doña Caridad y sus revelaciones son como la sal para las comidas: inseparables. No es que sea bruja, aunque un poco sí lo es, la verdad. Según ella, tiene un don especial que le muestra lo que

nos deparará el futuro —eso sí, con los boletos de la lotería no acierta ni uno—. La verdad es que sus visiones, o lo que sea que ve, son bastante acertadas, predijo la desdicha de mi madre, sus embarazos, todas y cada una de las relaciones de mis hermanas, incluso la de algunos turistas que, deseosos de conocer su destino, oyen sus predicciones como la gente normal lo hace con el pronóstico del tiempo.

Yo solo la escucho y asiento a sus disparates, no creo en la magia, las cartas o las lecturas de manos; si algo tiene que ser, será. Nuestro destino no puede estar escrito, y mi dulce abuelita no puede ser la portadora de un futuro incierto en un mundo que poco a poco nos estamos cargando. Sin embargo, para no enfadarla y tenerla con el morro torcido durante días, iré a esa comida y escucharé todo lo que tenga que decirme, después haré lo que más me convenga.

—Allí estaré, pero, ya de paso, podrías preparar unas chicharritas^[11] de esas bien ricas que solo tú preparas.

—Ya no eres un niño pequeño para ir exigiendo comida.

—Siempre seré tu niño y no me puedes negar nada, *ya tú sabes, mi amol*.

—Lo que sé es que no te soporto. Nos vemos en la comida.

Cuelga antes de que pueda decirle ni una sola palabra más. Le gusta hacerse la dura conmigo, supongo que es por ser la mayor de los cinco, o su manía de ejercer de madre superiora, aunque todos sabemos que hoy disfrutaré de unas deliciosas chicharritas y algún plato más de los que te llenan no solo el estómago.

Sigo recorriendo el camino empedrado que me llevará a una pequeña cala donde podré disfrutar de uno de los mejores amaneceres del mundo. Muchas personas piensan que en Ibiza solo hay fiesta, alcohol, *hippies* y desenfreno, y no es mentira, porque tenemos de eso en exceso, sobre todo en verano. Sin embargo, en esta preciosa y mágica isla, además, contamos con amaneceres y atardeceres de infarto, playas y calas de película, actividades y retiros espirituales y gente única que solo encuentras en este cachito del cielo que, por suerte, es mi hogar.

A las siete en punto ya estoy sentado en mi roca —no es que haya pagado por ella ni nada parecido, es porque a estas horas y en este lugar solo estoy yo, algunas gaviotas y el infinito— esperando a que empiece el espectáculo. Naranjas, amarillos y rojos bailan ante mis ojos creando un nuevo día, una nueva oportunidad y un nuevo comienzo. No es solo un amanecer más, es la posibilidad de alcanzar tus sueños, de ser feliz o de comerte el mundo sin molestarte en masticarlo. Todos tenemos la capacidad de cambiar, mejorar y esforzarnos, solo nosotros podemos vivir y sentir cada instante, por eso no encuentro mejor forma para empezar el día que con estas vistas.

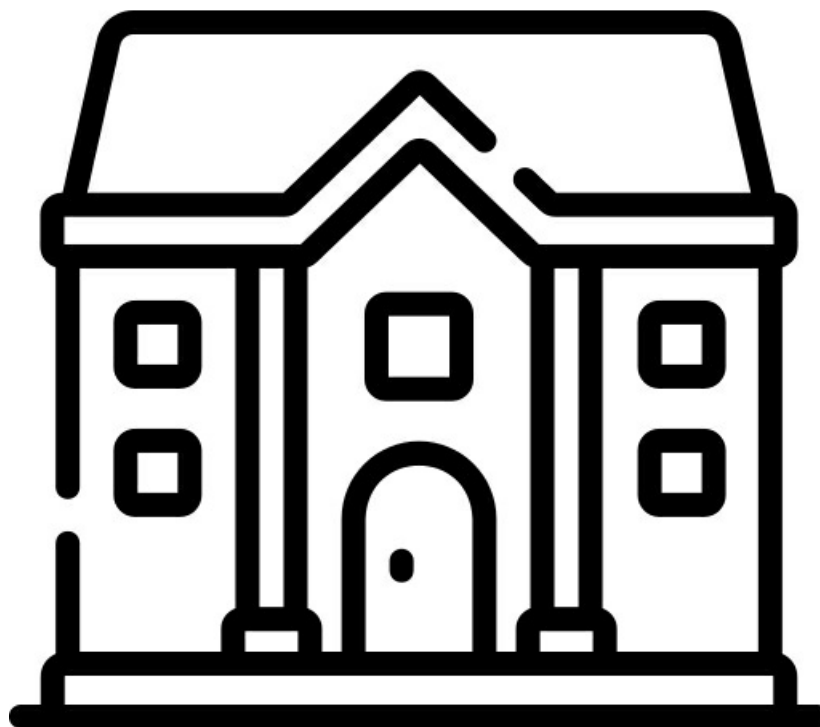
Una hora después, y con las pilas cargadas, me marché a mi casa para darme una buena ducha antes de empezar mi jornada laboral. Hace unos años, y pese a las quejas de mi *pura* —ella no veía bien que abandonara el negocio familiar para emprender uno nuevo yo solo—, creé una empresa de pisos y apartamentos turísticos. Los comienzos no fueron fáciles, pero ha merecido la pena todo el sacrificio y, ahora, cuento con diez pisos y cuatro apartamentos en toda Ibiza.

Todavía no estamos en temporada alta, aunque aquí eso no es problema, los turistas se vuelven locos por esta isla y siempre hay clientes. Para hoy tengo tres reservas y debo preparar los pisos antes de que sus nuevos inquilinos lleguen a la isla. Podría dejarle esa labor a alguno de mis chicos, pero me gusta hacer esa última revisión y comprobar que todo está en su sitio. Mis pisos son mis bebés, la recompensa a mi trabajo, y me gusta cuidarlos para que no dejen de darme la astilla que tanto me cuesta ganar.

No soy una persona avariciosa, para mí el dinero es algo material que no te da más que problemas, si no tienes, las pasas canutas y te privas de muchas cosas, por el contrario, cuando

tienes mucho, no lo aprecias y te conviertes en un ser pedante y muy infeliz. La gente afirma que el dinero da la felicidad y no pueden estar más equivocados, yo he sido feliz con muy poco en los bolsillos y he valorado cada céntimo que entraba en mi casa, porque sabía el esfuerzo que hacía mi familia para poder conseguirlo. Hoy en día nos va bien, tenemos nuestros ahorros y no tenemos que racionar ni la comida ni los gastos. Pero todo puede cambiar en un segundo y, por eso mismo, soy de los que piensan que uno es rico cuando atesora momentos, amigos y familia.

Con poco soy feliz y tampoco gasto demasiado en mí, aunque sí me gusta invertir en nuevos inmuebles para aumentar mi negocio, cuidar mi pequeño barquito y llenar de regalos a mis chicas. Ellas merecen tener el mundo a sus pies y yo estoy dispuesto a ponérselo.



CAPÍTULO 4

YOTUEL

Salgo de entregar el segundo piso a una pareja de alemanes que quieren disfrutar de su reciente jubilación y de la buena pensión que les ha quedado. No han puesto ninguna pega a mis demandas, que tampoco han sido tantas, solo: respeto al resto de la comunidad, nada de fiestas clandestinas —la isla ya ofrece suficientes—, lo que rompan se repone y, a fin de mes, ¡a pagar como Dios manda! Ellos, con la felicidad que dan unas vacaciones indefinidas y mucha astilla para gastar, han aceptado mis condiciones y para mantenerme contento, algo que nunca viene mal, me han regalado una generosa propina.

Montado en el ascensor no puedo evitar mirarme en el espejo, los pantalones de lino blanco, junto a la camiseta de manga corta del mismo color, acentúan el tono de mi piel, que nada tiene que ver con el sol, este viene de nacimiento. Los músculos de mis brazos y mi ancha espalda dejan claro las horas que le dedico al deporte, no es que me mate, pero sí me gusta mantenerme en forma y cuidar mi imagen. Soy presumido en exceso, quizá sea por vivir con seis mujeres que no salen de casa sin su pintalabios favorito o su raya en el ojo, o solo se deba a que me gusta verme bien y punto.

Mi cara de niño bueno siempre me ha salvado de muchas, según Lisandra, la segunda de mis hermanas, tengo carita de no haber roto un plato en mi vida —aunque siendo sincero, he roto más vajillas que las que ha fabricado La Cartuja—, y así es imposible reñirme, ni mucho menos enfadarse conmigo.

En mi defensa diré que yo no soy culpable de la genética de los Cruz Suárez y que ellas, por mucho que se quejen, también han heredado. De nuestro padre solo nos quedamos con el ADN —y porque no podíamos cambiarlo—. Fue idea de mi abuelita que todos adoptáramos los apellidos de mi *pura*, ya que ella era quien nos cuidaba, protegía y se desvivía por nosotros, mientras el seboruco^[12] de nuestro progenitor le daba jarazos^[13]. No pude elegir en esa decisión, sin embargo, no puedo estar más orgulloso de mis apellidos ni de la *pura* que tengo.

Con las mujeres nunca he tenido problema, mi físico las atrae, mi cara les gusta, mi pelo, repleto de rastas de colores que me llegan hasta la cintura, las vuelve locas y mi labia las enamora. Aun así, no consigo encontrar a esa persona especial... y mira que busco. No soy un *gigolo* ni nada parecido, soy un tío soltero con ganas de pasármelo bien y al que le gusta disfrutar de una buena sesión de sexo, eso sí, siempre consentido por las dos partes y sin engañar a nadie. Mi abuelita me enseñó de pequeño que lo que no te gusta que te hagan, no lo hagas; y a mí las mentiras no me gustan y si es en la cama, menos.

Un mensaje suena en mi móvil logrando que deje de analizar mi aspecto como si de un estilista de moda se tratara. Al mirar la pantalla veo que quien me reclama es la tercera de mis hermanas, Dayana.

Dayana

Te recuerdo que quedamos hace diez minutos para comer.

¿Puedes dejar a tu nueva *asere*^[14] y venir a casa ya? ¡Me muero de hambre!

Yotuel

No seas gruñona, voy de camino y mi *asere* era una pareja de alemanes deseando estrenar su jubilación.

Dayana

¿Tan desesperado estás que las buscas viejitas?

Acabo de perder al mito hecho hombre.

Bueno, ya me lo explicas en la comida, pero date prisa o serás el responsable del desmayo de tu hermanita.

Decido no responderle y, guardando el teléfono en mi pantalón, me dirijo al restaurante familiar que, por suerte, solo está a diez minutos en coche.

Nada más cruzar las puertas del Viva Cuba, «La Chambelona» de Celia Cruz resuena con fuerza, contagiándome del buen humor que desprende la melodía. En mi familia la música es esencial, tanto que todo se arregla o celebra con ella y, por eso, en casa nunca han faltado boleros, mambos, chachachá, yambú, guajira antigua o cualquier cosa que puedas bailar. Algo que llevamos en la sangre y no nos importa compartir a la menor oportunidad. Como en estos momentos, que mi querida abuelita va repartiendo la Mariposa blanca —flor nacional de Cuba— a todos los comensales mientras baila como si fuese la mismísima Reina de la Salsa.

Nada más verme, se olvida de todo y, con esa sonrisa que siempre parece acompañarla, viene a mi lado para llenarme de besos y abrazos ante las caras de felicidad de todos los comensales, que no entienden qué sucede, pero un buen espectáculo nos gusta a todos y con dos mojitos cubanos... más.

—Mi chama, me tienes abandonada. Sabes que ya estoy muy viejita y que cualquier día el jefe —hace una señal al cielo, por si no sé de quién me habla— me llama para que me reúna con él.

Como buena latina, nada le gusta más que exagerar, bueno, puede que el ron, pero como, según ella, es la bebida del Señor, eso no cuenta.

—No inventes, tenemos abuelita para rato, no sé cómo lo haces para estar cada día más guapa

y joven.

Sujetando una de sus manos hago que dé una vuelta para que pueda contemplarla bien, lo que provoca que se ría a carcajadas, algo a lo que no me puedo resistir y termino uniéndome a ella.

—¿Podéis dejaros las risas para otro momento y sentaros a comer? Dayana está a punto de comerse a alguno de los cocineros, y andamos justos de personal como para perder a uno bajo sus garras.

La voz cantarina de Mayelin, mi cuarta y última hermana, resuena con fuerza a mi espalda. Al girarme la veo vestida con su guayabera —traje típico de las cubanas— y su sombrero de yarey.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Hola, *manao*, ya tú sabes ahí.

Mayelin es la más especial de mis hermanas, ella es un alma libre, odia las etiquetas, las clases sociales, las injusticias, el poder y la soberbia. Para ella todos somos seres iguales, no tenemos condición, género ni posición. Ama a las personas por lo que son y no por lo que tienen. Su forma de pensar le ha traído muchos problemas, ya que confía demasiado en los demás y muchos se aprovechan de su buen corazón, aunque cuando saca a su guerrera interior no hay quien le pare los pies ni detenga su mal genio.

Abrazados, porque en mi casa las muestras de cariño se demuestran o al final se las lleva el tiempo, nos acercamos a la mesa que han preparado. Como esperaba, las chicharritas ya están colocadas y listas para comer, junto a yuca con mojo, rabo encendido, picadillo a la criolla, vaca frita y frijoles negros cubanos; vamos, todo un manjar que pienso disfrutar.

—Juro que como no os sentéis ya en la mesa os apareceré en sueños y los llenaré de pesadillas.

—Dayana, con ese carácter te quedarás solita en la vida, aunque espero que no sea enterita.

—¡*Pura!*, no le digas esas cosas a la chama, ella no necesita de ningún hombre para ser feliz, solo tienes que mirarnos a nosotras —le regaña mi madre, aunque mi abuelita no se da por aludida, va a decir lo que quiera, le pese a quien le pese.

—Yo solo digo lo que veo, pero si preferís que me calle...

Con esa dulzura, que no hay quien se crea, da la conversación por terminada, dejando a Dayana más enfadada que antes y, ahora sí, comienzo a tener *ñaos*^[15] por mi integridad, ya que o damos de comer a la fiera o alguno de nosotros terminará convirtiéndose en el menú principal.

—Cariño, siéntate y disfruta de la comida, la abuelita tiene muchas cosas que contarte.

Siguiendo el consejo de mi *pura*, me siento y disfruto de todo lo que han preparado, hasta que no me entra ni un solo frijol más. Durante toda la comida noto sus miradas puestas sobre mí y, aunque intento ignorarlas, la curiosidad termina ganando y, cansado de sus jueguecitos, soy yo quien termina preguntando sobre las predicciones de doña Caridad.

—¿Me vas a contar ya eso que has visto?, porque como lo tenga que adivinar vamos para rato y, la verdad, tengo que ir con Kalevi en breve.

—Kalevi anda muy ocupado con su morena, no creo que tu presencia sea lo que más necesite en estos momentos. Aunque no voy a hacerte sufrir mucho más, mi chama, tu destino está escrito y tu vida va a cambiar, se acerca una tormenta roja.

—Creo que, para asimilar esta conversación, necesito otra *láguer*^[16].

Lisandra, que sabe lo poco que creo en estas cosas, me acerca una que casi me bebo de un solo trago. ¿Una tormenta roja? ¿Ese es mi destino? Pues conforme está el mundo, lo mismo esta mujer ha visto el apocalipsis y de ahí viene ese cambio que me augura.

—Abuelita, sabes que te quiero y confío en ti, pero...

—Pero nada, todo está dicho. Abre bien los ojos y el corazón y, sobre todo, mi chama, apuesta

todo al rojo.

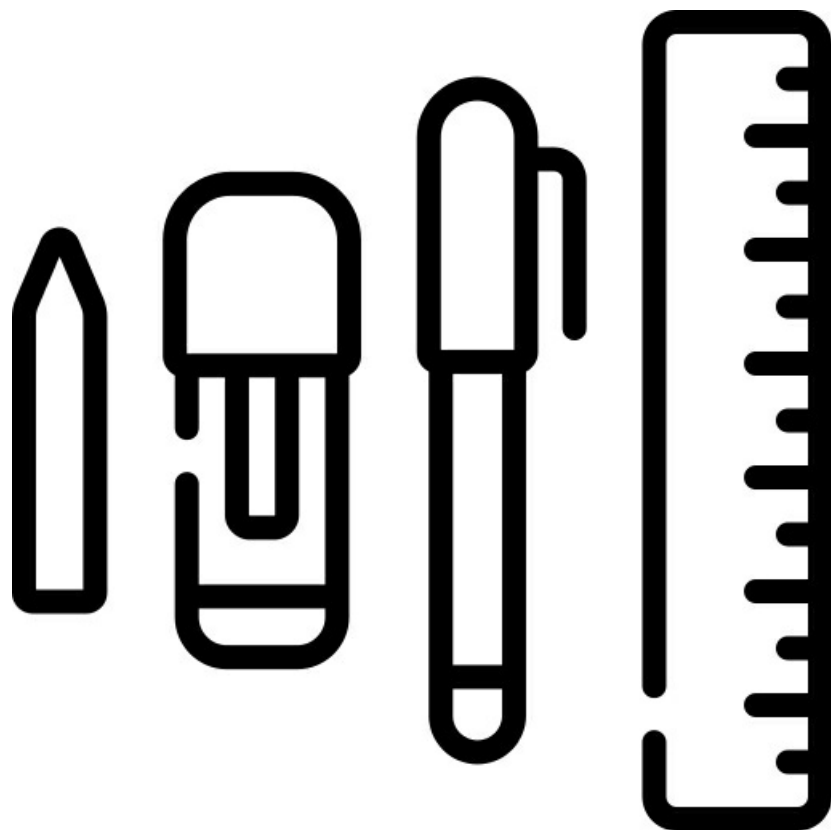
—¿Quieres que juegue a la ruleta? —Sé que se va a enfadar con mi pequeña broma, pero no puedo evitarlo, esta situación es demasiado surrealista.

—Lo que quiero es que escuches lo que te digo, vaina. En un par de meses terminarás dándome la razón y entonces seré yo quien se ría.

Durante varios minutos, tanto mis hermanas como mi *pura* discuten sobre mi futuro como si yo no estuviera delante, no les presto mucha atención, pues sigo dándole vueltas a la supuesta tormenta roja que cambiará mi destino. Al no encontrar una razón lógica a los disparates de mi abuelita, decido olvidarme del tema y seguir disfrutando de la comida con mis chicas, hasta que un mensaje de Kalevi —mi mejor amigo y fuera de mi familia la única persona en quien confío — me avisa de que mi nueva inquilina está a punto de llegar.

Como si me fuera a la guerra —que solo me voy al puerto—, todas se despiden de mí llenándome de besos, abrazos y bendiciones. En especial la bruja de mi abuela que, además de mirarme de una forma extraña, que logra erizar toda la piel de mi cuerpo, vuelve a repetirme que apueste todo al rojo. Al final tendré que ir esta tarde a un salón de juegos y apostar unos euros al dichoso color, lo mismo salgo millonario y tengo que terminar dándole la razón.

Montado en el coche y olvidándome de la locura que tengo por familia, conduzco hasta el puerto de Ibiza, dejando que «Stay with me» de Sam Smith me acompañe en el trayecto.



CAPÍTULO 5

VALENTINA

El viaje en ferri había concluido sin incidentes, aunque se me había hecho un poco largo. No había querido participar en ninguna de las actividades que se llevaban a cabo a bordo, pues hoy no me apetecía mezclarme con desconocidos puestos hasta arriba de dopamina por disfrutar de tiempo libre.

Había dado una vuelta por las tiendas del barco cayendo en la tentación con una blusa de escote en uve que dejaba ver mi ombligo. No era asidua a este tipo de prendas, pero, como algo de mi nuevo comienzo, dejaría salir una parte que tenía un tanto encerrada. Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos, ese iba a ser mi nuevo lema.

Tras la pequeña compra, no quise ir hacia la butaca que tenía reservada con el billete. Ya tendría tiempo de tumbarme a la fresca o de disfrutar de un poquito de sol —siempre con protección— para coger vitamina D y no parecer un personaje secundario de «Entrevista con el vampiro». Por ende, decidí colocar mi trasero en uno de los sillones que se encontraban en el bar. Como ya eran las doce del mediodía, era políticamente correcto darle a la bebida por eso de la hora del aperitivo, así que me pedí un martini acompañado de dos bolsas de papas, de esas enanas con un precio ridículamente caro.

Así pasé el resto de la travesía, estirando la copa que me habían servido hasta el final, pues tampoco era cuestión de pillar una cogorza cuando después tenía que conducir. Como había llevado conmigo el Kindle, mi soledad autoimpuesta se vio de repente acompañada por el libro

«Cuando la nieve cubra el prado» de la autora Rocío Gallego. La historia de superación de su protagonista, tras una relación tortuosa con un cabronazo cavernícola —porque no se le puede llamar de otra manera—, me envuelve de forma irremediable y me hace ver que, aunque estés metida en un hoyo profundo y oscuro, siempre hay algo por lo que luchar.

Y ahora me encontraba en mi coche, al fin liberada de ese barco, recorriendo los escasos quince kilómetros que separan el puerto de Ibiza de Santa Eulalia del Río. En cuestión de veinticinco minutos llego al puerto de la población, donde ya me está esperando Nati, acompañada de su sombra rubia y de un hombre de piel morena del que no recuerdo su nombre, pero que estaba en la playa de Altea aquel día cuando Kalevi se arrastró como el gusano que es para reconquistar a mi amiga.

—¡Valentina! —exclama mi amiga tirándose encima de mí y abrazando mi cuerpo como si fuera un koala.

—¡Natividad! —grito respondiendo a su efusividad.

—¡La madre que te parió! ¿Cuándo dejarás de llamarme así? Todo el mundo me llama Nati, lo sabes desde que éramos niñas.

—Primero, yo no soy todo el mundo —contesto con las manos en las caderas, en mi pose patentada de persona superofendida—. Y segundo, dejaré de llamarte así cuando vea que ha dejado de fastidiarte. Entonces tendré que buscar otra forma de hacerte rabiar.

—¡Arpía!

—¡Bruja!

—Te he echado de menos.

—Lo sé.

Ni bajo tortura diré un «yo también». Una no se gana el apodo de «La reina de hielo» por hornear dulces artesanos junto a las hermanas clarisas. La reputación es algo que cuesta labrarse y un simple desliz puede tirar por tierra todo el trabajo realizado. Eso es algo que he aprendido a base de batacazos y, aunque Nati sea mi amiga, siempre mantengo la pose. No quiero que un día una situación por sorpresa me pille con el pie cambiado. Además, tanto ella como Mila saben que son dos de las personas más importantes de mi vida. Tampoco necesitan oír cada cinco minutos lo que es obvio.

—Dama de hierro —me saluda Kalevi en cuanto llego a su altura, dándome la mano como siempre hacemos.

—Troglodita —le respondo con un apretón digno de una reunión de negocios.

Cuando el gigante finlandés volvió a formar parte de la vida de mi amiga, y tras ver que estaba cumpliendo todo lo prometido, decidí que era hora de darle un poco de cancha, más que nada porque nos íbamos a ver bastante y tampoco era cuestión de acabar todos nuestros encuentros conmigo arrancándole el corazón y cocinándolo para la cena. Tras un año este saludo era lo máximo que podíamos darnos el uno al otro. En un futuro ya se vería si subíamos la apuesta.

—¿Dónde has dejado al abuelo *hippie*?

—Está en su tienda. Me ha dicho que esta noche se unirá a la cena de bienvenida, cito textualmente: «De la mujer del pelo de fuego que pronto bailará mambo con los pies descalzos», y antes de que lo preguntes, no tengo ni idea de lo que significa. Ya sabes que es un poco... excéntrico.

La verdad es que Nicolás es un hombre al que se le coge cariño con facilidad. Siempre está dispuesto a echar una mano, es una persona altruista, alegre, considerada y sí, un tanto excéntrica. No obstante, creo que esa cualidad le aporta más que le quita, aunque a veces no haya por dónde coger sus frases célebres.

—Compay^[17], ¡menudo carro^[18]! —admira el moreno, interviniendo por primera vez y mirándome con fijeza.

Kalevi le da un codazo en el estómago y se le queda mirando como si acabara de recordar las mil maneras de morir de aquel programa que veíamos cuando éramos unos críos. En verdad no entiendo la reacción del finlandés. No es que esté muy puesta en jerga latina, pero hasta yo sé que se está refiriendo a mi coche.

—Bueno, tampoco es gran cosa, aunque a mí me encanta.

—A mí también —contesta el chico con expresión pícara, recibiendo un nuevo codazo de Kalevi. En serio, ¡qué raros son los tíos! —. Hola, Valentina. Nos hemos visto antes, aunque supongo que no recordarás mi nombre. Soy Yotuel, el mejor amigo del troglodita.

Mientras el rubio pone los ojos en blanco, su amigo aprovecha para acercarse a mí, cogerme de la cintura con uno de sus fuertes brazos y plantarme un beso lento en la mejilla. No voy a decir que no me ha excitado ese acercamiento, pues sería una mentira como una catedral. Además, el rubor en mi blanca piel y mis pezones como tachuelas son una prueba evidente de ello. Demos gracias de que no pueden ver mis bragas porque, si me las quitara ahora mismo, podrían andar solas. Sin embargo, esa no es la cuestión. ¿Quién se cree que es para cogerse tantas confianzas? ¿Este tío no ha oído hablar del espacio personal?

—¿Somos amigos, Yotuel? —pregunto con voz melosa, a la par que oigo a Nati como suelta un «oh, no».

—De momento no. Pero...

—Entonces, ¿por qué me tocas? —increpo sin dejar que termine la frase.

—Bueno, es solo un saludo. Además, soy latino, cubano, para ser exactos, y *ya tú sabes* que a nosotros nos gustan las muestras de cariño.

—Pues a mí no me gustan los toqueteos de desconocidos, por muy latinos que sean. Así que, si lo vuelves a hacer, te arrancaré las manos y te las meteré por la boca. ¿Lo has entendido?

—Con total claridad. No soy ningún cayuco^[19], bombón.

El duelo de miradas que mantenemos a continuación se ve interrumpido por Nati, que acude a nuestro lado para que la sangre no llegue al río. Espero que a este tío le haya quedado claro de verdad que conmigo no se juega.

—Venga, vamos a llevarte a tu apartamento —indica mi amiga agarrándome para que camine de vuelta al vehículo—. Tienes que seguir al coche de Yotuel.

—¿Por qué? ¿No podemos ir tú y yo solas?

—No, él tiene el contrato y la llave.

—¡No me lo puedo creer! De todos los recepcionistas, me ha tenido que tocar el cubano sobón.

—No soy ningún recepcionista, pelirroja —me sorprende Yotuel hablando justo a mi espalda—. Soy cuentapropista. Y eso, por si no lo sabes, quiere decir que el negro va a ser tu casero.

—No me refería a eso. Yo no soy racista.

—Igual no, pero, por si acaso, te lo aclaro. Como tú bien has dicho: no somos amigos.

Con esta última sentencia Yotuel se da la vuelta y se mete en su coche, dejándome con una sensación rara. Ahora que lo pienso, igual he sonado un tanto racista asumiendo que él era el mandado que repartía llaves y acomodaba a los huéspedes, teniendo detrás al jefe de piel blanca que nunca hacía acto de presencia.

A todos se nos llena la boca cantando alabanzas de la gente que llega de otros países en busca de un futuro mejor, dejando atrás costumbres, familia, pertenencias y arraigo. Cuando consiguen instalarse son los que desempeñan los trabajos que nadie quiere llevar a cabo, por supuesto,

porque ¿cómo iban a hacer otra cosa? En nuestras cabezas huecas no entra pensar que muchas de esas personas están igual o más preparadas académicamente que nosotros, que su vida depende de buscarse las habichuelas. Algunos dejan una posición privilegiada en sus países para escapar de amenazas de muerte y, debido a las hostias que les ha dado la existencia misma, están más prevenidos que nosotros.

En lo sucesivo intentaré no dar por hecho ciertas cosas. Supongo que todavía me faltan unas pocas habilidades sociales. La próxima vez, cerrar la boca o preguntar un «¿a qué te dedicas?» serán mis dos opciones para elegir.

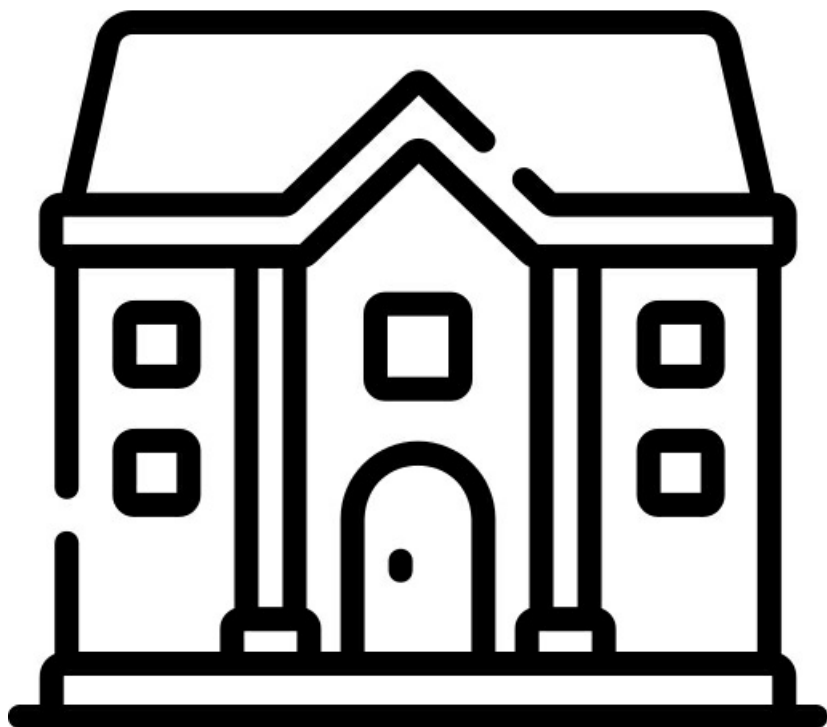
Tras rodar apenas cinco minutos, llegamos a la plaza Isidor Macabich, donde Nati me señala el primer piso de un edificio de cuatro alturas. Por lo visto, ese va a ser mi nuevo hogar. Yotuel me hace señas para que entre en un garaje y, conforme avanzamos por la rampa de acceso, unas luces se van encendiendo a nuestro paso, supongo que por obra y gracia de los sensores que estarán colocados cada equis metros.

Una vez aparcada en la plaza, que será mía durante mi estancia, tanto Yotuel como mi amiga me ayudan a llevar las maletas a un amplio ascensor que nos lleva directos al primer piso.

—¿Solo hay una puerta? —pregunto, un tanto contrariada, al salir del elevador.

—Así es, *mamey*^[20]. Esta finca solo tiene un piso por planta.

Y, nada más abrir, el paraíso que se extiende ante mí me deja sin palabras.



CAPÍTULO 6

YOTUEL

Una vez en el puerto reconozco con facilidad a mi albino favorito, no es que tenga ese defecto genético que hace que el cuerpo no pueda producir o distribuir melanina, pero si lo comparamos conmigo, que soy un *brownie* caliente, mi amigo parece más un figurante de la película «Van Helsing», que alguien que vive en una isla nueve meses al año.

A su lado se encuentra Nati, esa preciosa morenita con cara de pícara y un corazón de oro que ha conseguido lo que parecía imposible: enamorarlo hasta el tuétano y convertirlo en un osito amoroso. Eso sí, solo en su presencia, luego sigue siendo el mismo capullo de siempre, enfadado con el universo y todos sus habitantes.

Con ganas de divertirme un rato —porque enfadar a Kalevi es fácil y muy gratificante—, ignoro su presencia y voy directo hacia Nati, levantándola del suelo y dándole un fuerte abrazo que provoca sus carcajadas y, por supuesto, el ceño fruncido de mi amigo, que no se molesta en disimular.

—Mi chama, ¿qué ganas tenía de verte!

—Te recuerdo que es mi chama, no la tuya —gruñe el verraco que tengo por amigo.

—Mucho estaba tardando en salir don cavernícola de paseo, te recuerdo que yo no soy de nadie —le increpa Nati a su chico.

—Así se habla, preciosa. No entiendo qué viste en él, aunque todavía estás a tiempo de dejarle.

No tengo límites cuando se trata de Kalevi, pero es que me lo pone tan fácil que no puedo resistirme.

—Eso mismo me pregunto yo —responde Nati divertida.

El bufido de Kalevi nos hace reír a ambos y, aunque intenta contenerse, no puede evitar unirse a nosotros y dejar su mal genio de lado. Sabe que adoro a su chica, pero jamás me interpondría entre ellos ni haría nada que pudiera dañarlo. Es el hermano que nunca tuve, mi confidente y mi apoyo en los peores momentos, al igual que yo lo soy para él.

Durante unos minutos hablamos de nuestros respectivos negocios, hasta que un grito de Nati nos avisa de que su amiga ya está aquí. Al mirar en la dirección que nos indica un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Vestida para matar, aunque solo lleve unos vaqueros y un suéter, la pelirroja se acerca a nosotros con sus piernas kilométricas y ese movimiento de caderas que haría resucitar a un muerto.

Recuerdo la primera vez que la vi, su gesto enfadado, esa soberbia que la hacía inalcanzable y una actitud chulesca que me resultó irresistible. Sin embargo, lo que más llamó mi atención, aparte de su físico de infarto, fue la tristeza que bañaba su mirada. Es una mujer que parece tener al mundo a sus pies, pero algo me dice que es ella quien está a los pies del mundo.

Una vez que las dos amigas se saludan, se dirige a Kalevi, dejándole claro que no es su persona favorita y que todavía no lo ha perdonado por hacerle daño a Nati. Intentando aligerar la tensión que se ha creado entre ambos, y por qué no decirlo: deseando tenerla cerca, despliego todos mis encantos y le planto un beso, demasiado cariñoso, en su mejilla. Pero con lo que no contaba era con su seca respuesta, lo que ha provocado un enfado en mí que no logro entender. Aunque lo que más me molesta es que dé por sentado que yo solo puedo ser un simple empleado y no el dueño de la empresa.

No vamos a engañarnos, es una actitud mucho más habitual de lo que nos empeñamos en pensar. Somos una sociedad hipócrita que sigue marcada por las clases sociales, el color de la piel, el sexo al que pertenezcas o la disponibilidad económica con la que cuentes. A la hora de juzgar, siempre el blanco será el señor y el negro un inferior, ante una oportunidad, el hombre tendrá más posibilidades que una mujer y, ante un problema, el pobre se convertirá en el culpable mientras el rico es el perjudicado.

Hace años que esos prejuicios dejaron de molestarme, sé de dónde vengo, lo que soy y lo mucho que me esfuerzo cada día por mantener el pequeño imperio que yo solo he creado y del que tan orgulloso me siento.

Cada uno en su coche, nos dirigimos al que será el hogar de la pelirroja durante un tiempo indefinido. Siguiendo las indicaciones de Nati busqué el mejor alojamiento para ella, aunque eso significaba que la tendría más cerca de mí de lo que me gustaría. Porque algo me dice que Valentina y yo no nos convertiremos en amigos del alma, es más, creo que apenas nos soportaremos... y es una lástima, ya que estaría encantado de enseñarle la isla y, ya de paso, mi cama.

Sin saber cómo, las palabras de mi abuelita cruzan mi mente: «se acerca una tormenta roja», «apuesta todo al rojo» y no puedo evitar reír a carcajadas. No puedo ni quiero imaginar esa loca posibilidad y las desastrosas consecuencias que nos traería. Tengo claro que el destino puede ser muy puñetero y cabrón, pero me niego a pensar que esa bruja pelirroja forme parte de él. Dejando aparcados mis desvaríos, vuelvo a centrarme en la conducción y, sobre todo, en la carita que pondrá la *sabichosa* de Valentina cuando vea su nuevo hogar.

—¿Solo hay una puerta? —Son las primeras palabras que me dedica desde que hemos llegado al edificio y puedo notar cómo ha rebajado su tono.

—Así es, *mamey*. Esta finca solo tiene un piso por planta —contesto sin mirarla mientras abro la puerta y dejo que pase.

Como esperaba, su cara apenas puede contener la sorpresa que siente, y no es para menos, ya que el pisito, además de estar dotado con la última tecnología, está decorado con mucho gusto. Tres dormitorios, dos baños completos, cocina abierta al comedor con todos los electrodomésticos que puedas necesitar, y que estoy seguro de que ella no usará; techos altos, suelo de madera, muebles de diseño y un balcón con unas vistas increíbles.

—Bienvenida a tu nuevo *gao*.

—¿Qué? ¿Has pensado en hablar como una persona normal? No creo que sea tan difícil.

Se dirige a mí con una superioridad que me dan ganas de quitársela a base de orgasmos, aunque prefiero guardarme esos pensamientos para mí.

—¡Valentina! —le riñe Nati, que no sabe dónde meterse ante el comportamiento de su amiga.

—Tranquila, mi chama —sonríe a la morenita con cariño para que entienda que no estoy enfadado—, ofende quien puede, no quien quiere. Solo estaba dándote la bienvenida a tu nueva casa, Valentina. Por si lo has olvidado, además de no ser amigos, soy cubano y en mi tierra se habla así, quizá sería bueno que aprendieras nuevos idiomas y puede que un poquito de humildad.

Su cara se vuelve de un rojo tan intenso que me recuerda a los dibujos animados. Aprieta sus puños en un intento por calmarse y no dejar salir esa lengua viperina que sospecho que tiene y la cual me encantaría conocer. Lo más gracioso de todo es que verla así me provoca una erección que con mis pantalones de lino poco puedo disimular.

—Eres un completo...

—Muchas gracias, Yotuel —intercede Nati, impidiendo que su amiga me suelte lo más grande —, el piso es precioso.

—Todo es poco para la chama más bonita del mundo.

La sonrisa de la morenita me indica que mis cumplidos le encantan, mientras el bufido de su amiga me confirma que esas cosas con ella no funcionan. Pero me da igual, no pienso decirle nada meloso, ni aunque me vaya la vida en ello.

—Vendrás esta noche a cenar, ¿verdad? —me pregunta Nati con ese aleteo de pestañas que la hace adorable.

—Me encantaría, pero tengo que currar.

—¿Desde cuándo una chica es considerado trabajo?

Nati me conoce demasiado bien, pero esta vez no estoy mintiendo, o al menos no lo hago del todo. Es cierto que tengo un curro, una amiga de mi hermana Lisandra me ha pedido que dé con ella una clase de salsa, pues su compañero habitual se encuentra indispuesto. Aunque después tengo una cita con una preciosa holandesa que espero que termine en mi cama. Sin embargo, eso no pienso decírselo, no me gusta alardear de mis conquistas ni de con quién comparto mi cama.

—Desde que mi mujer ideal se enamoró de mi amigo y yo solo puedo sufrir por mi amor no correspondido.

—¡Por favor! Más pastoso y se me sale el hígado.

—¡Valentina!

—¡Natividad! Solo estoy comentando algo obvio, este ligón de telenovela barata ya podía innovar un poquito más en sus frases, que esto parece una escena de «La boda de mi mejor amigo» y, cariño, no eres Julia Roberts ni tampoco estamos en los noventa.

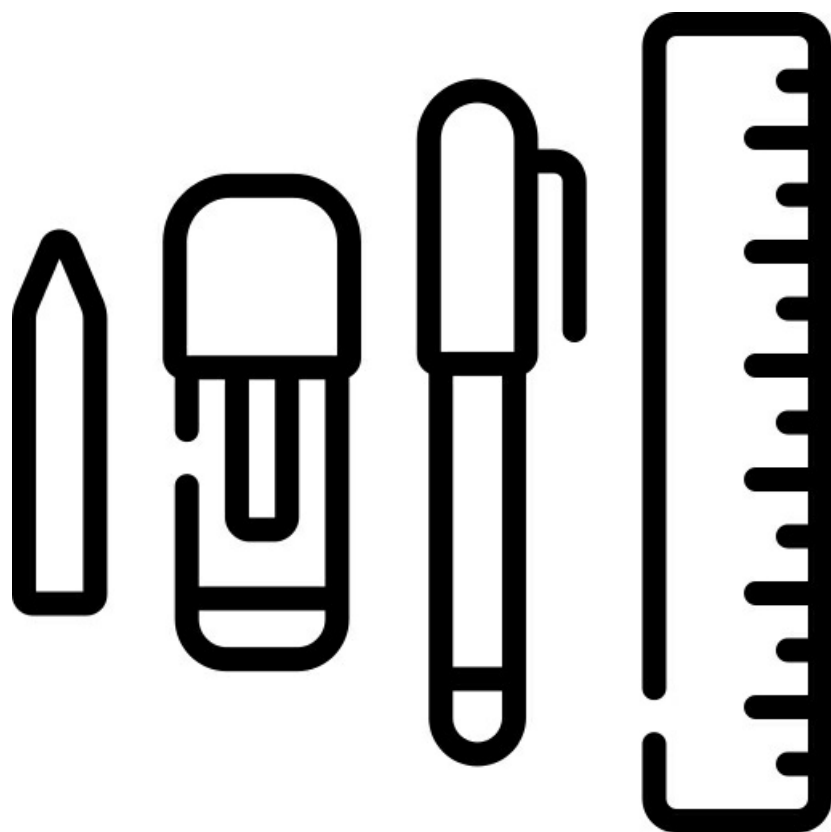
Podría contestarle y provocar una buena bronca entre nosotros, pero sospecho que eso incomodaría a la morenita y más tarde tendría que soportar al vaina enamorado de mi amigo, y es

algo que prefiero evitar.

—Os dejo, chicas, tengo cosas mejores que hacer antes que escuchar las quejas de una amargada con aires de reina.

Dándole un beso a Nati en la frente, e ignorando a Valentina, salgo del piso. Necesito desfogar el mal humor que me ha provocado la pelirroja y lo haré de la mejor forma: bailando hasta que me duelan los pies. Más tarde volveré a desahogarme, eso sí, de una forma muy distinta.

De pronto, una idea cruza mi mente y, aunque sé que me traerá consecuencias, pienso ponerla en práctica. Esta noche no pienso dormir y una que yo me sé, tampoco.



CAPÍTULO 7

VALENTINA

Tras la marcha del latino pasteloso, Nati y yo nos quedamos solas en este espectacular apartamento que está decorado con un gusto exquisito. No lo reconoceré nunca ante Yotuel, pues solo me falta darle motivos para que se hinche más su pecho de pavo real, pero, como persona artística que soy, sé apreciar el buen gusto concentrado en los detalles más pequeños.

Unido a lo que ya venía de serie, con esos techos altos característicos de las construcciones de antes y que dan una sensación de mayor amplitud, nada más entrar me encuentro con un comedor engalanado con muebles en color blanco, un par de sillones, una mesa para seis comensales y un sofá que a la vista parece lo más incómodo del mundo, pero que cuando te sientas se adapta a la perfección a tu cuerpo. La transgresión a los colores pastel de las paredes y tresillos viene de la mano de unas cortinas azul eléctrico con un estampado que simula las hojas de palmera, tela que también han utilizado para tapizar los cojines y las sillas.

Una cocina gigante abierta al comedor con barra americana e isla central es lo segundo que veo. Está equipada de arriba abajo con electrodomésticos de última generación y una cantidad de utensilios que ya me gustaría a mí tener en mi caja de zapatos de Altea. Las manos me pican de las ganas que tengo de usar todo lo que ven mis ojos, pues, aunque nadie lo pensaría, y solo las personas más allegadas a mí lo saben —entre otras cosas porque son mis conejillos de indias—, me encanta cocinar. Empecé a hacerlo con trece años, un poco por obligación, ya que mis padres trabajaban muchas horas para poder pagar las facturas y poner comida caliente en la mesa. Así

que no me quedó más remedio que aprender para poder alimentar a mi hermana pequeña y, a la vez, aportar mi granito de arena en casa.

Pronto descubrí en la mezcla de alimentos, salsas y especias una forma de expresión que, a la par, me aportaba disfrute y relajación. Cuando saboreas un buen plato que ha salido del esfuerzo e ingenio, la sensación de satisfacción personal es indescriptible. Estoy deseando ir al supermercado, comprar una cantidad salvaje de ingredientes y volverme loca, espátula en mano.

Continuando con el escrutinio de mi nueva vivienda, tras echar un vistazo a las tres habitaciones que tiene, un flechazo instantáneo expande mi pecho en cuanto entro en la de matrimonio. La cama *king size* con cabezal de forja en color aguamarina y un colchón viscoelástico engalanado con una colcha de lino lavado me hace ojitos en cuanto mi cuerpo serrano se tira encima de ella. Un espejo en el techo, que a muchos les parecerá una ordinarietà, pero que a mí me resulta de lo más erótico, me hace pensar en una cantidad de guarradas que hace años que no se me pasan por la cabeza.

La habitación tiene su propio baño, con una ducha de hidromasaje que llama más mi atención que las últimas tendencias del *prêt-à-porter*. Y, ¡atención!, ya que esto es un detalle importante para mí: también tiene bidé. Sé que a muchas personas les parece un elemento estúpido que no sirve para nada, sin embargo, para mí es indispensable. La gente se toma demasiado a broma su cuidado genital, no se dan cuenta de que por ahí pasan muchos fluidos a la vez y creen que con una ducha al día ya tienen suficiente. Desde luego, ese no es mi caso. Tampoco es que yo esté todo el día dándome aguas en los bajos, pero, dentro de unos parámetros razonables, me cuido la cuca para evitar irritaciones o infecciones indeseadas y no ir andando como Lucky Luke.

Tras mi oda al bidé, he de decir que, aunque he puesto un gran entusiasmo en la defensa de este y me ha tocado la fibra sensible verlo ahí plantado, mi corazón se lo lleva por goleada el último anexo de la habitación: el vestidor. ¡Cielo santo! Creo que he experimentado el mejor orgasmo de mi vida al entrar en él, aunque eso resulte un poco triste, la verdad, porque denota una clara insatisfacción sexual por mi parte. En fin, no voy a pensar mucho en eso ahora y me voy a centrar en lo que tengo delante, y que deberían calificar como la octava maravilla del mundo. Un lugar que fue la cuarta habitación de la casa —se nota por su forma y ubicación— y que con total acierto mi nuevo casero decidió aprovechar para crear un espacio con innumerables estantes, diversas barras para colgar ropa, largas cajoneras y una zona para calzado. Vamos, el mejor sitio para una diseñadora de moda y *snob* de la ropa como yo. Me lo voy a pasar en grande colocando aquí todos mis modelitos.

Con la visita hecha, Nati y yo cogemos nuestros bolsos y salimos a la calle en busca de un bar donde comer algo, ya son las tres de la tarde y la cabeza me da vueltas del hambre canina que tengo. Un bocata de calamares frescos con un rebozado crujiente y con el pan hasta los topes de mayonesa, como a mí me gusta, es el responsable de que luego no pueda ni moverme. Bueno, y también una tarta de queso casera que no he podido evitar pedir.

Con el estómago lleno, mi amiga y yo nos despedimos hasta la noche, pues debe continuar con su trabajo si no quiere que los pedidos pendientes se la traguen como a un figurante en la película «Tiburón».

Como necesito ciertas cosas para el desayuno de mañana, bajo al garaje para sacar de mi coche unas bolsas de rafia que tengo ordenadas en un lateral del maletero, y vuelvo a la calle para dirigirme al supermercado que tengo justo detrás del edificio. En mi recorrido por la cocina he visto que Yotuel había dejado varias cajas de café sin abrir al lado de la cafetera, así que me dedico a comprar leche, pan, tomates para rallar y una botella de aceite. Para cuando me aburra del agua, que será más pronto que tarde, meto en el carrito un *pack* de cervezas y dos botellas de

vino blanco. En cuanto al *whisky*, no encuentro ninguno que me guste, son todos bastante básicos, así que lo dejo para el momento en el que vaya al mercado central. A ver si tengo suerte y encuentro una licorería allí. También sucumbo a mi perdición, que no es otra que varias tabletas de chocolate con leche y trozos de avellana. Una mujer tiene sus necesidades.

Cargada con mis pertenencias, entro de nuevo en el piso y dejo todo bien colocado en los armarios de la cocina. El cansancio me vence, ayudado por las horas que llevo en danza y por los nervios sufridos durante los días previos a mi llegada, así que no me hago de rogar y me dejo caer como un saco en la cama, sin quitar la colcha ni nada.

A diferencia de días anteriores, durante mi merecida siesta no sueño con costureros carnívoros ni con telas que me asfixian, ni bañeras llenas de colorante para tela. Tampoco me pego ninguna carrera para salvar mi vida de unas tijeras asesinas, así que, al despertar, me siento como si estuviera en una nueva piel. Casi me dan ganas de mirar a mi alrededor a ver si veo tirado algún pellejo seco, no obstante, no lo hago. Una tendrá la lengua viperina, pero de ahí a ser una víbora va un trecho. Me encuentro relajada, descansada y con ganas de salir a comerme el mundo.

La siguiente hora la dedico a darme una buena ducha, accionando esos maravillosos chorros que le dan caña a mi espalda dolorida, y a acicalarme para la cena. Melena secada al aire, maquillaje suave, vestido de tela batista ceñido al pecho y cuñas de esparto a juego en color fresa. Ahora sí estoy lista para esta noche.

Casi como si la hubiera invocado, Nati me envía un mensaje para que baje. En cuanto piso la calle, Nicolás se pone delante de mí para darme un abrazo de esos que solo saben dar los abuelos: reconfortantes, cálidos y rebosantes de cariño.

—¿Cómo está la segunda chica más guapa de Altea? —pregunta con una sonrisa deslumbrante.

—¿Segunda?

—Lo siento mucho, pero la primera es mi nieta.

—Vale, lo entiendo —contesto con total complicidad—. La verdad es que me siento genial. En cuanto he llegado a la isla he comenzado a experimentar una calma que no tenía desde hacía tiempo.

Bueno, salvo el momento vivido junto al latino pastoso, alias Yotuel, alias mi nuevo casero para mi desgracia, pero eso no se lo voy a decir al abuelo *hippie*.

—Es el efecto de la magia que tiene Ibiza —indica con expresión pícara, como si él supiera algo que yo no sé.

—*Aunque la magia también está en los momentos y en las personas. Déjate llevar, Valentina.*

La mirada intensa de Nicolás me atraviesa y yo frunzo el ceño porque me ha parecido escuchar su voz en mi cabeza, aunque eso es imposible. Ya sabía yo que, a pesar de haber dormido como un bebé sin imágenes extrañas que perturbaran mi sueño, algo raro iba a pasarme. Desde luego, mi subconsciente no está en su mejor momento.

Dejando aparte mis delirios, sigo a mis acompañantes hasta un restaurante cercano que, según me han comentado, sirve platos típicos de la cocina ibicenca. Como no le hago ascos a nada, dejo que ellos elijan lo que vamos a cenar. Así es como me sorprenden con tres platos llenos de sabores que compartimos los cuatro, pues las cantidades dan de sobra para que todos acabemos satisfechos, consistentes en *frit de polp*, ensalada payesa y *guisat de peix*. De postre una *greixonera* que deja mis papilas gustativas al borde de alcanzar el cielo con el toque a canela y limón. En fin, toda una delicia. Menos mal que no me he puesto pantalones porque si no ahora tendría el botón del vaquero formando parte de mi carne.

Mis acompañantes trabajan al día siguiente, así que, una vez pagada la cuenta, me llevan de

vuelta a mi apartamento. A pesar de haber dormido un par de horas esta tarde, me sigo sintiendo cansada, por lo que me limpio bien la cara para eliminar el poco maquillaje que llevo, me embadurno con mis cremas de rigor y me pongo un camisón de seda para meterme en la cama y dejarme llevar de nuevo envuelta en los brazos de Morfeo.

Sin embargo, unos golpes constantes, fuertes, como si estuvieran tirando abajo una pared, que provienen del piso de arriba, me sacan por completo de mi intento de conexión con el mundo onírico. A la par, comienzo a escuchar unos gritos tan altos que parece que quieran competir con los ciento ochenta y ocho decibelios del canto de la ballena azul. ¡Esto es increíble!

No digo yo que la gente no deba divertirse dando rienda suelta a sus bajas pasiones teniendo sexo como mandriles, pero esto es excesivo, pues con tanto traqueteo al final acabarán abriendo un boquete en el techo de mi dormitorio. Si esta fuera alguna de esas noches que me pasaba despierta, dándole vueltas a las cosas, igual lo dejaba pasar. Sin embargo, en estos momentos ese no es el caso, estoy muy cansada y no me dejan dormir, de manera que mi mala hostia sube como la espuma. ¡Estos dos se van a enterar de lo que vale un peine!

Como un huracán, subo los escalones hasta el segundo piso, dándome cuenta de que voy ataviada con un camisón fino que deja poco a la imaginación, y sin calzar. Bueno, ahora no hay tiempo de ponerse exquisita. Soy una mujer cabreada con una misión que no es otra que aporrear la puerta como una salvaje y tocar el timbre hasta fundirlo. Con los pulmones que se gastan los vecinos, tanto una cosa como la otra son necesarias para que me escuchen.

Mi sorpresa es máxima cuando en el umbral aparece Yotuel desnudo en su totalidad y sujetando delante de sus partes una toalla de tocadador. Sencillamente: perfecto. Yo pensando que me había librado de él, por lo menos de momento, y ahora resulta que lo voy a ver hasta en la sopa porque es mi vecino. Uno que está más bueno que el pan de pueblo y que, a juzgar por los sonidos que me habían traído hasta aquí, debe de hacer el amor como los dioses, pero que me irrita con solo abrir esa boca de labios mullidos y sensuales. *¡Basta ya, Valentina! ¡Céntrate!*, me grita la soldado que llevo dentro, con toda la razón del mundo.

—¿Qué pasa, pelirroja? ¿Te comió la lengua un chipoyo verde? —pregunta mientras se apoya con chulería en el marco, brazos cruzados en el pecho incluidos, lo que hace que la toallita quede colgando de su erección.

—Para nada, cubanito. Es más, la traigo bien cargadita de veneno para que no pienses que me he vuelto dulce de la noche a la mañana.

—¿Tú, dulce? Antes se descongelan por completo los polos —contesta con un tinte guasón en su voz—. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Necesitas sal?, ¿azúcar?, ¿que te echen un buen polvo?

—Si necesito algo, no te preocupes que ya me lo consigo yo. Y, desde luego, si quiero que me den un buen meneo ya me busco un tío que no se dedique a resollar como una locomotora a vapor y que sepa tocar la tecla correcta.

—¿Pones en duda mis artes amatorias?

—Perdona, pero te pones en duda tú mismo, que más que echar una cana al aire parece que estés intentando superar el mal de altura.

A Yotuel no parecen afectarle mis palabras ni mi interrupción. Por su expresión divertida da la sensación de que estoy soltando el mejor monólogo de la historia de la comedia. Eso me cabrea todavía más, a la par que su imagen desenfadada me pone tanto que siento la necesidad de dar media vuelta, meterme en la cama de nuevo y darme placer hasta que salga el sol. Sin embargo, he venido aquí con un propósito y no me marcharé hasta conseguir lo que quiero.

—Vamos a ver, cubano, te lo voy a dejar claro. Haced el puto favor de parar con los golpes, cerrad la puta boca y dejadme descansar, porque si no lo hacéis, poco me importará que seas mi

casero. Llamaré a la policía y el fin de fiesta llegará con multa incluida. ¡Así que dejad de joder, hostia ya!

Sin mirar atrás, dejando a Yotuel estupefacto por mi vocabulario de camionera, me dispongo a hacer aquello que más necesito: tumbarme en la cama, fijar mi vista en el espejo del techo y meter la mano entre mis bragas.



CAPÍTULO 8

CAYETANA

—¡Oh, cariño! ¡Qué bien lo haces! ¡Me vuelves loca!

Si esta escena la viera Pedro Almodóvar me contrataba para su próxima película sin pasar un mísero *casting*, porque el cunnilingus que me está realizando mi amante, y supuesto futuro marido, me está pasando tan inadvertido como las llamadas de mi madre. Sin embargo, si fingir que soy la mujer más complacida sexualmente por este mequetrefe es el precio que debo pagar por conseguir mis objetivos, creo que el asunto me sale bastante rentable.

—¡Sí, sí, sí, síí!

Con ese grito magistral doy a entender que acabo de tener la madre de todos los orgasmos femeninos. Por fortuna, como mi acompañante es tonto de remate, porque no se le puede calificar de otra manera, ni se entera de que estoy fingiendo.

—¿Te ha gustado, amorcito?

—Buf, no puedo expresar con palabras lo increíble que has estado, cariño.

Esa expresión tan pagada de sí mismo que pone me da ganas de reír a carcajada limpia, aunque me contengo. Debo mantener mi fachada de mujer satisfecha en todos nuestros encuentros.

—Voy a entrar en ti. Necesito sentirte a mi alrededor.

—Lo estoy deseando —contesto con voz lasciva.

Lo siguiente que viene, tras enfundar su pequeño pene en un condón que le sobra por todos lados, es una serie de resuellos en mi oreja y cuatro estocadas que lo hacen llegar al abismo. Por supuesto, yo pongo de mi parte jadeando bien fuerte para que se note que me está volviendo loca con su movimiento de caderas, y poniendo en práctica las clases de suelo pélvico a las que estoy apuntada, hago pequeñas contracciones con mi vagina, simulando que me he corrido de nuevo. Además, cuanto antes acabe, antes me lo quitaré de encima. Menos mal que tengo otros amantes,

muy discretos todos, que me dan lo que necesito, porque si no acabaría con el surtido de pilas del mundo.

—Cómo me gusta estar contigo, amorcito.

—Y a mí contigo, cariño.

Una media sonrisa inocente, un besito en la punta de su nariz, una caricia en la mejilla y ya lo tengo soltando chispas de amor por los ojos. Por favor, qué básicos son los hombres.

—Pronto tendré que dejarte —dice con voz tristona.

—Lo sé —contesto de igual manera, añadiendo un ligero carraspeo a mi voz para que parezca que estoy a puntito de llorar.

—No, amorcito, no llores, por favor. Sabes que eso me deja desolado.

—Perdona, tienes razón. Es que no lo puedo evitar. Eres mi mundo, cariño.

—Y tú el mío —afirma dándome un beso que deja mis labios llenos de babas. Ni eso sabe hacer bien el desgraciado—. No te preocupes, en dos semanas volveremos a vernos.

—Ya estoy contando los minutos que faltan.

Qué escena, ¿verdad? Ni «Pasión de gavilanes» tenía un guion tan edulcorado, y mira que eso ya es decir mucho. Si esta escena estuviera en una novela romántica seguro que conseguiría atraer a la población femenina y hacerme autora superventas. Lástima que no se me dé bien escribir y que mi máximo recordatorio de algo que haya leído sea la frase: «Con diez cañones por banda»... y se acabó. Sé que es un poema de alguien que murió hace siglos, pero como ese conocimiento no me iba a servir de nada en la vida, lo deseché, como otras muchas cosas.

Me llamo Cayetana de Borja de Soto y Enríquez, y en un futuro seré duquesa de Escalona y grande de España. Sin embargo, hasta que mi padre, Francisco, no se muera, yo no recibiré título alguno ni propiedades. Tampoco dinero, porque a pesar de tener rancio abolengo y pertenecer a la aristocracia, mi progenitor me cortó el grifo hace años. Según él, abogado de profesión, debía aprender el significado de la palabra trabajar y hacerlo por mí misma, pues Francisco no pensaba meterme en su bufete ni hablar con ninguno de sus amigos influyentes.

Como los estudios no eran lo mío y no había nada que llamara en especial mi atención, decidí probar suerte con dieciocho años en el concurso para la elección de *Miss Madrid*. Contra todo pronóstico, salí elegida, y mi banda recién estrenada me dio el pase directo para presentarme a *Miss España*. Ese año, varias de las aspirantes eran unas verdaderas bellezas, así que no tenía muchas esperanzas de ganar. Sin embargo, mi forma elegante de caminar, mis modales exquisitos y la finura de la alta sociedad que corría por mis venas deleitaron a los jueces, que me dieron la puntuación más alta de la historia del concurso. Así es como me alcé con la corona más codiciada por algunas adolescentes que comienzan en el mundo de la moda. Un gran escándalo se generó debido a mi coronación como reina de la belleza española, ya que las malas lenguas que se movían por los programas de cotilleos afirmaban que mi victoria se debía a mi casta noble. A mí sus comentarios maliciosos me resbalaron, pues tanto daba el motivo por el cual había ganado, el caso era que lo había hecho, dejando a mi padre contento y comenzando así mi carrera como modelo.

Mi cara angelical, mis labios gruesos y mis ojos verdes causaban sensación tanto en las pasarelas más importantes del mundo como en las revistas de moda y maquillaje. Además, fui lista y supe jugar mis cartas no dando escándalos y manteniéndome en un perfil bajo, lo que hizo que me convirtiera en un ejemplo a seguir para muchas jóvenes de mi generación. En ese punto, todas las marcas querían trabajar con Cayetana.

Pasé muchos años viviendo a caballo entre París y Milán, rodeada de personas que me daban todo aquello que pedía, acudiendo a fiestas donde yo era la personalidad más esperada, vistiendo

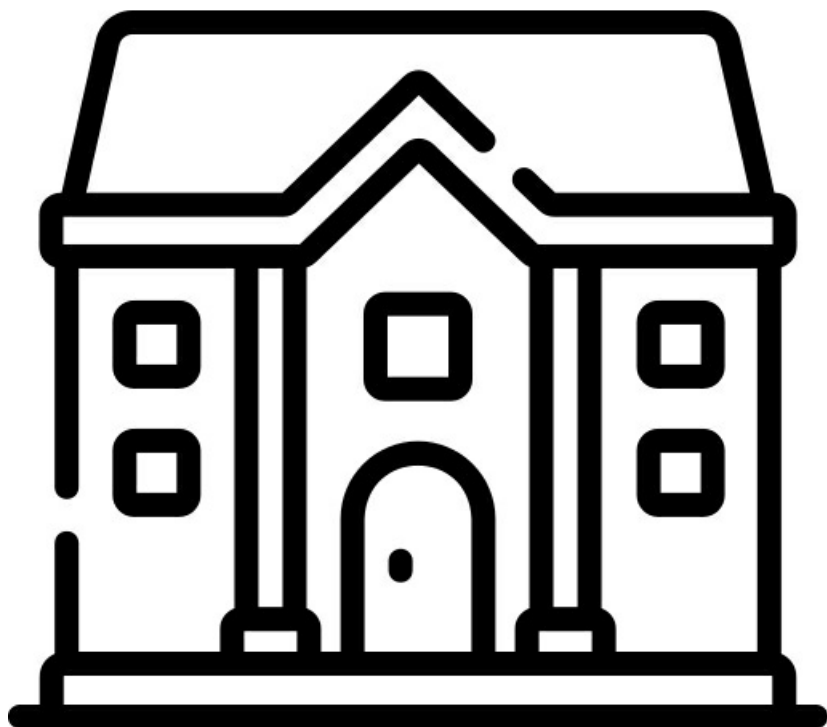
ropa de las mejores firmas y entrando por la puerta vip en todos los eventos que tenían lugar.

Así pues, conseguí muchos logros en mi carrera profesional que me dieron un nombre más allá de mi futuro título nobiliario, y, por primera vez en mi vida, me sentí conectada con algo. El mundo de la moda me atrapó para nunca más soltarme.

Aunque seguía haciendo algún trabajo de vez en cuando, lo cierto es que el paso del tiempo es el peor enemigo de las modelos, por lo que puse en marcha un plan pensado durante años para continuar vinculada a mi gran pasión.

Yo no tenía ni idea de patronaje ni de hechuras ni de dibujar bocetos, pero sí tenía mucho gusto, imaginación y, lo más importante, una joven promesa del diseño llamada Marco Dubois. Con su talento y mi ingenio creamos Mélange, una marca de moda cuyo sello identificativo eran los estampados de colores vivos y los diseños transgresores. Nuestra presentación ocurrió hace seis años en la Milano Fashion Week y la gente se volvió loca con nuestra propuesta. Los contratos comenzaron a llover, el teléfono no paraba de sonar en todo el día, las celebridades hacían cola para ser vestidas por nosotros. En fin, todo iba viento en popa. Hasta que, dos años después, llegó ella. Valentina.

Yo había trabajado durante años para labrarme un camino, un nombre y un futuro, y esa niña peca de pueblo, a la que todos calificaban como la nueva Coco Chanel, me estaba quitando aquello que era mío por derecho. Y eso Cayetana de Borja de Soto y Enríquez no lo iba a consentir. Mi plan para hacerme dueña de su marca ya estaba en marcha y nada ni nadie me pararía.



CAPÍTULO 9

YOTUEL

El despertador suena dando comienzo a un nuevo día, pero antes de que emita su particular sonido ya estoy calzándome las zapatillas, dispuesto a salir a correr. Quizá cuando lo haga consiga quitarme de la cabeza la imagen de Valentina vestida con ese escueto camisón y su vocabulario de camionero, que en vez de asustarme me encendió más que todos los malabares que la holandesa llevaba horas probando conmigo, y os prometo que era toda una experta en la materia.

Cuando llegué con ella a casa solo tenía dos propósitos en mente: el primero, disfrutar de sus interminables piernas y su hábil lengua; y el segundo, hacer tanto ruido que Valentina no pudiera dormir. Sin embargo, lo que nunca imaginé fue que aporrease mi puerta y me echase tal bronca, con la que llegué a sentirme como un completo seboruco. No pude volver a concentrarme y, de la mejor forma posible, le indiqué a mi compañera de juegos que la fiesta había llegado a su fin. Por suerte, no se enfadó en exceso, supongo que los tres orgasmos que llevaba a sus espaldas le impidieron hacerlo.

En cambio, yo no he pegado ojo el resto de la noche, y Valentina y su camisón —ese que me moría por arrancarle con los dientes— me han hecho compañía hasta que no he tenido más remedio que ocuparme yo solito de mi tremenda erección. Solo me faltaba que gracias a su presencia y todo lo que provoca en mí volviera a la época de cascármela a todas horas. Eso está bien cuando eres un adolescente con las hormonas revolucionadas, pero cuando tienes más de

treinta, y una vida sexual activa, es un problema. .

Reconozco que tengo un problema y es que esa pelirroja y su actitud me atraen demasiado. Es muy distinta a las chicas con las que suelo salir, ellas buscan aparentar una perfección que nadie consigue creerse, una buena disposición que llega a ser absurda; y unas expectativas que solo los superhéroes son capaces de cumplir. Pero Valentina, en los pocos encuentros que hemos tenido, no ha intentado contentarme, halagarme ni mucho menos complacerme. Ha sido ella en todo momento y eso me resulta demasiado atrayente, demasiado excitante.

Deseando despejar mi mente, corro como si me persiguiera el mismísimo diablo durante más de una hora. Pero ni el increíble paisaje, ni el esfuerzo al que someto a mi cuerpo, ni la música a todo volumen de AC/DC —hoy necesitaba algo fuerte y nada de baladas melosas, que para eso ya estaba yo— han conseguido que me deshaga de la extraña sensación que inunda mi cuerpo desde que ayer vi llegar a la pelirroja.

Cansado de todo, y eso que solo son las nueve de la mañana, doy por terminado mi entreno y pongo rumbo a mi *gao*. Después de una larga ducha —con toqueteo incluido— y un buen desayuno, doy comienzo a una nueva jornada laboral.

Un nuevo piso se ha metido en mi mente y no descansaré hasta que lo consiga, aunque para eso deba suplicarle a la actual dueña, y algo me dice que toda mi labia no será suficiente. Ava es una inglesa con más leyes que un político y una mala leche que es imposible que le entre en ese cuerpo tan pequeño. Una de sus condiciones para vender el inmueble, según me ha comentado mi abogado, es que solo lo venderá a una feliz pareja. Algo que, de momento, yo no puedo ofrecerle, pero tampoco voy a rendirme y seguiré insistiendo y aumentando la cifra hasta que entre en razón, para disgusto de mi licenciado.

Dos reuniones poco fructíferas, varias visitas a mis actuales inquilinos, tres entregas de llaves y mil problemas con distintos proveedores han logrado que la mañana pasara volando y, como cada día, porque las buenas costumbres no hay que perderlas, estoy de nuevo en la puerta del Viva Cuba. La algarabía normal que baña el local a estas horas me recibe provocando una gran sonrisa en mi cara, sin embargo, un nuevo escalofrío me hace bajar de mi pequeño respiro.

La primera en recibirme es mi *pura*, que nada más verme viene a darme una buena sesión de mimos, besos y abrazos que acepto encantado. La siguen mis hermanas, que actúan de una forma muy extraña —más de lo que es normal en ellas, y eso ya es mucho decir— y por último, mi abuelita, que lo hace como si llevara años sin verme.

—Mi chamita, pero qué elegante y guapo te has puesto hoy.

Sus palabras me sorprenden, ya que un vaquero y una camiseta básica negra no creo que sean el sinónimo de la elegancia y el buen vestir. Aunque, tratándose de mi abuelita, nada me sorprende, su locura y desvaríos en los últimos meses me tienen perdido por completo.

—Mi chama es el hombre más guapo, listo y buena persona de toda la isla.

Es el turno de mi *pura* de elevar mis virtudes.

Parece que hoy es el día de Alabemos a Yotuel y todo lo bueno que hay en él, eso o están tramando algo que saben que no me gustará; y primero me hacen la pelota para luego darme una hostia de libro que no veré venir y de la que tampoco podré librarme.

—No os paséis con tanto halago, que no es una reencarnación divina ni nada por el estilo.

Mucho estaba tardando Lisandra en joder el momento, no habla por celos, no, lo dice porque es una piojosa envidiosa que disfruta metiéndose con los demás y si es conmigo, mucho más.

—Ya tú sabes, *mi amol*, en casa soy el rey y tú una enojosa.

El avión^[21] que me da mi abuelita en el cogote no lo veo venir hasta que impacta en mi cabeza, provocando las risas de todas.

—No me seas aguajero, no te educamos así. Tu hermana puede ser un poco enojosa, no lo discuto, todos la conocemos y aceptamos, pero ten claro que en casa solo hay un rey y ese es Tito Puente.

—Bueno, me conformaré con ser el príncipe y, ahora, ¿podemos sentarnos a comer? Estoy a punto de guindar el sable^[22] del hambre que siento.

—Claro, cariño, además, hoy tenemos invitadas.

Sus palabras me descolocan unos segundos, los que tardan las brujas de mi familia en apartarse y dejar a la vista a nuestras invitadas, que nos observan divertidas desde la mesa. ¡Maldita sea! Esto no puede ser verdad. Con todos los restaurantes que hay en la isla, ¡Nati y Valentina tienen que venir justo a este!, aunque no sé de qué me sorprende, la morenita es una enamorada de la comida cubana y suele venir muy a menudo a degustar los platos de mi *pura*. Por no hablar de lo bien que se lleva con mis hermanas y en especial con mi abuelita. Si mi idea era perder de vista a la pelirroja, el karma ya comienza a hacer de las suyas para ponérmelo muy difícil.

—¡Yotuel! —El nuevo *avión* de mi dulce abuelita despeja de golpe mi mente y me devuelve a la realidad.

—Guárdate la mano, viejita —le digo entre susurros antes de poner mi mejor sonrisa y saludar a las que hoy serán nuestras invitadas en la mesa—. Qué suerte la mía de poder disfrutar de la compañía de dos preciosos bombones durante la comida.

Beso con cariño a Nati, que me responde con la misma efusividad y, como no quiero perder mis *berocos*^[23] a manos de la pelirroja —les tengo demasiado cariño—, guardo las distancias con ella.

—Valentina.

—Yotuel —responde con su chulería habitual, deseándome de todo lo malo, lo peor.

Sentados en la mesa, disfrutamos de un buen plato de ajiaco bien picante, vaca frita, tamales en hojas, quimbombó cubano, rabo encendido —no penséis mal, que hablo de comida—, enchilado de langosta y un picadillo a la criolla que está de escándalo. Todos comemos con ganas, en especial Valentina, que no duda en ensalzar la buena mano de las mujeres Cruz en la cocina.

Ellas hablan de mil temas a una velocidad que me es imposible seguirles el ritmo, por lo que me centro en intentar descubrir por qué la presencia de la pelirroja me afecta tanto. No es la primera mujer que me atrae hasta dejarme atontado, tengo gran facilidad para enamorarme y suelo sufrir mucho por ello. Sin embargo, esta vez es diferente, y las puñeteras palabras de mi abuelita, que no dejan de bailar por mi mente, tampoco me ayudan.

Han debido de preguntarme algo, pero al andar en mi mundo no me he dado cuenta, por lo que mi dulce abuelita —lo digo con toda la ironía del mundo—, ha decidido traerme de nuevo a la vida dándome un fuerte pellizco.

—¡Abuelita! —grito enfadado.

Doña Caridad asegura que sus dedos ya no son lo que eran, y menos mal, porque acaba de robarme media cadera. De estar en plenas facultades me haría un trasplante sin necesidad de pasar por quirófano.

—Pensaba que te había dado una *sirimba*^[24], mi chama.

—No, solo estaba pensando en el trabajo —gruño, todavía recomponiéndome de su vil ataque.

—Ya *anda metiendo curva* ^[25]—se burla Lisandra, para deleite de las demás que ríen encantadas.

Bufo enfadado por ser la diversión de siete brujas con ganas de marcha, en especial la pelirroja a la que el brillo que cubre su mirada me confirma lo bien que lo está pasando a mi costa.

—Mi Natuchi —así llama mi abuelita a Nati, no me preguntéis el motivo, ya que no lo sé—, te preguntaba si podrías enseñarles algún lugar mágico de la isla esta tarde.

—Tu Natuchi conoce la isla igual de bien que yo, no creo que me necesite.

Otro nuevo pellizco me hace dar un salto de la silla y, aunque miro a mi abuelita con ganas de matarla, ella no se da por ofendida y sigue luciendo su mejor carita dulce.

—Me encantaría, pero...

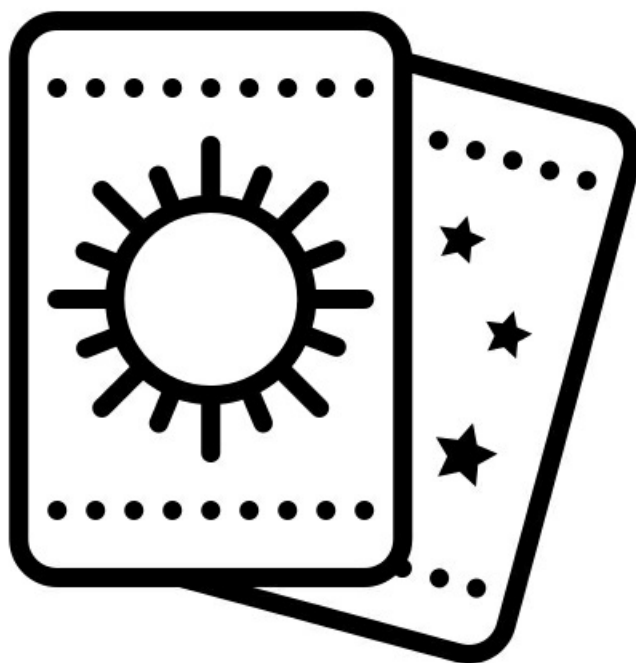
—No creo que necesitemos a la versión defectuosa de William Levy para conocer la isla. Te recuerdo que don Google hace la misma función y, sobre todo, le entiendo cuando habla.

Sus palabras me hacen *coger berro* ^[26] que no puedo disimular y puede que ese sea el motivo de que hable antes de pensar. O que las ganas de llevarle la contraria y darle la tarde sean superiores a mis intenciones de mantenerme lejos de su presencia.

—Me encantaría, pero... —vuelvo a empezar—, iremos en mi coche. Las calabazas y escobas las dejo para las brujas, además, a las ocho tengo que ir con Eliany y no puedo llegar tarde.

—Perfecto, mi chama, las chicas lo pasarán en grande en tu compañía y tú no olvides que el rojo es tu color —vuelve al ataque mi abuelita, empeorando mi estado.

No sé qué nos deparará la tarde, pero algo me dice que no me voy a aburrir. Solo espero que Valentina contenga su lengua antes de que termine tirándola por algún barranco o, lo que sería peor, que sea yo quien termine lanzándome sobre ella.



CAPÍTULO 10

CARIDAD

La vida ha sido buena conmigo, aunque por mi historia pueda parecer lo contrario. No fue fácil en mi época dejar al huevón que elegí como compañero, aun así, lo hice y no me arrepiento. Él era un *habitante*^[27] que solo vivía para *cumbanchar*^[28] y si era con chamas más jóvenes, mucho mejor. No voy a quitarme culpa, fui responsable en gran parte de lo que sucedió, consentí sus mentiras, sus continuas faltas de respeto, su dejadez y, lo peor de todo, permití que mis hijas creyeran que ese comportamiento era correcto.

Fue difícil salir adelante sola, era una mujer sin estudios ni dinero, con tres chamas pequeñas a mi cargo, sin embargo, no me dejé llevar por el *ñao* y con esfuerzo, ganas y muchas lágrimas les di una vida mejor a mis hijas, a todas, menos a mi pequeña Maritza. Ella conoció de la peor forma posible lo mucho que un mal *amol* puede doler. En silencio soportó bofetadas, golpes, insultos y vejaciones a manos de un desgraciado que estaba bebido todo el día. Fueron muchas las broncas entre nosotras, hasta que abrió los ojos y puso fin a su tortura.

Hoy en día eso sería considerado maltrato, pero en nuestra época era el pan que todas las mujeres debíamos soportar sin quejarnos. Si un hombre levantaba su mano, la única culpable era la mujer, ya que algo habría hecho para que él actuara así. No teníamos dónde acudir, nadie nos creía y mucho menos nos ayudaban, éramos necesarias en los *gaos* y prescindibles para el mundo. Por suerte, la sociedad está cambiando, tenemos más derechos y oportunidades, aunque todavía falta mucho para estar a la altura de los hombres, y hasta que no cambiemos eso no podremos avanzar como sociedad.

Con muy poca astilla en las manos pusimos rumbo a la tierra de las oportunidades: España. Primero llegamos a Madrid y dos años más tarde a Ibiza. Aquí los gallegos nos dieron todo lo que en nuestra isleta nos faltaba y poco a poco la felicidad que tanto añorábamos llegó. Con ganas de *currar*^[29], montamos un modesto *paladar*^[30] que hoy en día es un gran restaurante, donde tanto *yumas*^[31] como lugareños disfrutaban de la comida cubana y nuestra buena onda, convirtiéndonos en unas patronas respetadas. ¡Ver para creer o soñar para vivir!

Me siento muy orgullosa de lo que hemos conseguido, pero, sobre todo, me siento orgullosa de la familia que tengo. Mis cuatro nietas son una bendición; luchadoras, guerreras, fuertes e independientes y *tienen más cojones que Maceo*, aunque no os voy a engañar, son tercas, brutas, metiches y chismosas como ellas solas. Nos han dado una gran lección a su madre y a mí demostrándonos que hay *amol* bueno y que solo necesitas buscarlo en el sitio correcto.

Solo me falta que Yotuel —mi ojito derecho— tenga *jeba*^[32], para que mi felicidad sea completa y pueda irme de este mundo con todo mi trabajo terminado. El problema es que el cayuco de mi nieto no sabe dónde buscar, y eso que le he dado varias pistas. Es muy listo para sus negocios, pero para el *amol* es un *guacarnaco*^[33] como él solo, por eso tengo que darle un empujoncito.

Sé lo que he visto en mis sueños, lo que mis cartas me anuncian, pero o aligero las cosas o me convertiré en momia y Yotuel seguirá buscando su particular «tormenta roja».

—*Abuelita, ¿qué bolá?* ^[34]—interrumpe mis pensamientos Mayelin.

—*Aquí estoy en el tibirí*^[35], mi chama —respondo lo más inocente que puedo.

—No intentes engañarme, viejita, sé que algo andas tramando.

Engañar a Mayelin es imposible, tiene un radar que caza a las personas a cien millas. Ojalá lo tuviera tan fino con sus parejas, que todas terminan viéndole la cara de *sanaca*^[36] y le quitan hasta las entrañas. Pero no puedo decirle nada, ambas nos parecemos demasiado, es más, ella ha heredado mis dones, aunque se niegue a usarlos.

—Solo estoy echando una tiradita a las cartas, na más.

—Solo estás viendo qué pasará con Yotuel, no inventes —replica divertida.

—¿Me ayudarás?

Puedo encargarme de este trabajito sola, sin embargo, me encanta compartir momentos con ella, sobre todo porque el día que me marche con *Diosito*, Mayelin tendrá que ocupar mi puesto y todavía tengo mucho que enseñarle a esta *filtra*^[37] *metiche*.

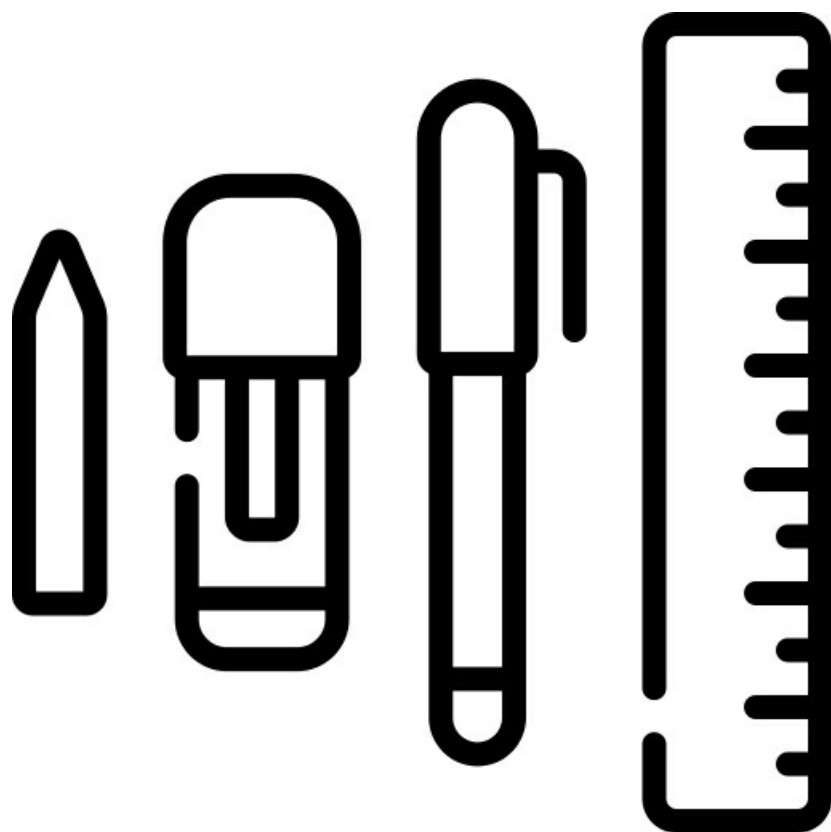
—No, no quiero morir a manos de Yotuel y tú, viejita entrometida, deberías dejarlo tranquilo. Sabes que no cree en tus visiones, por no mencionar lo mucho que odia que andemos merodeando en su vida.

Sé que mi chama no cree en mis dones, pero eso nunca me ha importado a la hora de ayudarlo cuando lo ha necesitado. Mi familia y su felicidad son lo primero, todo lo demás es secundario, incluso lo que ellos piensen.

—Como quieras, titi, aunque agradecería que me guardaras el secreto durante un tiempito na más.

Su dulce sonrisa me confirma que me hará el favor y mantendrá su boca cerradita. Después de hablar durante un par de minutos más sobre sus nuevas ideas para el Viva Cuba, nos despedimos y cada una sigue su camino.

No puedo perder más tiempo, tengo que ir en busca de mi *compay* para que me aconseje y, puede que, con un poco de suerte, me ayude en mis planes; conociéndole, sé que lo hará. Quiera o no quiera mi chama, el rojo es su color y lo tiene mucho más cerca de lo que imagina.



CAPÍTULO 11

VALENTINA

Tras mi discusión con Yotuel en el quicio de la puerta de su apartamento y el posterior trabajito en mis partes debido a la excitación que me había provocado su imagen desnuda, conseguí conectar con el mundo de los sueños. Lo lógico era que me hubiera despertado como si un camión me hubiese pasado por encima. Sin embargo, después de tan solo cinco horas de sueño, me levanto como una rosa a las siete de la mañana. Esto me hace pensar en muchas cosas, pues a pesar de que nunca he sido una persona muy dormilona, lo cierto es que llevo años sin despertarme tan descansada.

Lo primero que me viene a la cabeza es que, desde hace cuatro años, cuando pegué el pelotazo en el mundo de la moda, no había parado de trabajar como una mula. Las colecciones se sucedían una tras otra, el estrés se acumulaba en cada confección, el caos venía a visitarme en cada viaje y los contratiempos eran el pan de cada día entre las bambalinas de un desfile. Cuando todo eso terminaba no había descanso posible, pues la rueda volvía a girar, poniéndose en marcha la maquinaria de lo que Valentina's iba a ofrecer la próxima temporada, con lo que me pasaba la vida en una tensión constante. No recuerdo la última vez que tuve un pequeño parón, ya ni hablamos de unas vacaciones.

Lo segundo que pienso es que el orgasmo de la pasada noche, además de resultar toda una novedad, me había dejado el cuerpo en un estado de relajación poco común en mí. Si me ponía pensativa, no llegaba a mi mente ningún recuerdo cercano en el que me hubiera corrido así.

Bueno, ya puesta a decir la verdad, ni cercano ni lejano. Los hombres con los que había estado antes de tener pareja sabían embaucar, dar besos de escándalo, pero a la hora de la verdad eran más de ir al meollo de la cuestión, y todas sabemos que la mujer con lo que menos porcentaje de éxito tiene es con la penetración. En fin, es algo que da gustillo, pero hay que saber hacerlo muy bien para que el clímax sea una realidad.

Harta de todo y de todos, decidí darle una oportunidad a Rodrigo, que llevaba meses con el pico y la pala a cuestas intentando tener una cita conmigo. Como ya he dicho, me resultaba atractivo y, al principio, me lo pasaba bien con él. Fuera de la cama. En el dormitorio, el pobre le ponía mucho empeño, de verdad que sí, pero no conseguía hacerme tocar el cielo. Ni tan siquiera el techo, dicho sea de paso. Mirándolo en perspectiva, con la comodidad que supone la distancia física y psicológica del lugar donde todo comenzó, no sé por qué continué con él. Supongo que todo lo que hacíamos juntos, exceptuando el sexo, me bastaba en aquellos tiempos. Sin embargo, una parte de mí se había activado hacía meses, comenzando a poner en duda muchas cosas que rodeaban mi existencia, formando Rodrigo parte de ellas. La llegada a Ibiza lo ha magnificado todo y eso que no llevo aquí ni un día.

Debo empezar a poner al día mis asuntos y mi novio será el primero de ellos. No se trata solo de sexo, aunque es un punto importante. Se trata de que hace tiempo que no me siento a gusto a su alrededor. Nunca he sido una persona de estar por estar, por aquello de la costumbre o del refrán de lo malo conocido, así que no sé cómo he llegado a tal punto con mi relación. Supongo que el no tener tiempo para pararme a pensar había jugado un papel importante, en este caso, en mi contra. No obstante, ¡esto se acaba ya!

En cuanto tomo la decisión, noto como un peso se me quita de encima, uno gigante que llevaba tiempo asfixiándome sin que me diera cuenta. A continuación, me levanto de la cama, voy al baño, me miro en el espejo y sonrío. Esa imagen, la de una Valentina pletórica, hacía años que no me saludaba desde el otro lado.

Con algo un poco más claro, a la espera de que pueda solucionarlo del todo, me meto en la ducha para comenzar la mañana bien fresca. Me gustaría hacer algo de deporte, pero como todavía no conozco la isla, y no soy una persona a la que le guste correr, tendré que esperar a investigar un poco. Igual encuentro un estudio de pilates que no me quede muy lejos. O quizá retome las clases de bailes latinos a las que solía acudir en la universidad.

Tras desayunar un par de tostadas hasta arriba de tomate y un buen café con leche, me aplico un poco de máscara de pestañas, brillo de labios y crema facial factor solar ochocientos. Hoy no me apetece ponerme de punta en blanco, así que elijo unos vaqueros desgastados que dejan el tobillo al aire, un cárdigan de manga larga en color azulón, unas Adidas Nizza en blanco nuclear y ya estoy lista para salir.

Son las nueve y media, y mi barrio parece que está muy activo. Ayer me quedó pendiente ir al mercado, así que hoy va a ser el día en el que llene mi nueva nevera y mi congelador de ingredientes para hacer platos ricos, aunque antes de acercarme allí me voy a detener en el bazar chino que tengo justo al lado. Mi objetivo es adquirir un carro de la compra, pues me parece una tontería coger el coche para ir a un sitio que está a diez minutos a pie de mi apartamento y tampoco me apetece ir cargada como una mula, que luego la espalda se resiente.

Junto a mi amigo con ruedas, doy una vuelta por los puestos de Es Mercat de Santa Eulalia, volviéndome loca con los productos frescos que ofrece y llenando hasta los topes a mi nuevo compañero. Una vez en casa, mientras estoy colocando todo en el frigorífico, recibo un mensaje de Nati que me avisa que pasará a por mí a la hora de la comida. Quiere llevarme a un sitio especial para ella. Sin embargo, nada podía prepararme para lo que se avecinaba.

El lugar en cuestión es el restaurante Viva Cuba, que pertenece a la familia de Yotuel. El sitio es una pasada de precioso, con todos los detalles que te puedas imaginar sobre la fantástica isla de la que provienen sus dueñas, las personas más amables que he conocido en mi vida. Caridad, la abuela, me parece un encanto y me recuerda mucho a mi querido Nicolás. La comida es una locura, rica en sabores, presentada de forma increíble, con matices que notas en cada bocado. Sin embargo, alguien debía romper mi día zen y ese no es otro que Yotuel.

Durante la comida, a la que su abuela decide que debe disfrutar junto a nosotras, se porta bastante bien. No hace alusión a la pasada noche y lo cierto es que se lo agradezco. Hay ocasiones en las que es mejor hacer borrón y cuenta nueva. Después viene el momento en el que Caridad de nuevo mete el hocico para sugerir, por no decir obligar, a su nieto a llevarnos de ruta. Es una mujer cariñosa, entrañable, alguien que me produce admiración porque, aunque no me ha contado su historia, me da la sensación de que ha pasado por mucho antes de llegar a donde está hoy en día, pero en estos momentos tengo unas ganas tremendas de amordazarla y encerrarla en algún lugar.

No obstante, poco podemos hacer para cambiar la situación, pues parece que su palabra es ley. Además, juega con el hecho de que es una persona mayor, y claro, ¿cómo vas a llevarle la contraria a una pobre viejita? Exacto, no puedes. Así que, tanto a su nieto como a mí nos toca tragar y seguir adelante.

—Menos mal que no vas en tacos^[38] porque te voy a hacer mover esas piernas, *mamey* —dice Yotuel con una amplia sonrisa que me apetece quitarle de un sopapo.

—A ver si te crees que empecé a andar ayer. No tengo problemas en mover estas piernas, cubano. Pero ¿no se supone que íbamos en tu coche?

—Sí, porque pretendía llevaros fuera de Santa Eulalia, aunque lo he pensado mejor. No tengo mucho tiempo esta tarde, así que mejor nos quedamos en el pueblo.

—Ya te he dicho que no hace falta que nos acompañes. Somos bastante capaces de encontrar el camino solitas.

—Tranquila, fiera. Eso no lo pongo en duda. Sin embargo, nunca desaprovecho una ocasión para estar con dos bellezas.

—Oh, por favor. Deja tu lengua melosa para la amante de turno, que me estás revolviendo el estómago.

Yotuel se acerca a mí con las manos en alto, sin tocarme un solo pelo, y se inclina hacia mi oído. Las siguientes palabras que me dedica en un susurro me producen una contracción en mis partes:

—A la de anoche le encantó mi lengua melosa.

Mostrando una sonrisa canalla, sabedor de que me ha producido de todo menos miedo, da media vuelta y va a por Nati, que está cotorreando con una de sus hermanas. Cuando estamos los tres reunidos, nos encaminamos hacia la calle.

El primer sitio donde nos lleva es al Puig de Missa, una colina situada dentro de la población y que es el enclave donde se asienta la iglesia de Santa Eulalia. Yotuel nos habla del edificio con total soltura, comentando que fue uno de los cuatro templos fortaleza que se erigieron en la isla a modo de protección frente a los ataques de los corsarios turcos y norteafricanos. Pasamos también por el mirador, desde donde podemos ver el pueblo a nuestros pies y el mar que se extiende infinito. La forma pausada de hablar del cubano, unida a la cantidad de conocimientos que tiene sobre el entorno, me enseña otra cara de él. Una faceta que me está empezando a gustar más allá del atractivo y no creo que eso me convenga, pues me parece que el tío es de los de mucha labia y luego, si te he visto, no me acuerdo.

Dejando atrás la colina, nos dirigimos hacia el *Pont des Molins*, por donde transcurre el río de Santa Eulalia al pie de sus arcos y que es un lugar mágico del que se cuentan innumerables leyendas, como la del duende *fameliar* o la del diablo que lo construyó en una sola noche a cambio de un alma. Fábulas aparte, lo cierto es que este sitio tiene algo que lo hace especial.

Terminamos el recorrido medio improvisado por nuestro guía bajando por el paseo del río y cruzando al otro lado por una pasarela que se encuentra casi al final para visitar Es Caló de s'Alga, una pequeña playa un tanto difícil de encontrar, a no ser que vayas con alguien que la conozca. Disfrutamos un rato de la tranquilidad que se respira en este lugar junto al olor a salitre y volvemos sobre nuestros pasos para dirigirnos hasta la puerta del restaurante. Nati y yo nos despedimos ahí de Yotuel, ella con un beso y un abrazo de lapa, yo haciendo un gesto seco con la cabeza. Nos damos media vuelta para coger cada una un camino, pues al parecer a mi amiga la ruta le ha dado la inspiración que le faltaba para crear el jarrón perfecto que necesita una de sus clientas. En fin, no la culpo, yo he escapado un montón de veces de una quedada porque tenía que plasmar en el papel un modelito que se me había ocurrido justo en ese momento.

—¡Valentina! ¡Espera!

Me giro con el ceño fruncido en busca de la voz que ha gritado mi nombre y veo que es el cubano corriendo hasta donde yo estoy.

—¿Qué quieres ahora?

—Acompañarte a casa.

—No necesito niñera.

—Lo sé, eres una mujer fuerte, capaz, independiente, y pobre del seboruco al que se le ocurra tocarte un cabello porque acabará con los *berocos* por corbata.

—Veo que tienes bien aprendida la lección. Adiós —indico girándome de nuevo para continuar mi camino, pero él me frena con una mano—. ¿Qué dijimos de tocar, cubano?

—Valentina no se toca. También lo sé. Sin embargo, necesito pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿A mí?

Él asiente poniendo una cara muy seria y yo empiezo a reírme como una descosida por lo bizarra que resulta esta situación. Suelto una carcajada tras otra, hasta que empieza a dolerme el estómago y unas finas lágrimas aparecen en mis ojos. Pero este tío, ¿de qué va? ¿Me ha visto cara de tonta o qué?

—Vale ya con la tontería, cubano. ¿Crees que nací ayer?

—No te sigo, pelirroja.

—Tú lo que quieres es meterte entre mis bragas y ya no sabes ni qué inventar.

—No te voy a negar que me gustaría quitarte a bocados ese *fardo*^[39] que llevas puesto. Pero no es eso —coge una bocanada de aire y lo suelta antes de continuar—, verás, tengo un piso en el punto de mira desde hace algún tiempo. Quiero que sea mío porque la ubicación es inmejorable y no me tendría que meter en reformas. Está impecable.

—¿Y qué?

—Pues que su propietaria pone una condición para comprarlo: debe hacerlo una pareja.

—Y ¿eso qué tiene que ver conmigo? —Yotuel levanta las cejas y, antes de que vuelva a hablar, comprendo de inmediato lo que me pide—. ¡Estás loco! ¡De eso nada, chaval! No pienso hacerme pasar por tu novia ni loca. Pídeselo a Nati, que parece que estáis muy acaramelados cada vez que os veis.

En cuanto suelto esas palabras por mi boca me dan ganas de pegarme cabezazos contra la pared del edificio que tengo al lado. ¿Cómo es posible que yo haya dicho eso de mi amiga prácticamente casada? ¿En qué narices estoy pensando? *No estás pensando*, me recuerda mi

maldita conciencia.

—¿Celosa?

—Ni en tus sueños, cubano. Solo digo que os lleváis muy bien.

—Cierto, pero Nati no me sirve porque Ava, la propietaria, la conoce. Es clienta de su tienda, una bastante asidua, por cierto, y sabe que está emparejada con mi amigo el albino. Este pueblo es muy pequeño, Valentina. Al final... nos acabamos conociendo todos.

—Entonces, también sabrá que tú no tienes pareja.

—Bueno, eso es algo que ahora no me preocupa. Ya me inventaré algo sobre la marcha.

—Pues se lo pides a la que estaba anoche contigo. Seguro que estará encantada de hacerte el favor por un módico precio —contesto casi escupiendo las palabras como si me quemaran.

—A ella no la conozco de nada.

—A mí tampoco.

—Pelirroja, te puedo asegurar que he hablado contigo más minutos que con ella —indica guiñándome un ojo.

—¡Oh, por Dios! ¿Por qué habré dicho nada?

—Si lo aceptas, estoy dispuesto a darte lo que me pidas.

Y es ahí cuando la conversación se torna, de repente, más interesante para mí. Me parece que no se ha pensado muy bien lo que ha dicho, pero voy a aprovechar el tirón. Espero no arrepentirme de esto.

—¿Lo que quiera, cubano?

—Sí, *mamey*, lo que quieras —resuelve con mirada suplicante—. Mira, no sé si te gusta bailar, pero puedo darte clases gratis de salsa. Soy un buen profesor, suelo ayudar a una amiga con las tuyas.

—Pues voy a aceptar el ofrecimiento. Me encanta bailar y estaba pensando en retomar las clases a las que iba en la universidad.

—Perfecto, entonces. Seré tu profesor por tiempo indefinido —concluye poniendo una mano entre nuestros cuerpos para sellar el pacto.

—Sin embargo, hay algo más.

—Pues dale, dímelo. Ya he dicho que te daría lo que fuera, siempre que esté en mi mano.

—Uy, sí. Ya lo creo que sí está en tu mano —contesto bajando la voz a un susurro, provocando que Yotuel trague saliva de forma ruidosa—. ¿Tengo toda tu atención, cubano?

—Siempre, pelirroja.

—Vas a dejar de tener sexo.

Mis palabras hacen que se separe de mí como si le hubiera quemado y me mire con cara horrorizada. Me resulta hasta chistoso, pero no pienso reírme como antes y perder la compostura. Si quiero que salga bien, debo ser firme.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, chaval.

—No puedes pedirme eso. Soy latino. Eso es como pedir que se termine la Navidad. Algo imposible, inviable. No, no y no.

—Entonces, no hay trato —sentencio encogiéndome mis hombros con toda la parsimonia del mundo.

—Valentina, ¡por favor!

—Ni Valentina ni Valentín. No pienso pasar otra noche como la de ayer. Me tuve que tomar una pastilla para poder dormir. Soy una persona muy sensible con el sueño, Yotuel, y tú me lo fastidiaste. Además, he venido a la isla a intentar bajar mi nivel de estrés y tú no me ayudas

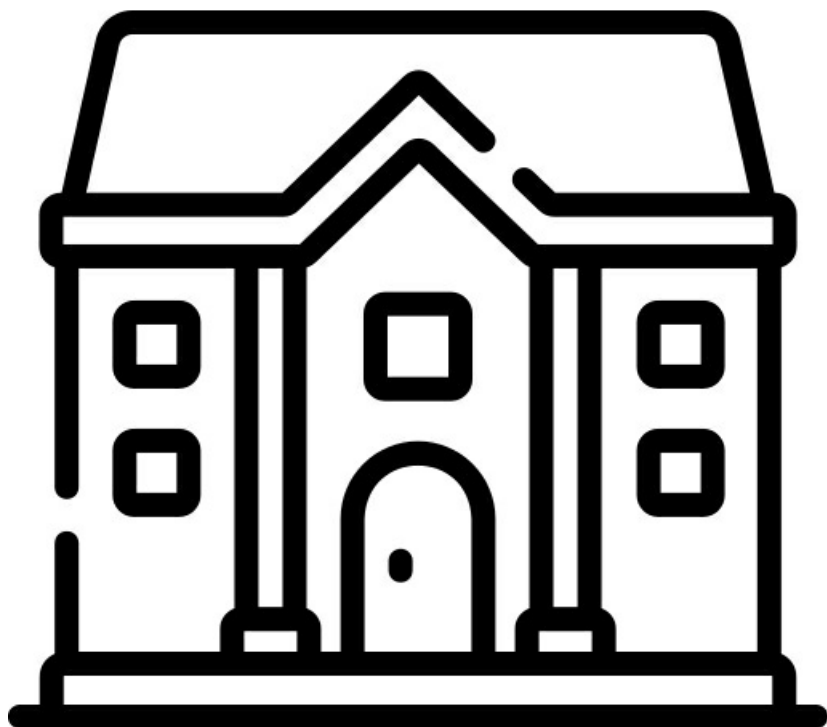
precisamente. Cuando se trata de mi salud, no hago bromas.

¡Mentirosa, mentirosa y supermentirosa!, dice mi conciencia a viva voz. Y yo no me siento culpable por hacerle pasar un mal rato al cubano. Tampoco he distorsionado tanto la realidad. Es cierto que no soy muy dormilona, que estoy un tanto estresada y que necesité de una «pastilla» en forma de mano entre mis bragas para conciliar el sueño. Todo vale cuando se trata de ganar una guerra.

Tras lo que parecen los minutos más interminables jamás contados por un reloj, Yotuel suspira derrotado y vuelve a tender su mano entre nosotros.

—Trato hecho, pelirroja.

Una satisfacción enorme inunda mi cuerpo al haber conseguido mi objetivo. ¿Qué me llevo? Clases de salsa gratis y dejar de escuchar ruidos nocturnos propios de una mansión encantada. Ah, y el ganar. Eso no se me olvidará nunca.



CAPÍTULO 12

YOTUEL

Soy un seboruco, pero un seboruco con todas las letras, no puedo creermelo que haya terminado aceptando la cruel imposición de esa bruja sin pelear más. Debo de *tener un pase a tierra*^[40] cuando la pelirroja anda cerca o estoy peor de lo que imaginaba. Que si me llega a pedir un riñón no me habría molestado tanto como la posibilidad de no volver a follar en un tiempo indefinido, porque es tan arpía que no ha puesto fecha final para esa tortura a la que quiere someterme.

Por primera vez en toda mi vida, no disfruté con la clase de baile; la sonrisa triunfadora de la pelirroja, que seguía instalada en mi cabeza sin que pudiera hacer nada para sacarla, no me ayudaba a dejarme llevar y olvidar nuestro encuentro. El resto de la noche no fue mejor y, como un verraco, vi pasar las horas del reloj. Varias ideas retorcidas cruzaban mi cabeza, debía hacerle pagar el castigo injusto que me había puesto y, aunque tenía claro que pasar mucho tiempo juntos era un error, la idea de conocerla me atraía demasiado y, además, si podía enfadarla tanto como ella había hecho conmigo, mucho mejor.

Por eso mismo estoy llamando a su puerta como si tuviera *guayabitos en la azotea*^[41] a las seis de la mañana. Tenemos que conocernos antes de ir a ver a Ava y qué mejor forma de hacerlo que mientras vemos uno de los mejores amaneceres de la isla. Espero impaciente a que abra la puerta, sé que *cogerá buen barro*^[42], pero no me importa, si yo no puedo follar, ella tampoco dormirá.

—¡Buenos días, mi reina! —la saludo nada más abrirse la puerta.

No puedo evitar recorrer con la mirada su cuerpo ataviado con otro minúsculo camisón que me hace contener la respiración, por no hablar de la tremenda erección que apenas pueden controlar mis pantalones de deporte.

—¿Qué coño haces llamando a mi puerta?

Su tono enfadado me confirma que no le ha hecho mucha gracia mi visita y eso me hace feliz, por lo que sonrío encantado.

—Voy a darte una sorpresa que no olvidarás, deja de gruñir y cámbiate, vamos tarde.

—A ver, son —mira su reloj y veo como sus enormes ojos se abren de golpe al comprobar la hora que es—, ¡son las seis de la mañana! Tú no quieres sorprenderme, desgraciado, lo que quieres es matarme. Te dejé bien claro que no volvieras a interrumpir mi sueño.

—No, preciosa. Me dejaste bien claro que no podía volver a follar, porque eso te impedía dormir, pero no recuerdo que comentaras nada sobre madrugar.

Muerde su labio inferior para contener sus palabras, es un acto muy común, sin embargo, en ella es demasiado *sexy* y caliente, lo que hace que mi amiguito salte con ganas de recibir atenciones.

—Mira, *latin lover*, haznos un favor a los dos y márchate de mi vista antes de que pierda la poca paciencia que tengo y te borre de una *quantá* esa sonrisa de idiota.

Intenta cerrar la puerta, aunque yo soy más rápido y pongo mi pie para impedirlo. Como si me hubiera convertido en un gran depredador, me acerco a ella y pego todo lo que puedo nuestros cuerpos. Noto como contiene la respiración, a la vez que la vena de su cuello late descontrolada. Ese pequeño gesto me insta a seguir y, disfrutando del momento, me aproximo hasta rozar con mis labios el lóbulo de su oreja.

—Mira, *mamey*, haznos un favor a los dos y vete a cambiarte antes de que pierda la poca paciencia que tengo y te enseñe lo que es gozar de verdad.

Muerdo de forma juguetona esa pequeña porción de piel que tanto suele gustar a las mujeres —o por lo menos, con las que yo he estado—, el suave gemido que escapa de sus labios me desarma por completo. Tengo que controlarme como nunca había hecho para no lanzarme sobre ella y cumplir mi promesa, algo de lo que cada vez tengo más ganas. Separándome lo justo de su tentador cuerpo y uniendo nuestras miradas, vuelvo a hablar:

—Deja de actuar como una chamaca malcriada y cámbiate, o lo haré yo.

Me mira con ganas de cepillarme, pero, para mi sorpresa —porque, siendo sincero, esperaba más resistencia por su parte—, agacha la cabeza y entra en su *gao* para seguir mis indicaciones. Con mi misión cumplida, sigo sus pasos y espero en el salón mientras se cambia y observo los pequeños detalles que ha puesto. Varias fotos descansan sobre el mueble, algunos cojines y mantas de diferentes colores ocupan el sillón y un número escandaloso de revistas están esparcidas sobre la pequeña mesa. En solo un día ha conseguido darle su toque, y eso me gusta.

Cinco minutos más tarde, la veo salir con una camiseta de tirantes y unas mallas que marcan cada centímetro de sus magníficas piernas. Debo apartar la mirada o tendré que ausentarme unos minutos para calmar mi erección y eso es algo que prefiero no hacer en su presencia.

En silencio comenzamos una marcha suave que poco a poco vamos aumentando. He tenido que adelantarla, porque mirar el meneo de sus caderas casi ha provocado que besara el suelo en tres ocasiones; y una cosa es que no tenga vergüenza y otra muy distinta que me guste hacer el gilipollas gratis. Al acercarnos a mi rinconcito del cielo voy reduciendo la marcha hasta detenerme por completo. Noto su respiración acelerada a mi espalda y me vuelvo a poner duro como una roca, por suerte decide hablar, despejando de golpe mi calenturienta y pervertida mente.

—Espero que no me hayas hecho abrir las calles para tirarme por un acantilado, porque te juro que primero te tiro yo a ti.

—Preferiría hacerte otras cosas, *mamey*, pero de momento siéntate, solo faltan unos minutos para que veas tu sorpresa.

—No creo que aquí haya mucho con lo que sorprenderse.

¡Dios!, es una impertinente que me pone de los nervios. Le gusta tener siempre la última palabra y, si es posible, llevar la razón en todo; sin embargo, esta vez se tragará sus palabras, aunque para eso tenga que soportar que se queje antes. Menos mal que el jefe supremo se apiada de mí y comienza con el espectáculo de colores en el cielo, silenciando a la pelirroja, que no puede disimular la sorpresa en su mirada.

No le presto la menor atención al amanecer, lo he visto muchas veces y su expresión es mucho más atractiva. Mientras ella mira el cielo, yo me dedico a contemplar las pequeñas pecas que cubren su nariz respingona, la perfecta curva de su cuello, sus sensuales labios que me llaman a gritos y lo que más me sorprende es que una solitaria lágrima baña su mejilla. Me empapo de su presencia y permito que todo lo que despierta en mí inunde mi pecho. Cuando el sol ya está fuera, decido hablar:

—Parece, titi, que al final sí te he sorprendido.

—No has sido tú, pero te agradezco el detalle —responde con esa chulería tan habitual en ella—, y ahora, vámonos, necesito una ducha y un buen café.

Respiro hondo, o al final la tiro por el barranco y no me arrepiento, es más, lo disfruto. Haciéndole un gesto con la mano, le insto a que comience a caminar; ella con esa sandunga^[43] tan suya lo hace sin rechistar, algo que agradece mi escasa paz mental. Pero claro, la calma no podía ser eterna, sobre todo tratándose de esta endemoniada mujer. Nada más emprender la marcha me arrepiento de mis palabras, pues, ese bamboleo de caderas es mi perdición y, antes de cometer una locura, me sitúo a su lado y empiezo con el interrogatorio:

—¿Qué edad tienes?

—Y a ti ¿qué narices te importa?

—Solo quiero conocerte un poco, se supone que vas a ser mi *jeba* y esas cosas debo saberlas.

—Como si la necesitas para evitar reencarnarte en Bob Esponja, mi edad es solo mía y no pienso compartirla contigo.

Esta mujer es exasperante y terca como ella sola, aunque como no deseo empezar una nueva discusión entre nosotros —porque de iniciarla no habrá forma de ponerle fin—, decido preguntar otra cosa:

—¿Puedo saber a qué te dedicas, o eso también es considerado pena capital?

—A eso sí puedo responderte, soy la dueña y diseñadora de una empresa de moda femenina.

—Entonces, eres tu propio *pincho*^[44], no esperaba menos de ti.

—¿Te importa hablar en un idioma que yo pueda entender?

—Soy cubano y nosotros hablamos así, es algo que no puedo evitar.

—¡Ya sé que eres cubano! No dejas de repetirlo, pero, por si lo has olvidado, yo no. La mitad de las veces que hablo contigo no entiendo lo que dices y es algo que me molesta bastante.

—Cuando no entiendas algo, solo tienes que preguntar, estaré encantado de aclarar tus dudas.

No pienso cambiar mi forma de ser ni tampoco de hablar, como ya le he dicho soy cubano y estoy muy orgulloso de serlo. Puede que lleve casi toda mi vida en España, sin embargo, Cuba vive en mí y lo hará mientras respire.

—No te haces una idea de cuánto te odio.

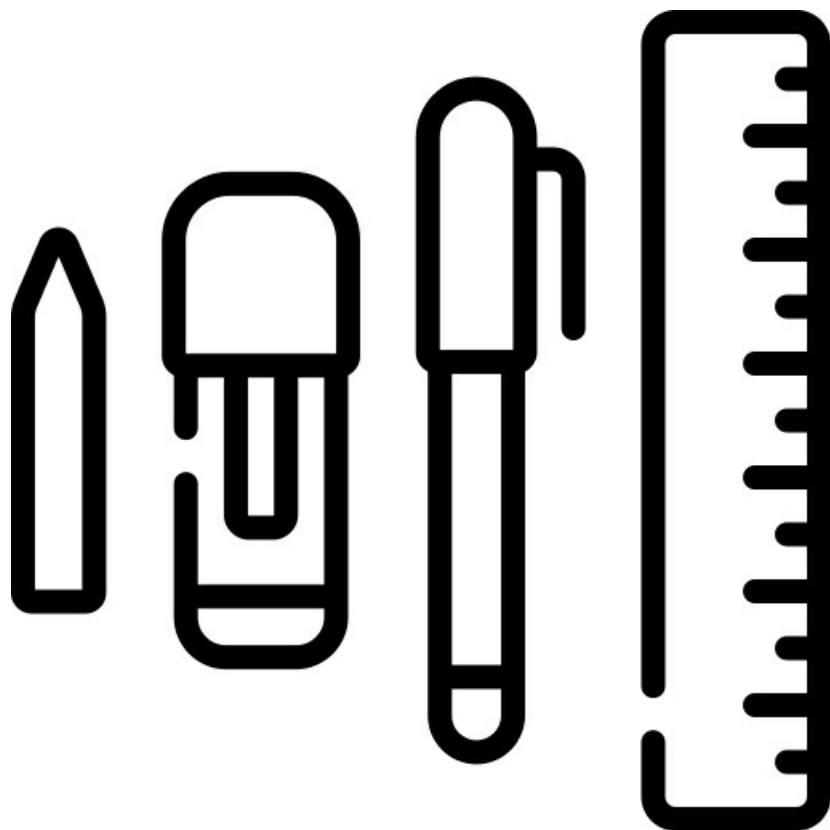
—Creo que comienzo a hacerme una idea.

Seguimos hablando sobre nosotros el resto del camino, no es demasiado explícita con su vida, pero sí me da pequeños retazos que me ayudan a conocerla mejor. Me habla de su hermana Jordina, de su vida en Altea y de sus amigas Nati y Mila. De lo mucho que le gusta su trabajo y lo feliz que es con su maravillosa y organizada vida. Pero algo me dice que no es todo tan perfecto como quiere hacerme creer.

Nos despedimos en la puerta de su *gao* y, aunque me encantaría acabar el momento con un beso de esos que terminan en orgasmo, me contengo. Por muy egoísta que pueda sonar, lo primero es conseguir ese piso y para eso necesito su ayuda, puede que después, y si la suerte me acompaña, podamos celebrarlo entre las sábanas.

El resto de la mañana la paso haciendo cientos de papeleos que me aburren en exceso. Es con diferencia la parte que menos me gusta de mi trabajo, pero es algo muy necesario y que, por desgracia, nadie salvo yo puede hacer. Al terminar, voy a ver a mis chicas y comemos juntos, aunque los nervios por mi cita con Ava, mi plan con Valentina y la remota posibilidad de conseguir el piso que tanto deseo me impiden saborear la maravillosa comida. Mi familia parece no darse cuenta de mi estado o, de hacerlo, deciden ignorarlo y lo agradezco, no estoy para dar explicaciones ni mucho menos para soportar sus reprimendas.

Arreglado para la ocasión, y nervioso como en toda mi vida, bajo a buscar a la que por unas horas será mi *jeba*. El juego comienza y estoy listo para jugar.



CAPÍTULO 13

VALENTINA

Cuando esta mañana ha sonado el timbre de mi puerta a las seis, no me lo podía creer. ¿Quién coño se presenta en tu casa a esas horas? Al principio, no le he hecho ni caso, pensando que era alguien perdido, o peor, de dudosa reputación. Sin embargo, la insistencia del visitante no deseado me ha hecho levantarme para, como mínimo, decirle a esa persona que se largara y me dejara continuar con mi sueño.

Tal y como ocurrió la primera noche que pasé aquí, me di cuenta demasiado tarde de que iba vestida solo con un ligero camisón. Lo cierto es que, en los últimos tiempos, no pensaba mucho las cosas antes de llevarlas a cabo. ¿Y si hubiera sido un loco? Bueno, hubiera luchado como la que más, de eso no tenía duda alguna, pero para la próxima vez me pondré aunque sea un pantalón y, ya de paso, acercaré mis ojos a la mirilla, que para eso está. Puede que hasta me haga con un cuchillo de cocina. Toda precaución es poca.

Con la sangre hirviendo, porque el maldito timbre no cejaba en su empeño por levantar a todo el vecindario, abrí la puerta como un vendaval, encontrando una sorpresa que no esperaba. Mi querido casero estaba ahí plantado, fresco como un manojo de espinacas recién recolectado, con un atuendo que dejaba poco a la imaginación, debido al elástico de la tela, y con esa sonrisa perenne que me daba ganas de hacer dos cosas bien distintas. La primera, cogerlo por la pechera de esa camiseta que pedía a gritos que se la arrancaran, tirarlo en mi cama y lamerlo como a un polo de chocolate. Mi lasciva interior, esa que se había activado hacía apenas dos días, me pedía

que le susurrara a Yotuel aquello de «enséñame a bajar tu cremallera» que con tanta sensualidad cantaba Amistades Peligrosas. Y, por millones de razones, eso no podía ocurrir.

En cuestión de milisegundos, tomé la decisión de buscar, en cuanto fuera posible, la tienda erótica más cercana para hacerme, por primera vez en mi vida, con algún juguetito que me ayudara a quemar esa tensión sexual, que a este paso me iba a hacer un esguince de muñeca, y para dibujar era una putada. Y sí, has oído bien, he dicho por primera vez. Me estaba dando cuenta de que, en general, era una persona muy lanzada, en parte por mi profesión y en parte porque me había tenido que sacar las castañas del fuego desde bien joven. Sin embargo, en cuestiones sexuales era una mojigata. Me limitaba a dejarme hacer, no pedir y poner buena cara cuando la cosa no llegaba a ningún lado para mí. A este paso las hermanas clarisas que mencionaba con anterioridad me iban a dar el pase de oro a su orden y eso no podía ser, que los hábitos no le quedaban bien a nadie, ¡por Dios bendito!

Así fue como pasé a la segunda opción, que no era otra que desear ser la heredera de Isildur para poder tener de aliados al ejército de los muertos y lanzarlos contra el cubano cara perfecta. Igual se lo llevaban a las profundidades de alguna cueva inhóspita y no le volvía a ver nunca más. No sé por qué ese pensamiento me produjo una sacudida en el pecho que me dejó bastante descolocada. No volver a experimentar ese rifirrafe constante que manteníamos, no ver más esos ojos que se iluminaban cuando veía a alguien a quien quería o cuando sonreía o cuando degustaba algo que le encantaba, y dejar de ser objeto de sus miradas abrasadoras. En fin, quien me entienda, que me lleve, pero que lo haga pronto, por favor.

Bueno, no hice ni una cosa ni la otra. Tampoco opuse demasiada resistencia, ya que se acercó a mí, invadiendo mi espacio personal y todos mis sentidos, dejando que penetrara por mis fosas nasales ese olor natural que tenía su piel y que me resultaba delicioso, a la par que me atontaba. Así que, accedí. Me fui con un hombre al que apenas conocía a un lugar indeterminado. Ver para creer. Hasta comencé a correr, algo que no soportaba, haciéndome la fuerte en cada zancada que daba, cuando en realidad lo que me apetecía era parar y echar el hígado por la boca. Pero claro, *para figa la mía*^[45] y, aunque me adelantaran los caracoles, porque llevaba un ritmo de un kilómetro por hora, no le iba a dar el gusto de ver a la Valentina más vulnerable. Antes muerta.

Tras cincuenta minutos de trayecto, que a mí se me hicieron más largos que la guerra de los Cien Años, llegamos a Cala Pada, atravesando un pequeño tramo de tierra, un lugar con el mar a los pies y las vistas despejadas al horizonte. En aquel sitio apartado, sin gente, escuchando los sonidos de la naturaleza, una paz increíble me invadió.

Juntos vimos el amanecer. Bueno, en realidad yo disfruté de la salida del sol mientras, por el rabillo del ojo, veía como Yotuel me miraba, intentando descifrar a través de mis expresiones el enigma que todavía suponía para él. No pude contener la lágrima que se escapó de uno de mis ojos, pues hacía años que no me paraba a gozar de un espectáculo así. Cuando vas con el piloto automático, cumpliendo objetivos como si te fuera la vida en ello, dejando de lado lo que realmente quieres o necesitas, no tienes tiempo para el regocijo en las cosas más mundanas. Creo que en ese instante, en un paraje al que no hubiera ido si no fuera por la insistencia del cubano, dejé ir una de esas partes oscuras que todavía me rondaban y me mantenían presa de mí misma.

Para mi alegría la vuelta la hicimos andando, hablando de todo un poco. Volví a lanzar veneno por mi boca, diciéndole que me hablara claro porque no le entendía, cuando lo cierto era que lo comprendía con total claridad. Sin embargo, me sentía agobiada y acorralada con tanta pregunta y en ese estado lo único que siempre me sale es un ataque. Hay ciertas cosas que solo saben mis personas más cercanas, que no me apetecía contarle a un desconocido, como, por ejemplo, que no me sentía feliz con mi vida. Todavía no estaba segura de qué pie cojeaba Yotuel, así que

mejor no le daba munición extra con la que poder destruirme.

Y ahora estoy sentada en el sofá, con una infusión relajante entre mis manos, rememorando esta mañana y esperando a que el cubano venga a recogerme, pues debemos ir a la cita con Ava. Estoy de los nervios, no sé cómo pude dejarme arrastrar a esta locura. Lo mires por donde lo mires esto no va a salir bien, pues no nos conocemos de nada y dudo mucho que pasemos el filtro de pareja feliz de la inglesa. De todas formas, no me voy a echar atrás. Otra cosa no tendré, pero soy una mujer de palabra, así que solo me queda respirar hondo. Y quizá rezarle a algún santo, aunque la idea no me fascine. De todas formas, la suerte está echada.

Llaman a mi puerta, esta vez con unos leves toques sobre la madera, dejando de lado el sonido estridente del timbre. Al abrir, encuentro a mi novio por unas horas apoyado en la pared de enfrente con una pose despreocupada que me hace salivar. Bueno, eso y el traje gris claro que se ha puesto y que le queda como un guante. Unos zapatos de vestir y una camisa blanca abierta hasta el nacimiento de sus pectorales completan el pecado original, porque ya te digo yo que si este tío hubiera estado esperando a Eva, se hubiese comido el manzano entero para salir lo antes posible del paraíso. Adán se hubiese quedado con un palmo de narices esperando a que le trajeran a la tercera mujer, a ver si esa no se le escapaba y, ya de paso, se cumplía el dicho.

—Estás preciosa, pelirroja —declara Yotuel mientras su mirada recorre mi cuerpo como si quisiera escanear hasta mi depilación brasileña.

Cierto es que me ha costado decidir lo que me iba a poner porque no conozco a la mujer con la que hemos quedado y no sé qué espera de mí. Tampoco sé muy bien cómo se debe vestir una para ir con su novio postizo a comprar un piso.

En fin, después de una hora dando vueltas por mi nuevo vestidor, me he decantado por un vestido midi con escote cuadrado en color fucsia de mi propia colección, zapatos de salón a juego y una torera en blanco roto para cubrir mis brazos un poco más. Esperaba que esto sirviera para comenzar a encandilar a la buena mujer.

—Tú estás bien.

—¿Solo bien? —pregunta con su sonrisa pícaro patentada con años de experiencia en bajar bragas.

—No te pases, cubano.

—Vaya, y yo que pensaba que habíamos dejado las *fucas*^[46] guardadas en el cajón.

—No tengo idea de lo que has dicho, pero, por si acaso, ¿en tus sueños, chaval!

—Me partes el corazón —explica, con mano en el pecho incluida, como si estuviera preparado para recitar el cuarto acto de «Romeo y Julieta».

—Venga ya, *latin lover*. Déjate de tanto teatro y vámonos. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos con esta chaladura que se te ha ocurrido.

Con el cubano a mi lado riendo a mandíbula batiente, no sé si de mí o conmigo, pero casi prefiero seguir viviendo en la ignorancia, me dirijo hacia la calle, a ver si con la brisa marina que viene directa desde el paseo de la playa se me bajan un poco todos los humos de mi chimenea.

En tan solo cinco minutos llegamos a nuestro destino, una finca de dos plantas con un ático en la tercera. No es una construcción nueva, yo diría que es de los años cincuenta, pero su fachada recién pintada de blanco, y lo poco que podemos ver desde el exterior, me indica que está muy bien cuidada. Yotuel aprieta en el telefonillo el número dos y una amable voz de mujer con un acento británico bien marcado nos invita a subir.

El interior está tan bien cuidado como la parte de fuera y es evidente que hace poco hicieron una obra para actualizar el patio. Sin embargo, lo que llama mi atención es que la finca no tiene ascensor. A ver, yo no tengo idea de cómo va el mercado ni de los gustos personales de cada

cual, pero para mí eso es un punto muy negativo. Espero que el cubano sepa lo que se hace.

—¡Hola, *sweetheart*^[47]! —saluda una mujer de unos sesenta años en cuanto abre la puerta.

—¡Hola, Ava! ¿Cómo está mi inglesa favorita?

Ambos se funden en un abrazo cariñoso, como si se conocieran de toda la vida, como si se tratara de una madre y un hijo viéndose de nuevo.

—Ay, mira que eres adulador, *my boy*^[48]. —La mujer le da unas palmaditas en la mejilla mientras sonrío de forma genuina—. *So*^[49], ¿es esta la chica? ¿*Your girlfriend*^[50]?

En esta ocasión, la mirada de la mujer se queda fija en mi cara, sin perder esa magnífica sonrisa y la simpatía que parece emanar de ella.

—Sí, esta es mi chica, Valentina.

Yotuel relaja por completo sus facciones cuando me mira, poniendo los ojos brillantes de la emoción, de manera que parece que en verdad está enamorado de mí hasta las trancas. Si alguien de la Academia de Cine lo viera, le daría el Goya sin pensarlo dos veces.

—Oh, *you're so beautiful, lady*^[51].

—*Thanks*^[52] —contesto con mi inglés de Cambridge estudiado en la academia de debajo de mi casa—. Encantada de conocerla, señora Ava.

—Ay, nada de señora, *my dear*^[53], que me haces parecer mayor —suelta con una risita casi adolescente.

Con un asentimiento de cabeza y después de establecer las bases de una relación que será más bien efímera, la anfitriona nos invita a pasar a su casa. Y menuda casa. Ahora empiezo a entender por qué Yotuel la quiere con tal fervor que es capaz de renunciar al sexo por ella.

El interior es un festival típico ibicenco, con los colores blanco y azul cielo predominando en paredes y muebles, con techos altos y suelos de barro. Las mismas líneas se suceden tanto en la cocina, en la que me dan ganas de quedarme a vivir, como en los baños. Sin embargo, la joya de la corona es ese tercer piso que se veía desde fuera y al que se accede desde dentro de la vivienda, con lo que, de salir bien la jugada, Yotuel adquirirá un magnífico dúplex, con una terraza de escándalo, a un minuto de la playa. Desde luego, la carencia del ascensor ha pasado a un plano de una galaxia todavía desconocida.

A mi novio por un rato le brillan los ojos como a un niño esperando su ansiado regalo de Papá Noel, y no es para menos. Creo que hasta yo tengo la misma cara.

Ava nos observa con atención, lo que me está poniendo un poco nerviosa, aunque hemos hecho nuestro papel a la perfección, pues vamos cogidos de la mano y no dejamos de hablar de cada detalle como si viéramos en esa casa nuestro futuro nidito de amor. Además, desde que hemos entrado no se ha producido ninguna pelotera entre nosotros, lo que supone una gran novedad.

—Vamos a *dar cranque* ^[54] a la inglesa, pelirroja —me susurra Yotuel antes de empezar a bajar.

Yo no digo nada porque tengo un nudo en la garganta. ¿Y si no sale bien? ¿Y si no se lo ha creído? El cubano perderá uno de sus sueños y yo me sentiré muy culpable.

—Bueno, *little girl*^[55], ¿por qué ahora? —pregunta Ava sin andarse por las ramas en cuanto nos sentamos en uno de los sofás del salón.

—¿Perdón?

—Verás, he mirado en internet. Me sonaba tu cara.

—Ya —contesto con cara de circunstancias porque no sé qué más decir.

—So, me pregunto, ¿por qué ahora?, ¿por qué *a famous designer*^[56] dejaría *everything*^[57] para vivir aquí?

Mierda, mierda y más mierda. Ya decía yo que ese escrutinio de la inglesa no era tan normal. No solo estaba evaluando nuestro grado de repentina complicidad, también estaba escrutando mi persona. Ahora mismo Google se convierte en mi enemigo número uno. Ojalá tuviera el poder del teletransporte para poder llegar a Silicon Valley y cantarles las cuarenta a esos cretinos informáticos de pacotilla.

Ava está esperando una respuesta y Yotuel me mira con una cara bastante cercana al espanto. Creo que la única manera de salir de esta y convencer a la buena mujer es abriéndome en canal, que ella misma sea la que juzgue si mi verdad es suficiente, aunque por el camino el cubano se entere de ciertas cosas que no quería compartir con él.

—Porque me ahogaba, Ava —contesto con sinceridad—. Me estaba asfixiando en mi casita de muñecas, esa que antes me sacaba una sonrisa y que, poco a poco, se ha ido convirtiendo en mi cárcel. Ahora mismo, ni siquiera sé si quiero seguir con mi negocio —continúo, a la par que una lágrima se desliza por mi mejilla—. En Altea están mi hermana pequeña, mis padres y mi amiga Mila, pero ellos siguen su camino, como debe ser. Y me he dado cuenta de que si quiero ser feliz debo andar mi propia senda.

En ese momento, me giro hacia el cubano, le sonrío y vuelvo a coger su mano. Parece emocionado, al igual que la inglesa, que me mira como una madre orgullosa.

—También echaba de menos a mi chico, cada vez se nos hacía más dura la distancia. Me puse a pensar en la posibilidad de perderlo y lo que venía a mi mente no me gustaba. Yotuel me ha dado más cosas en este tiempo que mucha gente en toda mi vida. Pensé que ya era hora de aceptar su oferta de venir a la isla, de vivir juntos y comenzar otra parte de nuestra historia. Además, mi trabajo lo puedo hacer desde cualquier sitio. Si decido seguir en el mundo de la moda, puedo montar aquí la sede de Valentina's.

Al pronunciar esas palabras en alto, otra parte que me pesaba se desprende de mi pecho, dejándome una sensación de liberación indescriptible. Dios, estaba tan metida en el hoyo que no era capaz de ver más allá. Va a ser verdad eso de que muchas cosas no son difíciles, sino que las hacemos complicadas nosotros. Y, en realidad, es muy sencillo, solo sería cuestión de papeleo y poco más. Me dan ganas de salir a esa maravillosa terraza del piso superior y pegar cuatro gritos. Como es evidente, me contengo, no vaya a ser que la inglesa piense que estoy medio tarumba.

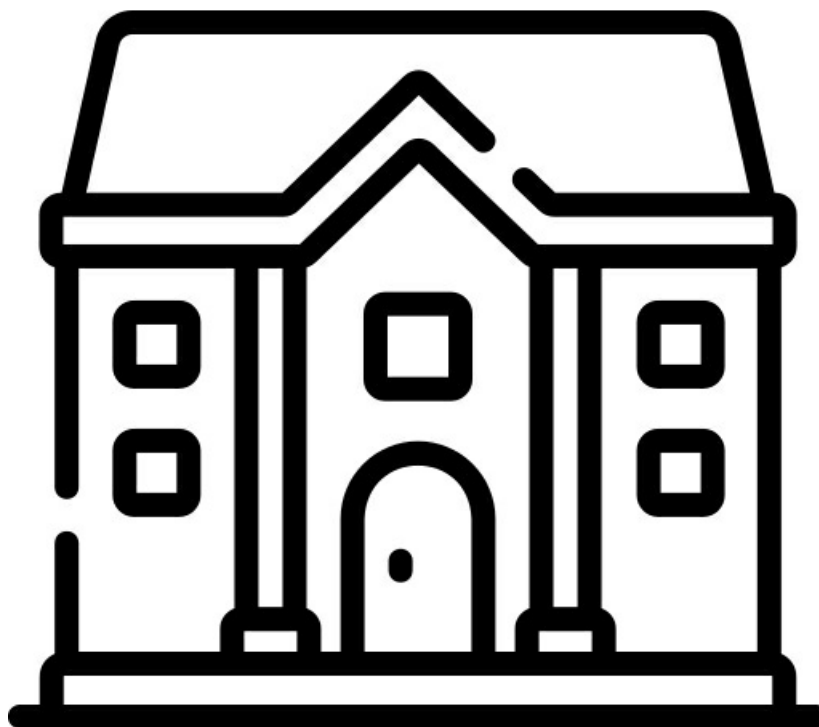
—*Ok, It's yours* [\[58\]](#)—suelta de sopetón Ava.

—¿Cómo dices? —pregunta el cubano, todavía aturdido por mi declaración.

—La casa, *sweetheart*, es tuya. Bueno, vuestra.

No lo puedo evitar y un grito sale de lo más profundo de mi ser. Yotuel y yo nos abalanzamos el uno contra el otro, dándonos un abrazo de los auténticos, de esos que se dan las familias en las puertas de llegadas de los aeropuertos. Estoy muy feliz porque, a la par que he ayudado a una persona, me he ayudado a mí misma, dejando atrás gran parte de la angustia, junto a sus cadenas correspondientes.

Dando giros envuelta en los brazos del cubano, la libertad tiene nombre de mujer. El mío.



CAPÍTULO 14

YOTUEL

Hay momentos en los que tendríamos que ser capaces de detener el tiempo y, sin duda, este es uno de ellos. Sentir el cuerpo de Valentina pegado al mío, ver su mirada cargada de felicidad, esa emoción que brilla en sus ojos y esa alegría que desprende por cada poro de su piel es una de las mejores cosas que he experimentado en mucho tiempo.

Cuando hemos llegado a casa de Ava, el *ñaao* porque nos descubriera en esta absurda mentira me ha invadido. La inglesa es demasiado inteligente y nosotros, siendo claros, no somos los mejores intérpretes del mundo. Con lograr no cepillarnos a los dos segundos de estar juntos, ya es todo un logro. Por eso, no quería ilusionarme en exceso con la posibilidad de conseguir ese *gao*, luego el golpe sería peor y... ya llevo unos cuantos. Sin embargo, nada ha salido como tenía pensado y por fin he conseguido el piso, aunque todo el mérito haya sido de la pelirroja.

Su sinceridad y naturalidad a la hora de hablar ha desarmado a Ava, al igual que lo ha hecho conmigo. Desde que la conozco, es la primera vez que ha dejado aparcada esa capa de frialdad y superioridad que siempre parece llevar puesta. Nos ha dejado ver su vulnerabilidad, dudas y *ñaos*, ha sido ella en estado puro y he podido entender esa mirada perdida que muchas veces luce y de la que no creo que sea consciente. Su supuesta vida idílica solo está en su cabeza y ahora mismo se encuentra confundida, sin saber qué quiere ni, lo más importante, cómo hacerlo.

Imagino que vino a esta isla huyendo, pero por muchos kilómetros que pongamos de distancia —algo que solemos hacer las personas muy a menudo cuando algo nos supera—, los problemas

no desaparecen, y en algún momento tendrá que hacerles frente y decidir cómo quiere afrontarlos y, sobre todo, qué quiere en su futuro. No le será fácil, la pelirroja es terca, orgullosa y cabezota, además, sospecho que pedir ayuda no es algo muy común en ella, aunque sé que encontrará su lugar en el mundo y espero poder ser partícipe.

Inexplicablemente necesito ayudarla, al igual que ella ha hecho conmigo, poder estar a su lado para que no se sienta tan sola y lo que más deseo: verla feliz. Porque algo me dice que nunca ha sentido la felicidad completa, y es una pena. Solemos pensar que para conseguirla necesitamos alcanzar unas metas, tener unos planes y seguir un camino, pero, para ser felices primero debemos aceptarnos, querernos y cuidarnos. Todo lo demás llega con esfuerzo y estoy seguro de que a Valentina esfuerzo y ganas le sobran.

Aunque lo que ahora debería hacer es comportarme como el adulto responsable que se supone que soy y dejar de dar vueltas como si fuésemos un yoyó, pero no puedo soltarla, me atrae demasiado. Su risa está acelerando mi pulso, su cuerpo junto al mío no ayuda a calmarme y su aliento en mi cuello está despertando cierta parte de mi cuerpo que no puedo disimular. Es como si una pequeña burbuja nos hubiera absorbido, no importa el lugar, quién nos rodea o nuestras diferencias, solo somos nosotros.

Poco a poco detengo mis movimientos, para que sus pies toquen el suelo, aunque no suelto su cintura ni tampoco aparto nuestros cuerpos. Nuestras bocas se encuentran a unos milímetros y, por mucho que me gustaría besarla hasta que nos falte el aire, me contengo. No quiero estropear el momento y acelerar las cosas entre nosotros, sé que no le soy indiferente, su mirada cargada de deseo lo deja claro. Sin embargo, todavía no está lista para dar un paso más y yo puedo esperar, aunque eso me provoque un dolor de *berocos* que no me deje ni pensar.

—*My children, you are the perfect couple*^[59]! —exclama Ava rompiendo nuestra pequeña burbuja.

Sin saber qué decir, porque no somos perfectos ni mucho menos pareja, agachamos la cabeza y sonreímos como dos adolescentes tras recibir una galantería. Ava, convencida de nuestro amor, aplaude encantada, algo que nos avergüenza todavía más. Pero todo no iba a ser tan fácil y sus siguientes palabras lo confirman:

—*Let's sit down*^[60], tengo una pequeña condición para que la casa sea vuestra.

Nuestras sonrisas desaparecen en el acto, dando lugar a unas caras de verracos que no nos molestamos en disimular. Como siempre dice mi abuelita: «Cuando las cosas marchan muy bien, prepárate, porque el *avión* vendrá y no lo verás, hasta que en tu cabezota golpeará». Y una vez más, la viejita tiene razón. Valentina parece notar mi turbación y aprieta mi mano, dándome su apoyo. Agradezco el gesto, pero ni cien apretones, mil abrazos y puede que un millón de orgasmos conseguirían animarme.

—*Brighten up those faces*^[61], solo es un pequeño requisito sin importancia, además, después de ver lo mucho que os queréis, no será un problema.

Cada vez me cuesta más respirar, y de mantener la compostura ni hablamos, solo el agarre de Valentina evita que me marche enfadado. Noto como mi sueño, ese por el que llevo tanto tiempo luchando, se esfuma, y no puedo evitarlo, pues algo me dice que su requisito tiene más importancia de la que ella nos quiere hacer ver.

—¿De qué requisito estaríamos hablando? —pregunta la pelirroja haciéndose cargo de la situación.

—Como Yotuel sabe, en esta casa he vivido los años más felices de mi vida junto a *my husband*^[62]. Ese ha sido el único motivo por el que siempre he querido que quien viviera aquí fuera igual de feliz que nosotros. *This house is love*^[63].

No puede disimular la emoción que baña su voz al hablar de su marido y recordar todos los momentos felices que compartieron juntos. Lo que provoca que varias lágrimas se escapen de sus ojos despertando mi lado más sentimental. Es algo que no puedo controlar, al igual que cuando alguien está contento yo me alegro, cuando está triste, llorando o deprimido un nudo se instala en mi garganta y termino por sumirme en su pena.

Según Lisandra es porque soy un *sanaco*, según Mayelin es porque tengo buen *cuore*. Yanet me acusa de *tener un pase a la tierra* y Dayana de ser un hombre de verdad. Yo no sé cuál de las cuatro tendrá razón, pero lo que tengo claro es que las emociones y sentimientos de los demás me afectan demasiado.

Por suerte, la pelirroja está más atenta que yo y, sorprendiéndome y adelantándose a cualquiera de mis torpes movimientos, se acerca a Ava para darle un abrazo y compartir unos susurros que solo ellas entienden.

—*Thanks, love*^[64] —le agradece a Valentina con una dulce sonrisa—, bueno, dejemos las sensiblerías fuera y centrémonos en *what's important*^[65]. Para que la casa sea vuestro nuevo hogar, primero deberéis vivir aquí durante un mes y finalizado ese plazo será toda para vosotros.

Las pocas esperanzas que todavía conservaba se esfuman conforme Ava va hablando. Es imposible cumplir ese requisito, no porque yo no quiera, más bien es porque no puedo pedirle eso a Valentina, demasiado ha hecho ya por mí. Voy a dar por finalizada la visita y no intentar conseguir esta casa, cuando la pelirroja habla:

—¿Tendríamos que vivir los tres juntos?

—*No, darling*^[66], yo viviría en el piso de abajo con Helen. Quiero ser partícipe de vuestra felicidad, no invadir vuestra intimidad.

Claro, porque tenerla en el piso inferior nos da una intimidad increíble. No creo que esta condición sea tan inocente, puede que Ava sospeche que todo es una mentira y quiere hacernos caer en una trampa, ya que otra explicación no le encuentro. Aunque sea como sea, tengo que poner fin a esto; ya encontraré otra manera de conseguir este *gao*.

—Entonces, tenemos un trato —responde Valentina con esa sandunga que tiene y que me deja completamente perdido.

—Esto se merece un brindis —celebra Ava encantada mientras yo sigo sin entender nada.

Nuestra anfitriona se marcha a la cocina, dejándonos a solas, y encaro a Valentina para que me dé una explicación del porqué ha aceptado este disparate.

—¿Has perdido la cabeza o solo quieres volverme loco? —susurro para que no nos oiga.

—¿Tú eres tonto o solo despliegas tus dotes conmigo? Vamos a ver, tú quieres esta casa, ¿no? —Asiento con la cabeza varias veces—. Pues para conseguirla tendrás que aceptar los requisitos de Ava y los que yo pienso exigirte.

—Pero...

—Ni pero ni pera, cubano. Solo pretendo ayudarte, aunque, si lo prefieres, le digo que no y te buscas la vida. No creas que me apetece compartir casa contigo, si pudiera elegir no compartiríamos ni continente.

No tengo opción de decir nada, pues Ava vuelve con tres copas y una botella de champán. Las dos hablan animadas sobre mil temas a los que no les presto atención, pues sigo sin entender lo que acaba de suceder y cómo este disparate de noviazgo se lía cada vez más. Porque tenerla como vecina es una tortura, sin embargo, que se convierta en mi compañera de piso será mi perdición, o quizá, con un poco de suerte, una bendición.

Una hora después, nos despedimos de la inglesa y nada más salir a la calle sujeto su mano y nos dirijo a una calle sin salida para que Valentina me explique de una vez qué está tramando.

—No me digas que estás planeando asesinarme y dejar mi cuerpo en este callejón —inquiérese guasona para empeorar mi poca cordura—. Pensaba que eras más original, la verdad.

—Deja las bromas para otro momento, que no estoy de humor, y explícame de una maldita vez por qué has aceptado el trato.

—Mira, intento de donjuán latino, a mí me hablas más suave o te salto los dientes, ahora entiendo por qué te llevas tan bien con Kalevi, sois los dos unos cavernícolas de manual.

Se suelta de mi agarre y comienza a caminar meneando esas caderas que tan loco me vuelven; su altanería y chulería me encienden de una forma que no logro entender. Intentando calmarme, para mantener una conversación normal, y apartando la mirada de su perfecto cuerpo, o al final no respondo, vuelvo a hablar:

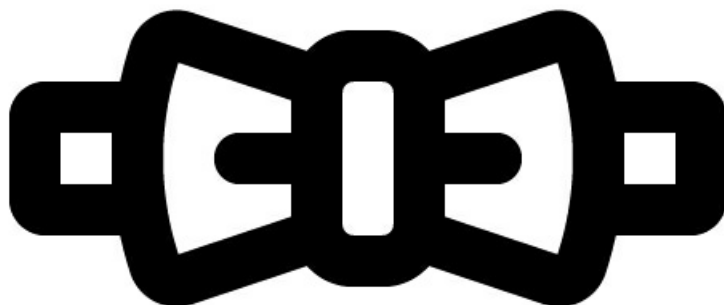
—Lo siento, no tenía que hablarte así, pero es que me desesperas.

—Ahora resulta que tengo yo la culpa de que seas un capullo, ¡lo que me faltaba por oír!

Su respuesta me hace reír a carcajadas, es cierto que me altera, enfada y desespera como nadie, pero también me encanta que lo haga, aunque eso no pienso decírselo.

—Eres la responsable de muchos de mis problemas, Valentina.

—Pues ponme una hoja de reclamaciones si te hace sentir mejor, cubano, y ahora, vamos a tomar una copa, tengo que explicarte todas y cada una de mis condiciones antes de irnos a vivir juntos.



CAPÍTULO 15

RODRIGO

Cada día me cuesta más continuar con esta farsa con Valentina, pero entiendo que es necesario para mantener el negocio y, lo más importante, mi posición. Solo por eso soporto sus desplantes, su soberbia e indiferencia y, lo peor de todo, esa superioridad que cree tener. Es muy buena en su trabajo, por algo es reclamada en las mejores semanas de la moda de diferentes países y sus diseños valen oro. Sin embargo, sin mis contactos y trabajo ella no habría llegado tan lejos. Su sentido de la lealtad hacia su familia es un obstáculo que no logra superar y por eso sigue siendo una segundona, cuando podría estar manejando el mundo.

Nos conocimos en la universidad, ella estudiaba Diseño, mientras que yo hacía Creación, Administración y Dirección de Empresas. Desde el primer momento llamó mi atención: cuerpo de infarto, melena salvaje, ojos de gata y una boca creada para el deseo, cualquier tío se quedaba prendado de su aspecto y yo no iba a ser diferente. La gente afirma que lo importante es el interior de las personas. ¡Y una mierda! Una tía puede ser muy buena persona y tener un gran corazón, pero como no sea atractiva no le presta atención, ni tampoco se la lleva a la cama, ni Dios.

Durante meses intenté conquistarla, me esforcé como nunca lo había hecho con ninguna mujer. Alababa su buen gusto a la hora de vestir, las grandes decisiones que tomaba o sus brillantes ideas, escuchaba todas las gilipolleces que quisiera contarme e incluso soportaba a las pesadas de sus amigas, que no se despegaban de nosotros ni con agua caliente. En especial

Milagritos, que no disimulaba el poco aprecio que sentía hacia mi persona. Tampoco es que me importara, yo les tenía la misma repulsión y asco que ellas a mí, aunque por Valentina guardábamos las formas.

La falsedad es algo que acompaña a los seres humanos desde que nos crearon; por no dañar a la gente que nos rodea o nos importa nos tragamos a personas que odiamos. No es mi caso, yo solo lo hago por puro interés, sin embargo, el resto lo hace por no dañar ni molestar a nadie, otra gran equivocación.

No nos tiene que agradar todo el mundo, es más, no tiene ni por qué hacerlo nuestra propia familia; en esta vida nacemos solos, vivimos para ganar y quien nos moleste cuanto más lejos mejor. Aunque esta afirmación pueda ofender a muchos, es tan cierta como que el reloj volverá a marcar las ocho.

Empezamos a salir y, aunque al principio todo parecía ir sobre ruedas, la relación, como la existencia de Valentina, se estancó. Se conformaba con cualquier cosa, no tenía ambición, avaricia ni ansias de poder, solo quería crear y mantenerse al lado de su hermana enferma y ayudar a sus padres. Podía llegar a entender esa parte de sobreprotección, sin embargo, con el paso del tiempo dejé de hacerlo. Ella no tenía por qué hacerse responsable ni dejar un futuro prometedor por una enfermedad que ni siquiera sufría ella. Puedo sonar egoísta y, no nos engañemos, lo soy, en esta vida solo tienes que mirar por ti, el resto es secundario.

Ese tema nos costó muchas discusiones, aunque al final la dejé por imposible, mientras pudiera seguir manteniendo mi alto nivel de vida y mis líos, ella podía seguir con su insignificante, aburrida y patética vida. Tenía planes para mí, necesitaba seguir con Valentina unos meses más para conseguir proveedores, nuevas marcas y todos los contratos que pudiera firmar antes de dejarla sumida en la miseria y yo viviendo la vida que realmente merezco, con la mujer que quiero.

Al llegar a Altea voy directo a mi casa, no me apetece hacer la visita de rigor como corresponde a cualquier novio enamorado, ya mañana cumpliré con mi papel, pero hoy pienso disfrutar de una copa de buen *whisky*, a la par que reviso los últimos contratos antes de mostrárselos a Valentina que, como siempre, se dejará llevar por mi criterio. Pobre ilusa confiada, si imaginase lo que le tengo preparado no volvería a dormir tranquila.

Aviso de mi llegada a quien de verdad me interesa y después de una larga ducha me siento en el sofá con una copa en mis manos. Un sobre blanco en la mesita del comedor llama mi atención, no recuerdo que estuviera cuando me marché y nadie ha tenido por qué entrar en casa sin mi permiso. Por lo que, muerto de la curiosidad, lo abro y comienzo a leer:

Sé que no es la forma correcta de hacer las cosas, pero no he tenido otra alternativa. Me siento superada por demasiados temas, necesito aclarar mis ideas, centrarme en los nuevos bocetos y pensar solo en mí.

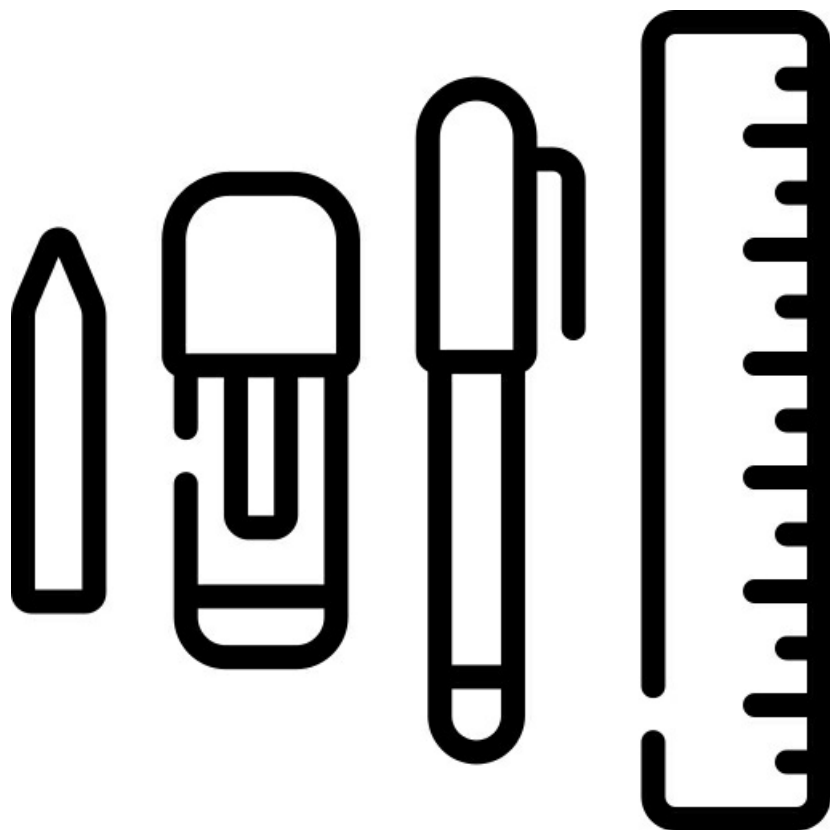
No quiero que me busques, volveré cuando esté lista. Quizá este tiempo que vamos a estar separados nos ayude a saber qué queremos en un futuro.

Cuídate y cuida Valentina's.

Leo varias veces la maldita nota y cada vez que lo hago mi humor empeora. Esa imbécil no puede dejarme, no lo permitiré. Ella me necesita para ser alguien en este mundo y yo todavía no estoy listo para darle el golpe final. ¿Necesita tiempo? Lo que necesita es echarle huevos a la vida, algo que no encontrará por muy lejos que se marche, pues sus inseguridades y miedos controlan su mente.

Arrugo el papel y vacío el contenido de la copa de un trago, puede aclararse todo lo que quiera, esconderse en el fin del mundo si eso la hace feliz, pero librarse de mí y mis planes no lo

conseguirá ni en esta vida ni en las veinte próximas. Sé lo que tengo que hacer y después de servirme una nueva copa, cojo el teléfono y llamo a la persona que va a ayudarme a destruir a Valentina.



CAPÍTULO 16

VALENTINA

¿Te has vuelto loca? Pero ¿cómo se te ocurre? Estas son las preguntas con las que mi mente me lleva bombardeando desde que le dije a Yotuel de aceptar la propuesta de Ava. Y, la verdad, no es para menos, ya que solo la locura, de nuevo acechando, puede haber hecho que ahora me encuentre en esta situación, en la que me he metido yo solita yendo en un coche cuesta abajo y sin frenos.

Supongo que había actuado de nuevo esa Valentina a la que le encanta ayudar a los demás, sentirse útil haciendo algo distinto a lo que acostumbra en su trabajo. Pienso que, en este mundo lleno de injusticias en el que nos ha tocado vivir, todo sería mejor si hiciéramos comunidad, ayudándonos entre todos, en vez de estar mirándonos el ombligo a cada segundo que pasa. Así que, por mucho que le pese a mi guerrera, esta vez, al igual que cuando acepté ser una novia fingida, voy a dejar de lado esos sentimientos encontrados que me provoca el cubano, para pasar un mes con él bajo el mismo techo y así conseguir su ansiado objetivo. Ahora mismo mi lasciva interior está dando botes de alegría y bailando *pole dance*.

Tras quedar con Ava en que este fin de semana ya estaríamos instalados en el piso, Yotuel camina conmigo hacia mi apartamento, ese que solo he pisado unas horas en estos tres días, para hacer de nuevo las maletas.

—No lo recojas todo, pelirroja —indica él en cuanto llegamos a la puerta del patio.

—¿Por qué? Se supone que no voy a pisar este sitio en un mes.

—Ya, pero he decidido no rescindir tu contrato de alquiler. Por supuesto, tampoco te cobraré la renta.

—¿Estás loco? Vas a perder dinero, cubano.

—No, Valentina. Aparte de que el *gao* está más que rentabilizado, en esta vida no todo va de conseguir astilla.

—Y, según tú, ¿de qué va?

—Va de disfrutar de las pequeñas cosas, de vivir experiencias sin *ñaos* ni restricciones, de compartir con tu gente cada momento. Va de muchas cosas, pelirroja. También de devolver todo aquello que te dan de buena fe y con el *corasón*.

Su expresión emocionada y sus palabras dichas a media voz me ponen la piel de gallina. Asimismo, su cercanía, pues ahora dudo mucho que cupiera entre nuestros cuerpos un simple lápiz.

—Es mi forma de agradecer lo que estás a punto de hacer por mí. Además, así no tienes que pegarte otra paliza recogiendo todos los matules^[67]. Si necesitaras algo, solo tendrías que caminar unos minutos para recogerlo.

—¿Nada más?

—¿A qué te refieres?

—A que igual me mantienes el contrato de arrendamiento por otra razón.

—No hay más razones, *mamey*. Lo que te he dicho es lo que hay.

Mi cara de sospecha debe de hacerle mucha gracia a juzgar por las risas que se está echando. A ver, no me voy a quejar, pues lo cierto es que no tengo ningunas ganas de volver a empacar mis cosas, pero pienso que hay algo más que no me ha dicho y creo saber qué es. Puede ser que deje el apartamento a mi disposición por si algún día me agobio y necesito estar sola. Quizá también lo haga un poco por él, pues espera que en algún momento la Valentina guerrera estalle, sacando su espada lista para cortar cabezas. Y claro, por un tema de cercanía la suya sería la primera en colgar de su cuerpo.

—Está bien, cubano. Nos vemos el viernes.

—De eso nada, pelirroja —contesta con su sonrisa canalla *made in Cuba*.

—Si estás pensando en llevarme de señuelo a otra posible compraventa, la respuesta es no. Creo que con una ya he cubierto el cupo de buenas obras.

—Creo que eso sería tentar demasiado a la suerte —revela con una ceja levantada, aunque el brillo de sus ojos delata que no le parece tan mala idea—. Lo que iba a decir es que esta noche comienzan tus clases de bailes latinos. Así que luego vendré a por ti.

—¿Esta noche? Ni de coña. Estoy molida, Yotuel. Un tocapelotas me ha despertado a las seis y media de la mañana para echar unas carreras. Tengo un sueño que me muero.

—Pues duermes ahora. Tienes tiempo de echar una cabezada antes de cenar. Pasaré a por ti a las diez y media.

—Pero ¿qué tipo de clases se dan tan tarde?

—Pues las especiales del Club Habana, mi querida Valentina.

Con una sonrisa y un movimiento de mano se despide de mí sin dejarme opción a réplica. Y yo que pensaba hacerme un bol de palomitas, tirarme en el sofá y ver los nuevos capítulos de «911» hasta caer rendida. ¡Me cago en todo lo que se menea! No me apetece nada salir esta noche y menos a un *pub*, pero mucho me temo que no me voy a poder librar de esta cita. Al fin y al cabo, las clases de baile eran parte del trato que cerré con el cubano. *Sí, tú sigue diciéndote cosas así para sentirte mejor*. En fin, mejor dejo de analizar cada detalle y sigo hacia delante.

Una vez en mi apartamento, me quito la ropa y me pongo el camisón. Soy una persona de

costumbres y si me voy a dormir necesito llevar puesta la ropa que es para ese fin. Si no lo hiciera, no podría pegar ojo. Por alguna razón dicen por ahí que las manías no las cura el médico.

Sin embargo, por mucho camisón que me pongo, el sueño hoy parece un compañero esquivo. No hago más que dar vueltas en la cama y, por qué no decirlo, a la cabeza, así que al final decido levantarme e irme al sofá a ver un rato la televisión. No obstante, mi serie favorita tampoco me engancha. No consigo seguir el hilo de lo que hacen los personajes ni la trama que han elegido para este capítulo, por lo que termino apagando el aparato.

Cansada ya de tanta tontería, me voy a la cocina a prepararme otra infusión relajante. A este paso acabaré con las existencias de hierbaluisa del mercado. Mientras la tomo sentada en un taburete de la barra, me doy cuenta de que no he hablado con Mila desde que nos vimos el día antes de irme de Altea, así que abro la aplicación de chat y entro en el grupo que tenemos las tres amigas. De esta manera, mataré dos pájaros de un tiro.

Valentina

Hola, petardas. ¿Cómo estáis?

Espero a que alguna me conteste, pero los minutos pasan sin que nadie dé señales de vida. Ahora mismo siento que mi comentario es como una bola del desierto rodando a la deriva. Me dejo caer con dejadez sobre la encimera, a la par que la pantalla del móvil se apaga. Sin embargo, un par de minutos después recibo una notificación que me hace saltar como un resorte.

Mila

¡Madre mía! Ya era hora, pecosa.

Valentina

No me llames así, chocolatina.

Mila

Si tú puedes llamarme chocolatina, yo te puedo llamar pecosa.
Es mi derecho de amiga.

Nati

Hola, preciosas. Perdón por no contestar antes. Estaba con una nueva vasija entre manos. ¿Cómo va todo por Altea, Mila?

Mila

Como siempre, aunque os echo mucho de menos. Me siento muy sola aquí.

Valentina

Pues vente. Yo tengo un apartamento que se va a quedar vacío un mes.

Nati

¿Cómo que se va a quedar vacío un mes? ¿Qué me he perdido?

Mila

Cuenta, cuenta.

Bueno, supongo que ha llegado la hora de comentar con mis amigas lo que ocurrirá en los próximos treinta días. Es una historia un poco larga, podría enviar un audio y así detallar todo con pelos y señales, pero prefiero escribir. No estoy muy segura de que mi voz no vaya a perder la cadencia en algún punto del relato. Eso sería fatal para mí, pues les estaría dando a estas dos cotillas una munición extra que no necesitan.

Termino el párrafo, que parece la mitad del libro de «El Quijote», y las cotorras de mis amigas comienzan una batalla para ver quién de las dos hace más preguntas en treinta segundos. He de

decir que, por poco, va ganando Mila.

Mila

Prepárate, pecosa. Te vas a enterar de lo que es un buen chocolate relleno de sangre latina.

Valentina

¡No seas bruta! Entre Yotuel y yo no hay nada, y tampoco va a pasar nada. Eso lo tengo tan claro como que respiro.

Nati

Ya, ya. Eso dije yo y mira dónde he acabado...

Valentina

Bueno, pero yo no soy tú. Además, todavía no he hablado con Rodrigo. Se supone que sigo teniendo novio.

Mila

O sea, que si Rodriguito saliera de la ecuación, te lo beneficiabas.

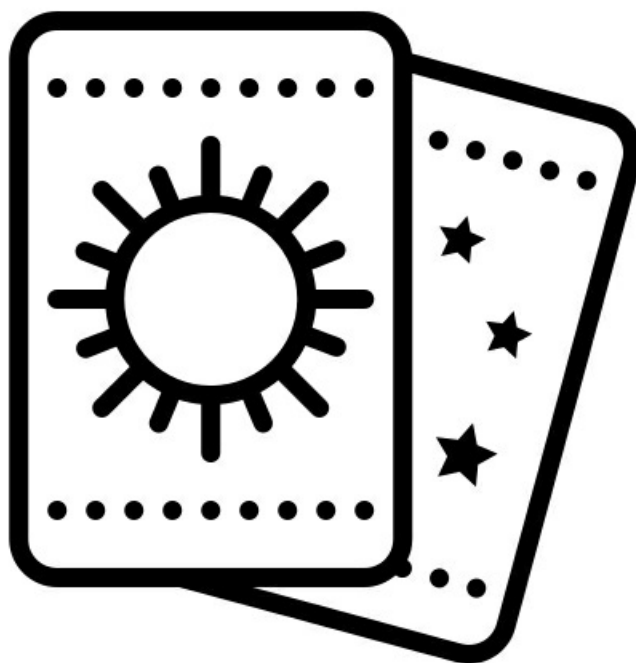
Nati

Ja, ja, ja. Le haría ver algunas galaxias.

Valentina

¡En serio! ¡No puedo con vosotras! Me voy a dar una vuelta. Ale, ahí os quedáis.

Un montón de *gifs* con gente tirada en el suelo partiéndose de risa aparecen en la pantalla. Desde luego, vaya par. Ya se pueden poner todo lo brutas que quieran porque la conclusión es la misma: entre el cubano y yo no puede pasar nada. Nunca.



CAPÍTULO 17

CARIDAD

—Algún día tienes que decirme qué tomas para estar tan guapa.

—Anda, no seas guataca^[68].

—Es verdad, yo nunca miento.

Mi *compay* Nicolás ha venido a verme después de la llamada que le hice pidiendo su ayuda. Es un tipo chévere que siempre ha estado a nuestro costado, tanto en los buenos como en los malos momentos. Ahí es cuando vi en él a un *ambia*^[69], alguien con quien poder hablar de cualquier cosa, una persona que daría lo que fuera con tal de ver a su gente feliz. Vamos, que es un hombre que se viste por los pies, como suelen decir acá.

Además, es muy atractivo, eso no se puede negar. Soy una mujer con ojos en la cara y quien diga lo contrario es que necesita lentes. Cuando lo conocí más y vi la clase de persona que era, mi papaya reaccionó de una forma que ya parecía olvidada. Me entraron unas ganas tremendas de *echarme*^[70] a Nicolás hasta el amanecer y, a poder ser, durante varios días.

Él también puso de su parte. La sandunga que llevamos durante días nos tenía a los dos a punto de explotar. Estuvo a un paso de *empatarme*^[71], pero un día nos pusimos a hablar sobre lo que sentíamos y nos dimos cuenta de que no funcionaría.

Yo no soy una mujer de solo sexo, no busco solo una pinga que me dé el gusto. Al principio estaría bien, pero acabaría queriendo más, y eso con Nicolás no iba a poder ser. Él había estado felizmente casado con Vilja y la amaría hasta la eternidad. No buscaba una mujer que la sustituyera de ninguna forma, solo podía ofrecer buenos ratos entre las sábanas y nada más. Así

que decidimos que lo mejor para ambos era ser solo amigos, aunque entre nosotros siguiera existiendo esa tensión que nos hacía arrimarnos más de lo normal.

Durante un rato conversamos sobre el Viva Cuba y El látigo de bronce, su pequeño negocio de suvenires, que ahora, además, ha incorporado algunos objetos hechos a mano por nuestra querida Nati. Lo cierto es que a ambos nos va muy bien porque, a pesar de que por estas fechas no venían tantos turistas porque *chiflaba el mono*^[72], los dos teníamos una buena cartera de clientes que nos mantenía durante el invierno.

Llegamos a las seis de la tarde y todavía no hemos entrado en materia. Y es que, cuando nos juntamos, podemos pasar horas palucheando de cualquier tontería. No obstante, pienso que ha llegado el momento de hablar a mi *compay* de mis intenciones con Yotuel y Valentina, y comenzar a trazar un plan entre los dos. Como estas cosas se hacen mejor con la garganta mojada, voy un instante a la barra para preparar unos cañangazos de ron que nos den el calorcito y el empuje que necesitamos.

—*Hello, darling.*

—¡Ava, qué sorpresa! —digo mientras cojo sus manos con afecto por encima de la barra—. ¿Qué hace mi blanquita favorita por acá?

—Necesito hablar contigo, *my beautiful lady*^[73].

—¿Sobre qué, belleza?

—Sobre cierto *latin lover*.

—¿Yotuel? —pregunto algo sorprendida. Su asentimiento me vale para confirmar que está hablando de mi nieto—. ¿Qué ha hecho?

—Nada malo, pero sí un poco *suspicious*^[74].

—Vale, ahora sí que me tienes intrigada —indico con los ojos entrecerrados—. Si quieres te preparo un roncito y te sientas con Nicolás y conmigo. Supongo que él puede escuchar lo que tienes que decir, ¿verdad?

—Sí a todo, *my dear*.

Mientras Ava se acerca a la mesa donde está sentado mi *compay* para darle dos besos y decirle lo bello que está, yo me dedico a llenar un vaso más y ponerlo sobre la bandeja. Lo cierto es que la inglesa ha logrado saltar mi curiosidad. Con las bebidas ya servidas, comienza un relato por parte de Ava que puede que cambie el curso de los acontecimientos.

—Veréis, los dos sabéis que tengo una condición para vender *my apartment, right?*^[75]

—Si no recuerdo mal, querías venderlo a una pareja de enamorados —contesta Nicolás.

—*Exactly*^[76]. Supongo que también sabéis que Yotuel lo quería.

—Sí, pero no cumplía con esa condición.

—*Well*^[77], al parecer sí la cumple.

—¿Cómo dices?! —pregunto con un tono más chillón de lo normal, casi atragantándome con un trago de ron.

—Lo que oyes, *my dear*. Hoy ha venido a otra visita junto a su *girlfriend*, una preciosa mujer pelirroja que se llama Valentina.

Sus palabras nos dejan parados tanto a Nicolás como a mí, pues ambos sabemos que esos dos no son pareja, aún no. Y, aunque sé que esa chica es el destino de mi Yotuel y quiero hacer todo lo posible para que estén juntos, también sé que todavía les falta camino por recorrer.

—Sospechaba que no era así, pero vuestras caras lo acaban de confirmar. Lo que ellos no saben es que yo soy más lista —concluye con una sonrisa pícara.

—¿A qué te refieres?

—Pues que he notado que no eran *couple*^[78] mientras miraba a Valentina —continúa bajando

la voz a un susurro—. Yotuel estaba muy cómodo, tocaba su cintura, sus manos, su mejilla. Vamos, era el perfecto novio cariñoso. *But*^[79] cuando hacía eso ella se quedaba parada durante unos segundos. Algunas veces daba pequeños saltos, como si no lo esperara.

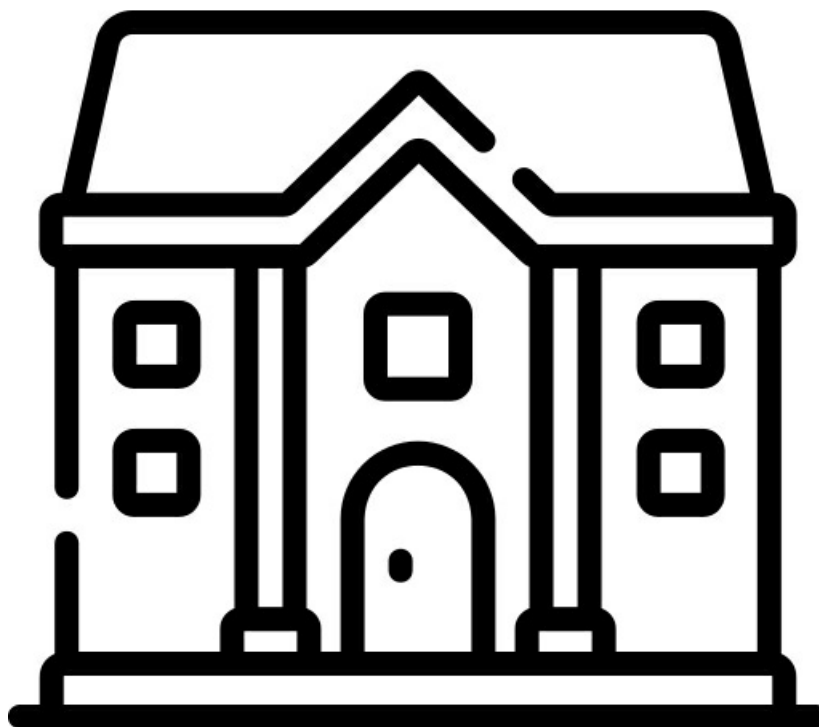
—Ya, y eso no debería ocurrir si compartes vida y cama con alguien —expone Nicolás.

—*Right*^[80]! Por otro lado, he visto mucha *chemistry*^[81] entre ellos. Cuando se miran saltan chispas y la *romantic lady*^[82] que tengo dentro ha pensado que igual necesitaban un pequeño empujón, así que he puesto otra norma para que Yotuel se quede con mi pequeña joya. Lo que pasa es que ahora no sé si he hecho bien.

Ava nos cuenta que les ha convencido para que vivan un mes juntos en su *gao*. Así sabrán si es la casa soñada por ellos para comenzar la nueva etapa de su vida en pareja.

—¡Eres un genio! ¡Es perfecto! —grito como una loca al mismo tiempo que le doy un abrazo bien fuerte.

Tanto mi *compay* como mi blanquita del alma se me quedan mirando como si me hubieran salido tres cabezas de sopetón. Es normal, todavía no entienden cuáles son mis planes, pero no me hago mucho de rogar y les cuento con pelos y señales lo que he visto en mis cartas. Les hablo de por qué había llamado a Nicolás para que viniera hoy, desvelando mis intenciones. Los dos sueltan varias carcajadas por mi ocurrencia, pero están de acuerdo conmigo en que esos dos tienen que acabar juntos y revueltos. Gracias a Ava el juego ha comenzado. Sabemos que pronto vendrá alguna dificultad, pues los dos son muy luchadores y cabezones; sin embargo, si los tres hacemos frente común conseguiremos que mi nieto y esa maravillosa chica terminen unidos para siempre.



CAPÍTULO 18

YOTUEL

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano y *quemar el tenis*^[83] a la hora de dejarla en su *gao* y no lanzarme sobre ella como tanto deseo. Pero después de lo que va a hacer por mí, debo empezar a pensar más con la cabeza y menos con la pinga, aunque eso me provoque un dolor de *timbales*^[84] digno de estudio.

Sigo sorprendido porque haya aceptado las condiciones de Ava, sobre todo, sin que yo tuviera que suplicarle o arrastrarme para que lo hiciera. Algo que no pensaba hacer, ya me había ayudado más de lo que esperaba y, aunque mucha gente me tache de descarado, porque siempre consigo lo que me propongo, jamás lo haría a costa de otra persona y mucho menos si se trata de Valentina. Ella es especial y no me perdonaría dañarla por conseguir un *gao*. Por no mencionar que si mi abuelita, mi *pura* o mis hermanas se enteraran, me cepillaban.

Sé que hay algo entre nosotros que no podemos controlar y que, llegado el momento, tampoco tengo claro que podamos detener. Me vuelvo un idiota a su lado y a ella, por mucho que intente disimularlo, le sucede lo mismo. Mi presencia la altera, su forma de mirarme cuando cree que no la observo, sus sonrisas, su respiración acelerada o su pulso errático cuando provoco algún contacto entre nosotros, o esa bordería y chulería que siempre interpone entre nosotros me deja claro que no le soy indiferente. Pero de sentir cierta atracción sexual, a que acepte convivir conmigo todo un mes bajo el mismo techo, va un mundo que no consigo entender.

El plan de Ava va a ser toda una tortura para ambos, pero quizá nos ayude a conocernos mejor

y quién sabe, con un poco de suerte puede que templemos^[85] y terminemos de una vez con la tensión sexual que nos envuelve desde el primer día. Eso o acabamos matándonos y saliendo en todos los noticieros del país. Ya veremos qué sucede antes, aunque puestos a elegir, la primera opción es la que más me atrae, soy demasiado guapo, *sexy* y sabroso para *guindar el sable* siendo tan joven.

Con la intención de ocupar mi mente y después de comprobar que todo marcha bien en el trabajo, agarro mi bolsa y me voy a quemar energía al *gym*. Estoy subido en la máquina de remo cuando mi teléfono comienza a sonar. Lo ignoro las tres primeras veces porque algo me dice que vamos a discutir nada más descolgar y es algo que prefiero evitar. Sin embargo, a la cuarta comienzo a preocuparme y contesto para saber qué tripa se le ha roto a mi albino favorito.

—*Mi amol*, qué gusto recibir tu llamada a estas horas.

—Déjate las gilipolleces para otro momento, no estoy de humor para soportar tus tonterías — gruñe con su buen humor habitual, ese que despliega a todo el mundo menos a su morenita, ya que con ella es todo dulzura y corazoncitos.

—Amorcito, tú nunca estás de humor. Eres la reencarnación del jodido grinch, aunque a ti te dura todo el año.

—Yotuel, deja de tocarme los huevos y explícame: ¿por qué vas a vivir con Valentina?

Mi abuelita siempre dice que las noticias, los chismes y el ron vuelan más rápido que el sonido, pero esta vez lo han hecho más que la luz.

—Kalevi, no es lo que parece ni mucho menos lo que estás pensando.

—Desde que te conozco, y ya son muchos años, nunca me equivoco con mis pensamientos.

Tiene razón, él es de las pocas personas que me conocen y entienden de verdad, con solo una mirada o palabra sabe cómo me siento o lo que me preocupa. Siempre ha estado a mi lado, incluso cuando éramos niños y yo era el blanco de todos los insultos de nuestros compañeros por mi color de piel. Nos hicimos inseparables, nos ayudamos y protegimos, creando una relación de amistad muy fuerte entre nosotros. Su opinión es primordial para mí, pero esta vez debe mantenerse al margen y dejarme actuar.

—Valentina solo me está ayudando a conseguir el *gao* de Ava, por eso, y solo por eso, vamos a vivir juntos. No hay nada entre nosotros, es más, apenas nos soportamos. No tienes de qué preocuparte.

—Me preocupo porque te conozco y sé lo torpe, idiota e imbécil que te vuelves cuando hay una mujer cerca. No quiero que sufras y Valentina no es la típica tía con la que sueles salir.

—*Ecobio*^[86], todo irá bien. Compartiremos *gao* durante un mes, conseguiré ese piso y, después, cada uno seguirá con su vida. Confía en mí.

Ni yo mismo me creo mis palabras, por no comentar cómo me duele decirlas —no busquéis una explicación, porque ni yo se la encuentro—, pero por suerte, o porque prefiere no insistir, Kalevi da el tema por aparcado, que no quiere decir terminado. Quedamos para salir mañana a realizar deporte y ponemos fin a la llamada, aunque yo no consigo quitarme sus palabras de mi cabeza y por lo tanto no vuelvo a disfrutar de mi entreno.

La tarde y los problemas que la acompañan —un piso completamente destrozado por sus amables inquilinos—, logran que esté con el moño virado^[87]. No entiendo por qué ciertas personas piensan que por pagar un alquiler tienen derecho a hacer lo que les salga de los *berocos* sin importarles los daños que causen. Se suele decir que los españoles y latinos somos ruidosos, impuntuales, quejicas, que nos gusta *cumbanchar* y poco *currar*, pero desde que me dedico al mundo inmobiliario, y más concretamente a los pisos y apartamentos turísticos, he descubierto que los guiris, *yumas* y europeos de bien pueden convertirse en verdaderos salvajes cuando están

de vacaciones.

No respetan nada y piensan que su astilla es superior a la del resto, montan *guantanamera*^[88] por donde van, buscan conflicto a la menor ocasión e incluso son capaces de hacer balconing arriesgando su vida en el proceso. Si ellos son el ejemplo que debemos seguir, prefiero quedarme como estoy. No digo que todos sean iguales, porque no es cierto, pero sí lo son la gran mayoría y eso perjudica al turismo y a todos los que vivimos de él.

Solo he conseguido relajarme con la cháchara de mi abuelita y los dos cañangazos que me ha preparado mientras disfrutábamos de la cena. Aunque todo se ha ido al traste nada más llegar a mi *gao*. Me cambio deprisa y nervioso, como nunca lo he estado en mi vida, voy en busca de mi perdición pelirroja para nuestra clase de baile. Espero a que abra la puerta y cuando lo hace, siento como mi *corasón* se salta varios latidos y mi boca llega al suelo.

No va vestida para bailar, la muy bruja se ha preparado para dominar el mundo y fulminar a cualquier hombre que se cruce en su camino. Un vestido rojo —digo vestido por no decir minúsculo trozo de tela— se adapta a su escultural cuerpo, dejando muy poquito a la imaginación. Vamos, que lleva la misma cantidad de tela que Psique en el famoso cuadro que pintó William-Adolphe Bouguereau, «El rapto de Psique» —sé que os acabo de dejar sin palabras, pero no soy un inculto, y el arte es una de mis pasiones, aunque no lo parezca—.

Su melena suelta, sus ojos marcados, sus infinitas pestañas, esos labios que me vuelven loco, y que me muero por probar..., pintados en un tono rojo sangre, y unos tacones de infarto ponen el broche perfecto a su aspecto. ¡Joder! Ahora mismo daría lo que fuera por hacerla mía, una y otra vez, sin embargo, debo controlar al cavernícola que se ha instalado en mi mente y me pide que me lance sobre ella, para ser el hombre coherente y responsable que le he asegurado a Kalevi que soy.

—¿Piensas seguir mirándome mucho más tiempo? —Sus palabras y ese tono borde que siempre la acompaña logran sacarme de mi estado de turbación.

—Estás preciosa, Valentina.

Nada más decirlo me arrepiento, no puedo dejarle ver lo mucho que me afecta o seré un juguete en sus manos.

—Lo sé, soy un ser excepcional, un monumento y una obra de arte en todo su esplendor. Muchas gracias por tus cursis cumplidos y, ahora, ¿podemos irnos ya a las clases de baile?

—Cuando desees.

Me aparto para que pueda salir y juntos nos marchamos al Club Habana. El trayecto lo hacemos en silencio, aunque no puedo evitar mirarla varias veces y fantasear con todo lo que le haría, lo que provoca que mi amiguito se despierte emocionado ante las opciones que mi mente crea. Por suerte, llegamos enseguida y la algarabía del club y las órdenes de Odalys —la profesora y dueña del local— consiguen que deje de verlo todo rojo y pueda disfrutar de la música y, por supuesto, del baile. Rumbas, mambos, chachachás, guaguancós, congas, timbas y mucha salsa.

Durante un par de horas nos movemos sin descanso, acelerando nuestras respiraciones, desbocando nuestros pulsos y cubriendo nuestros cuerpos de una suave capa de sudor, por algo en mi tierra comparamos el sexo con el baile. Con mucho esfuerzo me he mantenido alejado de Valentina durante toda la clase, ver cómo se movía ya era suficiente castigo y no quería provocar ningún contacto que no sería capaz de controlar. Pero cuando Odalys me ha insistido, mejor dicho, obligado a bailar con ella una salsa, sabía que todos mis intentos habían fracasado.

Al son de la canción «Ven, devórame otra vez» —sin comentarios, muy sutil la puñetera Odalys— comenzamos a bailar. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, la coordinación en

nuestros movimientos es increíble, su aliento baña mi cara y su sonrisa está a punto de provocarme un jodido infarto. Intento poner la mente en blanco y dejarme llevar solo por el sonido de la melodía, pero es imposible. La deseo y necesito, la quiero y anhelo en mi cama.

La canción llega a su fin, aunque eso parece darnos igual, estamos a escasos centímetros y nuestras miradas comienzan a hablar por nosotros. Cansado de luchar entre lo que deseo y lo que sería correcto me dejo llevar, y sujetando sus mejillas me lanzo a devorar esa boca a la que ya no me puedo resistir. Mi sorpresa es mayúscula cuando, en vez de separarse y cruzarme la cara por el camino, responde a mi beso con la misma desesperación y ganas que siento yo.

Nuestras lenguas se retan, nuestros cuerpos se funden hasta ser prácticamente uno y cuando una de sus manos se enreda en mi pelo, sé que estamos perdidos. Sujeto la parte baja de su espalda para hacerle sentir todo lo que provoca en mí y que no habría tela, material o superpoder en este universo capaz de contener. El suave gemido que escapa de su boca es lo más erótico que he escuchado en toda mi vida y da el pistoletazo de salida a una nueva sesión de besos cada vez más subidos de tono. Debemos parar y continuar cuando estemos los dos solos, sin embargo, no puedo separarme de ella, ni mucho menos, abandonar su adictiva boca.

—La clase ha terminado, dejemos que los tortolitos continúen solos su fiestecita.

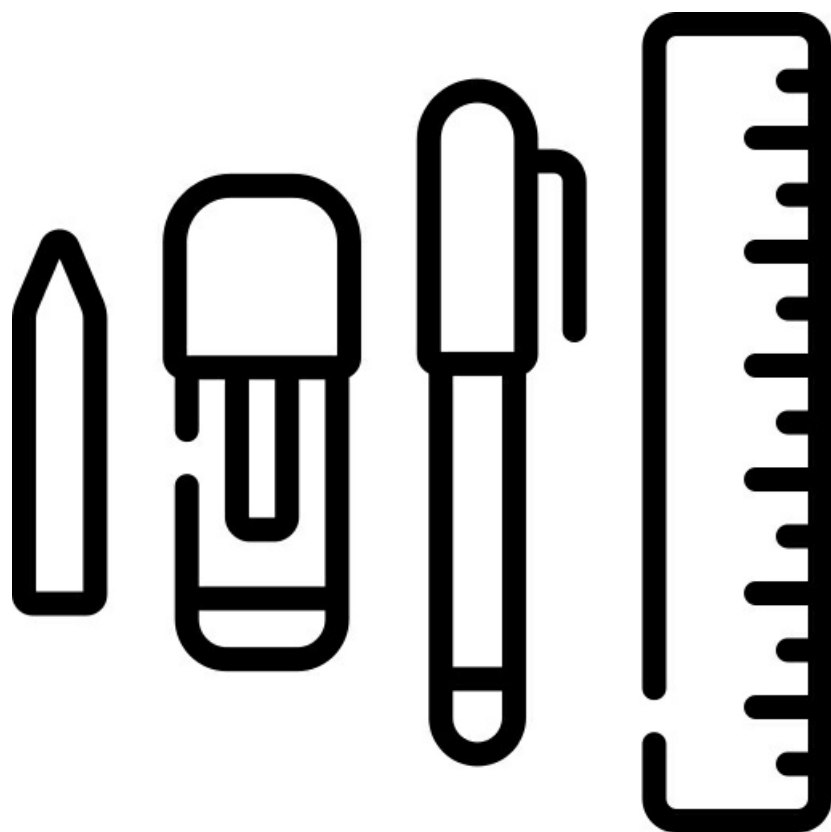
Las palabras de Odalys logran hacernos entrar en razón, poniendo fin a nuestros besos. Noto la rigidez de Valentina y cómo su cuerpo comienza a temblar y, en esta ocasión, nada tiene que ver con la excitación y el deseo que nos nublaba hace unos segundos. Me gustaría estar equivocado, pero algo me dice que la noche acaba de terminar y que lo que ha ocurrido entre nosotros, ahora mismo es una losa sobre la cabecita de la pelirroja.

—Suéltame —susurra sin levantar la mirada.

—Valentina, lo que acaba de suceder...

—Lo que acaba de suceder ha sido un error que no se va a repetir.

Me aparta de forma brusca y se marcha a la carrera, dejándome anclado al suelo, incapaz de actuar. No puedo creer que piense eso, que menosprecie lo que acaba de pasar, ni tampoco que sea capaz de mentirse de esa forma tan descarada. Lo que ha ocurrido lo hemos consentido, sentido y disfrutado los dos, pero si ella quiere negarlo, dejaré que lo haga. Ya veremos cuánto es capaz de resistirse y negar lo evidente cuando compartamos *gao* y vida en pareja.



CAPÍTULO 19

VALENTINA

Salgo disparada del Club Habana como si me persiguiera una horda de zombis hambrientos. Miro a izquierda y derecha, pero no logro recordar por dónde hemos llegado hasta aquí, ya que me he pasado todo el camino mirando al suelo y siguiendo los pasos del cubano. Además, no soy lo que se dice una maestra de la orientación. La llegada de la tecnología a nuestras vidas fue muy beneficiosa en muchos casos, pero nos ha hecho demasiado dependientes, haciendo también que nuestras neuronas dejaran de trabajar en ciertos campos. Uno de ellos, sin duda, era la construcción de rutas en la mente para llegar a un destino, y yo me había hecho asidua a los mapas digitales, dejando atrás el esfuerzo de calcular un recorrido.

Como ahora no tengo tiempo de ponerme a pensar, ni tampoco me apetece coger una dirección errónea y perderme entre las calles a estas horas de la noche, saco mi teléfono y pongo la dirección de mi apartamento en el buscador. Una raya azul me indica el camino, que no me tomará más de cinco minutos andando. Poco tiempo, ¿verdad? Pues nunca se me habían hecho tan eternos.

Durante ese corto plazo le da a mi mente por recrear en bucle lo que ha ocurrido con Yotuel. Nuestros cuerpos pegados, sus manos fuertes rodeándome, sus labios suaves haciendo contacto con los míos, su lengua atrevida jugando con la mía. Es un poco triste reconocer que nunca me habían besado así, con tanta pasión y descaro, a la par que con delicadeza y devoción. Mentiría si dijera que no ha sido la mejor experiencia de mi vida, que tan solo un roce suyo no ha provocado

un volcán en mi interior, que no deseaba que ese momento llegara...

Sin embargo, nada de esto puede volver a ocurrir. Por azares del destino, y por mi jodido complejo de hermanita de la caridad, vamos a pasar un mes bajo el mismo techo. No quiero convertir esa experiencia en algo parecido a Sodoma y Gomorra. Tenemos que ser civilizados y poner un punto de cordura a toda esta situación.

Con la cabeza como un bombo, llego a mi hogar, dulce hogar. Menos mal que el cubano no me ha seguido para continuar con la conversación sobre nuestra pequeña caída y que me ha dejado el espacio que necesito. Por otro lado, no sé por qué eso me hace sentir mal, prescindible, poca cosa. En serio, hay momentos en los que ni yo misma me entiendo.

Soy consciente de que mi mente esta noche no me va a dejar dormir, así que recurro a la tableta de la felicidad, que no es de chocolate, sino de esas pastillas capaces de tumbar a un elefante. En los últimos tiempos las necesito más de lo habitual y eso es algo que no me hace mucha gracia, así que me pongo una nota en el móvil para que mañana me recuerde que debo buscar una herboristería. Aunque la química está bien, prefiero recurrir a algo natural.

Caigo en un sueño profundo en el que un hombre me observa a los pies de mi cama. Se acerca a la cabecera y acaricia mi cabello con su mano fuerte y morena. Sus labios se abren para decir algo que no puedo distinguir, pero sus palabras no me ponen nerviosa, sino que me dan paz. Entonces, se da media vuelta y sale por la puerta de mi dormitorio dejando una estela de perfume a ron envejecido en barrica de roble. Ha parecido algo muy real, aunque nunca haya tenido lugar.

El sonido estridente de mi teléfono me despierta a las nueve de la mañana. Mi cabeza embotada solo me da para cerciorarme de que anoche no me quité la ropa que llevaba puesta, antes de caer sobre el colchón. Creo que es la primera vez en mi vida que no llevo a cabo mi ritual de limpieza de cara, aderezo de cremas y puesta de camisón antes de acostarme. En fin, no es algo que quiera tomar como nueva norma, pero tampoco se acaba el mundo por esa pequeña transgresión.

El teléfono vuelve a sonar con Lola Índigo cantando que no sabe portarse bien en su «Mujer bruja», un regalito de última hora de mi querida hermana para decirme que aprendiera un poco. Sin mirar el nombre que aparece en la pantalla, descuelgo el aparato. Craso error.

—Dígame.

—Menos mal que estás bien, querida.

—Rodrigo —digo con la voz ahogada por la sorpresa.

—Sí, muñequita, soy yo. Sé que en tu nota me dices que no te busque, pero no me quedaba tranquilo.

—¿Mi nota? ¿Ya estás en Altea? ¿No se supone que volvías el viernes?

—Adelanté el viaje porque ya no tenía mucho que hacer en Barcelona. Además, te echaba demasiado de menos, quería verte cuanto antes. Sin embargo, me he encontrado con un sobre blanco con mi nombre escrito de tu puño y letra. —Rodrigo hace una pausa para coger aire y expulsarlo de forma ruidosa—. Valentina, no sé qué está pasando, pero sea lo que sea lo podemos solucionar juntos. Desde luego, salir huyendo a Dios sabe dónde no es la solución.

—Yo no he huido, Rodrigo. Solo necesitaba tiempo para mí y para pensar, eso es todo.

—¿Para pensar en qué? Si es por la colección de Platinum, lo puedes hacer desde tu sede de Valentina's, eso no es algo que requiera tomar distancia, querida.

—Sí que lo es —indico enseñando parte de mis cartas por primera vez en esta partida—. Además, no es solo por el nuevo proyecto, son muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Qué pesado estás, Rodrigo.

—¿Pesado? Discúlpame si estoy intentando entender por qué mi novia ha desaparecido sin dar explicaciones, dejando una mísera nota como única despedida.

Su tono de voz me pone los pelos de punta. No había oído nunca esa aspereza y sequedad en él. No obstante, entiendo que esté enfadado, no es que haya hecho las cosas precisamente bien.

—Por favor, Valentina. Dame alguna pista antes de que empiece a volverme loco.

—De acuerdo —claudico al fin—. He trabajado mucho durante los últimos años para conseguir lo que tengo ahora, pero las pasarelas, el estrés desorbitado y el foco mediático han hecho mella en mí. No sé si quiero seguir con eso.

Una fuerte respiración indicando sorpresa tiene lugar al otro lado de la línea. Desde luego, Rodrigo no se esperaba lo que está escuchando salir de mis labios.

—Sé que tú también has trabajado duro para que mi marca esté entre las mejores del mercado. Eres muy bueno en lo que haces, Rodrigo, y te estaré eternamente agradecida, pues Valentina's fue un proyecto que levantamos tú y yo de la nada.

—Y ahora, después de tanto esfuerzo, quieres terminar con todo —responde enfadado.

—No sé qué quiero hacer, solo sé que necesito tranquilidad para centrarme.

—De acuerdo —admite emitiendo un suspiro—. Y ¿qué pasa con nuestra relación fuera del trabajo? ¿También la estás poniendo en una balanza?

—Sí —suelto sin tapujos—. Sin embargo, no es algo que me apetezca hablar por teléfono.

—Da igual, ¿no? Ya puestos, vamos a hablar de todo, querida —indica con un tono burlón que no me gusta un pelo y que hace que saque mi mala baba a relucir.

—Bien, tú lo has querido, príncipe —escupo llamándolo así por primera vez—. Lo nuestro está más muerto que los animales que caen en el lago Natrón. Salir contigo se me hace cada vez más cuesta arriba y ya ni te cuento tener sexo. No me apetece tocarte ni con un palo.

—Valentina, estás siendo un poco cruel, ¿no crees? —pregunta con la voz tomada por un principio de lloro.

—Puede que sí, no obstante, creo que es mejor dejar esto claro y romper con nuestra relación sentimental. Así ambos quedamos libres para hacer lo que nos plazca. De la relación laboral que nos une... ya hablaremos cuando vuelva.

¡Sí, por fin!, grita mi mente en tono de euforia absoluta. *Así nos podremos tirar al bombón de chocolate sin problemas. Bien hecho, jefa.* No, no y no. De ninguna manera.

—Como quieras, querida.

Esas son las últimas palabras que recibo de mi, ahora sí, exnovio. La verdad es que no siento pena. ¿No debería dolerme un poco? Supongo que llevaba mucho tiempo manteniendo una farsa y, en vez de sumirme en la más absoluta pena, solo puedo advertir un gran alivio. No es la manera en la que deseaba cortar con él, pero bueno, ya está hecho.

Con una ligereza extraordinaria fluyendo por cada parte de mi cuerpo, me levanto para comenzar mi rutina. Tras una ducha revitalizadora, me pongo ropa cómoda y me preparo un buen desayuno. No sabía que dejar a alguien te abriera tanto el apetito. Mientras como un par de tostadas bien grandes, con tomate, aceite y una buena cantidad de jamón serrano, decido llamar a mi hermana, que la tengo un poco olvidada, algo inusual en mí.

—¿Cómo está mi pecosa favorita? —contesta Jordina al escuchar mi saludo.

—Muy bien.

—Uy, ya me estás contando qué ha pasado.

—¿Cómo puedes saber que ha ocurrido algo?

—Muy sencillo, por tu voz.

—Mi voz está igual que siempre.

—De eso nada, está como más jovial, más relajada —indica con total convicción—. Así que, podemos seguir hablando sobre los diferentes tonos que tienes en tu voz, que pueden indicar una cosa u otra, y que me conozco a la perfección, o puedes sacarme de dudas sin aburrirnos mutuamente.

—Vale —confirmo con voz cansina—. Acabo de dejar a Rodrigo por teléfono.

—¡Bien por ti! No es por nada, pero ya era hora.

—¿Es que no me has escuchado? Lo he dejado en una llamada. ¿No te parezco una persona horrible?

—Para nada. El cómo no importa, mi querida hermanita. Eso es algo que, a veces, no podemos controlar. Viene cuando viene y punto. Lo fundamental es que al fin has hecho algo que tenías que haber hecho siglos atrás.

—¡Qué bruta!, tampoco hace tanto, que no soy *lady* Ginebra.

—Bueno, tú ya me entiendes, quisquillosa —increpa como si fuera una adolescente aburrida—. Ahora ya estás libre para que te den un buen meneo.

—¡Anda ya! Eso no estaría bien.

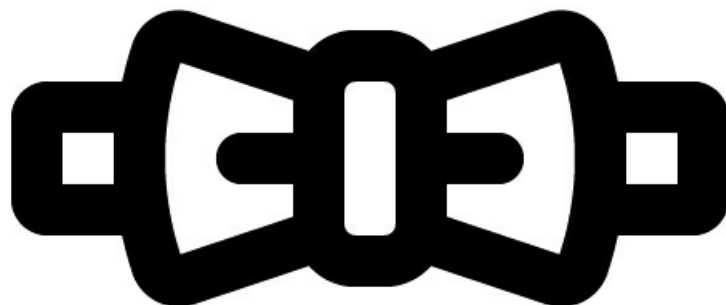
—¿Por qué? ¿Acaso tienes el corazón roto? ¡Venga ya, hermanita!, que nos conocemos, y sé que Rodriguito no te provocaba ni un ligero rubor. Haz el favor de quitarte esa barrera absurda que te frena y desmelénate un poco. Sal ahí fuera y busca un buen espécimen que te deje mirando para Cuenca.

—Pero ¿de dónde sacas esas cosas?

—A ver si te crees que cuando quedo con una chica me dedico a jugar al parchís. Además, no sé el porqué de tanto remilgo ahora, que la primera en hablarme de sexo fuiste tú.

Mi hermana tiene toda la razón del mundo. Yo misma me freno y es absurdo. No hago daño a nadie dándome un buen homenaje en la cama, menos ahora que he dejado mi relación con Rodrigo. Tan echada para adelante en algunas cosas, tan cortada en otras.

Hablo con ella unos minutos más que me saben a gloria. Jordina siempre sabe cómo animar a cualquiera con su actitud positiva ante la vida y los obstáculos que se presentan. Durante nuestra conversación solo aparece un candidato en mi mente, aunque ese no puede ser. Ya he dicho que debo mantener las manos quietas con respecto a él. Es más, se lo dije a él directamente cuando nuestro beso finalizó de manera tan abrupta en el Club Habana. Entre nosotros no debería pasar nada, no estaría bien, no sería apropiado, ¿verdad? Pero cuán tentador resulta solo pensar en el pecado.



CAPÍTULO 20

RODRIGO

No puede ser verdad, no es cierto lo que acaba de suceder, me niego a aceptar que esa idiota haya sido capaz de dejarme y, además, de hacerlo mediante una simple llamada. Ella no es nada sin mí, sin mi carisma y trabajo, ¡por favor!, que de haberla dejado estaría trabajando de dependienta en una cutre tienda de ropa de barrio, desperdiciando su talento, y en casita, al amparo de su hermanita enferma. Patético.

Después de todo lo que me he sacrificado, de lo mucho que la he ayudado, ahora la muy desgraciada pretende librarse de mí, pero eso es algo que no sucederá. No imagina todo lo que soy capaz de hacer para conseguir mi propósito, y con su actitud de niña mimada y caprichosa acaba de despertar al demonio que vive en mí.

Siempre he pensado que hay tres tipos de personas en la vida. Están los conformistas, ilusos seres que no aspiran a nada, se adaptan a todo y se sientan a ver su insignificante existencia pasar, sin pena ni gloria. No avanzan, no arriesgan y nunca ganan. Aseguran ser felices, pero solo son unos mierdas que por no esforzarse vagan por el mundo siendo una carga para el resto. Ese tipo de personas no me dan lástima, más bien me provocan asco, pues con su forma de ver el mundo logran que la sociedad no avance como debe.

Luego están las personas como yo, luchadoras, ambiciosas, persistentes y con las ideas muy claras en la vida. No nos dejamos engañar, pues somos nosotros los máximos mentirosos, jugamos con todos los que nos rodean para conseguir nuestros planes y no dudamos en machacar

y terminar con quien ose interponerse en nuestro camino. Somos egoístas, gente sin escrúpulos ni remordimientos, para simplificar: somos ganadores; y los métodos que usemos no importan siempre que obtengamos lo que deseamos.

En mi caso, peleo con uñas y dientes para ser alguien importante, admirable y respetable, con una gran cantidad de dinero en mis bolsillos, buena posición social, amistades influyentes y ganas de poder, mucho poder. No me importa nada más, ni la familia que es un lastre, ni los amigos que suelen aprovecharse de uno cuando las cosas le marchan bien y, por supuesto, no me importa el amor. Ese sentimiento solo te debilita, logrando que olvides tus planes; es algo que aprendí gracias a mis padres.

Ellos tenían la oportunidad de estudiar, de ser alguien en la vida y de mejorar su situación económica, que no era mala, era inexistente, pero se conocieron y enamoraron el último año de instituto, por lo que sus sueños se quedaron aparcados y se centraron en ellos y el bebé que nacería unos meses después, es decir, un servidor.

No me quejo, gracias a que ellos decidieron seguir adelante con el embarazo, yo estoy en esta vida, sin embargo, sus actos y malas decisiones me han enseñado que nadie merece un sacrificio tan grande. El amor es muy bonito para los anuncios, series o películas, aunque a la hora de la verdad, solo el dinero te llena la cartera, y eso es lo que a mí me hace feliz.

Por último están las personas como Valentina, las que más odio y detesto sobre la faz de la tierra. Son personas con talento, capacidades y posibilidades que podrían tener el mundo a sus pies si se lo propusieran, pero sus miedos y falta de coraje a la hora de pelear consiguen que terminen siendo seres mediocres, con una vida igual de mediocre. Anteponen todo y a todos a ellos, buscan el bien, ayudan a cualquiera que se les arrime, y la familia y amigos son lo primero, sin importarles lo mucho que pierdan en el camino. Son fracasados con grandes dotes y unos sentimientos que les hacen vivir en la mierda más absoluta.

He intentado cambiarla, moldearla para que sea alguien en este mundo, no porque me importe, más bien porque ella es un medio para que yo consiga el fin que tanto merezco. Sin embargo, ha sido imposible y ahora nos encontramos en esta situación, aunque no pienso apartarme y dejar que eche por tierra todo por lo que he trabajado durante tantos años.

Me sirvo un vaso de *whisky* que no me molesto en degustar, ahora necesito calmar la mala sensación que la conversación con Valentina me ha causado. Debo pensar y mantener la cabeza fría antes de actuar, no puedo dejarme llevar por el enfado o solo empeoraría las cosas, aunque primero debo hablar con la única persona que me entiende. Marco su número y al tercer tono escucho esa voz tan sensual que logra calmarme en el acto:

—Mi amor, no esperaba tu llamada tan pronto, ¿sucede algo?

—Siento molestarte, amorcito, pero tenemos un problema.

—¿Te ha ocurrido algo? Dime que estás bien, cariño.

No puedo evitar sonreír al oír la preocupación en su voz, no me engaño creyendo en cuentos de príncipes y princesas, no creo en el amor, solo en el sexo, aunque por ella sería capaz de cambiar de opinión y quizá, en un futuro, convertirla en mi mujer, avanzando en mi posición. Por no mencionar que en la cama somos puro fuego y es con la única mujer con la que he conseguido disfrutar de verdad.

—Estoy bien, amorcito, pero acabo de hablar con Valentina y las cosas están mucho peor de lo que esperábamos. La muy desgraciada acaba de dejarme con una simple llamada telefónica.

—¿¡Cómo?! Eso no puede ser, todavía no estamos listos para deshacernos de ella, tienes que hacer algo, Rodrigo.

Su voz se vuelve fría como el hielo, aunque no le doy mayor importancia, lo que acaba de

hacer Valentina ha desbaratado todos nuestros planes y eso enfurece a cualquiera.

—No sé dónde está, se ha marchado de Altea y no tengo forma de encontrarla. Asegura que volverá y entonces retomaremos nuestra relación laboral, pero algo me dice que eso no es verdad. Pretende librarse de mí... en todos los sentidos.

Guardamos silencio, cada uno pensando en una posible solución a todo este desastre, aunque siendo sincero, lo veo muy complicado. Valentina no es nada sin mí, pero yo ahora mismo, tampoco soy nada sin ella y esa empresa por la que llevo desviviéndome desde que la fundamos.

—Descubriré dónde se encuentra esa estúpida y harás lo que sea necesario para que vuelva contigo a Altea y termine esos bocetos. Solo tenemos que esperar a que salga esta colección y después nos desharemos de ella para siempre, pero mientras tendrás que esforzarte y no defraudarme, cariño, o entonces me conocerás como enemiga y eso es algo que no te conviene.

—¿Intentas asustarme?

—Solo te aviso, cariño. Llevo años planeando esto y no dejaré que nada ni nadie me impida hacerlo. No olvides con quién estás tratando, yo no soy Valentina y su buen corazón.

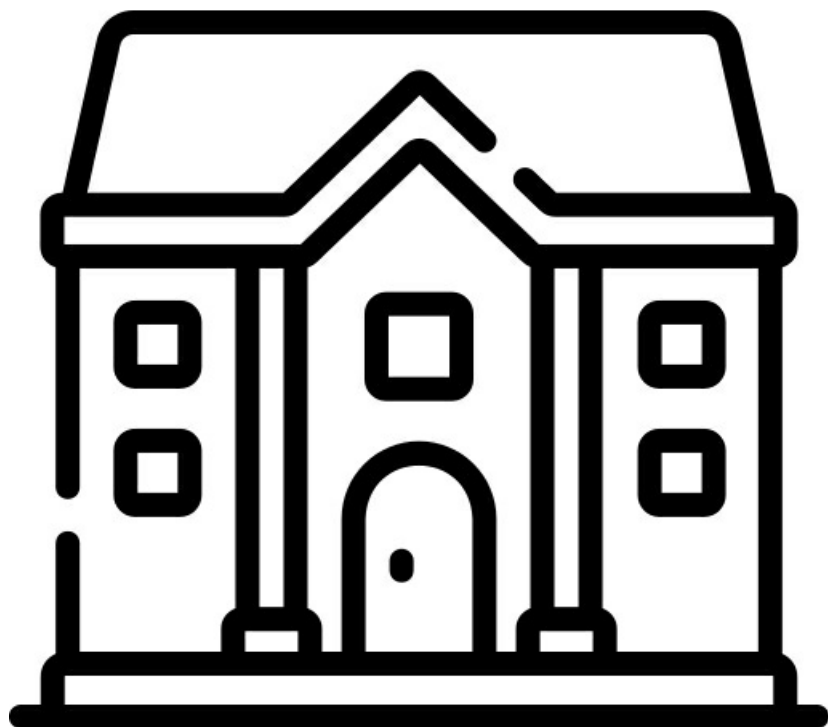
—Lo sé, amorcito. Por eso te elegí a ti y haré todo lo que sea necesario para que ganemos.

—Buscaré su paradero y seguiré moviendo mis hilos, falta muy poco para hacernos con todo y disfrutar de la vida que merecemos.

—Me encanta oírte hablar así y, ahora, ¿qué te parece un poco de sexo telefónico?

—No hay nada que desee más.

Y así es como consigo olvidarme de Valentina, su desplante, su desprecio y de esa maldita idea de librarse de mí.



CAPÍTULO 21

YOTUEL

No sé las vueltas que le he dado al salón, ni las duchas de agua fría que me he dado, tampoco sabría contar las veces que me he plantado en su puerta y me he vuelto a marchar. Las ganas de verla y saber que está bien me pueden, pero el *ñao* que vi en su mirada y cómo reaccionó después de nuestro beso, me frenan. Necesita tiempo, espacio y aclarar lo que sea que sacude su cabezota, e intento dárselo, aunque esta distancia me esté matando.

Sus palabras todavía me duelen, fue injusta y, aunque comprendo que habló el *ñao* que sentía, me destroza pensar que para ella ese beso que nos dimos, y del que no puedo olvidarme, fue un error. Ambos lo disfrutamos, lo deseamos y provocamos, jamás obligaría a una mujer a estar o a hacer algo conmigo que no deseara, y esta vez no fue distinto.

He crecido rodeado de mujeres que me han enseñado a respetar sus deseos, a cuidarlas y protegerlas como si del mayor tesoro se tratara. A valorar cada acción o acto que realicen, a no juzgarlas ni hablar mal de ellas. Me han educado para amarlas y darles lo mejor de mí en todo momento. Para mí las mujeres son intocables y si dirigieran el mundo estoy seguro de que este marcharía mil veces mejor.

En mis anteriores relaciones siempre he sido yo quien ha perdido y sufrido, al que han engañado y manejado a su antojo. Puede que todo se debiera a mi puñetera manía de enamorarme primero y dar más de lo que la otra parte estaba dispuesta a aceptar. No las culpo, en el amor no todos vamos al mismo ritmo ni queremos las mismas cosas, sin embargo, siempre

he aceptado y respetado sus opiniones, aunque estas me destrozaran y rompieran el *corasón*. Por eso con Valentina quiero hacer las cosas bien desde el principio y darle el tiempo que ella necesite.

Cansado de estar encerrado en mi *gao*, me marchó al Viva Cuba para disfrutar de una buena comida rodeado de mi familia. Bueno, eso y que tengo que pedirles a mis queridas hermanitas una pequeña ayudita que me cobrarán a precio de oro. Aunque no me importa, si mi plan sale bien pueden pedirme la luna y las estrellas que estaría dispuesto a entregárselas con lazo incluido.

Decido ir dando un paseo hasta el local para aligerar la opresión que inunda mi pecho desde que salí del Club Habana. Al ser viernes se nota que hay más ambiente en las calles y como los transeúntes, en vez de llevar cara de *berro*^[89], lucen una gran sonrisa y ganas de diversión en sus cuerpos. Es increíble cómo las personas podemos cambiar dependiendo del día de la semana en el que nos encontremos. No consigo entenderlo, la verdad, para mí ni los lunes son tan malos, ni los fines de semana tan maravillosos, todo está en la actitud con la que afrontes las cosas y la alegría que le pongas a la vida. Hay lunes que saben a gloria bendita y sábados que ni regalados los quiero. Pero bueno, eso son mis desvaríos y forma de afrontar las cosas.

Nada más entrar, la canción «Guantanamera» del gran Compay Segundo resuena con fuerza, mejorando mi humor. Al fondo veo a mi *pura* hablando con unos clientes y un sentimiento de orgullo me inunda, es admirable todo lo que ha logrado ella sola. Luchó por su libertad, escapó de un cabrón maltratador que no la merecía, dejó su país, familia y amigos y puso rumbo a una nueva tierra con cinco niños a su cargo. Ella y mi abuelita trabajaron hasta la extenuación, se sacrificaron y lucharon con uñas y dientes por nosotros. Y solo gracias a ellas hoy tenemos una vida.

Me encantaría que se diera una oportunidad, que conociera lo que es el amor de verdad, ese que da y no quita, el que te hace mejor y no te hunde, el que con una sola caricia te hace vivir. Un amor libre, sincero y puro. El problema es que ella se ha cerrado en banda y no deja caer esa coraza con la que ha recubierto su *corasón*. Ojalá algún día lo haga y encuentre la verdadera felicidad, esa que tanto se merece.

Se despide de los comensales y al levantar la mirada me ve, la sonrisa que me dedica me calienta por dentro y me hace sonreír a mí. No lo pienso y voy a su encuentro para cogerla entre mis brazos y darle un fuerte abrazo que la hace reír a carcajadas.

—Mi chama, qué alegría verte tan cariñoso.

—Sabes que eres mi titi favorita de todo el universo.

—No seas guataca y vamos a sentarnos en la mesa, tengo que pedirte algo.

Cuando mi *pura* quiere pedirme algo todos sabemos que no podré negarme y ella no duda en aprovecharse.

—¿No podemos comer primero? Me va a *dar una sirimba* del hambre que tengo.

—No seas un impertinente, tú siempre tienes hambre, además lo que tengo que contarte es importante y no puede esperar.

Aun poniendo mi mejor carita inocente no consigo que cambie de idea, no sé de qué me sorprende, la verdad, cuando a Maritza Cruz Suárez se le mete algo en la cabeza no hay Dios, demonio o ser terrenal que logre persuadirla. Algo que han heredado mis queridas hermanitas.

—Tú ganas, cuéntame eso taaan importante —Mi broma no le hace mucha gracia y su ceño fruncido me lo deja claro.

—Don Bartolomé va a jubilarse en unos meses...

—Pero ¿ese hombre todavía vive?

No veo venir el *avión* 747 que me lanza mi madre hasta que este, en forma de mano, golpea contra mi cabeza.

—¡Ay! ¿Por qué me pegas? Solo preguntaba.

—Eres un descarriado, un maleducado y, sobre todo, un mal cristiano. Este domingo te vienes conmigo a misa para expiar tus pecados y malos pensamientos. Como sigas así, terminarás colgando los guantes en el mismísimo Infierno.

Mi *pura* y su obsesión por la Iglesia, religión, Dios y su huequito en el Cielo. Respeto las creencias religiosas de todo el mundo, pero eso no significa que las comparta, y menos todavía que el domingo vaya a misa.

—¿Qué os pasa, familia? —interrumpe mi abuelita nuestro duelo de miradas.

—El desvergonzado de tu nieto, que pregunta si don Bartolomé había pasado a mejor vida.

—Ese viejo no suelta el hábito ni para cambiar de barrio.

—¡Mamá! No digas esas cosas, don Bartolomé...

—Digo lo que quiero, mi chama —corta mi abuelita las explicaciones de mi *pura*—. El mundo ha cambiado, todos hemos avanzado, pero la Iglesia, y en especial los curas, siguen anclados en el pasado. No reconocen sus errores y, por supuesto, no los enmiendan, cada día pierden a más fieles y ellos son los únicos culpables. Jesús ayudaba a los pobres, curaba a los enfermos y luchaba por las injusticias en medio del monte en alpargatas, mientras tu Iglesia lo hace en altares de oro y a distancia. Don Bartolomé es un anticuado, machista y clasista, ya era hora de que se jubilara, puede que ahora me dejen volver a pisar la iglesia, aunque de no ser así, tampoco me preocupa. Yo le rezo a mi *Diosito* todos los días.

Podría explicaros el porqué de mis dudas con la Iglesia, pero creo que después del alegato de mi dulce abuelita, poco más puedo añadir.

—Me da igual lo que digáis, yo tengo mi fe y no la voy a cambiar por nada.

—Claro, mi chama, pero respeta al resto y no te enfades, cuando lo haces te salen patas de avestruz en los ojos.

Disimulo la sonrisa, porque el ambiente ya está bastante tenso como para azuzar más la hoguera, y le pregunto a mi *pura* qué es lo que necesita de mí.

—Como te decía, don Bartolomé se jubila y van a mandar en unos días a un nuevo párroco, después de las últimas lluvias la rectoría ha quedado dañada y el buen hombre no tendrá dónde alojarse. Por ese motivo le he ofrecido uno de tus numerosos pisos.

—¿Que has hecho qué?

—¿Ahora eres sordo? Me has entendido a la perfección, vas a ayudar a ese hombre ofreciéndole un *gao* y, lo más importante, no le cobrarás por ello.

¡Yo la mato, juro que la mato! No solo tengo que darle uno de mis pisos, sino que, además, tengo que hacerlo gratis.

—No te preocupes, mi chama, ese cura no durará mucho —intenta animarme mi abuelita, aunque ya os digo que no lo consigue.

—¿Qué quieres decir, *pura*? —inquieta mi *pura*, preocupada. Todos conocemos a doña Caridad y de lo que es capaz.

—Yo nada, hija, las cartas son las que hablan y contra eso nada podemos hacer.

—Ya está la bruja con sus cartas y visiones.

Antes de que terminen las dos discutiendo, porque a mi abuelita nadie le toca sus cartas, acepto la petición de mi *pura* y rezo para que el dichoso cura se marche cuanto antes. Con los ánimos más relajados, nos sentamos en la mesa y disfrutamos de una buena comida compuesta por: ajíaco, tostones, tamales, casabe y cerdo asado. Es increíble el hambre que da discutir, o por

lo menos a mí me sucede eso, aunque reconozco que pocas cosas me quitan el apetito cuando las que cocinan son mis hermanas.

Mi *pura* vuelve a atender a varios comensales que reclaman su presencia, y aprovecho ese momento para hablar con mis chicas.

—Mis flores más bonitas, la alegría de mis días y la envidia del universo...

—Ya empezamos, ¿qué quieres, Yotuel? —interrumpe mi elaborado discurso Yanet.

—¿Cómo puedes pensar eso? Solo alababa vuestras virtudes.

—Claro, hermanito, para seguidamente pedirnos algo. Déjate de rollos y suelta por esa boquita todo lo que tengas que decir. —Es el turno de Lisandra.

—Me ofendéis con vuestras acusaciones.

—Pobrecito, el rey de la casa vapuleado por sus crueles hermanas, esto me recuerda a una telenovela que veíamos de niñas —continúa Dayana.

—¡Os queréis callar! Y, permitidme que hable, luego ya decidimos si le ayudamos y a cuánto ascienden nuestros honorarios. —Y, cómo no, Mayelin dando la puntilla.

Os aseguro que las quiero, son lo más importante junto a *pura* y abuelita, pero cuando se compinchan y traman algo contra mí desearía matarlas muy lento. Aunque como bien han dicho, las necesito y, una vez más, tengo que morderme la lengua y soportar sus burlas.

—Necesito que cuando terminéis de trabajar me ayudéis con una cosa. Podéis pedirme a cambio lo que queráis, no contaba con vuestra ayuda desinteresada.

Las cuatro brujas se miran encantadas por tener razón en sus suposiciones y eso me hace gruñir, lo que provoca que mi abuelita rompa a reír llamando la atención de todos los clientes que nos rodean.

—Sois tremendas, chamas. Eso sí, no os paséis con las exigencias que le vais a pedir, que os conozco.

—Te ayudaremos encantadas, hermanito —asegura Lisandra, que no logra engañarme con su dulce voz.

Mis hermanas se levantan y vuelven a la cocina para continuar con sus menesteres, dejándome a solas con la abuelita, que me mira de una forma que no logro descifrar.

—Una mudanza, ¿no?

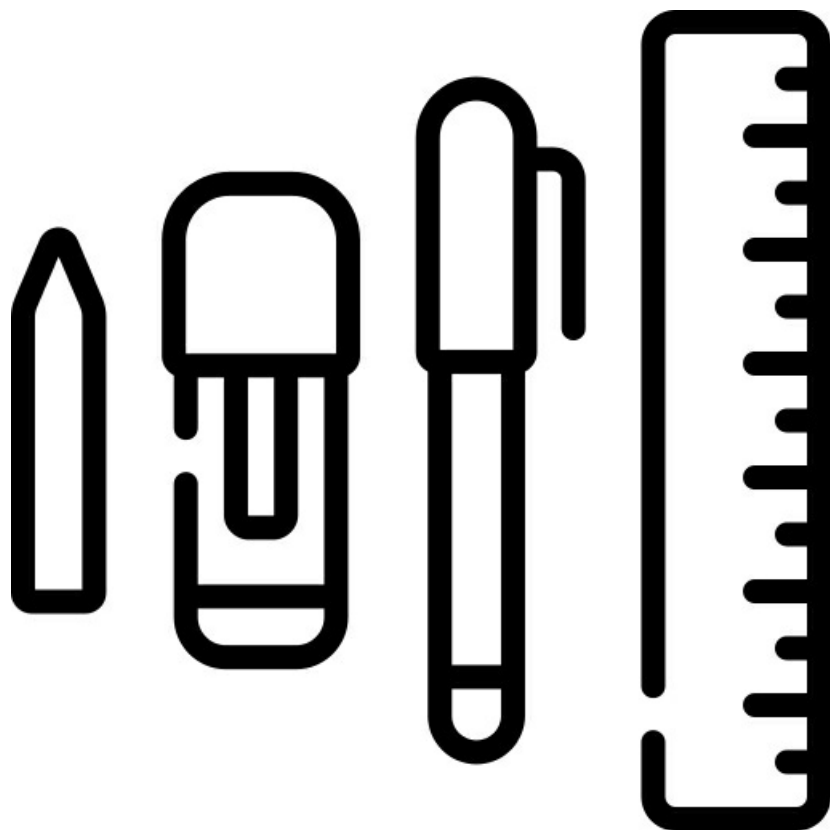
Sus palabras me dejan atónito, ¿cómo es posible que lo sepa, cuando yo no se lo he contado a nadie? Voy a preguntar cuando vuelve a hablar:

—Lo sé todo, mi chama. La pregunta es: ¿sabes dónde te vas a meter?

—Creo que estás equivocada, son solo negocios, abuelita.

—Hijo, no hay más ciego que el que no quiere ver, ni más seboruco que el que no quiere aceptar. No intentes engañarme, soy más lista que tú, solo te pido que seas juicioso, responsable, respetuoso y que no olvides que el rojo es tu destino.

No me da oportunidad para responder, ya que se levanta y se marcha a la cocina, dejándome con mil preguntas en la cabeza y una cara de verraco difícil de disimular. Sin dejar de pensar aguardo a que mis hermanas salgan de su turno y los cinco nos encaminamos a mi *gao*, donde me van a ayudar con la mudanza y, sobre todo, con la de Valentina. No puedo esperar a ver su cara cuando nos vea llegar a los cinco dispuestos a alterar su calma.



CAPÍTULO 22

VALENTINA

—Listo —indico sonriendo con orgullo tras cerrar la última maleta.

Aunque me lo he tomado con calma, el proceso de empacar cosas es tortuoso y agotador. Me siento como si hubiera escalado un ochomil. Bueno, igual estoy exagerando un poco. Si Jesús Calleja me estuviera escuchando seguro que ponía los ojos en blanco, pero ya me entendéis.

La cuestión es que, en un principio, no iba a coger todas mis cosas. Sin embargo, después de pasar ayer todo el día dándole vueltas a lo que había ocurrido entre Yotuel y yo en el Club Habana, y de la conversación con mi hermana, no pude parar de pensar en el día de hoy, en concreto en el momento en el que nos volvamos a ver para iniciar nuestro mes de convivencia. Me empecé a poner tan nerviosa que hice de todo para ocupar mi mente.

Primero me dediqué en cuerpo y alma a limpiar la cocina a fondo. Una tontería, pues antes de mi pasada de bayeta ya se podía comer directamente del suelo. No obstante, necesitaba distraerme el máximo tiempo posible, así que con mi lista de reproducción de los años ochenta sonando a todo trapo a través de mis cascos, me puse manos a la obra.

A la cocina le siguieron los baños, los cristales, las persianas, las puertas de madera y el resto de la casa. A las diez de la noche, con los músculos doloridos y cansada de escuchar a Cyndi Lauper cantar aquello de «Girls just wanna have fun», caí rendida en la cama sin tan siquiera cenar.

La parte positiva era que no había necesitado una pastilla de la felicidad para echarme un

sueño. La negativa, que a las cuatro de la mañana ya estaba con los ojos más abiertos que un búho. Cansada de mirar ese magnífico espejo del techo de mi habitación, me levanté, me duché, devoré con ansia un desayuno para nada frugal y me puse manos a la obra con el equipaje. Mi intención no era llenar de nuevo todas las maletas, pero la ansiedad era una mala compañera, así que al final he acabado recogiendo todas las pertenencias que, con esmero, había colocado hacía menos de una semana.

Con la faena hecha, miro el reloj y me doy cuenta de que todavía es pronto para comer, pues son apenas las doce. Podría sacarme de la manga un «momento costumbres extranjeras», que con mi pelo del color del fuego y mi apariencia general daría el pego sin problemas. Sin embargo, no tengo mucha hambre, más bien tengo el estómago un poco revuelto por los nervios.

Yotuel no se ha puesto todavía en contacto conmigo, no sé a qué hora vendrá a por mí. Además, me da a mí que el cubano es un hombre con bastante inteligencia emocional y que si no ha respirado, después del beso que nos dimos, ha sido para darme el espacio que necesitaba. Voy a darle un poco más de margen, puesto que presiento que estará trabajando, y mientras aprovecharé este tiempo para hacer algo que llevo pensando unos días.

Tras hacer una pequeña búsqueda, veo que cerca de mi apartamento hay un *sex shop* con un gran nivel de opiniones de cinco estrellas. En sus reseñas todo el mundo recalca la amabilidad de la propietaria y su habilidad para amoldarse a las necesidades de cada cliente. Entre mi ruptura definitiva con Rodrigo y la conversación con Jordina me había dado cuenta de que el «ya lo haré» o el «quizá en otro momento» en ocasiones no eran las mejores opciones. En esta vida hay cosas que no se deben pensar con tanta profundidad, solo hay que hacerlas. Si una decisión no va a hacer daño a nadie, ¿por qué esperar a tomarla? Quiero experimentar cosas nuevas y el ahora es lo que tengo, pues el mañana es un instante incierto.

Así que me ducho de nuevo porque he sudado lo más grande haciendo las maletas, me pongo mis potingues, me visto cómoda con unos vaqueros negros, unas Converse a juego y una camiseta con un osito estampado en el centro y ya estoy lista para salir. Hoy me apetece ir con la cara lavada, entre otras cosas porque ya he guardado el maquillaje y ni loca me pongo ahora a sacar cosas para aplicarme un poco de rímel.

Cojo mi chaqueta de cuero del perchero de la entrada y mi bolso tamaño Mary Poppins, y cierro la puerta del apartamento con un cosquilleo desconocido en el bajo vientre. Me siento como si fuera a hacer algo prohibido, casi clandestino, cuando solo soy una mujer que a sus treinta y tantos se va a comprar su primer consolador. Si lo pienso bien es hasta triste, no el hecho de no poseer ningún chisme de esos todavía, sino más bien el no haberlo tenido porque me daba cierta vergüenza. Pero bueno, estoy a punto de ponerle remedio.

Anda, chica, ni que fueras a matar a alguien, me recuerda mi condenada mente, que no sé muy bien el porqué, pero hoy ha adquirido la cara de mi hermana pequeña. *Dale un gusto al cuerpo, que falta te hace para quitarte esa cara de amargada que llevas auestas*. ¡Será posible! *Además, igual puedes compartir los juguetitos con el bombón de chocolate*. *Tiene cara de que le va la marcha*. ¡Por Dios! Una de dos, o me estoy volviendo loca o tengo una mente muy sucia que ha estado escondida durante años esperando el momento preciso para hacer su aparición. No descarto ninguna de las dos opciones.

Con la cabeza llena de imágenes de las más absolutas perversiones, entro en Las puertas del Edén. En mi ignorancia siempre había pensado que este tipo de sitios eran oscuros, algo parecido a una mazmorra con un catálogo infinito de utensilios destinados a la tortura. Por eso el choque es mayor cuando advierto un lugar lleno de luz, donde los tonos dorados irrumpen aquí y allá, rompiendo la monotonía del blanco. Los estantes anclados a las paredes no están atestados de

cosas, solo hay una pequeña muestra de lo que tienen, algo que consigue que no te sientas oprimida como si estuvieras en una caja de cerillas. Desde luego, si el paraíso es así, no me importaría quedarme a vivir en él.

—Buenos días, preciosa —saluda una mujer muy atractiva desde el otro lado de un mostrador negro, siendo este el único elemento de dicho color en toda la estancia.

—Ho... hola —consigo decir al fin, pues de golpe vuelvo a sentir algo de timidez.

—Mi nombre es Eva. ¿En qué puedo ayudarte? —pregunta saliendo a mi encuentro.

—Pues verás... yo... buff...

—Oh, ya entiendo. Es tu primera vez. —Asiento repetidas veces ante su afirmación—. Bueno, siempre se ha dicho que nunca es tarde si la dicha es buena —indica con una risita de niña traviesa que me hace reír a mí también, logrando destensar mis músculos agarrotados—. ¿Tienes alguna idea de lo que buscas?

—Bueno, en fin, ya sabes, algo para...

Dejo la frase sin concluir, aunque tengo el tino de apuntar con un dedo a mi vagina, esperando que eso sea suficiente explicación. Perfecto, Valentina. Lo estás bordando.

—De acuerdo, preciosa. Solo una pregunta más.

Sus ojos almendrados hacen contacto con los míos, esperando algún tipo de reacción por mi parte. En cuanto mi cerebro reacciona a la petición, vuelvo a asentir de forma frenética. A este paso me voy a hacer un esguince cervical.

—¿Estamos hablando solo de la parte genital o también de la puerta trasera?

Mi cara horrorizada, muy parecida a la que le ponen los dibujantes a los dibujos animados cuando se asustan, debe de darle todas las pistas que necesita, pues posa sus manos en mis hombros para tranquilizarme.

—No te preocupes, cielo, no pasa nada. Por el momento no hablaremos de eso, ¿de acuerdo?

—S... sí.

—Bien. Vamos a buscar algo para empezar. Sígueme, preciosa.

Como una serpiente atraída por la melodía de una flauta, camino detrás de la mujer hacia una de las estanterías del fondo. Ella, solícita, me explica cuáles son los aparatos que podría adquirir y las funciones de cada uno de ellos. Me decido por uno que, aunque me parece un tanto descomunal en tamaño, tiene varias funciones, además de un estimulador para el clítoris. Cuando parece que ya está todo decidido, Eva se da la vuelta en dirección hacia el mostrador y así finalizar con nuestra transacción. Sin embargo, algo me hace frenar su avance en el último momento.

—Dime, cielo —indica ella presintiendo que quiero algo más.

—A ver, lo he pensado y creo que quiero también lo otro, ya sabes...

—¿Algo para el ano?

—Sí —afirmo, esta vez con una convicción que no sé de dónde ha salido.

—Entiendo.

—Bueno, nunca lo he probado, pero tengo curiosidad. No es algo malo, ¿verdad?

—Claro que no, preciosa. —Su cara de comprensión me quita un peso de encima al instante—. No hay nada de malo en el placer, siempre y cuando tú estés de acuerdo.

—Vale —concluyo con la voz algo temblorosa, soltando el aire que había retenido sin darme cuenta.

—Vamos a buscar algo apropiado para ti.

Así es como acabo saliendo del Edén con un consolador multifunción, un pequeño dildo de silicona para una primera vez por detrás y un bote de lubricante. Durante todo el camino de

vuelta al apartamento, en mi cara se mantiene una amplia sonrisa que refleja la nueva etapa en la que estoy a punto de entrar.

En el último momento decido darme un homenaje y comer en un bar a medio camino. Yotuel no ha dado señales de vida todavía, así que entiendo que tengo tiempo para volver al piso. Disfruto de un *bullit de peix* marinado con una copa de vino blanco y de un *flaó* de postre que me vuelve loca. Con la tripa llena y el cuerpo en una nube, justo antes de pagar la cuenta, recibo un mensaje del desaparecido.

Yotuel

Pelirroja, voy de camino a tu casa para ayudarte.

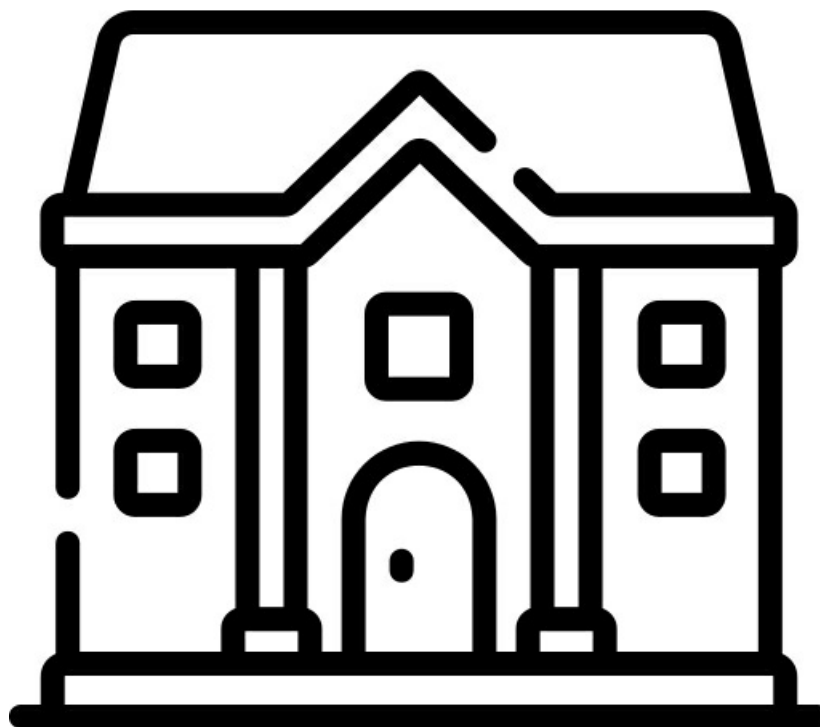
Valentina

De acuerdo. En cinco minutos estoy allí.

Sin ver si decide enviar otro mensaje, me guardo el móvil en el bolso y me encamino hacia la vivienda que dejaré al menos por un mes. Lo cierto es que siento un poco de pena, ya que en poco tiempo ha conseguido parecerme más un hogar que mi propia casa en Altea. Sin embargo, me queda el consuelo de que, si algún día me agobio, puedo volver a ella y disfrutar de un momento de paz.

En cuanto llego al portal veo que el cubano me está esperando apoyado en la pared del edificio. No obstante, no va solo, lo acompañan cuatro mujeres que recuerdo que son sus hermanas, las cuales están hablando entre ellas creando una cacofonía difícil de asimilar para oídos sensibles.

Como si hubiera advertido mi presencia, Yotuel gira su cabeza en mi dirección, haciendo contacto visual conmigo al instante. Una magnífica sonrisa, esa que ya es marca de la casa, hace aparición en su rostro de facciones cuadradas. Su mirada baja por mi cuerpo deslizándose con lentitud, saboreando cada agónico segundo, hasta que se para en mi mano derecha. Justo después, vuelve a levantar la cabeza buscando mis ojos, pero esta vez su expresión ha cambiado un poco, mostrando su parte más primigenia con una sonrisa ladeada que le da ese toque pícaro extra, y una ceja levantada. Mis pulsaciones se aceleran, mi garganta se queda seca y mis mejillas se llenan de rubor. Ahora mismo no sé si quiero correrme o que me trague la tierra.



CAPÍTULO 23

YOTUEL

Casi me da un jodido infarto cuando la he visto llegar, no solo porque estaba preciosa sin una pizca de maquillaje, resaltando esos rasgos tan nórdicos que para mí son como un puñetero afrodisíaco; más bien ha sido porque la muy bruja llevaba en una de sus manos una bolsa de Las puertas del Edén —y por si tenéis alguna duda, ya os aclaro yo que allí venden de todo menos manzanas—.

Sé que hoy en día las mujeres disfrutan de su sexualidad con total libertad y es algo que me alegra, ya está bien de vivir reprimidas y escondiendo sus deseos, cuando los hombres, por el simple hecho de serlo, podemos hacerlo desde el principio de los tiempos y ser halagados por ello. Cuando un tío habla sobre sexo es considerado un experto conquistador, pero cuando es una mujer quien lo hace, la sociedad suele acusarla de libertina. Debemos dejar esos arcaicos pensamientos aparcados y disfrutar, hablar y practicar nuestra sexualidad como, cuando y con quien nos dé la real gana.

Pero algo me dice que Valentina no es así. No digo que esconda su sexualidad, es que por su forma de actuar en ciertas ocasiones parece que ni siquiera sabe que la tiene. Puede que suene a palucha^[90], no lo discuto, sin embargo, mi intuición —sobre todo con las mujeres— nunca me ha fallado, y sospecho que esta vez no es diferente. Será divertido descubrir qué ha comprado y, si la suerte me acompaña —no quiero risas, sé que acabo de sonar como el anuncio de la lotería de Navidad—, puede que me deje probarlo con ella.

Los gritos de mis hermanas al ver a la pelirroja arman una *quantanamera* tan grande que despejan mis pensamientos calenturientos para devolverme a la realidad, algo que agradezco, ya que en mi estado podría hacer de todo con Valentina, menos la dichosa mudanza. Yanet —como la metiche, mandona, organizadora y lista que es— nos divide en dos grupos para así, según sus sabias palabras —con las que, por supuesto, no estoy de acuerdo—, adelantar y poder marcharnos cuanto antes.

Para quien no la conozca, su idea puede ser buena, pero como no es el caso y la conozco mejor que la palma de mi mano, sé que, junto a Lisandra, pretende quedarse a solas con Valentina y cotillear sin que yo esté presente. Sin opción a réplica, porque con la jefa no hay quien pueda, me marchó a mi piso en compañía de Dayana y Mayelin. Ya tenía todos los jolongos preparados y, aunque en un principio solo pensaba llevarme un par de prendas, he terminado vaciando casi todo el armario. Como suponía, cuando mis hermanitas reparan en todo mi equipaje, el *bonche* está servido.

—¿Te cambias de *gao*, de continente o de planeta? —pregunta Dayana, muerta de risa—. Eso o te has marcado un robo tu solito al grupo Inditex.

Ignoro su comentario, aunque eso a mi hermana le da igual, porque sigue insistiendo y riéndose a mi costa:

—No, no me lo digas, te ha tocado un sorteo del Shein y has arrasado con todas las existencias de moda masculina. O mejor...

—¡¿Quieres parar?! —interrumpe Mayelin los desvaríos de nuestra hermana—, está a puntito de enojarse y ya es difícil soportarlo de normal, como para hacerlo con el moño virado.

—Vuestro cariño es abrumador —replico con toda la ironía que puedo, aunque a ellas no les afecta lo más mínimo y siguen tocándome los *berocos* a cuatro manos.

Cargados como mulas, bajamos a por Valentina y es en ese momento cuando me doy cuenta de que más que tres coches necesitamos mejor dos tráileres, porque si yo llevo equipaje, lo de la pelirroja es caso aparte. Después de veinte viajes —y no exagero, que yo he sido el seboruco que los ha hecho mientras las cinco brujas charlaban tan tranquilas—, nos montamos en los carros y ponemos rumbo a nuestro nuevo destino.

Como era de esperar, soy yo quien vuelve a subir todos los jolongos al que durante un mes será el nuevo *gao* que compartiré con la pelirroja. Mis hermanas, en su afán por seguir marujeando, se ofrecen a ayudarnos a colocar nuestras cosas, pero ninguno aceptamos su ofrecimiento y, sin nada mejor que hacer, se despiden de nosotros, eso sí, después de autoinvitarse una noche a cenar. Por supuesto, en ese plan entran mi *pura* y abuelita, no sea que alguna mujer del clan Cruz Suárez se pierda la cumbancha.

A solas, la tensión y el deseo que ambos sentimos aumenta hasta casi asfixiarnos, aunque antes de que pueda decir nada, Valentina sale corriendo y se encierra en el dormitorio. Piensa que en esas cuatro paredes estará segura, lo que no imagina, o parece no recordar, es que ese cuarto es tanto suyo como mío, pues este maravilloso piso solo cuenta con una habitación y, si puedo evitarlo, la opción de dormir en el sofá durante un mes queda descartada de la ecuación.

Sin embargo, para evitar que huya y se escape de la isla nadando, le doy un poco de espacio mientras preparo unos mojitos, al estilo de doña Caridad, es decir: mucho ron, zumo de limón, azúcar a montón y buena hierbabuena que alegra a cualquiera. Mi abuelita podría ser poeta, *coach*, barman, *influencer* o incluso artista, pero por suerte para mí, solo es un intento de bruja con cientos de dones y un *corasón* de oro que espero que sea eterno y nunca me abandone.

Con las bebidas listas y colocadas con maestría en la mesa del salón, voy en su búsqueda. Con todo el lío de maletas, la bolsita de Las puertas del Edén ha quedado olvidada en medio del

pasillo. Pienso en devolvérsela y que así rompamos con el absurdo silencio que se ha instalado entre nosotros desde que se marchó del Club Habana, pero una idea mucho más divertida y, por qué no decirlo, mucho más caliente, cruza mi mente y decido guardar sus juguetitos a buen recaudo.

Con ganas de cumbancha, le mando un escueto mensaje y espero a que salga de su refugio. Solo tarda un par de minutos en hacerlo y, en silencio —porque la muy cabezona sigue muda—, le señalo su copa y un lugar en el sofá, que acepta sin levantar la mirada del suelo. Aguardo todo lo que puedo, os prometo que lo hago, pero estar con una persona que me vuelve loco sin dirigirnos la palabra es superior a mis fuerzas.

—¿Nuestra convivencia será así? Te lo digo porque me gusta hablar y relacionarme y, por si no te has dado cuenta, las plantas todavía no tienen el don de la palabra.

—¿Se supone que debo reírte todas tus tonterías? Te lo digo porque, si no te has dado cuenta, eso no va conmigo.

Disimulo la sonrisa que sus bordes palabras me provoca, dando un buen trago a mi bebida. Debería controlarme con los mojitos y no dejar que el alcohol nuble mi mente, sin embargo, los nervios y el fuerte deseo que siento por ella son superiores a mis buenas intenciones.

—¿Qué tal con Eva en el Edén?

Cambio de tema y, por el rubor que baña su piel y la sorpresa que se ha instalado en su cara, sé que la acabo de descolocar por completo.

Medita su respuesta unos segundos, intentando idear una mentira que la ayude a salir de esta conversación. ¿Por qué estoy tan seguro? Muy sencillo, la he estado observando durante estos días y cuando se pone nerviosa o va a decir alguna mentira tiende a rascarse detrás de las orejas, y es justo lo que está haciendo en estos momentos.

—Puedes hablar con total libertad, yo mismo he ido varias veces a visitar a Eva y he aprendido muchísimo de su gran... sabiduría.

—No era para mí, yo no necesito ninguna ayuda en esos temas.

No puedo creérmelo, ¿de verdad pretende engañarme con esa absurda explicación? No sé por qué actúa de esta forma, pero si quiere jugar, jugaremos.

—Una verdadera lástima, pelirroja. Había pensado en cómo amenizar nuestra convivencia, y puedo asegurarte que disfrutarías de la experiencia.

—Si eres más creído, idiota y sobrado te dan un premio. No me conoces, no sabes nada de mí ni de mis gustos como para afirmar tal cosa.

—¿Quieres que lo comprobemos, Valentina?

—Ni en tus mejores sueños, Yotuel.

Nuestras miradas se retan, nuestras respiraciones se aceleran, nuestros pulsos se desbocan y nuestros cuerpos se atraen. No podría decir quién da el primer paso, lo que sí sé es que en un segundo nos estamos matando y al siguiente nuestras bocas se funden en un beso hambriento, salvaje y húmedo que nos hace olvidarnos de todo lo que no sea aplacar el fuerte deseo que nos consume.

Voy bajando la intensidad de nuestros besos, o esto terminará mucho antes de empezar y no pienso consentir que eso suceda, aunque mi amiguito se remueve molesto, deseoso de recibir atenciones. Emprendo un camino hasta su lóbulo, el cual atrapo entre mis dientes, dándole un suave tirón que provoca que se le escape un gemido que a punto está de terminar con mi escasa cordura.

—¿Confías en mí? —susurro con la voz más ronca que jamás me he oído.

—¿En serio me estás preguntando eso ahora?, estarás de broma, ¿no?

Tomo una de sus manos y la coloco sobre mi pinga para que compruebe por sí misma que estoy de muchas maneras menos bromeando. Sus ojos y su sensual boca se abren de forma cómica al notar el estado en el que me encuentro.

—¿Esto responde a tu pregunta? —Como no responde, aprovecho para quitarle el pañuelo que lleva sobre el coiletero y prosigo con mis planes—. Me tomaré tu silencio como un sí.

Permanece como una estatua, aunque cuando se percata de mis intenciones, se levanta como un resorte del sofá.

—Quieto, Christian Grey, que esos jueguecitos solo me gustan en el papel. Ya decía yo que me parecías rarito, ahora es cuando me hablas de un jodido trauma de tu niñez y aparece la *madame* de turno meneando los cocos.

Su cháchara sin sentido es una señal de los nervios que siente y de lo poco que ha disfrutado de los juegos de pareja. No soy un experto en el famoso Grey, solo he oído hablar a mis hermanas de él y sus famosos látigos. Pero si un simple pañuelo la altera tanto, no quiero imaginar cómo se pondrá cuando le enseñe mi cajón de los deseos, ahí sí que me corta a cachitos y me tira al mar.

—Solo pretendía taparte los ojos para aumentar tus sensaciones. Puedes estar tranquila, el sado no me va y tampoco tengo traumas, ni *madames* escondidas en ningún armario; y ahora que sabes todo eso, ¿podemos continuar?

Vuelve a guardar silencio, poniéndome *volao*. Las cosas se hablan y, sobre todo, cuando se trata de sexo. Nunca hay que dar nada por sentado y siempre tienes que respetar los deseos de la otra persona. El problema es que Valentina no dice nada y no sé si es por *ñao* o por desconocimiento, por eso vuelvo a insistir:

—¿Confías en mí, Valentina? No continuaré hasta que respondas.

—Ahora mismo no confío ni en mí, imagínate en ti.

—No voy a hacerte daño, solo te daré placer, te lo prometo. Puedes detenerme en cualquier momento.

Parece que mis palabras la convencen porque, después de unos segundos que se me hacen eternos, por fin escucho lo que tanto deseo.

—Está bien, puedes darme tooodo el placer que quieras.

No necesito oír nada más, con cuidado cubro sus ojos asegurando que no pueda ver nada y voy en busca de su bolsa de los juguetes. Me encuentro con dos paquetes, el primero lo descarto —no creo que esté preparada para usar un dildo y yo estimo mucho la vida como para intentarlo, llamadme cobarde, no me importa—. Sin embargo, el segundo es perfecto para lo que tengo planeado.

Colocándome a su espalda, aunque guardando cierta distancia, acaricio su cuello y brazos, notando cómo su piel se eriza con mi contacto. Mi lengua caprichosa y juguetona se desliza por su nuca hasta el inicio de su camiseta, dándole un suave mordisco que le hace jadear. Me encantaría desnudarla y recorrer con mi boca cada centímetro de su cuerpo, terminar enterrado entre sus piernas degustando y saboreando su elixir prohibido, y que juntos terminemos templando hasta que perdamos el norte, pero eso no será hoy. Este instante es solo por y para ella.

Subo su camiseta hasta el cuello y bajo las copas de su sujetador, la imagen que tengo ante mí es lo más *sexy*, erótico y apetecible que he visto nunca, y no dudo en grabarla en mi mente. Con el vibrador a la mínima potencia —porque necesito hacerla arder—, comienzo un tortuoso camino por su cuello, esternón y bajo hasta su ombligo, donde vuelvo a subir sin llegar a tocar sus pezones. Valentina comienza a revolverse y sonrío encantado.

De nuevo en su espalda, sujeto su cuello con mi mano libre, dándome acceso absoluto para que mi lengua, junto al pequeño aparatito, sature sus sentidos. Mi erección es más que notable y permito que la sienta en la parte alta de ese trasero que me muero por probar.

—¿Ves cómo me tienes, Valentina? —Asiente con la cabeza, incapaz de hablar—. Vas a volverme loco, pequeña, pero primero vas a derretirte en mis manos. Vas a saber lo que es disfrutar, sentir y desear de verdad.

Cachondo por los suaves gemidos y jadeos que escapan de sus labios, doy un paso más, dejando que el vibrador toque sus pezones para terminar de endurecerlos por completo. Su respiración es un caos, toda su piel está erizada y sus piernas comienzan a fallarle, por lo que la sujeto por el abdomen, pegándola todavía más a mi cuerpo. Desesperada y excitada, se roza contra mi pinga de forma descarada, haciendo tambalear todos mis planes. Solo quiero que disfrute y se deje llevar, pero soy humano y la deseo demasiado.

Desabrocho su pantalón y este cae a sus pies, dejándola con una simple braguita negra que corta mi respiración. No puedo alargar mucho más la situación, o no podré controlar mis instintos más primitivos. Subo de potencia el juguete y empiezo a bajarlo poco a poco hasta su monte de Venus. Abro sus piernas con las mías, dándome mejor acceso y ahora sí, el vibrador llega al lugar indicado. Noto su humedad mojando mis dedos y como sus gemidos son cada vez más fuertes. Loco por verla explotar, subo de nuevo la potencia y lo coloco en su hinchado clítoris mientras mi otra mano juega con sus pezones y mis dientes agarran su lóbulo, tirando de él con fuerza.

—Dime, ¿qué sientes, pelirroja?

—Yo... yo... siento... calor, mucho calor y...

No puede continuar y la entiendo, ahora mismo está saturada de sensaciones que aumentan al no ser capaz de ver.

—Sientes placer. —Acelero los movimientos del juguete y ella asiente a mis palabras, por lo que continúo hablando—: Sientes deseo y necesidad, preciosa. Deseas correrte, deshacerte entre mis manos y llegar al orgasmo, ¿verdad?

—Sí, sí, sí.

Podría detener todos mis movimientos para que una vez que se recupere volver a empezar, sin embargo, yo estoy igual de excitado y necesitado que ella, por lo que, redoblando mis esfuerzos y la potencia del vibrador, permito que Valentina llegue al orgasmo a la vez que yo me corro en los pantalones como si fuese un maldito adolescente.

Verla retorcerse y dejarse llevar es todo un regalo para mis sentidos, por lo que sigo dándole placer hasta que, después de un nuevo orgasmo, termina desmadejada sobre mí. Lanzo el juguete —que muy pronto pienso volver a utilizar— y tomándola en brazos, pues es incapaz de mantenerse de pie, la llevo a nuestra cama. Cubro su cuerpo con una sábana para dejarla descansar y que, a su ritmo, asimile todo lo que acaba de suceder entre nosotros.

Deseo tumbarme a su lado, pegar su espalda a mi pecho y rodear todo su cuerpo, impidiendo que pueda escapar, y lo haré, pero antes tengo que ocuparme del problemita que tengo en mis pantalones y que la pelirroja ha provocado.



CAPÍTULO 24

CAYETANA

Abro los ojos con dificultad, notando la pesadez que invade mi cuerpo después de una buena sesión de sexo bañada con mucho alcohol. Un amasijo de brazos me tiene retenida en la enorme cama de una habitación que, si sus paredes hablaran contarán todo lo que han visto a lo largo de los años, se haría rica vendiendo historias a las revistas del papel cuché.

Con dificultad, desenredo las extremidades que tengo sobre mi cuerpo y me levanto, sintiendo un pequeño mareo debido al cambio de posición y a la descomunal resaca. Las fiestas de cumpleaños de Valeriano, otro heredero de un ducado y futuro grande de España, son legendarias entre la gente de alta alcurnia. Los mediocres de esta sociedad, esos que se levantan a las cinco de la mañana para trabajar en cosas que no aportan nada, ven en la televisión desde sus casas el paseíllo de personas influyentes por un camino vestido de terciopelo rojo antes de entrar en el palacete del susodicho, y se creen que venimos a cenar un menú de diez platos y a hablar con determinación del futuro de la monarquía española. Y está bien que sigan pensando eso, tanto ellos como los periodistas adictos a los escándalos, así podemos seguir haciendo lo que nos venga en gana.

Lo cierto es que el menú de varios platos ridículos sí está entre nuestras actividades programadas, pero ahí se acaba la coincidencia. Las conversaciones aburridas sobre el mandato del nuevo rey se quedan para los cócteles a los que acudimos por obligación junto a nuestros padres para hacer ver a todo el mundo que somos personas de bien y de provecho.

En realidad, tras una cena frugal preparada por un cocinero de renombre, el champán y las copas de licores exquisitos importados vuelan por doquier, las mesas bajas de cristal se llenan de la mejor droga del mercado y las habitaciones se abren a los asistentes para el disfrute de los cuerpos. En mi caso, el paso de los narcóticos me lo salto, pues nunca me han sentado bien.

Cuando era modelo probé la cocaína porque decían que te ayudaba con el control de peso,

pero la jugada no me salió nada bien. Prefería seguir manteniendo la dieta imposible de las Kardashians, esa donde se toman batidos con el color del musgo, a pasarme dos días vomitando sin parar.

Entre el dolor de cabeza por las copas ingeridas y el que siento en todo mi cuerpo por la orgía en la que participé anoche, hoy voy a estar para el arrastre. Sin embargo, no me importa, pues necesitaba un poco de marcha que me hiciera olvidar la ineptitud de Rodrigo.

Lo único que tenía que hacer, aparte de ocuparse del lado comercial de la compañía, era llevar a Valentina en bandeja de plata y así darme tiempo para finiquitar las cuestiones administrativas. Pero no, él tenía que fastidiarlo todo, porque estoy más que segura de que esta huida de la hija pródiga ha sido por su culpa. Desde luego, cuán veraz es el dicho de que si quieres que algo se haga bien, hazlo tú mismo. No obstante, en este caso no es posible, así que no me queda otra que idear alguna maniobra para que esa niñata vuelva a beber los vientos por ese imbécil, ya que si ella no sigue generando expectación en el mundo de la moda, no tenemos nada.

Cansada de tanto pensamiento, cojo mi ropa —la cual tenía a buen recaudo, pues la primera fiesta de Valeriano a la que fui invitada me hizo aprender— y me dirijo a uno de los baños para darme una pequeña ducha y quitarme el olor a sexo que desprendo. En cuanto salgo, me visto y llamo a mi chófer para que venga a buscarme. Antes de salir por la puerta trasera me dirijo a la cocina para tomarme un par de pastillas que me ayuden a hacer más llevadera la mañana.

—¿Ya te marchas? —dice una voz sensual a mi espalda.

—Sí, se ha presentado un problema y debo arreglarlo —indico sin darme la vuelta, pues sé bien de quién se trata.

—¿Puedo hacer que te lo pienses?

Su cuerpo fibrado se pega a mi espalda y sus manos van directas a mis pechos, acariciando los pezones por encima de la liviana tela de mi vestido de alta costura. Apoyo mi cabeza sobre su hombro, dejándome llevar por sus atenciones, por su maestría a la hora de generar placer. Aunque me encuentro bastante satisfecha por lo ocurrido durante la noche, no puedo evitar excitarme de nuevo.

El tacto de sus manos es demasiado delicioso, su sensualidad innata muy tentadora y su preciosa polla, que utiliza con certeza y maestría, me hace la boca agua con solo imaginarla. Sé de lo que hablo, llevo muchos años teniendo encuentros con él y, con el tiempo, ha ido mejorando su técnica a pasos agigantados, de manera que cada roce con él supone una sorpresa.

—Sabes que me encantaría quedarme retozando contigo, pero hoy es imposible —anuncio entre suspiros debido a que una de sus manos se ha introducido en mis bragas.

—Una pena.

Valeriano retira su mano, me recoloca la falda del vestido con lentitud y me da la vuelta para que lo encare. Me da un beso abrasador, castigador, indicándome sin palabras lo que voy a perderme por mi huida.

—Ya sabes dónde estoy.

Y así, sin más, se marcha por donde ha venido, con una erección descomunal que no se molesta en tapar. Con ese gesto quiere que sepa que va a remediar lo que yo he provocado con otro cuerpo que esté dispuesto. No puedo evitar sentir un pequeño pinchazo de celos en mi pecho, pensando en el placer que va a prodigarle a otra mujer u otro hombre a mi costa. No es que esté enamorada de él, ni mucho menos, pero Valeriano siempre ha sido algo especial para mí, alguien que me atrae de forma irremediable, una persona que resulta liberadora en este mundo tan encorsetado en el que nos ha tocado crecer.

Como no quiero encabronarme más, ni tampoco que ese diablo piense que me importa, cojo

mi bolso de mano y salgo por la puerta trasera, entrando en el coche que ya me está esperando.

Durante el trayecto de vuelta a mi casa, en el que nos metemos en uno de los atascos típicos de las grandes vías de Barcelona, me enciendo un cigarrillo que me sabe a gloria y me ayuda a poner en orden mis ideas. Llamo a mi abogado, uno de los peces gordos de la Ciudad Condal y con contactos importantes tanto aquí como en el extranjero, además de ser el personaje más rastrero que he tenido el placer de conocer. Alonso es un hombre frío, calculador, desalmado e inteligente, que se ha tomado mi cruzada personal contra Valentina como un reto, un nuevo hito en su carrera profesional. Es por eso por lo que ahora estoy hablando con él, exponiendo la nueva situación de Rodrigo para ver qué podemos hacer.

—Por lo pronto, te voy a mandar los datos de un detective privado para que te pongas en contacto con él —indica Alonso.

Su tono de mando vuelve a ponerme cachonda. Él y yo nunca hemos cruzado la línea de abogado-cliente, aunque cada vez que nos vemos las miradas saturadas de deseo que nos lanzamos nos invitan a terminar con la tensión que se genera a nuestro alrededor. Algún día llegará el momento, de eso estoy segura.

—No es un tipo barato —continúa el letrado—. Sin embargo, si hay alguien que puede encontrar a esa perra, sin duda ese es Anthony.

—Ya sabes que por el dinero no hay problema. Haré lo que haga falta.

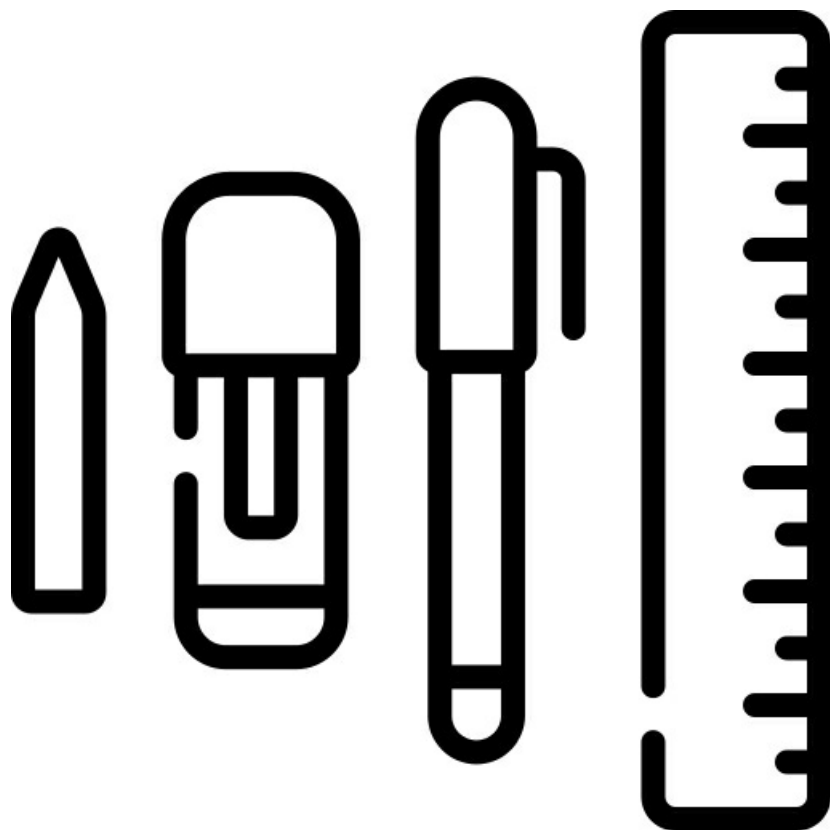
—Lo sé —afirma dejando escapar el sonido seco de una risa corta—. En cuanto la encuentre, ponte en contacto conmigo. Entonces te diré cuál será el siguiente paso.

—¿No me lo puedes decir ahora? —pregunto con voz melosa.

—Todo a su tiempo, querida. Todo a su tiempo.

Sin más, corta la comunicación. Me deja con las ganas, por un lado, de saber el movimiento siguiente en nuestra partida de ajedrez y, por otro lado, de tener un orgasmo escuchando esa voz profunda y varonil que promete largas noches entre las sábanas.

En cuanto llegue a casa contactaré con ese detective prodigio. También con el idiota de Rodrigo, pues a pesar de que su pequeña polla no me da ningún placer, debo seguir con la farsa que he montado para que siga comiendo de mi mano.



CAPÍTULO 25

VALENTINA

Sentada en el sofá que hay en el comedor degusto la que es mi tercera taza de café con leche. Sé que igual no es algo muy saludable, que sería mejor que tomara una infusión y que para mis crecientes nervios es algo contraproducente. No obstante, el vicio siempre puede más que la lógica.

Ayer, no recuerdo muy bien cómo, terminé tumbada en la cama de la única habitación de mi nueva casa. Satisfecha por las atenciones del cubano y cansada por la actividad frenética del traslado, me dejé llevar por los brazos de Morfeo. Puse la mente en blanco y me sumí en un profundo sueño, sin pensar en lo que ocurriría a continuación. Cuando esta mañana he notado el cuerpo de Yotuel pegado a mi espalda, dándome calor, envolviendo mi cintura con su fuerte brazo, casi me da un colapso. No tenía pensado compartir cama con él, creía que se quedaría en el cómodo sofá o que traería algún tipo de colchón hinchable para pasar ahí las noches.

Con cuidado de no despertarlo, me he levantado, ya desvelada por completo, y las siguientes dos horas me he dedicado a la procrastinación. Podría haber empezado a desempacar mis pertenencias, pues el vestidor se encuentra fuera de la habitación, pero no me sentía con fuerzas. Prefería quedarme mirando el techo mientras degustaba ese líquido negro que tanto me gusta. *Bueno, eso, y darle vueltas a lo mismo una y otra vez, que mira que te gusta.*

Sí, he pensado mucho en lo que pasó anoche entre el cubano, el aparato del Edén y yo. ¿Eso podría considerarse un trío? Supongo que no, pero de ilusión también se vive. La cuestión es que

me mata pensar en lo que pasará cuando despierte el bello durmiente. ¿Cómo se supone que debo actuar? ¿Podré mirarle a la cara? ¿Seguiremos con lo que empezamos ayer? ¿Querrá seguir? Lo sé, muchas preguntas, todas ellas sin respuesta por el momento.

Mentiría como una bellaca si dijera que no me había vuelto loca con todo lo que me hizo. Me dio un placer que nadie me había dado, se centró en mí y en mis necesidades, tocó mi cuerpo como si supiera de antemano lo que quería, y, lo más asombroso para mí, él no pidió nada a cambio. Por mi experiencia, eso me parecía raro, pues los tíos con los que había estado siempre iban al meollo de la cuestión, buscando su propio goce, pero también me resultaba nuevo y halagador. Me había hecho sentir especial.

Esa circunstancia es la que más descolocada me tiene. ¿Qué narices me pasa? ¿Viene un tío que me trata bien y ya me siento el centro de su universo? ¿Es esa acaso su intención? Cada día que pasa me soporto menos...

—Diez euros por tus pensamientos.

—¡Joder, qué susto! —exclamo con la mano en el pecho, notando mi acelerado corazón bajo la palma—. La próxima vez, ponte cascabeles o algo.

—De acuerdo. Me pondré también un *fardo* ridículo lleno de rayas de varios colores y picos por todas partes y haré bachatas sobre la corte —indica Yotuel con una reverencia.

—Qué tonto eres.

No puedo evitar que una sonrisa tímida haga acto de presencia en mi rostro ante su comentario y su pose estrafalaria. Por lo poco que lo conozco, sé que siempre hace todo lo posible porque la gente esté feliz a su alrededor. También que intenta romper un poco el hielo con cualquier tontería para que me relaje, destensando el ambiente. Es una capacidad admirable que tiene y dice mucho de él como persona.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —pregunta mientras toma asiento en el sillón al lado del sofá.

—Un par de horas.

—Espero que no hayas huido de la cama porque te he incomodado.

—No —contesto con convicción—. Es verdad que no me esperaba encontrarte tan pegado a mí, pero no ha sido por eso. Era solo que mi cuerpo ya había tenido suficiente descanso.

—Entiendo. Entonces, ¿eso significa que tu cuerpo ya está listo para un segundo asalto?

Su pregunta me deja la boca seca, por lo que llevo de nuevo la taza de café a mis labios. El líquido caliente pasa por mi garganta mojando la aspereza que ha producido Yotuel con sus palabras. Aun así, no parece suficiente y termino carraspeando como una vieja de ochenta años. El rubor aparece en mis mejillas sin que pueda frenarlo, dejando claro que el calor que siento ahora mismo podría descongelar Alaska si me lo propusiera.

Él sigue tan ancho, sentado en el sillón con una pose relajada, como si no acabara de soltar una bomba que me ha puesto cardíaca. *Anda, nena. Lo único que ha hecho es ponerte las cosas fáciles, allanar el camino. Y, por Dios y por tu madre, di que sí.* Con una valentía impropia de mí para estas cosas, me levanto del asiento con lentitud, alisando la camiseta del osito que he recuperado del suelo esta mañana. Me doy cuenta al instante de que ese gesto ha quedado demasiado remilgado para lo que pretendo hacer, así que retiro las manos, dejándolas caer con rapidez.

Yotuel me observa con picardía, como un rey desde su trono esperando que le den buenas noticias. Su imagen despreocupada me llama con insistencia, revolucionando mis hormonas, llenando mi mente de una cantidad infinita de posibilidades. Sin embargo, tengo miedo, no porque él me lo dé, sino porque me siento perdida cuando se trata de actividades de alcoba.

—Soy yo, pelirroja. Estás conmigo.

Esas palabras detonan en mi mente con puntería certera. Tiene razón, es él, el hombre que anoche me lo dio todo, el que me hizo ver las estrellas, el que veneró mi cuerpo como si de un templo se tratara. Y será él de nuevo, nadie más. Si no sé cómo continuar, él lo hará por mí, al fin y al cabo, nadie nace sabiendo.

De forma automática, mis músculos pierden la tensión a la que los había sometido. Respirando hondo, la calma hace acto de presencia, convirtiendo mi interior en una balsa de aceite. Recobrando el valor que había perdido por pensar en exceso, me quito la camiseta y las braguitas. Dejo que la imagen de mi desnudez penetre en su mirada oscura, que se deleite con cada recoveco de piel expuesta, que el hambre vaya creciendo en sus entrañas. Aunque estoy muerta de la vergüenza y tengo unas ganas inmensas de taparme, el orgullo que me produce al ver sus ojos abiertos como platos gana el pulso.

—¿No crees que llevas demasiada ropa, cubano? —inquiero con la chulería que en ocasiones me caracteriza, además de añadirle un toque sensual que no reconozco, pero que me encanta.

—Estoy de acuerdo contigo, *mamey* —señala mientras se levanta y se pone frente a mí—. Pero quiero que me la quites tú.

Esa sonrisa suya, la experimentada en volver locas a las féminas, hace que sienta una contracción en la vagina. Nuestros cuerpos no se tocan, las respiraciones de ambos se pierden en el vacío sin mezclarse, solo nuestras miradas nos mantienen enganchados. El pudor que sentía se ha ido a una playa cercana a disfrutar de un momento de paz. De repente, recuerdo su orden, ya que no ha sido una petición. Sin embargo, no lo siento como algo malo, un comportamiento tóxico o una imposición sin fundamento. Sé muy bien que con ese gesto pretende cederme el control, dejando que mis manos vaguen por su anatomía y se familiaricen con cada rincón.

Sin más dilación, cojo el bajo de su camiseta de algodón y se la quito. Su torso esculpido a base de ejercicio me da la bienvenida, consiguiendo que sienta un hormigueo en las manos por la necesidad de tocarlo. Así pues, pongo las palmas sobre su estómago, notando la contracción que hacen sus abdominales al contacto con mi piel fría. No obstante, él no se queja, se limita a observarme, esperando paciente mi siguiente paso.

Mis dedos recorren su tórax, deleitando mis sentidos con el tacto suave de su piel morena. Sus pezones me incitan, pidiendo que les preste la atención que se merecen. Con sinceridad, no tengo ni idea de si esta zona es tan erógena en los hombres como en las mujeres, pero nunca saldré de dudas si no lo pruebo. *¿Por qué no intentas algo distinto?*, pregunta mi mente con un eco travieso.

El desafío, lanzado desde lo más recóndito de los anhelos, activa mis ganas, haciendo que mi lengua lama sin contemplaciones el oscuro botón. Un gemido fuerte sale de lo profundo del pecho masculino. Sus manos, antes relajadas, se cierran en puños, conteniendo la necesidad que tiene de tocarme. La imagen de ese hombre rendido ante mis atenciones me hace sentir poderosa. Eso era lo que él quería de mí y, sin duda, lo ha conseguido.

Me quedaría para siempre en este instante, acariciando su pecho desnudo, deleitándome con las reacciones que tiene su cuerpo por mis caricias, pero también deseo avanzar. Quiero despojarle de todo para que nuestras pieles puedan reconocerse sin barreras. La Valentina tímida, vergonzosa y miedosa se marcha para hacer compañía a su pudor. Ahora solo queda la parte salvaje que ha entrado como un vendaval, sin tan siquiera llamar a la puerta.

Haciendo contacto visual con este portento de la naturaleza, me agacho con lentitud, metiendo, ya de paso, las manos bajo la goma de sus pantalones deportivos. Cuando veo que Yotuel contiene el aliento, mi ego sube unos peldaños más, corriendo el riesgo de hacerme pensar que lo

tengo todo bajo control, que nada puede conmigo. Sin embargo, no me engaño, sé que no voy a tumbar mis murallas en un solo día, que esto es una carrera de fondo.

Conforme voy bajando la prenda, mis manos van tocando sin complejos su trasero prieto, sus caderas redondas y sus piernas musculosas. Su miembro sale despedido, liberándose de la constricción, apuntando a mi cara. Nunca he dado placer a un hombre de esta manera, pero solo de pensarlo se me hace la boca agua. Como no quiero perderme nada y quiero hacer de esta una experiencia completa, decido que el empirismo es el único camino a tomar. Así que me acerco a él, introduciendo su grosor entre mis labios, notando un sabor salado y su suavidad recorriendo mi lengua.

—¡Oh, por Olorún! —exclama mi acompañante, llevándose las manos a la cabeza.

Quiero seguir explotando mi parte creativa, esa que está volviendo a despertar tras un largo letargo, pero al parecer el cubano tiene otros planes, porque sus manos cogen mis mejillas deteniendo mis avances. Sin esfuerzo, levanta mi cuerpo, separándolo del lugar en el que se sentía tan cómodo, y me encara, lanzándose a por mis labios con ferocidad, permitiendo que nuestras lenguas dancen al compás de una melodía sin sonido. Depositando un último beso suave que acaricia mi alma, vuelve a conectar nuestras miradas, dejándome que vea aquello que su boca no pronuncia.

—Preciosa, no es que no me guste lo que estabas haciendo, es que me gusta demasiado.

—Entonces ¿por qué me has parado?

—Porque no quiero acabar en tu boca. Hoy no.

Dejándome extasiada y sin darme opción a réplica, termina de quitarse los pantalones, que tenía enredados en los tobillos, y se agacha para meter la mano en uno de los bolsillos. Al volver a la antigua posición, me enseña lo que ha capturado. Un preservativo. Menos mal que uno de los dos piensa con la cabeza.

Yotuel se sienta en el sofá, levantando un brazo hacia mí en una clara invitación a que me siente sobre sus caderas. Yo, por supuesto, lo hago, colocando las manos sobre sus fuertes hombros, porque tengo ganas de él, de que nos probemos de la forma más íntima que existe. El roce de su miembro sobre mi clítoris produce una corriente eléctrica que recorre todo mi cuerpo, haciendo que eche la cabeza hacia atrás y suelte un gemido.

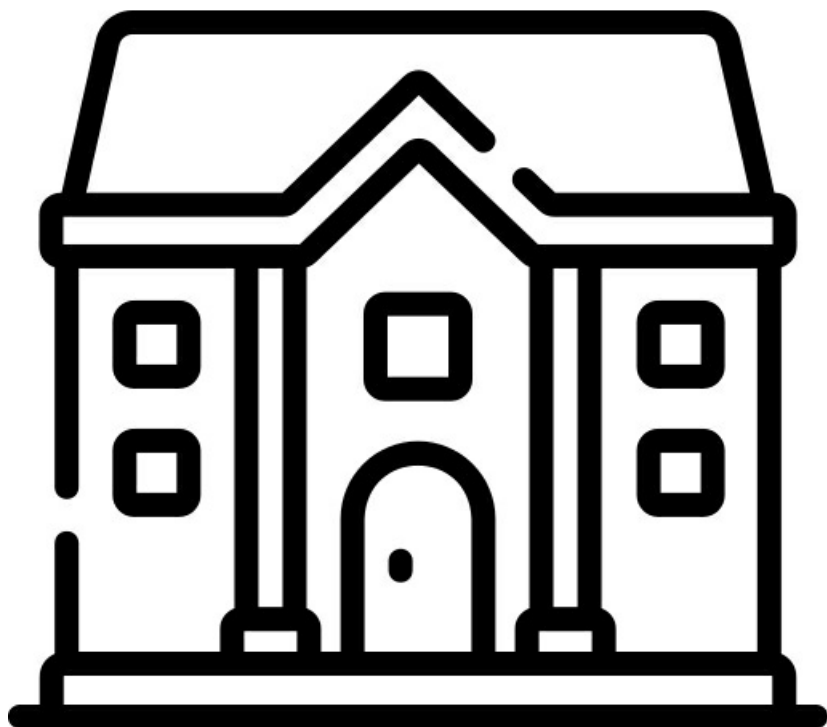
Noto cómo uno de sus dedos acaricia mi entrada, testando la humedad que se ha ido generando en el transcurso de nuestro encuentro. No contento con eso, introduce la falange en mi interior, produciendo una ola de escalofríos difícil de parar, haciendo que salga un lamento de puro gozo entre mis labios.

Al fin termina con su escrutinio, llegando a la conclusión de que estoy preparada para lo que viene. Se pone el condón e introduce de a poco su sexo en mi vagina. Noto cómo se contiene, igual piensa que va a hacerme daño. Sin embargo, yo no puedo esperar más a recibir lo que tanto anhelo, así que bajo de golpe sobre su erección, haciendo que los dos soltemos un gemido fuerte, antesala de lo que está por venir.

El azul y el marrón se enfrentan, centrándose solo en el color contrario, eliminando todo ruido exterior. Por instinto, comienzo a mover mis caderas con brío, sin saber si lo estoy haciendo como toca, aunque esto sea lo que me pide el cuerpo. Sus caderas se acompañan a las mías, generando más fricción entre nuestros sexos unidos. Yotuel cambia ligeramente su postura para entrar más adentro, tocando un punto que provoca en mi persona un placer inmenso, a la par que baja una de sus manos hacia mi clítoris. Algo descomunal crece en mi interior, una sensación parecida a la que sentí ayer, aunque mucho más grande e imparable. Tanto que me dejo llevar sin poder parar el tornado, llegando al culmen de nuestro encuentro. Él no tarda mucho en seguirme,

vaciándose por completo, dejando ir su contención.

Exhaustos y satisfechos nos quedamos laxos. Él sobre el sofá y yo contra el calor de su cuerpo, que me acuna hasta quedarme dormida.



CAPÍTULO 26

YOTUEL

Lo que acaba de suceder entre nosotros no es que haya superado mis expectativas —que os puedo asegurar que estaban muy altas; soy un tío positivo por naturaleza y, si hay que soñar soy de los que lo hacen a lo grande—, lo sucedido las ha elevado a la máxima potencia, haciéndome alcanzar todas las constelaciones del cielo sin necesidad de levantarme del sofá.

Anoche, después de limpiar el estropicio de mis pantalones —y por qué no decirlo, masturbarme bajo el agua recordando nuestro juego y el inmenso placer que ambos sentimos— volví a la habitación. Me pasé varias horas observando cómo dormía, memorizando cada peca, cada gesto e incluso su relajada respiración, menos mal que estaba agotada y no se despertó, ya que de hacerlo, y encontrarme mirándola como si fuese un jodido acosador, habría salido huyendo, eso sí, una vez me hubiera arrancado los *berocos*.

Cuando el agotamiento se apoderó de todo mi cuerpo, me tumbé a su lado y, haciendo la cucharita —algo que muy pocas veces había hecho con mis anteriores parejas, pues aseguraban que les daba mucho calor, o lo que más me dolía, que era demasiado cariñoso e intenso—, dejé que el *surna*^[91] viniera a por mí. Aunque reconozco que al levantarme y no encontrarla a mi lado, el *ñao* me ha hecho imaginar lo peor.

Sigue recostada sobre mi pecho, su respiración ha vuelto a la normalidad y comienza a despejarse del placer que acaba de sentir. Como soy incapaz de alejarme de ella —algo difícil, pues está sentada encima de mí y mi pinga sigue todavía en su interior—, recorro la piel de su

espalda con lentas caricias que la hacen estremecerse. Podría pasarme el resto de mis días así y os prometo que sería feliz, sin embargo, ella necesita su espacio y sospecho que una ducha, a la que de momento no estoy invitado. Pues, aunque se ha dejado llevar y me ha mostrado a una nueva Valentina, la timidez y vergüenza están volviendo a ella.

—Necesito ir al cuarto de baño —susurra sin levantar la cabeza de mi pecho.

—Y yo, pero como soy un caballero de brillante armadura, *corasón* de oro y cuerpo de infarto te dejaré que vayas primero. Eso sí, te aviso, para que te mentalices, que la próxima ducha la compartiremos, hay que ahorrar agua para salvar el planeta.

—Y ¿por qué no empezar ya? —Levanta la cabeza y veo su intensa mirada cargada de deseo.

Esta mujer va a terminar conmigo y mi poca cordura, es mi perdición, mi ruina y... y de golpe las palabras de mi abuelita resuenan con fuerza en mi cabeza, paralizándome por completo: *se acerca una tormenta roja, apuesta todo al rojo*.

—¿Te encuentras bien? —Sujeta mi cara entre sus manos para unir nuestras miradas.

—Sí, no es nada, acabo de recordar una cosa y he perdido el norte unos segundos.

—¿Seguro? Mira que eres moreno y, durante unos segundos, parecías uno de los Cullen.

No puedo evitar reír ante lo que acaba de decir, puedo parecerme a muchas personas, pero desde luego a esos sosos vampiros con cristales de Swarovski por la piel, no.

—Deja la cháchara y ve a ducharte antes de que me olvide de mis buenas intenciones y te enseñe lo que es darse un buen baño.

Se levanta dejándome una sensación de abandono que no logro entender y meneando sus perfectas caderas se dirige al baño. Aunque en el último momento se gira, regalándome una visión de todo su cuerpo que vuelve a ponerme duro de nuevo.

—Ya sabes dónde estaré.

Veó cómo desaparece mientras intento ocultar la sonrisa de bobo que luzco en estos momentos. No sé si mi abuelita tiene razón y Valentina es mi alma gemela, mi destino o futuro, pero lo que sí tengo claro es que mientras lo descubro vamos a disfrutar y aprender mucho.

Limpio y con el *fardo* puesto me sirvo un café bien cargado. Hay pocas cosas, además del sexo, el mar, mi familia y la música, que disfrute más que el primer cafecito de la mañana. Puedo tener mil problemas, no haber descansado mucho, tener un berrinche, o amanecer con el moño virado, pero es sentir el sabor amargo en mi garganta y todo mejora al instante. Como siempre dice mi abuelita: *no cojas lucha que la caña es mucha, y lo que tenga que ser, será*.

Mi teléfono comienza a sonar en alguna parte del salón, donde lo debí de dejar olvidado anoche. Cuando lo localizo —tres llamadas después y varios cojines en el suelo—, compruebo que es mi *pura* quien me llama.

—¿A qué debo el honor de recibir la llamada de la *mamey* más especial de la isla?

—No seas tan chicharrón, todavía sigo molesta contigo.

Intenta hacerse la dura, pero no me engaña, los *berros* a mi *pura* le duran muy poquito y si el causante soy yo, todavía menos.

—No seas así, sabes que me rompes el *corasón* cuando andas enojada.

—Te voy a romper las piernas y esa cabezota que tienes como sigas con la bachata. Escúchame bien, chama, en dos horas tienes que ir a por el padre Jesús, ya está en la isla y necesita el *gao* cuanto antes.

Con la Iglesia hemos topado, o mejor dicho, con el nuevo cura. Sé que le prometí a mi *pura* buscarle un nuevo piso y, además, gratuito al nuevo párroco, pero con toda mi historia con la pelirroja me había olvidado por completo.

—¿Me escuchas, cabeza de chorlito?

—Te escucho, *pura*. En dos horas, puntual como un reloj, le enseñaré al nuevo trabajador del Señor su nuevo *gao*.

—No puedo contigo, Yotuel, te juro que no puedo. Solo espero que te sepas comportar y no me avergüences o no volverás a comer chicharritas mientras viva.

Con una amenaza de esa índole solo me queda portarme bien y tratar al padre Jesús como lo haría con mi mejor *ambia*.

—Yo también te quiero, nos vemos en la comida.

Cuelgo antes de que sus gritos hagan tambalear los cimientos de la tierra y comienzo a buscar un nuevo *gao* que se adapte a las necesidades del cura. Por suerte, no tardo mucho en encontrarlo y, aunque perderé dinero —los pisos en la isla están muy cotizados—, le daré el gusto a mi *pura*.

—La ducha es toda tuya. —Oigo su voz cantarina a mi lado.

Estaba tan concentrado que no me había percatado de su presencia, y eso que está preciosa con ese ajustado vestido azul, que se adapta a su cuerpo de una forma muy sugerente. Me marchó a la ducha, antes de que mi instinto salvaje haga acto de presencia y me lance sobre ella, mandando al infierno todas nuestras responsabilidades.

Después de una buena ducha, y vestido para la ocasión —pantalón de lino blanco y camiseta negra—, salgo al salón. No veo a la pelirroja por ninguna parte y de nuevo esa sensación de abandono me sacude por dentro. Desesperado, la busco por toda la casa y la encuentro en la terraza superior, entretenida con un libro.

—¿Qué haces, titi?

—¡Joder! Te has propuesto matarme de un susto, ¿o qué?

Al colocarme a su lado, me doy cuenta de que no es un libro, sino un bloc de dibujo y que en él hay una figura femenina ataviada con lo que creo que es un vestido. No me juzguéis, yo de moda, dibujos y esas cosas entiendo lo justo y necesario para vestirme cada día.

—Intento crear un boceto, pero no hay forma. Estoy bloqueada y nada de lo que dibujo funciona. —Lanza el bloc sobre la mesa con rabia.

Noto su frustración, enojo y desesperación, cómo se esfuerza en controlarse para no romper a llorar y cómo está a punto de fracasar en su intento. No me gusta verla así de derrotada y abatida, por lo que intento animarla:

—La inspiración no se busca, Valentina, es ella quien te encuentra cuando menos te lo esperas. Según Nati, eres una de las mejores diseñadoras del momento y esa magia que creas al dibujar... volverá.

—No lo creo, llevo en este estado de morsa varios meses y el tiempo se agota.

Una lágrima se desliza por su mejilla, oprimiendo mi pecho en su recorrido. Con cuidado la limpio y tomo sus manos entre las mías antes de hablar:

—Debes creer en ti, dejar volar tus alas y confiar en tu instinto. Yo creo en ti, Valentina, estoy seguro de que conseguirás esos bocetos.

—Gracias.

—De nada, pelirroja. Y ahora, deja eso, tenemos que entregar un nuevo *gao*.

Su sorpresa es mayúscula y, aunque en mi plan inicial no entraba que Valentina me acompañara —sobre todo porque es una distracción—, me alegro de haberla invitado solo por ver el brillo en su mirada.

—Yo... yo...

—Tú... tú..., te vienes conmigo, a menos que tengas algo mejor que hacer.

—Está bien, iré contigo a entregar un nuevo *gao*, pero no te acostumbres o empezaré a pedirte

mis honorarios.

En silencio, mientras disfrutamos de las diferentes canciones que ponen en la radio, llegamos a la iglesia de Santa Eulalia en Es Puig de Missa. Debo reconocer que es un sitio precioso, con ese blanco tan puro característico de la isla y esa sencillez en su estructura que la hace única.

—¿Has comprado una iglesia? Porque no me habrás traído a oír misa, ¿verdad? Mira que yo respeto a todo el mundo y sus creencias, pero ya he tenido bastante con la madre de Nati y mis tres años de catequesis.

—No vamos a oír misa, ni tampoco he comprado la iglesia, puedes quedarte tranquila.

—Entonces ¿puedes explicarme qué hacemos aquí?

Voy a contestar cuando oigo mi nombre y, al girarme, me encuentro con don Bartolomé.

—Buenos días, padre.

—Hace mucho tiempo que no vienes por aquí, un buen cristiano acude a misa con asiduidad, por no mencionar los años que llevas sin confesarte.

Ya empieza con sus quejas y reproches, no es un mal hombre, pero su forma de ver la vida y a las personas está obsoleta. Por eso cada vez viene menos gente a escuchar sus sermones.

—Lo sé, pero ando muy ocupado con el trabajo y apenas tengo tiempo para nada más.

No pienso decirle que no creo en su forma de ver la fe, lo aburridos que son sus discursos o lo anticuados y arcaicos que me parecen ya que, de hacerlo, seguro que me excomulga.

—Siempre hay tiempo para Dios, hijo. Bueno, supongo que vienes a llevar a don Jesús a su nuevo hogar, ¿verdad? —Asiento con la cabeza—. Tu madre ha sido muy generosa al ofrecérselo de forma gratuita, ella sí que es una buena cristiana.

—Mi *pura* es buena en todos los sentidos, don Bartolomé.

Valentina intenta disimular la risa, pero no lo consigue y se gana una mirada reprobatoria del párroco, que me hace sonreír a mí.

—Siento el retraso.

Al girarme veo llegar al que será el nuevo cura de la iglesia y que pondrá patas arriba a todas las feligresas de la isla. No esperaba a un hombre tan mayor como don Bartolomé, pero es que el que tengo ante mí tendrá mi edad y un aspecto físico envidiable.

—Ahora sí quiero ir a misa y confesarme por todos mis pecados. —Oigo susurrar a Valentina, provocándome unos celos que me hacen verlo todo rojo.

—Soy Jesús, tú debes de ser Yotuel, ¿no?

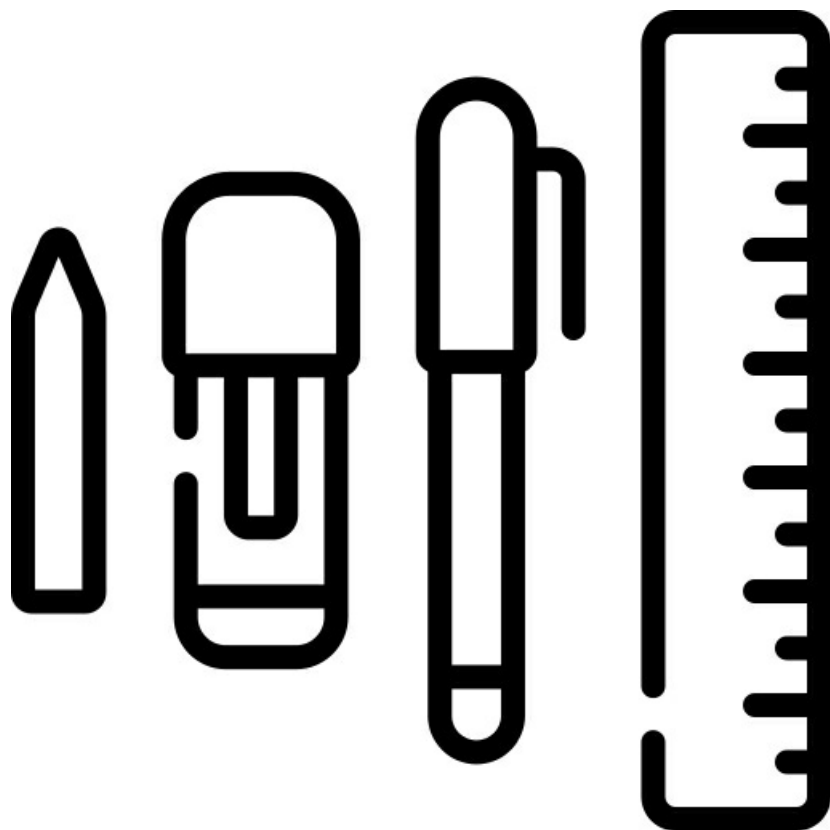
Estoy en *shock* y no puedo responder; por suerte, la pelirroja se hace cargo de la situación:

—Sí, el mudito es Yotuel y yo soy...

—Valentina —interrumpo de forma brusca—, mi *jeba*.

Sujeto su cintura y pego nuestros cuerpos todo lo que puedo, ganándome las risas de los dos curas ante mi arranque de amor y la mirada asesina de mi chica, que decide guardar silencio; ya tendrá tiempo de cepillarme cuando estemos solos. Solo espero que sea a base de orgasmos y grandes dosis de placer.

Nos despedimos de don Bartolomé y los tres nos montamos en mi coche para dirigirnos a la calle San Juan, donde se encuentra el nuevo *gao* del cura que me traerá más de un problema.



CAPÍTULO 27

VALENTINA

—Entonces, ¿cómo ha acabado siendo el nuevo párroco de Santa Eulalia, don Jesús? —pregunto, en parte intrigada y en parte para romper un poco el hielo.

Y, ya que estamos, voy a confesar algo más. También lo hago para picar un poco a Yotuel, quien mira concentrado la calle por la que circulamos y cuya vena del cuello no puede estar más hinchada de la tensión. En otras circunstancias, me daría hasta pena, puede que incluso me apiadara de él, pero hace un momento se ha pasado de la raya marcando el territorio como si fuera un lobo alfa advirtiéndolo a las otras manadas. Además, ¿su novia? Pero ¿qué se ha creído el muy cretino? Podría excusarlo si pensara que lo ha hecho para continuar con la farsa que nos hemos montado de cara a Ava. Sin embargo, sé muy bien que no es así.

Vale que nos hemos acercado y que esta mañana hemos conectado más allá de la intimidad, pero eso no le da derecho a tratarme como si fuera de su propiedad. Además, me ha decepcionado un poco su actitud. Entiendo que es un hombre caliente, que cuando está con alguien se da por entero, sin reservas, sin esperar que la otra persona le corresponda. O eso creía yo, porque acaba de demostrarme con su salida de tono que tiene un trasfondo posesivo que ni me gusta ni me halaga. De todas formas, voy a darle el beneficio de la duda porque quiero pensar que ha sido un lapsus, aunque más tarde le dejaré las cosas bien claras y, mientras tanto, me divertiré a costa de su sufrimiento.

—Por favor, Valentina, tutéame. Lo de don me parece un poco arcaico —responde Jesús con

una hermosa y auténtica sonrisa—. Y, respondiendo a tu pregunta, supongo que sabes que los vicarios debemos cumplir un voto de obediencia.

—Pues, si te soy sincera, no estoy muy puesta en esas lides.

—Bueno, pues sí, y ese voto implica muchas cosas, entre otras, ir allá donde seamos llamados.

Su mirada se pierde por un momento a través de la luna de una de las puertas traseras. Parece un tanto triste, como si en verdad no quisiera estar aquí, pero no le quedara otra opción, pues debe atender a los mandatos de la Iglesia. Por un instante parece que esté a kilómetros de distancia, quizá en el lugar donde estaba hasta hace unas horas disfrutando de una vida que se sentía cómoda y placentera.

—La cuestión es que don Bartolomé es amigo de mi familia. Cuando salió el tema de su jubilación, le pidió a la Santa Sede que fuera yo su sucesor.

—Estoy segura de que aquí estarás muy bien. Santa Eulalia es un lugar especial y lleno de magia —indico girándome un poco en el asiento para mirar directa a su cara. En esas estoy cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir—. Bueno, igual hablar de magia no es lo más acertado con un sacerdote. En fin, me refiero a que el ambiente aquí es muy... ¿limpio? ¿Alegre?

De verdad, hay momentos en los que me gustaría meterme debajo de una piedra o cerrarme la boca con seda de araña. Sin embargo, parece que mi comentario le ha hecho gracia a Jesús, porque una fuerte carcajada escapa de su pecho cambiando su expresión facial por completo, pasando de la anterior melancolía a la alegría.

—Perdona, es que me ha hecho mucha gracia —dice mientras agacha un poco la cabeza, como si sintiera una timidez repentina—. Y, contestando a lo que has dicho, ser cura es precisamente lo que me otorga la capacidad de creer en la magia. Es decir, si lo piensas bien, no hay una muestra empírica de que un ser superior se halle entre nosotros. Si Dios existe para mí, no es porque la Iglesia lo diga, es porque mi corazón anhela su existencia. Si me moviera por la más pura lógica no pensaría que hay un señor ahí arriba dispuesto a protegerme y acompañarme en cada paso que doy.

Sus ojos azules me miran con una especie de cariño paternalista a través de sus gafas de pasta. Además, su pequeño discurso me ha llegado a lo más hondo, y eso que yo no soy creyente, pero gracias a esta pequeña muestra me puedo imaginar que faltará sitio en sus sermones. Por lo poco que he visto hasta ahora, parece que es la antítesis de don Bartolomé.

—En eso consiste la fe, Valentina. Podríamos decir pues, que es una suerte de magia —concluye, encogiendo sus anchos hombros. ¡Ay, Señor, Señor! *La verdad es que el cura está tremendo*—. Además, soy un fan incondicional de «El señor de los anillos» y «Las crónicas de Narnia».

Ahora la que se está riendo a mandíbula batiente soy yo, mientras Jesús me dedica una mueca de niño bueno. Eso hace que Yotuel se ponga más tenso, apretando con fuerza el volante, haciendo que sus dedos se pongan blancos, y mira que eso es complicado.

—Ya hemos llegado —suelta el cubano entre dientes, aparcando el coche en el primer sitio libre que encuentra.

Nos apeamos del vehículo y nuestro hombre de fe coge sus pertenencias, que se limitan a una escueta maleta y una mochila deportiva. En serio, no sé cómo la gente puede viajar tan ligera de equipaje, yo no podría ir así por la vida. Aunque pensándolo mejor, igual le toca ir todo el día de uniforme y por eso no tiene mucha ropa. En fin, qué sabré yo de curas buenorros.

Siguiendo los pasos del cubano, caminamos en silencio por la calle San Juan. Jesús va mirando a todos lados, familiarizándose con el entorno en el que le tocará vivir. Al fin llegamos

a un edificio de cuatro alturas muy parecido al que yo le alquilé a Yotuel. Me doy cuenta de que la casa que va a ocupar Jesús no está muy lejos de este tampoco. Si no me hubiera mudado ayer, seríamos prácticamente vecinos. Seguro que eso le encantaría al moreno que nos mira con el ceño fruncido en el ascensor.

Al salir del habitáculo, donde ya costaba respirar de lo espeso que estaba el aire, el cubano se dirige a la puerta que hay justo frente al elevador. Cuando abre, nos hace pasar a una casa de paredes blancas y muebles antiguos que parecen haber sido restaurados. Es un apartamento pequeño, de un solo dormitorio, un baño, un balconcito con una silla reclinable y la cocina pegada al salón. Sin embargo, es muy bonito, tiene un encanto especial y estoy segura de que para Jesús será más que suficiente.

—Quería darte las gracias por lo que estás haciendo por mí, Yotuel. Si no hubiera sido por tu generosidad, me hubiera vuelto un poco loco buscando un sitio donde vivir.

—Lo hago por mi *pura*, eso quiero que quede claro —contesta él con un gesto demasiado serio.

—De acuerdo, aunque los motivos no importan para mí.

Otra vez aparece esa melancolía en su rostro, arrasando con el buen momento que habíamos pasado tan solo hace unos minutos. La verdad es que me dan ganas de darle un abrazo y protegerlo de todo mal. También de darle una colleja al idiota del moreno por su tono desagradable. Ahora a la que se le está hinchando la vena es a mí.

—Bueno, aquí tienes las llaves. Que la disfrutes —dice dándose la vuelta con porte chulesco.

—Ha sido un placer conocerte, Jesús. —Extiendo mi mano para que la tome y él la estrecha de forma delicada—. ¿Los curas tienen móvil?

—Claro que sí, Valentina —contesta mostrando de nuevo esa magnífica sonrisa que tiene—. Es decir, con Dios no me texteo, pero tengo familia a la que llamar.

—Me gusta tu humor, párroco.

—Hay que llenar la vida de sonrisas, si no esta se puede hacer un poco pesada.

—Tienes más razón que un santo. —*¡Oh, Dios! Sigue así, Valentina, lo estás bordando—*. Quiero decir... yo... esto... En fin, que será mejor que me muerda la lengua antes de meter más la pata. Te dejo mi teléfono anotado aquí. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme. Sé lo que es estar solo.

Sin demorarme más, le dejo un papel con mi número escrito a boli sobre la barra de la cocina y salgo del apartamento. Espero que esté bien, que la noche no se le haga demasiado pesada, que no añore todo lo que ha dejado atrás.

No veo al cubano por ninguna parte, así que llamo al ascensor y bajo de nuevo al portal. Al salir por la puerta del patio lo veo apoyado en la pared del edificio. Tiene los brazos cruzados en el pecho y está soltando bufidos cada tres segundos. Si moviera una de sus piernas hacia delante y hacia atrás parecería un toro advirtiéndole de la posible embestida.

—¡Hombre! La pelirroja me ha honrado al final con su presencia. ¿Qué tal con el cura? ¿Ya sois los mejores *ambias* del mundo?

—Hazme un favor y no digas ni una palabra más —contesto con tono frío, dirigiendo mi mirada de hielo directa a sus ojos—. Nunca, en mi vida, me había hecho sentir nadie tan mal, y mira que tengo una larga lista de gente un poco cabrona a la que detesto, pero tú te has llevado la palma.

—¿Por qué, exactamente? ¿Por dejarle claro que a ti no debe tocarte?

—Yotuel, ¿te estás oyendo? ¡Jesús es un clérigo! ¡Por el amor de Dios! Y, por si su cargo no es suficiente para ti, te voy a dar una pista. ¡Tiene un puto voto de castidad!

—¿No decías que no sabías de esas cosas?

—Eso lo sabe hasta el más inútil de los mortales, ¡joder!

Mira que a veces tengo mala baba, pero yo nunca grito, soy más de decir lo que nadie quiere oír sin vaselina ni anestesia, aunque con un tono de voz calmo, podría decir que hasta monótono. Sin embargo, el cubano me ha puesto la mala hostia a tres mil revoluciones.

—¿Y eso qué tiene que ver? Eres un bombón. Cualquiera tío se sentiría atraído por ti, aunque fuera un santo.

—En serio, no puedo creer que seas tan obtuso.

Las pulsaciones me van a cien por hora. Por lo visto, el muy cabezón no se bajará del burro así como así. Bien, si quiere caldo, va a tener dos tazas.

—Acabas de fastidiar muchas cosas de un solo golpe, cubano. Lo primero, has sido desagradable con un hombre que lo ha tenido que dejar todo para venir aquí. Que está en un lugar nuevo al que debe acostumbrarse en un abrir y cerrar de ojos, puesto que su bienestar depende de ello. Y, además, que está solo, triste y perdido. Y has sido precisamente tú, alguien que dejó su Cuba natal para venir a España con una mano delante y otra detrás. Por lo menos tú tuviste a tu preciosa familia contigo.

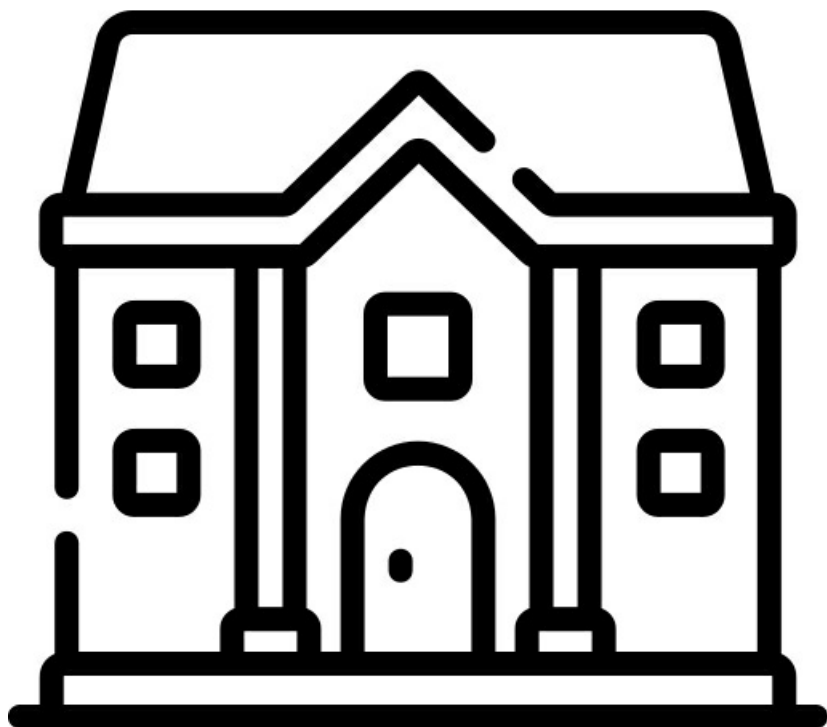
Su rostro se vuelve una mezcla de emociones difíciles de explicar. Sigue habiendo un ligero toque de enfado, pero también hay decepción, frustración, vergüenza y comprensión, todas ellas pasando como fogonazos, evidenciando el cambio en su estado de ánimo.

—Lo segundo, has jodido un poco lo que sea que haya entre nosotros. No esperaba de ti esa reacción, no te he reconocido cuando he visto a un hombre posesivo a mi lado. Yo no necesito a un príncipe azul que me salve del veneno de la manzana, Yotuel. Me he cuidado sola todos estos años y me he apañado muy bien.

—Valentina...

—No. —Pongo la palma de mi mano delante de mi cuerpo para indicarle que no se acerque—. Me voy a casa de Ava. Esta noche no quiero que vengas. Vete a tu casa o con alguna de tus hermanas, me da igual. Lo que sí quiero es que pienses bien en todo lo que te he dicho, porque será la última vez que lo escucharás salir de mis labios. Si vuelves mañana, quiero ver al hombre que eres en realidad, no a la copia del niñato de «After». Y también a un hombre que le ha pedido perdón a Jesús. No se merecía tu trato ni tus modales de hombre de las cavernas.

Sin más palabras, pues creo que ha quedado todo bastante claro, me doy la vuelta para dirigirme a un apartamento que esta noche estará muy diferente a como estaba esta mañana.



CAPÍTULO 28

YOTUEL

No sé dónde meterme, qué hacer o cómo arreglar todo lo que yo solito y mis celos —esos que hasta el día de hoy no sabía ni que tenía— hemos provocado. Solo he necesitado unos minutos, varias palabras fuera de tono y una actitud de troglodita para echar por tierra lo que había adelantado con Valentina; y no solo eso, además, me he portado como un completo seboruco con el nuevo cura.

No tengo justificación ni perdón, ninguno de los dos, he actuado de forma inapropiada, es más, Valentina solo estaba siendo amable y don Jesús un tío majo, agradable y educado que intentaba amenizar la conversación. Mientras yo he sido borde, desagradable, soberbio y un completo verraco. ¡Joder! ¿Por qué no pensaré antes de actuar? Si lo hiciera, mi vida sería mucho más sencilla.

Sigo parado en el portal, sin dejar de darle vueltas a las duras palabras de la pelirroja y, sobre todo, a su mirada decepcionada. Ha conseguido que me sintiera como un fiñe siendo regañado después de cometer la peor de las trastadas. No quiere verme y la entiendo, pero que la entienda no significa que me duela menos.

Sé que debo solucionar la situación y hacerlo cuanto antes, por eso, y aun sabiendo que no es la idea más brillante que he tenido, decido llamar a mi *compay*. Necesito sus consejos, no porque sea un experto en emociones, sentimientos y personas, que ya os digo que no es el caso, sino porque es aquel que mejor me conoce y entiende.

—Dime que no la has liado, por favor.

—Kalevi, tu confianza en mí me abruma —replico enfadado.

Que sí, que tiene sus razones para sospechar, sabe la facilidad que tengo a la hora de liar las cosas, aunque ya podría tener un poquito más de fe en mis actos y en mí. ¡Que se supone que somos *aseres*!

—Te confiaría mi vida si fuese necesario, Yotuel. Sin embargo, sé cómo eres y conozco tu tendencia a cagarla a la menor oportunidad. Puedes alargar esta conversación durante horas o decirme de una vez qué sucede. Tú eliges.

Mi *asere* tiene razón. Desde muy pequeño tengo la capacidad de estropear lo bueno que me sucede, puede que sean mis inseguridades, *ñaos*, dudas o que soy un completo idiota y no aprendo. Sea como sea, siempre me sucede igual.

Con una voz que no reconozco, le explico los nuevos avances con Valentina —solo por encima, hay cosas que el albino no necesita saber y yo no pienso contarle— y mi comportamiento con el nuevo párroco. Kalevi me escucha y ríe con ganas al saber que no es el único al que su lado cavernícola le juega malas pasadas.

—Esta vez te has lucido, amigo. Valentina no te lo pondrá fácil, tiene un carácter de mil demonios que solo mi morena y la pobre Mila son capaces de aguantar. Empieza con el cura, quizá si ve que te disculpas con él su corazón de hielo se derrita y te deje vivir.

Es gracioso que Kalevi hable así de la pelirroja, cuando él es cien veces peor y solo Nati ha conseguido derribar el enorme iceberg que cubría su *corasón*. Antes de ella era una roca, muy atractivo por fuera, pero vacío por dentro.

—No es tan fría como afirmas, algo me dice que es su forma de protegerse y evitar que le hagan daño. Además, os parecéis mucho, por eso creo que no os soportáis, aunque si os dierais una oportunidad... seríais inseparables.

—Siameses, seríamos siameses, Yotuel. Llevaríamos sudaderas iguales y correríamos juntos por el parque cantando «Un millón de amigos».

Rompo a reír a carcajadas al visualizar la escena, no creo que lleguen a tanto, más que nada porque no veo a Kalevi actuando como un fiñe, pero la escena sería digna de contemplar, y cuando se lo cuente a Nati nos dará horas infinitas de risas.

Más relajado, y de mejor humor, me despido de mi *compay* y subo a buscar al cura para ganarme su perdón. La sorpresa que muestra su cara al verme de nuevo en su puerta es mayúscula, aunque enseguida se recompone y me invita a pasar al salón, donde nos sentamos.

—Te ofrecería un café o algo de beber, pero no he tenido tiempo de ir a comprar.

—No se preocupe, padre. Solo vengo a disculparme, me he comportado...

—Primero —me interrumpe con una sonrisa—, llámame Jesús, como le dije a Valentina no me gustan esos formalismos exagerados. Soy un hombre, una persona normal y corriente.

No esperaba esa respuesta por su parte, sobre todo, porque don Bartolomé lleva años alardeando de lo superior que es al resto por ser un gran siervo del Señor.

—Normal, normal no sé si sería la palabra correcta, tienes contacto directo con el superior.

—Es un trabajo, Yotuel. Cada uno se dedica a lo que le gusta y le hace feliz, hay médicos, maestros, fontaneros, arquitectos, basureros y personas como yo que transmitimos la palabra de Dios, pero una vez que nos quitamos el alzacuellos somos simples mortales.

—Nunca lo había visto así, la verdad.

Me sorprende la sencillez y naturalidad de Jesús, su forma de ver su trabajo, el buen rollo que transmite y esa mirada triste que luce, por lo que me siento todavía peor conmigo mismo.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a que la gente piense así y, aunque me gustaría

cambiar muchas cosas, solo soy un simple grano de arena frente a todo un desierto.

—Según mi abuelita, un simple grano de arena puede cambiar el equilibrio de una montaña, imagina lo que haría con todo un desierto. Solo hay que intentarlo y no rendirse.

—Tu abuela es una mujer muy sabia, me encantaría conocerla.

Si él supiera cómo es doña Caridad de verdad no sé si querría conocerla o escapar. Porque sabia, es muy sabia, pero bruja es como ella sola, no se corta en decir lo que piensa o siente, sin importarle lo que opinen los demás. Por eso con don Bartolomé nunca se llevó bien, bueno, eso y que lo acusó de sobrepasarse en sus funciones. Nunca supimos qué pasó entre ellos, aunque desde ese día jamás volvió a poner un pie allí y, conociéndola, no dudo de su palabra.

—Has dicho que querías disculparte, pero no entiendo el motivo.

—No he sido respetuoso ni educado contigo, y mucho menos con Valentina. He actuado de forma posesiva, machista y exagerada. Lo siento.

Reconocerlo en voz alta es peor de lo que imaginaba, porque me hace ser consciente de lo mal que me he comportado y de lo seboruco que puedo llegar a ser.

—El respeto se gana, Yotuel, y yo todavía no me he ganado el tuyo. Conmigo no tienes que disculparte, he visto a un hombre enamorado dejarse llevar por sus inseguridades, no es lo correcto, pero puedo entenderte. Aunque sí creo que Valentina se merece una disculpa y, sobre todo, que confíes en ella. El amor no es posesión; es libertad, respeto y confianza.

Sin entender muy bien por qué, termino sincerándome con él y contándole la verdadera relación que me une con la pelirroja. Nuestro pequeño acuerdo, nuestra convivencia «obligatoria» y lo más sorprendente, ya que es la primera vez que lo hablo con alguien, todo lo que me hace sentir. No me interrumpe y deja que me desahogue con él.

—Os he visto juntos, la forma en cómo os miráis es especial y eso no se puede negar. Quizá ahora no sea amor y solo os dejéis llevar por la atracción que sentís, aunque te aseguro que entre vosotros hay más de lo que os empeñáis en aceptar. Arregla las cosas con ella y deja que el tiempo siga su curso, estoy seguro de que en unos meses terminarás dándome la razón.

Me encantaría ser capaz de creer sus palabras, sin embargo, me resulta imposible. Una cosa es tener fe y otra creer en los milagros. Dejando el tema Valentina de lado, comenzamos a hablar de nuestras respectivas vidas, descubriendo que tenemos muchas cosas en común, siendo el deporte una de ellas, por lo que no dudo en invitarlo a practicarlo conmigo mientras le enseño la isla.

—Se ha hecho tarde, si no tienes un plan mejor, me gustaría invitarte a comer al *paladar* de mi familia.

—Me encantaría.

Juntos y sin dejar de hablar, nos dirigimos al Viva Cuba. Es cruzar las puertas del local y el buen rollo se apodera de nosotros, haciéndonos sonreír. Le presento a mis hermanas —que lo miran como si fuese el mejor dulce de la historia—, a mi *pura*, que no disimula su sorpresa, pues imagino que esperaba a un señor mayor y no el doble de Álex González; y a mi abuelita, que lo mira con esa mirada cariñosa a la que es imposible resistirse.

—Mi chama, ve con tus hermanas y ayúdalas con la comida, ya me quedo yo acompañando al padre.

Ñao me da dejar al pobre Jesús con mi abuelita, su sonrisa inocente no depara nada bueno. La conozco y ella solita es capaz de asustarlo a los dos segundos y seguro que termina renunciando a su nuevo trabajo antes de empezar.

—No seas mala, es un buen hombre —le susurro para que solo ella me oiga.

En la cocina intento seguir las órdenes que mis hermanas me dan, el problema es que son cuatro y es imposible complacerlas a todas al mismo tiempo y eso las hace perder los nervios.

—Fuera, o juro que te hago picadillo —me chilla Lisandra con el cuchillo en la mano.

Me marchó antes de que pueda cumplir su amenaza, eso sí, lo hago con un buen plato de yuca con mojo y los gritos enfurecidos de mis hermanas de fondo. Contento con mi pequeño tesoro culinario en las manos, vuelvo a la mesa donde me esperan Jesús y mi abuelita, aunque mi sorpresa es total cuando veo que no están solos. A su lado se encuentran Kalevi, Nati y Valentina.

—¡Yotuel! —grita Nati antes de lanzarse a mis brazos.

—Mi chama, qué ganas tenía de verte, titi, me tienes muy abandonado.

—¡Ya estamos! —replican Kalevi y Valentina a la vez, ganándose las risas de todos.

Si ya lo digo yo que estos dos son como dos gotas de agua con el moño virado.

—No les hagas caso —habla Nati divertida—, son unos envidiosos.

—Y vosotros dais grima, no es necesario tanto beso y abrazo cada vez que os veis. Provocáis que se me dispare la glucosa.

Soy consciente de que Valentina no es muy dada a las muestras de afecto, suele dejarlo claro a la menor oportunidad. Tampoco sé el motivo real para que actúe así, porque cuando se encuentra en la intimidad, y se deshace de sus corazas, es cariñosa y dulce. Un misterio más sobre ella que me gustaría resolver.

—Si solo fuera la glucosa lo que se te dispara cuando mi chama está cerca —susurra mi abuelita como si contara un secreto, aunque todos los que estamos en la mesa la hemos oído.

—Se me disparan muchas cosas, Caridad, como, por ejemplo, mi mala leche y ansias asesinas.

—¡Valentina! —le riñe Nati, aunque eso a la pelirroja le da igual.

—Solo he respondido con la verdad y eso no es pecado, ¿verdad, Jesús?

El pobre hombre nos mira a todos sin saber qué decir, pues por mucho que la pelirroja no haya mentido, reconocer que desea matarme delante del nuevo cura no es muy correcto.

—El que calla otorga, un hombre sabio nuestro nuevo padre; y ahora, dando por terminadas las ganas y ansias que os tenéis, vamos a jamar.

Nadie se atreve a llevarle la contraria, por lo que junto a mis hermanas, que salen de la cocina cargadas con las diferentes bandejas de comida, y sin dejar de hacerle ojitos al nuevo *Jesúsito* de sus vidas, nos sentamos todos en la mesa para poder disfrutar de los manjares que nos han preparado.

El ambiente es relajado, las conversaciones diversas y la sintonía perfecta, pero Valentina sigue ignorándome cada vez que intento un pequeño acercamiento, lo que provoca las risas de mi abuelita que no nos quita el ojo. Juro que procuro ser paciente, no insistir ni agobiarla, pero si quiero arreglar las cosas entre nosotros —como bien me ha aconsejado Jesús—, tendrá que escucharme. Por eso, y aun a sabiendas de que pueda enfadarse más de lo que ya está, decido seguirla una de las veces que va al baño.

—Valentina, me gustaría hablar contigo.

—Una lástima, porque yo no quiero escucharte, Yotuel.

Empezamos bien. *Señor, échame un cable y te prometo que iré a misa, rezaré todos los días e incluso me confesaré una vez al mes.* No creo que el jefe obre su magia, pero por intentarlo que no sea. Aunque lo que sí voy a hacer es sincerarme por completo:

—No sé qué me ha pasado, Valentina. Yo nunca he actuado de esa forma, nunca he sentido celos, jamás he sido posesivo ni he tenido la necesidad de marcar a ninguna de mis parejas. Yo no soy así, pero contigo todo es más intenso. No sé controlarme, no sé cómo comportarme y, sobre todo, no quiero perderte. Perdóneme, pelirroja, por favor.

Guarda silencio, dejando que nuestras miradas hablen por nosotros, y el deseo, determinación y ñao que veo en la suya me asustan. Puedo enfrentarme a muchas cosas, aceptar cualquier decisión que tome, por mucho que esta pueda dolerme, sin embargo, no creo estar preparado para afrontar que me tenga temor.

—Olvidaremos lo que ha sucedido esta mañana, a mí tampoco me gustaría perderte, no entiendo qué me pasa a tu lado, pero por primera vez desde hace mucho tiempo me siento viva.

Tengo que controlarme para no lanzarme sobre ella y besarla como tanto deseo hacer. Me acaba de perdonar y no puedo estropearlo tan pronto, eso sí, esta noche pienso compensarla como merece, es decir, regalándole varios orgasmos que le hagan perder la cabeza.

—No me mires así.

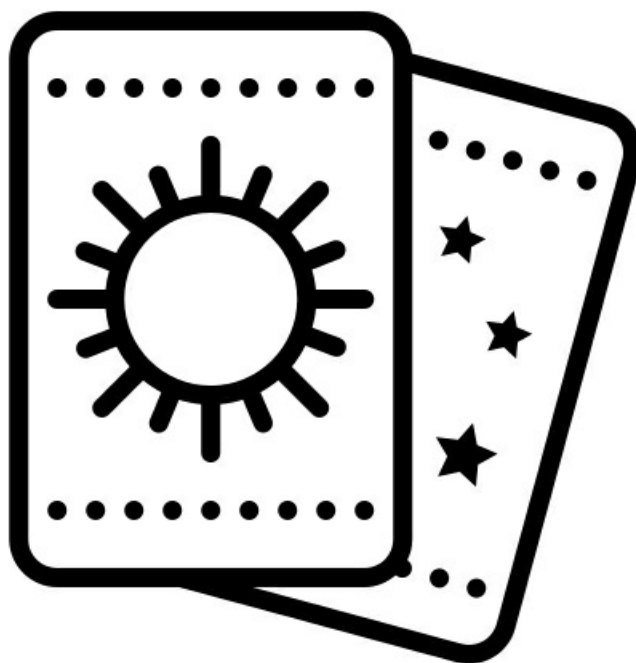
—¿Así?, ¿cómo? —pregunto divertido.

—Como si pretendieras comerme, una cosa es que te haya perdonado y otra muy distinta que te libre de tu castigo. Esta noche duermes en tu casa.

—Pero...

—No hay peros que valgan, hoy cumples condena y mañana, si te portas bien..., puede que deje que me comas.

Se marcha dejándome en el pasillo con la boca abierta, fascinado por su descaro, con cara de tonto y una excitación de la que me tocará ocuparme a mí solo mientras planeo todo lo que pienso hacerle una vez cumpla con mi castigo.



CAPÍTULO 29

CARIDAD

Les he dado a ese par una semana entera para que dieran rienda suelta al fuerte deseo que sienten. Si os preguntáis por qué sé lo que sucede entre esos dos, es muy sencilla la respuesta, mis cartas nunca mienten y, si eso no fuera suficiente, soy demasiado vieja como para que intenten engañarme. Mi chama pierde el sentido por la tormenta roja y ella no puede resistirse a él.

Tienen un largo camino por recorrer, mucho a lo que enfrentarse y superar, obstáculos que les harán tambalearse, pero contra el destino no hay nada que hacer, y el suyo está muy claro. No puedo interferir, mis dones me lo prohíben, sin embargo, sí puedo *ponerles una piedra*^[92] para acelerar las cosas. No lo haré sola, a mi lado están Nicolás y Ava, que les gusta una pachanga más que a mí un buen trago de ron.

Hace un par de horas le he enviado un mensaje a mi fiñe, avisándole que, junto a mis *compays*, iríamos a cenar a su nuevo *gao*. No ha dudado en llamarme, *coger berro*, gruñir y maldecir en todos los idiomas que conoce, y ya os digo que no son pocos, aunque de poco le ha servido porque Batman, el Joker y Harley Quinn —a ver si adivináis quiénes somos cada uno— vamos a cenar con ellos y continuar con nuestros planes...

—No sé qué estás tramando, abuelita, pero miedito me das —interrumpe Mayelin mis pensamientos.

—No sabía que eras tan miedosa, chama. Por no decir mentirosa, tú mejor que nadie sabes qué llevo entre manos, te recuerdo que compartimos los mismos dones.

Esta cabezota sigue negándose su don y es algo que debo solucionar cuanto antes.

—No miento, solo no quiero saber, abuelita.

—Lo que decía, una miedosa, pero ¿sabes una cosa, pequeña? —Niega con su cabeza varias veces—. El *ñao* te impide avanzar, conocer, saber y vivir. Eres muy afortunada, tienes un gran regalo en tus manos y te niegas a compartirlo.

—No me vas a convencer, soy feliz con mi vida y no necesito nada más. Por cierto, te he dejado en la mesa un pudín de pan y una remesa de pasteles de guayaba.

—Menos mal que no querías saber —replico divertida.

Antes o después aceptará su destino y sus dones; y mientras eso sucede seguiré guiándola para que encuentre su felicidad, esa que se niega a disfrutar por escuchar a sus *ñaos*.

—*Me cojo un diez*^[93], estoy agotada. Disfruta de la cena y procura no torturar mucho a mi hermano. ¡*Chao pesca' o!*

—*¡Y a la vuelta picadillo!* ^[94]—me despido de mi chama, que se va riendo a carcajadas por mis desvaríos.

A solas, decido ir a prepararme y vestirme para la ocasión. Reconozco que soy muy coqueta desde que nací, me gusta verme bien y sentirme guapa y, aunque tengo mis años, sigo de muy buen ver y, por supuesto, mejor tocar. La ropa ha sido y es una de mis pasiones, puede que se deba a que durante muchos años nunca tuve astilla para comprarla, era eso o comer, y podéis imaginar qué opción elegía. Ahora mi situación es muy distinta y puedo darme los caprichos que desee, y eso es justo lo que hago.

Ataviada con uno de mis vestidos favoritos, unos tacones —no tan altos como me gustaría, pues los malditos juanetes se revelan cuando los uso—, y unas sencillas joyas, me doy frente al espejo el último repaso comprobando que estoy de escándalo; y quizá con un poquito de suerte no termine la noche sola. Por algo existen los amigos especiales y yo de esos tengo varios.

El portero suena, avisándome de la llegada de Nicolás, no le hago esperar y cargada con los dulces que nos ha preparado Mayelin voy a su encuentro.

—Estás preciosa, Caridad —me recibe mi *compay*, recorriendo mi cuerpo con descaro.

—Yo diría que estoy arrebatadora, impresionante y apetecible, pero acepto tus cumplidos.

Su carcajada me enciende por dentro de una forma que no puedo controlar, y es que este gran hombre me altera demasiado. Siempre ha sido así, sin embargo, nuestra amistad, cariño y el inmenso respeto que nos tenemos está por encima de todo y, por eso mismo, nos conformamos calentándonos mucho, para después, desfogarnos con otros.

Le cuento los últimos avances de los chicos, la visita de Kalevi y Nati al Viva Cuba y la llegada a nuestra isla del nuevo cura, al que todavía no tiene el gusto de conocer, pero lo hará pronto, pues se ha hecho muy *asere* de nuestros nietos. Su futuro le tiene preparada una gran sorpresa que no espera, y nos tocará ayudarlo... aunque aún falta para eso.

Ya en nuestro destino, recogemos a nuestra guiri favorita, que no puede ir más guapa con ese vestido rosa lleno de flores, y los tres juntos —recordad: Batman, Joker y Harley Quinn— nos plantamos en la puerta de la pareja de enamorados. El primero en recibirnos es Yotuel y su cara de seta pocha, muy parecida a la que Kalevi suele lucir siempre.

—Hola, mi chama, qué alegría verte tan feliz. —Nótese la ironía, porque la felicidad brilla por su ausencia en su semblante.

—Quizá si no fueras tan lianta, manipuladora y bruja estaría más contento.

Le doy un fuerte *avión* en su cabezota por su grosería. Entiendo que no le haga mucha gracia mi forma de actuar, pero yo eduqué a un hombre respetuoso, correcto y cortés, no a un quejica, insolente y con malas formas.

—¡Ay! ¿Por qué me golpeas?

Se queja de forma infantil mientras pasa su mano por la cabeza, intentando aliviar su dolor.

—A las visitas e invitados se les respeta, eres un *socotroco*^[95] sin modales —le regaña, igual que hacía cuando era un fiñe.

—Hola. —La dulce voz de Valentina interrumpe el bronca que mi nieto se merece.

—Hola, cielo. —Rodeo su cuerpo con un fuerte abrazo—. Estás preciosa, mi chama, espero que el *sanaco* de mi chico te cumpla como debe.

Se pone rígida como una estatua y su cara se torna roja como la guayaba, despertando una gran ternura en mí. Es una buena chamaca, pero sus inseguridades y *ñaos* la tienen en alerta y muy perdida. Encontrará su camino, todos lo hacemos, pero, para ello, antes le tocará sufrir.

—Su... su nieto me trata muy bien —responde avergonzada.

Ava y Nicolás saludan con cariño a los chicos y los cinco nos dirigimos al salón, donde una mesa decorada con gran gusto y repleta de diferentes platos nos espera.

La velada está siendo muy agradable, los hombres hablan de la pasión que sienten por el mar y la escapada que harán en unos días, mientras nosotras escuchamos las locuras de Ava y su incapacidad a la hora de practicar pilates.

—Os prometo, *my girls*, *I was scared*^[96]. Mis piernas se enredaron de tal forma, que el *teacher*^[97] estuvo a punto de llamar a los *firefighters*^[98].

—Es cuestión de práctica y no rendirse, Ava. En mi primera clase besé tantas veces el suelo que casi empezamos una relación.

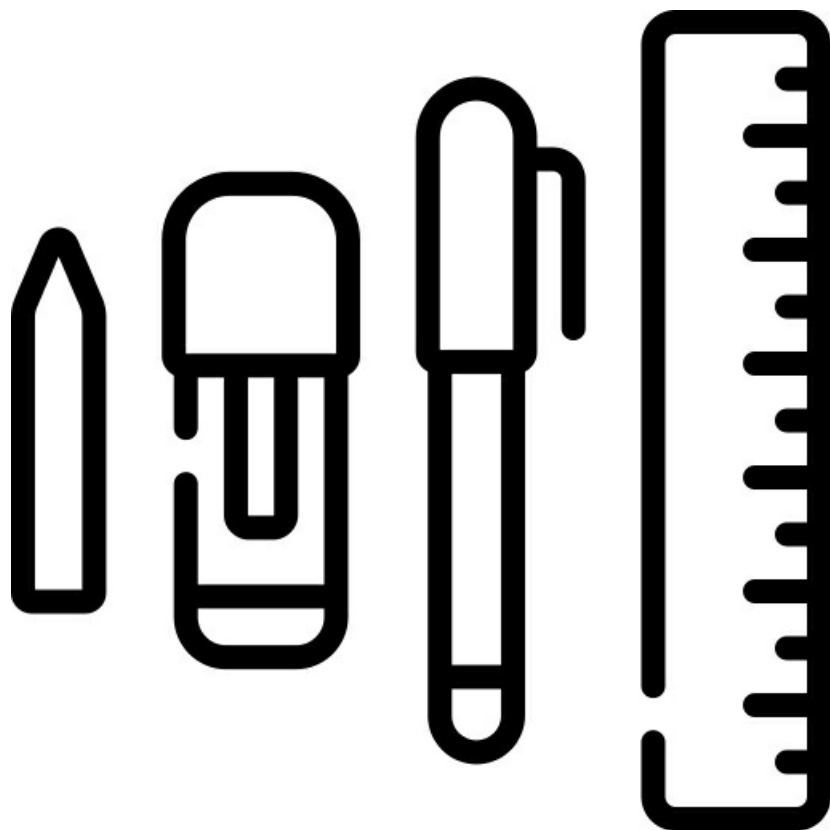
—No sabía que hacías pilates, Valentina —se interesan Nicolás y Yotuel, quien no deja de mirarla con cara de bobo.

Durante toda la noche he observado sus movimientos, gestos, miradas y sonrisas, se nota la complicidad que hay entre ambos y como ese sentimiento, al que no pienso ponerle nombre todavía, por si gafo las cosas, comienza a aflorar entre ellos. Ava, que es más lista que yo, también lo ha notado, y buena muestra de ello son los numerosos codazos que he recibido cada vez que los chicos conectaban.

Cena, café, varios tragos de ron y una infinidad de risas después, es Nicolás quien propone salir a bailar y, por supuesto, todos aceptamos. En especial lo hace nuestra guiri, que con las copas de más que lleva, ya mueve sus caderas sin necesidad de escuchar la música. Nos dirigimos al Todo salsa, donde el ambiente es inmejorable y las ganas de gozarlo, más.

Ava va a su aire, bailando salsa como quien baila un pasodoble, Nicolás y yo seguimos con nuestro juego, mientras los chicos nos dan una clase magistral de cómo hay que moverse. Desde luego, como todo lo hagan igual, sus noches y encuentros deben de ser puro fuego. ¡Bendita juventud y envidia!

De golpe, un mal presentimiento recorre mi cuerpo y este se confirma cuando un hombre alto se abalanza sobre Valentina —que de la impresión que le causa verlo, se queda bloqueada y no sabe cómo actuar— y el *cazuelero*^[99] aprovecha para besarla de forma brusca, ante la sorpresa de todos y el enfado de Yotuel, que no piensa sus actos y termina dándole un fuerte *avión* que lo lanza al suelo, terminando con la noche, la cumbancha y la diversión de todos.



CAPÍTULO 30

VALENTINA

¿Esto está pasando de verdad? No paro de frotarme los ojos maquillados, intentando de alguna manera borrar la imagen que tengo delante o hacerme a la idea de que es cierto lo que veo. A este paso voy a parecer una réplica exacta del panda de la película de dibujos.

Ante mí se encuentra Rodrigo, tirado en el suelo de cualquier manera por el empujón que le ha dado Yotuel. No lo he reconocido cuando sus labios han impactado con violencia contra los míos, pues él nunca ha sido una persona que diera ese tipo de besos, más bien es bastante soso. Además, el *pub* donde nos encontramos está oscuro, por lo que no lo hubiera reconocido ni aun sabiendo que estaba por la isla. No entiendo nada, mi cuerpo se niega a moverse, entrando en una especie de estado de *shock*.

—¿Se puede saber qué haces, tío? —le pregunta Yotuel al recién llegado con cara de pocos amigos.

—Solo he besado a mi novia —le contesta Rodrigo mientras se levanta del suelo sacudiendo sus pantalones.

—¿Cómo dices?

—Creo que me has escuchado con total claridad.

Si el duelo de miradas matase, ahora mismo estarían los dos en el suelo rodeados de un charco de sangre. El ceño fruncido del cubano no solo denota que está enfadado, también que se encuentra muy confuso.

—Dime que no es verdad, pelirroja.

Sus iris oscuros se dirigen hacia mi persona, escrutando mi rostro, buscando alguna expresión que le dé una pista. Sin embargo, no va a encontrar nada. No puedo reaccionar, mi cuerpo está paralizado, ni tan siquiera soy capaz de mirarle a la cara. El fuego abrasador que sentía hace solo un minuto ha dado paso al hielo que se filtra por cada una de mis venas. Siento miedo, desesperación y angustia, pero el frío inmisericorde me impide exteriorizar todos esos sentimientos que se agolpan en mi interior.

—No me lo puedo creer —suelta Yotuel con cara de dolor—. Tú dándome lecciones toda digna hace tan solo un día, mientras me llevas traicionando desde el principio. Bueno, a mí y a este, que no sé ni cómo se llama. Espero que estés contenta.

—Yo...

—No hace falta que digas nada, creo que está todo bastante claro. Pero yo sí voy a decirte una cosa y espero que la escuches con atención porque no la repetiré. Lo nuestro, si es que en algún momento tuvimos algo, se acaba aquí. De mí no te ríes más, pelirroja.

Aunque hubiera querido, no me hubiera dado tiempo a añadir nada, pues Yotuel sale por la puerta del local en lo que dura un suspiro. No le culpo por lo que acaba de hacer. A pesar de nuestra conexión, la realidad es que no nos conocemos lo suficiente, todavía no tenemos construida una base de confianza. En la actualidad, nuestra relación es como el columpio del balancín, va de un lado a otro sin poder quedarse en perfecto equilibrio en el centro, y eso no se consigue en tan solo dos semanas, hay que trabajarlo. Si lo pienso con detenimiento, yo hubiera reaccionado igual que él.

—Déjalo estar, Valentina —indica Rodrigo aprisionando uno de mis brazos con su mano.

—¡No me toques! —exclamo, a la par que me suelto de su agarre opresor.

—Vale, no te tocaré.

El susodicho alza sus brazos en señal de rendición, dibujando una expresión en su cara de total abatimiento. Esta fachada contrasta mucho con su entrada agresiva de hace unos minutos, y, aunque la actual expresión es la que me resulta familiar en Rodrigo, ya no sé ni qué creer.

—No obstante, te pido, por favor, que vengas conmigo. Tenemos una conversación pendiente.

—¿No te parece que quedó todo aclarado cuando hablamos por teléfono?

—No, Valentina, no me lo parece, porque las cosas no se hacen así, con una nota dejada de cualquier manera en mi casa y cuatro palabras a través de un teléfono. Creo que me debes, al menos, mirarme a los ojos.

Tengo que darle la razón en esto. Por mucho que mis amigas y mi hermana me digan lo contrario, por mucho que yo quiera pensar que lo que hice estuvo bien y fue más que suficiente, en verdad no lo fue. El sentido de la moralidad y la razón me indican que no se debe dejar una relación sentimental de años como si me quitara un pelo que se ha quedado colgado en el hombro. Además, se lo debo, porque aunque lo nuestro estaba más muerto que la planta que tenía en la oficina, Rodrigo había hecho mucho por Valentina's. Con toda probabilidad, si no hubiera sido por él, la empresa no sería una realidad tal y como se la conoce hoy en día.

—De acuerdo —claudico al fin.

—Gracias —contesta Rodrigo relajando su gesto—. He reservado un hotel cerca de aquí. En mi habitación podremos hablar tranquilos.

—Te sigo.

Antes de desaparecer del *pub* me giro hacia donde creo que están Ava, Nicolás y Caridad. En efecto, siguen observando la escena que ha ocurrido ante los ojos de toda la gente agolpada aquí esta noche. Me están mirando con una tristeza infinita, sin embargo, soy consciente de que no me

juzgan.

—No te preocupes por nosotros, preciosa. Nosotros sabemos... —expone Nicolás acercándose hasta mi posición, tiñendo sus palabras del misterio acostumbrado—. Haz lo que tengas que hacer para cerrar ese capítulo de tu vida y luego ve a por Yotuel. Al principio te costará, pero acabará cediendo.

—¿Cómo puedes saberlo? Ya has visto cómo se ha ido.

—Bueno, digamos que la vejez da cierta sabiduría —argumenta mi abuelo favorito con sonrisa de pillo, como si supiera algo de antemano—. Y, otra cosa, cielo. Ten mucho cuidado.

—Sí, tranquilo. Lo tengo todo controlado.

Con un abrazo enorme al que considero como parte de mi familia y un saludo a las dos mujeres que me dan ánimos desde cierta distancia, me dirijo hacia la salida tras un hombre al que ya no reconozco como mi pareja. No hablamos durante el corto camino hasta su hotel, que por supuesto es de cinco estrellas. El Aguas de Ibiza está pegado al puerto y es un establecimiento precioso. Con este pequeño detalle soy consciente de que no ha cambiado un ápice su forma de ser. Menos mal que nos lo podemos permitir, porque estoy segura de que esta extravagancia la va a pagar la cuenta de la empresa.

—Toma asiento, por favor —indica Rodrigo en cuanto entramos en su habitación—. ¿Quieres algo de beber? Tengo de todo en el minibar.

—Una botella de agua estaría bien.

Mientras se dirige hacia la pequeña nevera repleta de bebidas, yo me siento en uno de los sillones de piel de la zona de estar. La *suite* en la que estamos es un espacio diáfano, excepto por una puerta que supongo será donde se encuentran el dormitorio y el baño. Los ventanales van del techo al suelo, dando paso a una terraza privada con un par de hamacas para que la gente tome el sol con unas vistas privilegiadas al mar. La estancia me hace desear estar aquí durante el día para ver cómo los rayos del astro rey llenan cada rincón de luz. Sin embargo, para que eso ocurriese, entiendo que deberían pasar ciertas cosas, y ya te digo que por ese aro no voy a volver a pasar.

Escucho como los pasos de mi acompañante se dirigen hacia donde estoy. En la mesita de cristal que hay entre los sillones deja bebidas para los dos. Una botella de agua para mí y un *whisky* para él. Eso es en lo único que nos parecemos, a los dos nos encanta el líquido ambarino. Por el rabillo del ojo veo como su cuerpo se mueve hacia abajo, hincando una rodilla en el suelo. Al mirarlo de frente, me quedo de nuevo paralizada al ver que tiene en la mano una cajita de terciopelo con un solitario bien anclado en la almohadilla interior.

—¿Qué es esto? —pregunto sin poder salir de la estupefacción.

—Es mi último cartucho, muñequita. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Estás loco? Hace dos semanas te dejé por teléfono.

—Pensaba que era una llamada de atención. Hemos estado tan ocupados que hemos desatendido lo que teníamos. Pensé que rompías conmigo para que me diera cuenta de lo que perdía y actuara en consecuencia.

—No, Rodrigo, no lo hice por eso. La decisión que tomé llevaba tiempo rondando mi cabeza. Ya no era feliz a tu lado y creo que tú tampoco lo eras.

—Si te soy sincero, no, no lo era, pero me da pena que todo se acabe. Tú has sido mi primer amor.

—Y tú el mío.

¿*En serio? A otro perro con ese hueso*, observa mi mente, convertida en una choni mascando chicle sin parar. Bueno, creo que lo nuestro no ha sido amor, no obstante, no me apetece hundirlo más en la miseria. A fin de cuentas, he venido hasta aquí para que lo nuestro termine bien y

podamos seguir trabajando juntos.

Tras este pequeño lapsus, pasamos un rato agradable bebiendo, riendo y recordando los tiempos universitarios, aquellos en los que comenzó nuestra historia. También la apertura de Valentina's y los duros inicios hasta llegar a posicionarnos como marca de referencia. Esta conversación, casi sin pretenderlo, supone un cierre impecable a nuestra relación sentimental.

—Bueno, se ha hecho tarde. Voy a marcharme.

—De acuerdo, muñe..., Valentina, perdón —rectifica esbozando una sonrisa. De inmediato, cierra los ojos y se pone una mano en la frente—. Qué cabeza tengo, por Dios. Casi se me olvida. Espera un segundo.

Se da la vuelta para ir hacia la zona de trabajo que hay al fondo de la habitación. Coge algo del suelo y lo pone sobre la mesa. Es su maletín, ese que utiliza para transportar los documentos relacionados con la empresa.

—Necesito que firmes el contrato de Platinum. Sé que igual todavía no has tomado una decisión, pero siento que si te demoras mucho perderás la oportunidad de tu vida.

—Verás, es que...

—Lo sé, estás bloqueada.

—¿Cómo lo sabes? Solo se lo conté a mis amigas y a Jordina. Y no te ofendas, pero me parecería raro que hubieran hablado contigo.

—No, desde luego que no lo han hecho. Sin embargo, te conozco bien, Valentina. Llevo contigo demasiados años como para no darme cuenta de estas cosas.

—Vaya, y yo que pensaba que mi cara de póker era la mejor del mundo.

—A ver, es buena, muy buena diría yo, pero a mí no puedes ocultarme nada. Lo siento.

Su expresión de disculpa, arrugando un poco la nariz, me hace hasta gracia.

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué me pides que firme?

—Porque he conseguido algo que te beneficia. Un aplazamiento en la entrega... con una pequeña condición.

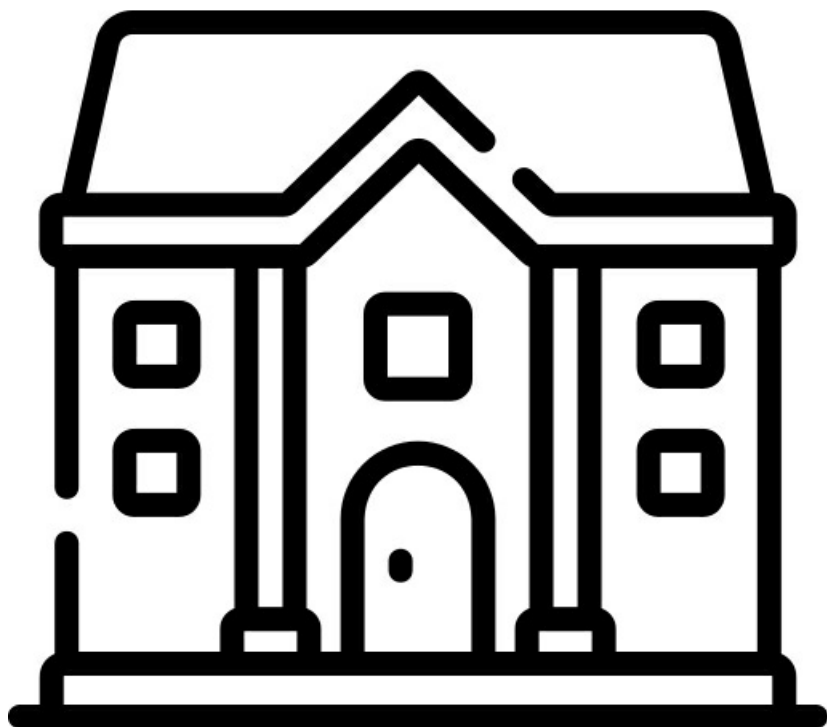
—¿Qué condición? Espero que no les hayas concedido nada extravagante.

—Para nada. Verás, como era consciente de que las ideas no fluían, sabía que sería complicado para ti hacer dos colecciones, una para su tienda y otra para las pasarelas, así que hemos redactado un acuerdo por el cual su nombre aparecerá junto al tuyo en las semanas de la moda más importantes, un Platinum by Valentina's. Para ellos será una novedad que les reportará más fama y carisma, además de un tanto por ciento de las ventas, igual que estaba estipulado con anterioridad. Para ti, la solución perfecta, matarás dos pájaros de un tiro.

Lo cierto es que este acuerdo me gusta. No tengo que romperme los cuernos diseñando más de treinta prendas, solo debo crear unas quince y ya estaría hecho. Asimismo, si al final decidiese terminar con el concepto creado hoy en día sobre mi marca, por lo menos lo haría por todo lo alto, haciendo algo innovador en pasarelas.

—De acuerdo. Dame un boli, por favor.

No leo el contrato, no me hace falta, confío plenamente en él. Me limito a poner mi firma en todas las hojas y a despedirme de Rodrigo, deseándole que tenga un buen viaje de vuelta. Ahora solo me quedan dos cosas por hacer. Rezar a la bendita musa de las diseñadoras díscolas para que vuelva a mí y ya de paso invocar al querubín que me dio un nombre para que me ayude con Yotuel. Ambas empresas son muy complicadas, pero me siento con fuerzas para emprenderlas.



CAPÍTULO 31

YOTUEL

No me gustaba engañarme ni creer en finales felices, quizá por ese motivo y, aunque lo nuestro durante esta última semana marchaba de maravilla, seguía siendo consciente de que lo mío con Valentina era algo pasajero. Pensar lo contrario me haría sufrir y no estaba dispuesto a que eso sucediese. Ella tenía su vida, familia, amigos y trabajo en Altea, y su estancia en la isla solo era un paréntesis antes de volver a la cruda realidad. Reconozco que era mucho más fácil pensarlo y decirlo que mantenerlo, porque por mucho que me esforzaba en no sentir, teniendo al lado a la pelirroja, era imposible.

Su sonrisa pícara, su intensa mirada, muchas veces perdida y otras tantas cargada de pasión; las miles de conversaciones compartidas, los intensos momentos de fogosidad, las risas por cualquier tontería o dormir todas las noches con su cabeza en mi pecho era demasiado para mi pobre *corasón* y, por mucho que intentaba mantenerlo controlado, el traidor danzaba cada vez que la tenía cerca, haciéndome desear un futuro que solo se encontraba en mi cabeza.

Podía estar preparado para una dolorosa despedida, porque sabía que esta llegaría y debía dejarla marchar y que fuera feliz. No quería cortar sus alas, ni que sufriera por mi culpa, por eso estaba dispuesto a dejarla libre. Sin embargo, para lo que no estaba preparado era para saber que durante estas dos semanas Valentina había estado jugando conmigo, sin ningún escrúpulo ni remordimiento.

Ver como ese tipo *cheo*^[100] la reclamaba y besaba ante mí, mientras ella guardaba silencio y

no desmentía sus palabras, me ha hecho ver lo seboruco que he sido. Pero, por si lo sucedido en el local no fuese suficiente, además, he tenido que verlos salir y cómo juntos se dirigían a uno de los mejores hoteles de la isla, seguro que para poner el broche final a la noche. Magnífico.

Siento tanta rabia en mi interior que pago la frustración que me recorre pateando todo lo que encuentro. Seguro que con mi suerte termino rompiéndome un pie, pero es eso o montar el escándalo del siglo en el hotel y, la verdad, no me apetece terminar la noche en el *tanque*^[101]. Por lo tanto, seguiré golpeando todo lo que encuentre en mi camino.

—No creo que esa pobre piedra sea la culpable de tu *berro*.

La noche no hace más que mejorar, pues ante mí tengo al Trío La, La, La; encabezado por mi abuelita. Ahora mismo me encantaría tener el superpoder de la invisibilidad, o en su defecto el de poder teletransportarme, para evitar mantener la conversación que se avecina.

—*My little cake*^[102], tu *grandmother*^[103] tiene razón, deberías tranquilizarte —intercede Ava con esa dulzura tan suya.

—¡Marchaos a casa!, la pachanga ha terminado.

Sueno demasiado brusco, ellos no son los responsables de nada, solo Valentina lo es, pero la rabia me impide pensar.

—Sabemos que la noche *acabó como la fiesta del Guatao*, pero te aseguro que ni es lo que parece, ni tampoco la historia termina así, mi chama.

Mucho estaba tardando doña Caridad en sacar a relucir sus puñeteros dones. ¿Que no es lo que parece? No, para nada. ¿Que la historia no ha terminado? Se equivoca, puedo ser *guacarnaco* una vez, sin embargo, dos, no.

—Abuelita, no quiero ser maleducado ni decir algo de lo que sé que me arrepentiré, por lo tanto, deja tus consejos y visiones en el *escaparate*^[104].

—Nunca me equivoco, Yotuel. Aunque entiendo que al *coger berro* no veas las cosas como son —insiste, mandando al infierno todos mis intentos por no estallar.

—Yo veo las cosas muy claras, querida abuelita. A Valentina no le he importado nunca, solo ha jugado conmigo y ahora estará haciendo lo mismo con el seboruco que tiene por novio.

Admitirlo en voz alta duele más de lo que esperaba, ya que es aceptar que he vuelto a permitir que una mujer me haga daño; y ya llevo unas cuantas como para haber aprendido la lección.

—Mi chama —se acerca hasta colocarse frente a mí, impidiendo que pueda escapar—, no dejes que la rabia nuble tu razón. Tu *corasón* sabe la verdad, escúchalo y, sobre todo, no permitas que tu orgullo y cabezonería te hagan ver lo que otros quieren.

Con esas frases místicas y sin sentido, tan propias de ella, y después de darme un beso, se marcha con Ava, dejándome en compañía de Nicolás y mucho más confundido de lo que estaba.

—Hace un tiempo, tu amigo creyó lo que otros decían, se dejó llevar por los celos y alejó a Nati de su lado sin darle la oportunidad de defenderse. Permitió que su orgullo, junto a su pasado, decidieran por él, y aunque pudo arreglar las cosas con ella, una vez que supo la verdad, ambos sufrieron mucho. No cometas el mismo error, escúchala y deja que te explique su versión antes de tomar una decisión.

—Sé lo que he visto, Nicolás.

—¿Estás seguro, hijo? Hay ocasiones en las que vemos y escuchamos lo que otros desean y no lo que sucede en realidad. Has compartido un tiempo con esa chica, has visto cómo actúa, ¿de verdad crees que todo ha sido una mentira?

Como pretendía —porque Nicolás es un hombre muy inteligente que sabe cómo mover el juego a su antojo—, sus palabras se instalan en mi cabeza sin que pueda hacer nada para detenerlas. Sin necesidad de añadir nada más, pues sabe que su trabajo aquí ha terminado y que

soy yo quien debe dar el siguiente paso, se marcha dejándome solo.

No sé qué pensar, si esa pregunta me la hubiera formulado hace dos horas tendría clara mi respuesta, sin embargo, ahora mismo son demasiadas las cosas que me hacen dudar. Puede que tenga razón y primero deba escuchar a Valentina, saber por qué ha actuado así, pero ella no está a mi lado para darme esas respuestas, ella está en un hotel, con el hombre que dice ser su novio.

Necesito meditar, analizar y entender lo sucedido, lo más lógico sería hacerlo en mi *gao*, ya que ir al piso que comparto con Valentina queda descartado, aunque la sola idea de encerrarme me asfixia. Por eso, me monto en mi carro y pongo rumbo al único lugar del mundo donde mi mente es capaz de pensar y razonar con claridad.

En mi cachito de cielo, ese en el que he tomado las mejores decisiones, donde he reído, llorado, sufrido y disfrutado; en el que cualquier problema es menos y los amaneceres un regalo que sana el alma, doy rienda suelta a todo lo que me atormenta. Por favor, sin comentarios, que ya sé que parezco Esperanza Gracia y su «si hay algo que te inquieta, te preocupa o te perturba».

Analizando la noche, soy consciente de que algo no cuadra. Valentina no es muy dada a las muestras de afecto, sin embargo, cuando ese tipo la abordó, reclamándola como suya, la pelirroja parecía encontrarse en *shock*. Podía notar su confusión y sorpresa al verlo, aunque, ahora que lo pienso, en su mirada había algo más. Incredulidad, desagrado e incluso pánico. No es la reacción normal de una persona fría y manipuladora que disfruta jugando con el resto. Además, si soy sincero, ella no respondió a su beso, solo permaneció quieta mientras ese estirado devoraba su boca.

Puedo entender que la sorpresa por verlo le impidiera reaccionar de otra forma, pero lo que no logro comprender, y mira que me estoy esforzando en hacerlo, es ¿por qué se marchó con él? ¿Por qué en vez de refugiarse en mí, me ignoró? Y, sobre todo, ¿por qué me dolió tanto su rechazo? Demasiadas preguntas para las que, por desgracia, no tengo respuestas.

El suave chinchín que empieza a caer tendría que ser la señal que necesito para volver a casa, dando por terminada la noche. Eso es lo que haría una persona normal y sensata, aunque como yo no soy así, permanezco sentado en mi roca de siempre, esperando a que el nuevo amanecer aclare mi embotada cabeza. Por supuesto, no sucede y termino empapado e igual de perdido. No ha sido mi mejor noche, tampoco uno de mis mejores amaneceres y empiezo a sospechar que el día no irá mucho mejor.

De nuevo en mi coche, barajo la opción de ir a buscar a Valentina, para así aclarar las cosas entre nosotros, pues no puedo seguir con esta incertidumbre o terminaré con un *pase a la tierra*. Pero el *ñao* a que todavía esté con su supuesto novio, o lo que sería peor, que no quiera hablar conmigo, me frena y decido irme a mi *gao* a seguir lamiendo mis heridas.

La soledad me recibe en el que ha sido mi hogar desde que me independicé hace más de diez años, aquí siempre me he sentido seguro, sin embargo, hoy me siento un extraño. Es curioso cómo la vida puede cambiar en tan solo unos segundos, esta tarde me consideraba el tío más feliz del mundo, mientras Valentina se retorció bajo mis caricias, y ahora soy un trapo sin esperanzas que no tiene el coraje suficiente para realizar una llamada.

—Hola, Yotuel.

El bote que pego al oír su voz podría compararse a los que hacen los especialistas del *Cirque du Soleil*, y eso la hace reír a carcajadas.

—¿Ahora te dedicas a asaltar casas o solo querías *darme guiso*?

Sueno un poco brusco, pero he estado a punto de sufrir un jodido infarto de la impresión y las formas las he dejado en el techo.

—Tenemos que hablar y supuse que estarías aquí, aunque te has tomado tu tiempo; llevo horas

esperando.

—Imaginé que estarías con tu novio, se os veía muy bien juntos y, como ya te he dicho alguna vez, ser un mirón y las relaciones de tres no van conmigo.

De nuevo me comporto como un *guacarnaco* con ella y así solo conseguiré alejarla más, pero todo esto me supera. Intento respirar hondo, rebajando el enorme *berro* que siento, antes de volver a hablar:

—Supongo que quieres explicarme qué ha sucedido en el local, ¿no?

—Primero te debo una disculpa, no esperaba la llegada de Rodrigo, ni mucho menos su forma de actuar, no supe cómo responder y sé que te hice daño.

—Imagino que la sorpresa de ver a tu novio te dejó sin palabras, sobre todo cuando unas horas antes te deshacías en mis manos. Tranquila, puedo entender tu confusión, aunque lo que no comprendo es por qué no fuiste sincera conmigo, algo que, por otra parte, me exigías a mí.

—Entre Rodrigo y yo no hay nada...

—Claro, ¡y yo soy el hijo perdido de san Valentín! Mira, pelirroja, puedo parecer confiado, ingenuo e incluso algo tonto, pero de idiota no tengo ni una rasta. Si quieres que crea algo de lo que dices, empieza por la verdad o márchate, no me gusta perder el tiempo.

Voy mal, qué digo, ¡voy fatal! He tomado la decisión de escucharla, de permitirle explicarse y, por qué no reconocerlo, he pensado hasta en perdonarla, así de imbécil soy. Sin embargo, no voy a permitir que siga con su juego, quiero saber la verdad, aunque esta me destruya.

—Conocí a Rodrigo en la universidad, empezamos a quedar, a conocernos y, con el tiempo, iniciamos una relación. Juntos fundamos Valentina's y hemos trabajado para que sea la gran empresa que es, somos socios, amigos y nos empeñamos en ser pareja, algo que fracasó desde un principio. Entre nosotros había comodidad, confianza, seguridad y amistad, nos conformamos, o al menos yo lo hice, y dejé que los años fueran pasando. Hace unos meses, algo cambió en mí, era incapaz de dibujar, no soportaba estar a su lado y sentía que me asfixiaba. Necesitaba escapar y por eso me vine a Ibiza, estaba cansada de ver mi vida pasar, sin vivirla.

Su confesión empieza a aclararme muchas cosas, logrando que pueda entender mejor su triste mirada, sus largos silencios y lo perdida que parece muchas veces. Ha dejado de soñar, de ilusionarse o creer, ha dejado su vida en pausa y ahora no sabe cómo retomarla. Me duele verla tan apagada.

—¿Él sabía cómo te sentías?

—No, a Rodrigo solo le interesan los contratos, el dinero y el poder. Tampoco puedo culparlo, soy yo quien los mantiene alejados a todos. Antes de venir le escribí una carta pidiéndole tiempo, algo que no respetó y, cansada de todo, rompí con él por teléfono. No me siento orgullosa, debería haberlo hecho hace mucho tiempo y, sobre todo, en persona, pero tenía que ponerle fin a lo nuestro y fue la única solución que encontré.

Noto la sinceridad en sus palabras, cómo se abre ante mí y me permite ver a esa Valentina vulnerable y perdida que tanto se esfuerza en esconder. Aunque sigo teniendo una duda que necesito resolver antes de pensar en nada más.

—Y yo qué pinto en esta historia. ¿Soy tu nueva diversión, un juguete? ¿Qué soy, Valentina?

—Yotuel..., yo...

No dice nada y mi *corasón* se rompe ante su silencio, no esperaba que me declarara amor eterno, no creo que estemos en ese punto o que ella pueda estarlo en algún momento.

—Cuando sepas la respuesta, puedes buscarme. Yo te estaré esperando, pero mientras, es mejor que no volvamos a vernos.

La dejo en el salón y voy al baño para darme una ducha que me ayude a entrar en calor y

calmar mis pensamientos, aunque no llego muy lejos, pues noto su presencia en mi espalda y cómo sus palabras comienzan a llenar la estancia:

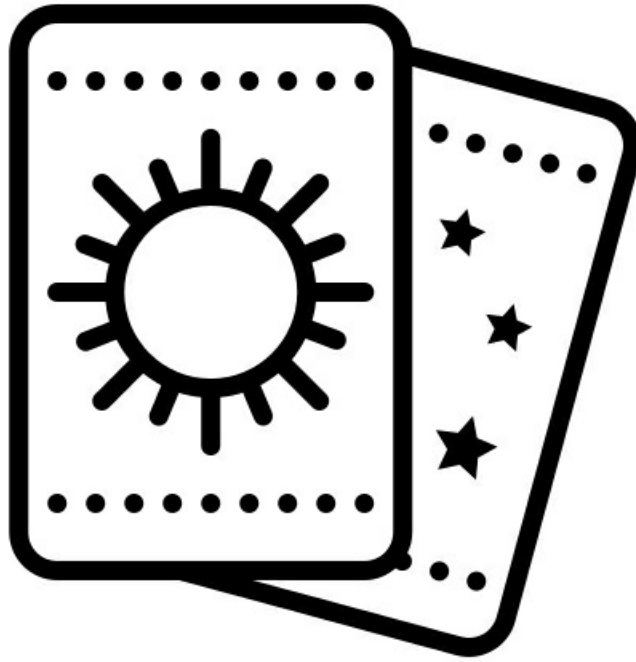
—No sé qué pasará mañana, no tengo claro qué sucederá entre nosotros ni tampoco quiero pensarlo, Yotuel. Por primera vez solo quiero vivir, disfrutar, dejarme llevar y ser feliz, y quiero hacerlo contigo. Sin etiquetas, sin tiempo ni patrones, solo tú y yo.

Puede que me equivoque, que me arrepienta de mi decisión y sufra como un seboruco, pero sus palabras son todo lo que necesito y deseo. Nadie sabe qué sucederá en unas horas, qué nos tendrá preparado el destino y dónde seremos felices, pero yo quiero intentarlo y quiero hacerlo con ella. Sin necesidad de decir nada más, desando los pocos pasos que nos separan y, sujetando su cara entre mis manos, me lanzo a su boca.

Nos besamos con pasión, necesidad y urgencia, la ropa empieza a desaparecer y nuestros cuerpos se reconocen, pegándose todo lo posible hasta ser solo uno. Sujetándola por la cintura, levanto su cuerpo para que sus increíbles piernas rodeen mis caderas. Está húmeda, lista y deseosa. Mi pinga se coloca en su entrada y de una fuerte embestida me fundo con ella.

Los jadeos y gemidos llenan el ambiente, nuestros besos nos impiden respirar con normalidad y nuestros cuerpos se buscan y conectan de una forma mágica, logrando que nos olvidemos de todo menos de nosotros.

Me gustaría alargar el momento, llevarla al cielo y volverla loca cada vez que entro en ella, sin embargo, la necesidad por alcanzar el orgasmo, sus giros de caderas y cómo su interior me aprieta cada vez que intento salir me dificultan la tarea. Solo soy un simple mortal en manos de su diosa y, como tal, acelero mis movimientos hasta que ambos alcanzamos el éxtasis, gritando nuestros nombres. No dejo que recupere el aliento y en la ducha volvemos a sellar el pacto al que hemos llegado entre orgasmos, placer, caricias y mucho sexo.



CAPÍTULO 32

CARIDAD

—¿Qué haces, abuela?

—No sé por qué me preguntas, Mayelin. Lo sabes muy bien.

Para mi sorpresa, mi querida nieta deja un par de tazas sobre la mesa y se sienta a mi lado. Sin resoplar como una yegua, sin poner los ojos en blanco, sin dramatizar como si fuera una de las protagonistas de «El derecho a soñar». ¡Qué cosa más extraña! Fijando mi mirada en la porcelana, me doy cuenta de que en su interior hay chocolate caliente. Con ese gesto me da a entender que quiere hablar conmigo de algo importante.

Cuando emigramos a España, establecimos como costumbre preparar el espeso dulce cuando teníamos algo serio que contar al resto de la familia. En Cuba era algo que no nos podíamos permitir, pues si bien los cubanos somos grandes productores de cacao, la mayor parte de nuestra cosecha se exporta a otros países. Debido a esa medida, que da astilla a los *botelleros*^[105], a nosotros nos toca importar el chocolate, por lo que el precio de una tableta resulta prohibitivo para la gente humilde cuyos sueldos no dan casi ni para pagar el *gao*.

Ahora, sin embargo, es otro cantar. Ya nos podemos permitir ciertas cosas que antes considerábamos un lujo. Seguimos manteniendo nuestras costumbres, pero nos gusta añadir nuevas que hacen que la familia permanezca unida. Y esta es una de ellas.

Continúo callada, a la espera de que Mayelin abra la boca. Sé muy bien lo que me va a decir, lo he visto en mis cartas, sabía que este momento llegaría, al igual que le llegó a Kalevi hace un año. Sí, también soy consciente de la realidad de mi querido amigo Nicolás y su nieto. Ambos

estamos conectados por un don y, al final, la magia siempre se encuentra. No es algo de lo que hayamos hablado, no obstante, él sabe que su secreto está a salvo y lo arrastraré conmigo cuando *cante el manisero* ^[106].

—Por lo que veo, esta tirada no se refiere a Yotuel y Valentina —explica Mayelin concentrada en el tapiz.

—¿En qué lo aprecias?

—A ver, podría ser que sí a simple vista. Tenemos la carta del carro que indica conflictos. Ambos acaban de pasar por uno.

—Exacto.

—Luego está la fuerza, que indica determinación, la superación de obstáculos a través del amor.

—¿Pero?

—El pero es la carta del medio, la muerte invertida, el *ñao* al presentarse una nueva etapa. Puede que Yotuel tenga vértigo, va todo muy rápido. Si tiene algún *ñao* es a equivocarse, a que la otra persona no quiera dar tanto como él, como ya le ha ocurrido, pero no lo tiene a las novedades. Nunca lo ha tenido.

—¿Podría ser de Valentina?

—Tampoco lo creo. Los he visto juntos y se miran como si solo existieran ellos. Además, lo siento aquí —indica mi nieta tocando con la mano la parte izquierda de su pecho—. No sé por qué, pero creo que estas cartas hablan de mi *pura*.

—Muy bien, mi querida niña.

Su sonrisa, un tanto oculta por la posición de su cabeza, que expresa su satisfacción al recibir un cumplido por mi parte, me llega directa al *corasón*. Todos mis nietos son importantes para mí, son los que me dieron el empuje para luchar y crear una nueva vida, pero Mayelin siempre ha sido mi ojito derecho.

—Veo que recuerdas bien todo lo que te enseñé.

—Bueno, todo no. Todavía me cuesta dejarme llevar como cuando era niña.

—Es normal, tu don ha estado encerrado mucho tiempo.

—Lo que pasó todavía me persigue, abuela.

—Lo sé, pero si no lo dejas ir, no podrás avanzar. No fue culpa tuya.

Cuando aún vivíamos en Cuba, todos nuestros vecinos sabían que Mayelin era como yo, que tenía algo especial, así que la respetaban, aunque los niños eran otra historia. No dejaban de *cogerla para el trajín* ^[107], de llamarla bruja y de hacerle daño. Ella callaba, como su *pura*. A fin de cuentas, creció pensando que lo que le ocurría a Maritza era lo normal y que no debía defenderse. Además, lo ocultaba bien, nadie en la familia se dio cuenta de lo que le pasaba. Esa espina la llevaba clavada muy adentro, pues con mi hija fuera de juego, mis nietos eran mi responsabilidad. Y mi niña sufrió por mi despiste.

Un día, cansada de todo, le dijo a uno de esos cabeza hueca que le echaría las cartas para que viera que su poder era real. El chico se rio de ella, pero Mayelin insistió. «No querrás parecer un penco frente a tus *ambias*, ¿verdad?» le dijo ella, sabiendo cuál sería la respuesta. Lo siguiente que ocurrió fue que el niño subió al tejado de su casa porque ella le había dicho que su padre guardaba un secreto bajo una de esas deterioradas tejas. Su búsqueda no llegó demasiado lejos, pues cayó al vacío, muriendo en el acto.

Era verdad que había algo oculto. Para ser exactos, había pequeños paquetes de droga que el padre se dedicaba a vender a los turistas, y que guardaba en ese lugar para que sus hijos no los encontraran por sorpresa. Eso era algo que todo el mundo sabía, aunque callaban. Su negocio,

una tasca que se caía por todos lados, no daba para alimentar a la familia, así que tuvo que buscar otros medios, acercándose a uno de los traficantes más importantes de la ciudad.

Mayelin se culpaba de la muerte de ese niño, decía que estaba maldita, que con su poder había hecho algo malo, cuando lo cierto es que nosotras no somos responsables de las decisiones que tomen los demás. Fue una tragedia, sí, pero nada de lo sucedido fue culpa suya. Por lo visto, había llegado el momento de dejar el pasado y la culpa atrás.

—Abuela, no te puedo prometer nada porque sé que los *ñaos* volverán, pero quiero seguir aprendiendo.

—¿Por qué?

—Porque he recordado todo el bien que has hecho tú. Vamos, que eres una tipa chévere.

—Anda, ven aquí, desvergonzada.

Nos fundimos en un abrazo cálido, lleno de amor, de gratitud, de aceptación. Mayelin tiembla como una hoja en un día de viento. Sé que está llorando, eliminando con esas lágrimas parte del peso que la atormenta.

—Bueno, ya está bien —masculla, separándose de mí, limpiando su preciosa cara a manotazos —. ¿Sabes quién es el que pondrá a mi *pura* en un aprieto?

—Y tanto que sí. Es más, está al caer.

Casi como si lo hubiera invocado, aparece por la puerta mi querido *ambia*, tan sonriente como siempre, posando su mirada sobre mí.

—¿Él? Y yo que pensaba que se quería meter en tu cama.

—¡No seas cayuca, niña! Un respeto a tu abuela —contesto, dándole una colleja.

—¡Ay, perdón! —susurra con el entrecejo fruncido mientras se frota la cabeza.

—Nicolás no, el otro, ese que va a su lado.

—Oye, pues la verdad es que es muy atractivo.

—Sí, aunque me temo que eso no será suficiente.

Nicolás se acerca a nosotras y deposita un beso en mi mano. La tos de Mayelin nos hace volvernos y darnos cuenta de que igual hemos pasado demasiado tiempo centrados solo en nosotros. ¡Qué tortura es desear y no poder!

—Mi querida Caridad, Mayelin, os presento a mi administrador y gran amigo Jasper.

—Encantado, señoritas —indica el recién llegado con amabilidad, haciendo una inclinación de cabeza.

—Por favor, Jasper. Ya te he dicho que no hacen falta tantos formalismos.

—Lo siento, señor —contesta el pobre hombre con una expresión un tanto apenada.

—Anda, déjalo, que acaba de llegar. Seguro que no está acostumbrado todavía a la efusividad de los españoles ni de los latinos. Pero pronto... se acostumbrará —expongo con cierto toque de misterio.

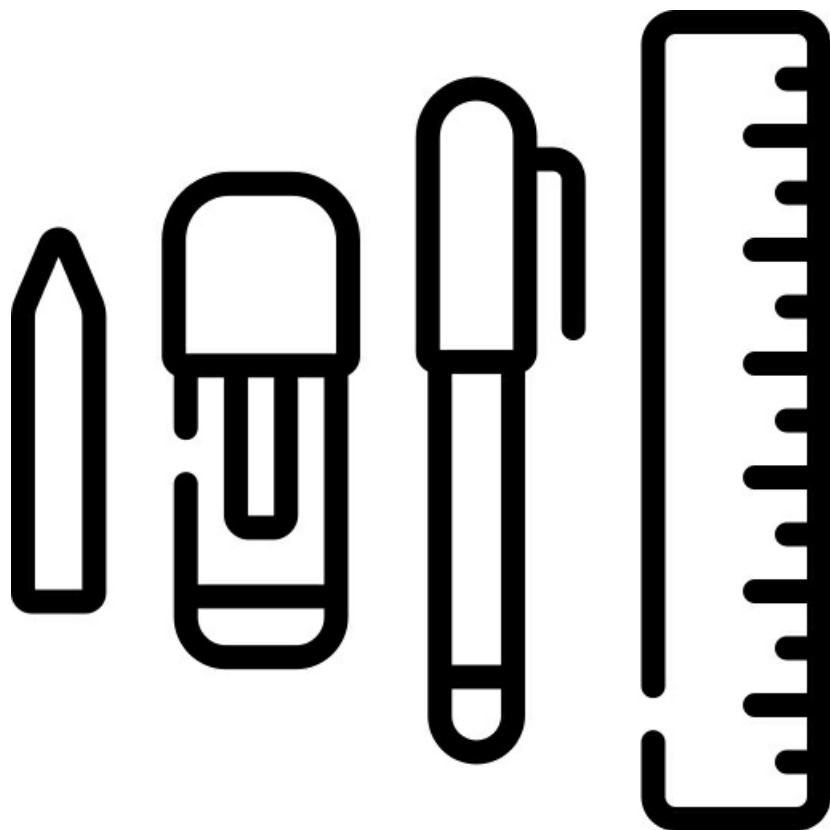
—¿A qué se va a acostumbrar exactamente? —susurra Nicolás en mi oído, provocando un escalofrío en mi cuerpo.

—Ahora lo verás.

Justo en ese momento, se escucha el sonido del cristal al romperse a nuestras espaldas. Ahí está mi querida Maritza, con la boca abierta formando una o y la mano posada sobre su pecho. De sus ojos sale un destello de algo que llevaba años enterrado tras capas de sufrimiento. Pasión, deseo, reconocimiento, sentimientos dirigidos hacia nuestro nuevo invitado, que la mira embelesado.

—Yo la ayudo, señorita. No se apure —indica Jasper con un español bastante malo que nos hace reír por lo bajo.

Sin que nadie nos vea, los tres chocamos los cinco, pues sabemos que este es el principio de algo bueno. Y no está mal. Nada mal.



CAPÍTULO 33

VALENTINA

Me encuentro de lado, tumbada en una cama que hasta hace unas horas me era desconocida, pero que ahora es tan familiar para mí como la cantidad insana de potingues que utilizo. A mi espalda se encuentra Yotuel, rodeándome con sus fuertes brazos. Sus manos amasan mis pechos con cierta urgencia, pellizcando de tanto en tanto mis pezones, haciendo que unas fuertes descargas vayan directas a mi centro y mis gemidos resuenen con mayor fuerza en la habitación.

Su miembro duro se dedica a acariciar mi vagina por fuera, tentando, volviéndome loca, alargando la agonía, mientras su boca se posa sobre mi cuello para dar pequeños besos, iguales a la delicadeza del aleteo de una mariposa. Mis ojos se mantienen clavados en el techo, en una postura un tanto incómoda para el cuello, pero necesaria si no quiero perderme cada detalle de lo que percibe mi cuerpo, porque el cubano tiene instalado ahí un espejo gemelo al del apartamento que me alquiló. Ya lo había probado estando sola, echando ojeadas furtivas, con cierta vergüenza, examinando cómo mi propia mano me daba placer. Y la experiencia me gustó mucho. Sin embargo, todo cobra más sentido y sube en intensidad con un compañero de cama.

Épica es el único adjetivo que se me ocurre para describir esta noche. No hemos dormido mucho, no podíamos quitarnos las manos de encima. Con razón la gente comenta que la mejor parte de una pelea es la reconciliación. ¡Vaya que sí!

—Ahora voy a follarte, pelirroja —susurra Yotuel en mi oído, mordiendo después el lóbulo de mi oreja—. Mantén la atención en el espejo.

No hace falta que me lo diga, mi vista no se ha separado del cristal en ningún momento, aunque sus palabras, dichas en tono autoritario, hacen subir mi excitación y que abra los ojos como platos para no perder detalle de lo que va a acontecer.

El cubano coge mi pierna por debajo de la rodilla para abrirme más, dejando mi acceso muy expuesto. Con la cabeza de su pene tantea la entrada, empujando con ligereza hasta que consigue encajarlo. De un potente empujón, termina por meterlo del todo, haciendo que grite por la impresión y el placer que me provoca, una poderosa unión que siempre acompaña a nuestros encuentros. A partir de ahí, comienza un ritmo tortuoso en el que su miembro sube con embestidas fuertes que parece que vayan a partirme en dos, y baja con suavidad, acariciando cada recodo de mis paredes internas. El sentido de la vista hace que todo tome un cariz más profundo, pues veo cómo su pene se pierde en mi interior para volver a aparecer a los segundos. Es una de las imágenes más eróticas que he visto en mi vida.

—¿Te gusta ver cómo tu coño engulle mi pinga? ¿Cómo la tengo de dura por ti, preciosa?

—Joder, sí. Me encanta.

A partir de ese instante, todo se descontrola. Yotuel pierde la poca cordura que le queda y embiste en mi interior con fiereza, arrancándome gritos por el placer infinito e indescriptible que siento. Mis dedos se enredan en su pelo con fuerza, manteniendo su cabeza pegada a la mía, deseando que su cuerpo permanezca siempre fundido con el mío. Nuestras respiraciones se aceleran acompañadas por el compás que generan nuestros gemidos erráticos, creando una sinfonía única. Ya no puedo tener la mirada fija en el espejo, solo puedo concentrarme en mantener el ritmo infernal que ha impuesto mi compañero, centrándome solo en las sensaciones, esperando el momento en el que todo vuele por los aires.

—Tócate, Valentina. Quiero ver cómo te acaricias mientras sigo follándote.

Otra orden que acelera mi pulso, otra orden que yo sigo sin rechistar, sin vacilar, sin presentar batalla, y he descubierto que me encanta claudicar. Eso no me quita credibilidad, no hace que me convierta en una persona sumisa, pues lo que hacemos en los juegos de alcoba no tiene nada que ver con cómo somos cuando salimos a la calle a enfrentarnos a la vida.

Con un dedo haciendo círculos en mi clítoris y su pene bombeando con fuerza en mi vagina pierdo el hilo de los acontecimientos, el sentido del espacio y el tiempo, y hasta los conocimientos adquiridos en la universidad. A pesar de la luz que entra por las ventanas, todo se funde a negro cuando un orgasmo abrasador nos sacude a los dos con la fuerza de un tifón, recorriendo nuestros cuerpos en una ola que arrasa todo a su paso.

Durante unos minutos permanecemos pegados, mientras nuestras respiraciones se van haciendo cada vez menos pesadas y la languidez ataca nuestro organismo, dejando un placer bienvenido tras tanta tensión.

—Creo que no voy a poder moverme en años.

—Eso mismo dijiste hace cuatro horas, *mamey*.

—Yo no tengo la culpa de que seas un demonio y una mala influencia, cubano.

—Ya, eso será.

Una carcajada nos sobreviene a ambos, haciéndome pensar que esto es lo que quiero para siempre, una persona con la que compartir momentos calientes en la cama, risas por cualquier tontería y charlas hasta altas horas de la mañana. *¿Para siempre?* Sí, sé lo que he dicho, y puede que me esté adelantando demasiado y esté haciendo castillos en el aire. Puede que lo nuestro, al final, no dure más que un suspiro, sobre todo teniendo en cuenta que yo todavía tengo cosas que arreglar en mi vida. No obstante, soñar es gratis.

Emito un sonido entre suspiro y gemido cuando Yotuel sale de mi interior, dejando tras de sí

un rastro de semen que mancha el principio de mis muslos. Al igual que la primera vez, anoche, y las otras que han venido después, no hemos usado condón. Después de nuestro encuentro en la ducha, tras darnos cuenta de que la pasión ganó el pulso a la fría lógica, estuvimos hablando del tema. Sé que estoy sana porque siempre he usado preservativo y, debido a la enfermedad de Jordina, me hago análisis con frecuencia. Lo mismo ocurre en el caso del cubano. Además, tomo la píldora desde hace años debido a un desorden que tenía con la menstruación, así que peligro de embarazo, digamos que tengo poco. Y, la verdad, me gusta la sensación de tenerlo dentro sin barreras y, por qué no decirlo, me produce cierta satisfacción haber sido la primera con la que lo ha hecho así.

—Necesito darme una ducha.

—Y yo también. Te acompaño.

—¡Eh, quieto ahí, semental! —indico, poniendo una mano sobre su pecho para que no se levante—. Si te metes conmigo volveremos a empezar y ya no saldremos de esta habitación.

—No veo ningún problema en eso, pelirroja.

—Yo sí la veo, moreno. Quiero que salgamos para que nos dé un poco el aire.

—Salir está sobrevalorado.

—¿En serio? Vaya, y yo que pensaba que a ti te gustaba más estar fuera que dentro.

Ante mi comentario, Yotuel alza una ceja, mirándome con cara de pillo. Cómo no, mi cara adquiere un tono rojizo que hace juego con mi pelo. No había pensado en el doble sentido de mis palabras.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Claro que lo sé, pero me encanta cuando te sonrojas, *mamey*. —Su sonrisa de canalla me pone de nuevo a tono, algo que intento disimular con un carraspeo—. Anda, ve a la ducha antes de que me arrepienta.

Me voy sin que tenga que repetirlo, eso sí, llevándome de regalo una palmada en el culo que me da antes de poder escabullirme con pericia. Mientras el agua revitaliza mis músculos cansados, recuerdo todo lo acontecido desde que arribé a la isla tan perdida como cuando era una adolescente sin experiencia y me dijeron que mi hermana tenía leucemia.

Sin embargo, la mente es sabia, y cuando tú crees que no hay salida posible, se activa un mecanismo de supervivencia que te sorprende y te da la energía suficiente para seguir al pie del cañón. También las herramientas con las que aprendes a arreglar las cosas que se van rompiendo a tu paso. Eso me ha pasado ahora, con un problema menor, pero no por ello poco importante, pues estar a la deriva y no saber hacia dónde remar para volver a la seguridad de la orilla, puede meterte en un bucle infinito del que es difícil salir si no tomas una determinación.

No sé si la iniciativa la tuve yo o el arrebató, la cuestión era que estaba aquí y mi vida había comenzado a cobrar algo de sentido. Y no era por Yotuel, aunque este era un aliciente que nunca había tenido. Era por mí, porque había decidido cambiar, soltar lastre, dejar el pasado atrás para ver qué era lo que quería en realidad. El piloto automático se había desactivado, dejando los mandos a mi disposición para que yo pudiera cambiar de marcha a mi ritmo, tomando el control también de la dirección que deseo seguir. ¡Seguro que mi hermana va a estar muy orgullosa de mí!

En cuanto termino con mi aseo, el cubano ya está esperando su turno en la puerta de la mampara, paseando su desnudez con chulería ante mí, como si quisiera enseñarme todo lo que me estoy perdiendo. No le hago ni caso porque si no la salida quedará pospuesta hasta el año que viene y, rápida como el Correcaminos, me escabullo con el peine para desenredar mi pelo delante del espejo del vestidor. Aquí no tengo ropa, está toda en casa de Ava, así que me pongo lo

mismo que llevaba anoche.

—¿Qué te parece si llamamos a Kalevi y a Nati para que vengan con nosotros? —sugiere Yotuel tras de mí, haciendo que dé un bote del susto que me ha pegado.

En serio, debería ponerse cascabeles y contratar una orquesta que toque conforme se vaya acercando, porque a este paso me dará un infarto.

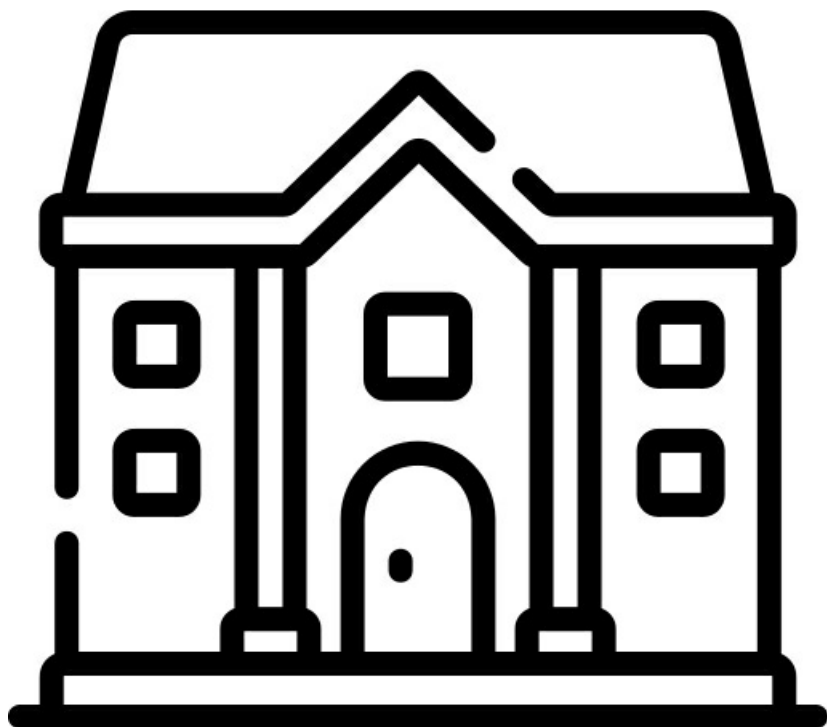
—Me parece una gran idea, la verdad.

Por suerte, la pareja feliz está en casa, así que aceptan encantados la invitación para comer con nosotros. Después de esta llamada, el bombón que tengo a mi lado me dice que igual deberíamos llamar también a Jesús.

—Así seguimos con la conversación del otro día. A ellos les cayó muy bien y creo que podemos llegar a ser *ambias*.

Yo no digo nada, no puedo, las palabras se han quedado atascadas en mi garganta debido a la emoción. Lo único que puedo hacer es besarlo con ganas, con hambre, con determinación y con ¿amor?

—Supongo que eso es un sí —concluye Yotuel, tirándose sobre la cama, empezando el juego de nuevo sin poder ni querer pararlo.



CAPÍTULO 34

YOTUEL

Ver a Valentina con la mirada repleta de placer, cómo se retuerce bajo cada embestida que doy, sus sensuales bombas hinchados por la infinidad de besos que nos damos, y cómo sus jadeos y gemidos resuenan por toda la habitación es más de lo que nunca llegué a desear. Pero por mucho que me guste estar entre sus piernas —que ya os digo que me encanta, esta mujer es capaz de volverme loco con solo una sonrisa—, debemos parar y recuperar fuerzas, antes de que nos dé una sirimba.

Quería sorprenderla y sabía que le haría ilusión quedar con Nati, aunque tenía claro que no tanto con el albino. Su relación sigue en pie de guerra, para disfrute del resto, pues ver cómo se rompen^[108] con las miradas y se apuñalan con las palabras es todo un espectáculo. Tampoco he dudado en extender la invitación a Jesús, reconozco que me gusta hablar con él, aunque si llego a saber antes cómo iba a reaccionar la pelirroja, adopto al cura y lo convierto en miembro honorífico de la familia Cruz Suárez.

Como siempre, hemos quedado en el Viva Cuba, es nuestro lugar de encuentro, celebración y donde nos damos los mejores festines gastronómicos mientras disfrutamos de los desvaríos de mis chicas. Así aprovecharé para hablar con mi abuelita y explicarle que una vez más tenía razón, bueno, eso y que me ayude a convencer a Ava para que no nos eche del *gao*. No porque siga queriéndolo, más bien es porque allí Valentina brilla de una forma especial y me gustaría hacerla feliz el tiempo que tengamos.

Es sorprendente lo mucho que pueden cambiar tus prioridades cuando hay alguien especial en tu vida. Durante mucho tiempo ese piso ha sido mi obsesión, una inversión que me haría ganar mucha *astilla* y así seguir aumentando mi pequeño imperio. Sin embargo, ahora nada de eso me importa, pues en pocos días ha terminado convirtiéndose en mi hogar, mi refugio y solo espero poder compartirlo con ella, ya que sin su presencia no sería igual.

Menos mal que estos pensamientos están seguros en mi cabeza, de donde de momento no pienso dejarlos salir, pues si Kalevi los oyera me mandaría a un loquero y si lo hicieran mis hermanas o abuelita planearían la boda, bautizo y comunión de los chamacos. Por no mencionar que de enterarse la pelirroja, sería capaz de hacerse un collar con mis *timbales*. Ha dado un gran paso, cada día se ve más fuerte y segura, pero todavía no está lista para mi intensidad y todos los planes de futuro que crea mi cabeza.

—Cubano, ¿vuelves a la Tierra o mando a los chicos de Marvel en tu búsqueda?

Me fascina la sencillez que tiene para pillarme siempre sumido en mis pensamientos, que ya sé que soy un poco lento y voy a mi ritmo, y no es porque sea cubano, nosotros podemos ser igual de avisados y rápidos que cualquier *yuma*, es porque tengo facilidad para abstraerme del mundo, centrándome solo en lo que me importa de verdad. No me molesta admitir que hablo conmigo mismo, que me pierdo en mis pensamientos y disfruto en ellos. Quizá si todos lo hiciéramos, seríamos más felices.

—Me estás empezando a asustar, ¿has perdido la señal o te has quedado tonto con tanto orgasmo?

—No eres graciosa, pelirroja. Olvida tus sueños de ser cómica y sigue dibujando bocetos —replico divertido.

—Ojalá pudiera volver a dibujar, pero parece que a la inspiración le gusta darme esquinazo.

La tristeza inunda sus palabras y, sobre todo, su mirada, logrando que me sienta el tío más guanajo^[109] del universo. Solo pretendía hacerla reír, y con mi torpeza he conseguido justo lo contrario, aunque por suerte una idea cruza mi mente y tengo claro qué es lo que necesita para volver a dibujar.

—¿Confías en mí?

—Te gusta mucho la dichosa preguntita, ¿no?

—Respóndeme, ¿confías o no en mí? —insisto ante su gesto de enfado.

Medita su respuesta solo unos segundos, los suficientes para que sufra dos amagos de infarto. Hasta ahora nunca había necesitado tener la confianza de nadie como necesito la de Valentina. El motivo, ni yo lo entiendo.

—Sí, Yotuel, confío en ti, pero ese no es el problema. Estoy bloqueada, sin ganas ni ideas, no encuentro la chispa para dibujar y para mejorar las cosas, debo entregar una nueva colección en pocos meses. Necesito un milagro o Valentina's tendrá serios problemas.

—Dame solo unas horas y verás como vuelves a crear, dibujar y, sobre todo, vuelves a creer en ti.

No hay necesidad de decir nada más, ella se centra en sus pensamientos y yo me dedico a planear la tarde perfecta en uno de los lugares más mágicos de la isla para que vuelva a encontrar la inspiración; esa que sigue dentro de ella, aunque se empeñe en no verla. En la puerta del *paladar* nos encontramos con nuestros amigos y los cinco nos dirigimos a nuestra mesa, donde mi querida abuelita, junto a Nicolás, mi *pura* y un hombre que no conozco nos esperan.

—Mis chamas, ¡qué alegría veros a todos juntos! —Nos recibe mi abuelita, demasiado contenta.

Algo trama esa bruja y, por las risitas de Nicolás, esta vez no está sola en sus enredos. Ese par

son un peligro cuando andan juntos, no solo por la tensión que hay entre ellos y que tanto incomoda a mi *compay*; él no termina de comprender que por mucho que sean nuestros abuelos, siguen siendo personas con ciertas necesidades que atender. Yo los entiendo y apoyo, ojalá dejen el juego y se lancen a vivir lo que en el fondo ambos desean. La verdad es que no imagino un mejor hombre para mi abuelita que Nicolás, ni tampoco un mejor abuelito para mí.

Bueno, al tema, que me lío. Aparte de lo obvio, entre esta parejita hay algo más, un halo que los envuelve y los hace especiales. No digo que Nicolás tenga un don especial, pero que algo tiene, de eso estoy seguro.

—¡Yotuel! —reclama mi atención mi abuelita.

—Déjalo, Caridad, hoy no tiene la señal muy fina que digamos —responde Valentina, haciendo un gran esfuerzo para no carcajearse de la risa.

—No me extraña, chama, el sexo después de un buen bateo atonta las neuronas, eso sí, te deja un cutis de infarto.

—¡Mi *pura*! Eres incorregible y una descarada. Perdónala, Valentina, a su edad hay veces que no sabe lo que dice.

Se avecina titingó, pocas cosas molestan más a doña Caridad que el que alguien hable sobre su edad y, aunque mi *pura* lo sabe, cuando sus comentarios le parecen fuera de tono, no duda en usarlo para enfadarla.

—Yo seré todo lo descarada que quieras, pero las alegrías que yo le doy al cuerpo, tú, miya, ni las sueñas.

—Haya paz y que cada uno haga lo que quiera con su vida y su cuerpo, ¿de acuerdo?

Ambas me miran enfadadas, estoy casi seguro de que ahora se unirán en mi contra y terminarán culpándome a mí de lo sucedido, es algo que suelen hacer muy a menudo las mujeres de mi familia, aunque, para mi absoluta sorpresa y alegría del resto, deciden guardar silencio.

—Todos a sentarse, la jama está lista —nos avisa Dayana, cargada con varias bandejas.

Obedientes, nos sentamos y disfrutamos de la deliciosa comida que han preparado. Enchilado de langosta, quingombó cubano, tostones, tamales en hoja, ajíaco y ropa vieja, aderezados con unas *láguers* bien frías. Las conversaciones empiezan a fluir, pero en especial lo hace una que llama mi atención.

—No entiendo por qué tienen que hablar tanto —gruño molesto, logrando que Jesús y Kalevi reparen en mí.

—Se acaban de conocer, es normal —responde Jesús, mientras el capullo que tengo por *asere* comienza a reírse a carcajadas.

—No le veo la gracia, albino.

—Será porque no te estás viendo la cara ahora mismo, negro. Tú también lo has notado, puede que dentro de poco tengas que llamar al bueno de Jasper papá.

¡Lo mato, juro que lo mato y no lo siento! Claro que he notado sus miradas y gestos, tendría que estar ciego para no hacerlo, pero de ahí a que acepte que cualquier desconocido se acerque a mi *pura*, sin saber antes sus intenciones, va un mundo y ya lo de llamarlo papá, toda una galaxia.

—¿No te gustaría que tu madre rehiciera su vida? Por lo que me has contado, ha sufrido mucho, quizá ha llegado el momento de que sea feliz.

—No es eso, Jesús, lo que a nuestro amigo no le gusta es imaginar todo lo que su *pura* hará con el finlandés y lo mucho que disfrutará en el proceso.

—Mira, como te sucede a ti con Nicolás. Además, no digas gilipolleces, acaban de conocerse, es imposible que ya estén pensando en eso.

—Imposible, imposible yo no lo veo. Solo necesité mirar a Nati durante dos segundos para saber que cambiaría mi mundo.

—Pues quién lo diría, porque te recuerdo que intentaste resistirte, hiciste el idiota como tú solo y por poco la pierdes.

No soy justo al decirle eso, pues lo conozco y sé por qué actuó como lo hizo, sin embargo, cuando se pone en plan doctor amor, me desespera. ¡Por Dios, que hasta llegar Nati en vez de corazón tenía un islote!

—Los dos tenéis parte de razón, queréis ver a vuestros familiares felices, sin necesidad de saber lo que suceda en sus camas, es lógico. Pero no debéis interferir, ni mucho menos juzgarlos, se merecen su oportunidad y eso —nos señala a ambos con el dedo—, está fuera de vuestras manos.

Hay que fastidiarse con el cura, resulta que tiene más conocimiento y sabiduría que todos los que estamos en la mesa, por algo es un siervo del Señor y los demás simples mortales con el *morrocoyo*^[110] más duro que una piedra.

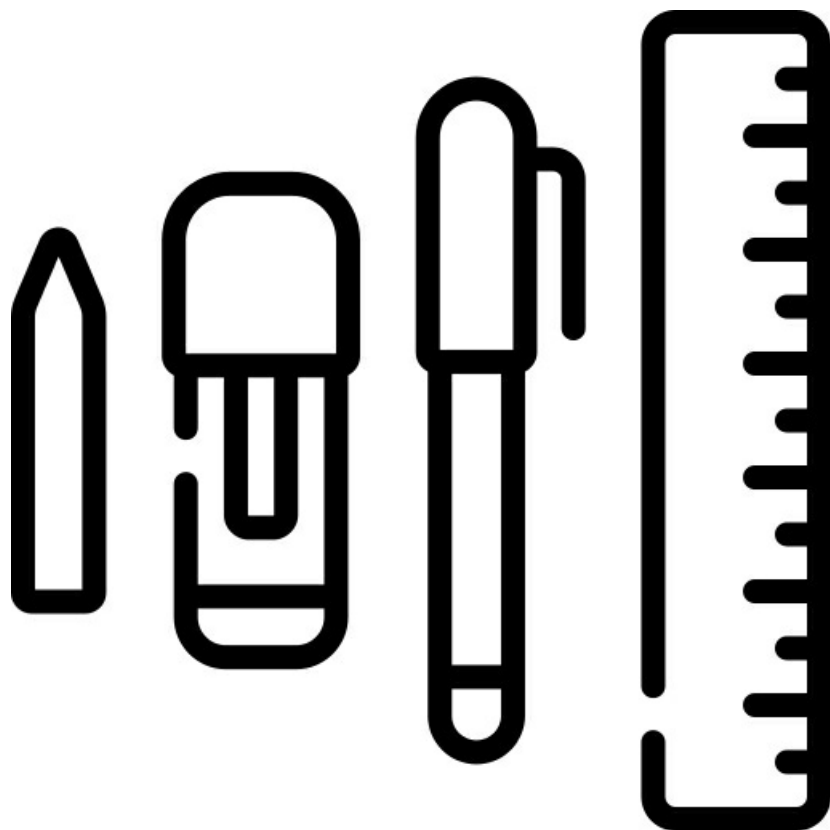
—Muy bien dicho, padre, y ahora, vamos a por unos mojitos especialidad de Caridad.

Kalevi da la conversación por terminada, sin embargo, yo no dejo de observar a mi *pura* y los ojitos que le hace al tal Jasper. Tendré que mantener unas palabras con él antes de darle el visto bueno, ya que puede ser muy amigo de Nicolás, pero como intente jugar con Maritza Cruz Suárez, conocerá al mismísimo Lucifer, eso sí, con rastas y moreno de piel.

Mi abuelita parece notar lo que ronda por mi cabeza y para evitar que haga el seboruco, me entretiene con su charla. Aprovecho para explicarle qué sucedió entre la pelirroja y su supuesto novio y ella, que es más lista que ninguno, asiente encantada, por saber que tenía razón una vez más. Me promete que hablará con Ava, aunque me asegura que ese *gao* será nuestro mientras así lo deseemos nosotros.

Contento por aclarar ese tema, y después de comprobar la hora, le hago una señal a Valentina que entiende a la perfección y, tras despedirnos de todos, nos marchamos para que encuentre su inspiración. Durante todo el trayecto intenta sonsacarme a dónde vamos, pero me mantengo fuerte y no suelto prenda hasta que llegamos a nuestro destino: Es Vedrà.

Le he enseñado el mejor amanecer de toda la isla y ahora es el turno de un mágico atardecer frente a este islote que ha sido fuente de inspiración de cientos de artistas.



CAPÍTULO 35

VALENTINA

Menos mal que antes de ir al Viva Cuba nos hemos desplazado hasta el otro apartamento para que me cambiara y me he puesto las zapatillas de deporte, porque si no ahora me estaría cagando en todos los ancestros del cubano, pues hemos dejado el coche aparcado a unos metros y vamos andando por un camino de cabras. Si llego a llevar tacones, se los hubiera estampado en la cabeza. Seguro que hubiera salido en la primera plana de los periódicos con el titular: «Diseñadora de capa caída sufre una crisis nerviosa y apuñala en la sesera a un pobre inmigrante cubano». Vamos, como si lo viera.

Oscuros pensamientos aparte sobre la aniquilación de Yotuel, lo cierto es que estando en pleno paraje natural me encuentro muy relajada. Nunca había sentido la necesidad de ir a dar paseos por el monte, de hecho era algo que no entraba en mis planes inmediatos ni futuros. Tocar la playa de vez en cuando era el único contacto con la naturaleza que me permitía.

Más urbanita que los habitantes de la Gran Manzana de Nueva York, pensaba que aquellos que metían en sus mochilas un bocadillo y una botella de agua para pasar el día entre árboles, pájaros e insectos eran personas con poco criterio, sin nada importante que hacer. También un tanto estrafalarias por preferir los caminos empedrados de vegetación monótona a una avenida llena de tiendas, cafeterías y diversas posibilidades. ¡Cuán equivocada estaba! Desde luego, estoy conociendo más cosas de mí misma en este viaje que en mis treinta y tres años de vida.

Llevamos más de diez minutos caminando cuando diviso unos islotes frente a mí, saliendo del

mar imponentes. Justo en ese punto, Yotuel me coge de la mano para dirigirnos hacia la izquierda, saliendo del camino principal. Aunque esta vía es peor, pues vamos por una senda que se marca a duras penas, no hago ningún comentario al respecto. Confío en que sabe lo que se hace y conoce el entorno como la palma de su mano.

Aunque la ruta no es muy complicada, caminamos despacio porque yo no estoy acostumbrada todavía a esos pequeños saltos que hace el terreno de vez en cuando. Al fin, arribamos a una torre que parece suspendida en la montaña, no obstante, está muy bien anclada en el terreno rocoso.

—Esta es la Torre des Savinar —explica Yotuel con esa voz de profesor que le sale como si estuviera impartiendo una clase importante—. Se construyó para vigilar la presencia de piratas en la isla. Te he traído aquí porque desde lo alto hay unas vistas espectaculares.

—Vamos, entonces.

No es una torre muy alta, apenas hay que subir unos pocos escalones para alcanzar la parte de arriba, algo que agradezco porque odio subir escaleras. Además, aunque la caminata no ha durado mucho, sé que el cubano todavía me tendrá preparado algo más y mis piernas, por mucho pilates que haya hecho, no están preparadas para esto. Voy a tener que ponerme las pilas con el cardio si quiero seguir su ritmo de ahora en adelante. *Así que, ¿estamos pensando en un futuro?* Me quedo clavada en el sitio por la salida de mi mente, haciendo un pequeño tapón en mitad de la subida.

—¿Todo bien, pelirroja?

—S... sí, todo... bien.

Mi contestación entrecortada agrava su ceño fruncido por la mezcla de preocupación y falta de comprensión. La verdad es que no he estado muy fina respondiendo, pero no me salían las palabras, así que me limito a hacerle un gesto con la mano para restarle importancia a mi parada y reanudo el ascenso.

Salvo aquel instante en el que hablando con Ava llegué a la conclusión de que mi empresa podría estar en cualquier lugar, no había pensado en la posibilidad de quedarme en Ibiza de manera definitiva. Una cosa era tomar un periodo de pausa para recargar la batería y otra muy distinta dejar para siempre mi ciudad, mis raíces y todo aquello que me resultaba conocido.

Si soy sincera conmigo misma, allí solo me quedan Jordina y Mila. A mis padres no los cuento porque, a pesar de que se preocupan por nosotras llamándonos con asiduidad, lo cierto es que no somos una familia de quedar a comer paella todos los domingos, así que sé que no cambiaría mucho nuestra dinámica el hecho de que me fuera a vivir a otro lugar.

Por otro lado, en la isla he sentido una paz que hacía tiempo no advertía en Altea, puede que hasta nunca la hubiera sentido, ya no estoy segura de nada. Aquí, cercana también al mar, pero en una orientación distinta, he encontrado mi lugar con tan solo el pasar de unos minutos. No voy a negar que Yotuel es un aliciente más, aunque haya ocasiones en las que me apetece matarlo, llegando a imaginar en mi mente las formas más pintorescas de hacerlo. Sin embargo, él me hace reír, relajarme, pasarlo bien y tocar el cielo. También me hace ser mejor persona, creer en mí y querer más de la vida. Lo que tenemos, que no sabría cómo calificarlo aún, ha surgido de forma natural, como si nos conociéramos de toda la vida.

Sin embargo, sería una estupidez por mi parte quedarme aquí solo por él, anclarme a una persona con la que no sé si habrá futuro más allá de cuatro salidas y muchas promesas de orgasmos alucinantes. Esta no es una decisión que se pueda tomar a la ligera, debo meditarla a conciencia, analizando con esmero cada pro y cada contra. Y, desde luego, Yotuel no va a estar en la lista, puesto que si al final lo hago, debe ser por mí y solo por mí, sabiendo que ese cambio

sería lo que realmente necesitaba para ser feliz.

—Es precioso —comento con la boca abierta de la impresión ante la belleza que tengo delante.

—Sí, lo es —replica el cubano, aunque no está mirando al mismo punto que yo—. Al primer islote que ves se lo conoce por el nombre de Es Vedranell, el pequeño de la derecha es Sa Galera y el más grande se llama Es Vedrà. Este lugar está lleno de mitos y leyendas, y ha sido de gran inspiración para muchos artistas. Como tú.

Su intensa mirada y esa voz de profesor universitario me ponen como una moto al instante. No sé qué me ocurre, pero es como si el misticismo del paraje me incitara a unirme a su salvajismo, a dejarme llevar de forma primitiva y a cometer muchos pecados, todos seguidos a poder ser. Me relamo los labios, reseco de repente por las sucias imágenes que aparecen en mi díscola mente, sensación que se hace más potente al ver como él sigue con sus ojos del color del carbón el movimiento de mi lengua. Se acerca a mí, cogiendo mi cintura en una caricia lenta llena de promesas, acercando su boca a mi oído.

—No me mires así, *mamey*, o me obligarás a llevarte detrás de un matorral y no quiero acabar en el talego por escándalo público.

—Cobarde —expongo con una sonrisa entre pícara y arrogante, o eso quiero creer.

—En cuanto lleguemos al *gao* haré que te arrepientas de tus palabras.

—Lo estoy deseando.

Antes de que se separe de mí, utilizando como motor las brasas de una valentía repentina, pongo una mano detrás de su nuca y presiono mi boca contra la de él, dándole un beso sensual, lento, acariciante, que a los dos nos corta la respiración y que remato con un ligero mordisco en su labio inferior. Al separarnos, me siento complacida al haber conseguido mi propósito, pues su mirada se encuentra velada, como si acabara de ingerir una potente droga, y su pecho se hincha con cada jadeo entrecortado. Yo me iré calentita, pero os aseguro que él más.

—Eres una bruja —declara mientras recoloca sus pantalones y alarga la chaqueta que lleva todo lo que puede para tapar cierta evidencia—. Como te decía —continúa, tras un ligero carraspeo para aclarar su voz—, este sitio está plagado de leyendas. Muchos afirman haber visto ovnis alrededor de los islotes. Incluso hubo un suceso en el que un avión comercial fue perseguido por unas luces rojas y tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en Valencia. Hay investigadores que afirman que Es Vedrà forma, junto con Mallorca y el peñón de Ifach, la versión mediterránea del Triángulo de las Bermudas.

—Pero tú, ¿cómo sabes todo eso? —pregunto, bastante alucinada con su disertación, pues yo no sabría ni decir de qué estilo arquitectónico es Nuestra Señora del Consuelo, la iglesia de Altea la Vella.

—Bueno, digamos que mi familia ha estado rodeada de misticismo durante generaciones, es como si la magia nos llamara. Además, me gusta saber cosas, siempre he pensado que se puede entender mucho de un lugar a través de su historia. A veces son datos relevantes, otras, información que parece poco importante, pero en ambos casos adquieres conocimiento.

Cada vez descubro más cosas de él que me atraen de forma irremediable, como su inteligencia, sus ganas de saber, su capacidad para adaptarse a cualquier situación que se presente. En muchos aspectos me gustaría poseer algunas de sus cualidades, resulta una persona inspiradora.

Nos quedamos un momento callados, disfrutando de las vistas y la calma que se respira en el lugar. Él abrazando mi cintura desde atrás, yo apoyando mi espalda en su duro pecho. Y justo en ese instante mi cerebro hace un clic, como si el cúmulo de sensaciones experimentadas desde que hemos llegado aquí hubieran activado mi psique.

—¡Lo tengo! —exclamo emocionada, girando mi cuerpo entre sus brazos para mirarlo de frente.

—¿El qué?

—¡La colección! Bueno, la idea en la que voy a basarla. ¿Cómo no había caído antes? —inquiero al aire mientras me doy pequeños toques en mi cabeza en una especie de amonestación hacia mí misma—. ¡Rápido! Tenemos que volver.

Me separo del abrigo de su cuerpo, tomando la iniciativa en el descenso de la torre. Al llegar abajo, apremio a Yotuel para que nos guíe de vuelta al coche, pues mi orientación es nula, además de que se ha hecho tarde y la oscuridad comienza a engullir el entorno.

Al entrar en el vehículo, que se encuentra aparcado al abrigo de unos arbustos, decido probar aquello del sexo en un coche que la gente suele hacer cuando es joven y no se tiene casa propia. Sin embargo, yo nunca lo he hecho, así que me abalanzo sobre Yotuel, que abre los ojos con sorpresa ante mi espontaneidad, dando el pistoletazo de salida a lo que será un juego breve, pero intenso.

Cabalgando sobre las caderas del cubano, al amparo de la nocturnidad creciente y de la magia que flota en el aire de esta naturaleza indómita, me dejo llevar más que nunca, llegando a un orgasmo que rompe en mil pedazos los rescoldos del bloqueo, para luego reconstruir cada pieza en el lugar correcto, ese del que jamás debieron moverse.

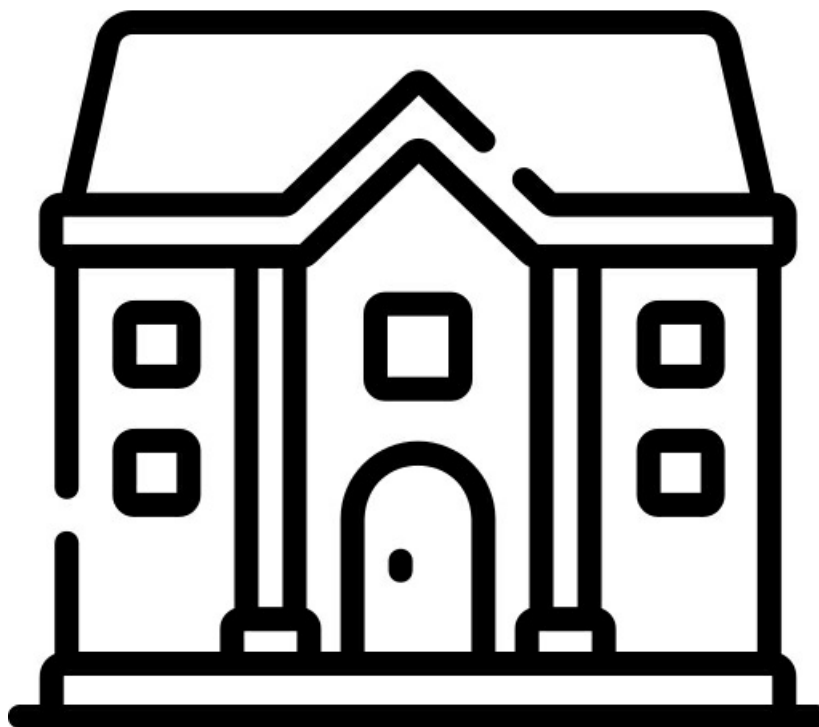
—Gracias por traerme aquí —declaro dándole un dulce beso con el que pretendo expresar mucho más.

—Si llego a saber tu reacción, te hubiera traído antes.

Le doy un suave manotazo en el pecho por su comentario, intentando poner cara seria. Sin embargo, es superior a mis fuerzas y acabo riendo a mandíbula batiente. Él se une a mí al instante, haciendo que su pene, todavía duro, se mueva en mi interior por la vibración de la carcajada.

—Anda, volvamos al *gao* antes de que se cumpla la profecía de acabar entre rejas.

Recomponiendo nuestra ropa lo mejor que podemos, debido a la estrechez del compartimento, damos por terminada la fiesta improvisada. Por lo menos, de momento.



CAPÍTULO 36

YOTUEL

Desde que llegamos a Ibiza he oído mil historias sobre la magia que envuelve a Es Vedrà, aunque nunca había tenido la suerte de verla y sentirla en persona. Puede parecer un disparate, que seguro lo es, y que la locura que parece rodear a toda mi familia ha venido a por mí y en dos días estaré cazando gamusinos, viendo extraterrestres o hablando con las paredes. Sin embargo, no encuentro otra explicación lógica para aclarar lo que ha sucedido con Valentina frente a ese pequeño islote.

La he visto resurgir cual ave fénix de sus cenizas, reemplazando la tristeza que bañaba su mirada por una chispa y determinación que la hacían brillar como si fuese la estrella más importante del firmamento. Sin nada que añadir, ya sé que *me pongo como Picones*^[111] cuando se trata de la pelirroja y todo lo que me hace sentir, pero ¿qué queréis que os diga?, soy un poeta inspirado por su musa. Bueno, y un completo *sanaco*, que ve demasiados corazones a su alrededor.

Al final, Kalevi va a tener razón y soy un descendiente extraviado y tostado de San Valentín, o como él suele llamarlo: «El jodido niño del arco». Tampoco hace falta comentar nada de la gran sensibilidad de mi albino favorito, aunque si hay dudas ya os digo que ni Papá Noel ni el querubín del amor lo van a contratar para las próximas temporadas como ayudante.

Volviendo a lo importante —que tanto sexo me está dejando sin neuronas—, Valentina solo ha necesitado dos segundos para dejarse llevar por la calma y paz que envuelven este enclave tan

especial, permitiendo que su mente le mostrara todo lo que ella se empeñaba en ocultar. Ha encontrado su inspiración, esa chispa que creía perdida y, lo más importante, ha recuperado la confianza en sí misma. Ha pasado de estar perdida a tener una misión que cumplir y nada ni nadie la detendrá.

Emocionada y con miles de ideas cruzando su mente, hemos emprendido el descenso, y os prometo que han sido varias las ocasiones en las que he temido por su vida, ya que brincaba y saltaba por el camino sin molestarse en mirar dónde ponía el pie, la pierna o los dientes. Su pobre ángel de la guarda se ha ganado el cielo, dos apartamentos, unas buenas vacaciones y la jubilación anticipada.

Pero la cosa no ha terminado ahí ni mucho menos, al llegar al carro parecía que Rati —diosa del sexo, el deseo carnal, la lujuria y el placer sexual en el hinduismo— se había apoderado de la pelirroja. No pensaba quejarme, es más, estaba decidido y predispuesto a que me usara todas las veces que quisiera, porque cada vez que lo hacía, que tomaba la iniciativa o se dejaba llevar, se deshacía de esa armadura que se empeñaba en usar para protegerse del resto. En esos pequeños instantes era ella en estado puro: libre, auténtica, preciosa y mía.

Tengo claro que parezco *más viejo que el Morro*, sin embargo, no puedo explicar de otra forma cómo me siento cada vez que hacemos el *amol*. Porque es lo que hacemos, por mucho que ninguno de los dos lo admitamos. Desnudamos nuestras almas a la vez que nuestros cuerpos, sanamos heridas con cada beso y callamos todo lo que nuestras miradas hablan.

Cada segundo que pasamos juntos lo tengo más claro y, aunque podría seguir mintiéndome y engañándome, es hora de que admita que *estoy engancha'o y embolla'o* ^[112] de Valentina. ¿Cómo ha pasado? No sabría qué decir. ¿Soy correspondido? Ni idea. ¿Voy a rendirme? Nunca. No sé qué nos tiene preparado el destino, pero sea lo que sea, pienso enfrentarlo, pelearlo y ganarlo.

En nuestro *gao* —qué bien suenan esas dos palabras juntas—, y después de una buena ducha, con final feliz incluido, Valentina se ha puesto a dibujar, dejando salir todo el talento que tiene. Es increíble verla tan concentrada, sus gestos, guiños y sonrisas cuando consigue plasmar en el papel lo que su mente ha creado. No sé muy bien lo que hace, pues solo soy capaz de distinguir líneas y más líneas que cubren el cuerpo esquelético y sin cabeza de la que supongo será la modelo.

El diseño de moda es algo que nunca he entendido, esa obsesión por crear colecciones de ropa que luego nadie puede usar, porque ya me dirán quién sale a la calle vestido como un condón. Aunque lo que más me molesta y enfada es la manía de diseñar prendas para solo ciertos tipos de cuerpos, fomentando la delgadez extrema, enseñando una supuesta belleza que no es real y creando inseguridades a niñas, adolescentes y mujeres.

Modelos que pasan días sin comer antes de un desfile y cuando las ves en la pasarela te dan ganas de ofrecerles un buen plato de lechón asado. Niñas o mujeres que se obsesionan con un peso o talla específico y que, al no conseguirlo, destruyen su cuerpo hasta enfermar. Es vergonzoso y debería estar prohibido, pero es la realidad que nos muestran día a día en televisión, revistas y redes sociales.

Para mí una mujer *planchá* o sin curvas, es como una cumbancha sin ron y me gusta una buena fiesta como al que más, pero, sobre todo, me encanta acariciar, sentir y tocar carne, ¡para un palo ya tengo el de la escoba! Considero que la belleza es subjetiva, depende de los ojos que la ven, aunque lo más importante es aceptarte, quererte y admirarte todos los días, sin que los estándares u opiniones del resto nos afecten.

Reconozco que me pongo demasiado intenso con este tema y que, por desgracia, yo solo y mis

ideas no vamos a cambiar el concepto de moda, sin embargo, granito a granito podemos transformar la montaña creando una sociedad donde el físico no marque nuestra vida y podamos aceptar y respetar todos los cuerpos.

—¡Mierda! ¿Dónde he puesto el azul capri? —Los gruñidos de Valentina despejan mi mente y me traen de vuelta a la realidad.

Está de pie en medio del salón con los brazos cruzados, vestida solo con una de mis camisetas que le cubren medio muslo y me hacen imaginar demasiadas posturas —y os prometo que no pienso en yoga—. Su melena color fuego anda recogida en un moño que sujeta con uno de sus lápices y esas gafas de pasta negra, que le dan un toque de institutriz sexy, la convierten en la imagen más apetecible que he visto nunca. Por lo que todas mis neuronas, sangre y capacidades se concentran en una parte muy concreta de mi anatomía.

—¿Me estás oyendo, Yotuel? —insiste en un tono enfadado.

—No, estaba demasiado ocupado imaginando unas cuantas cosas que me gustaría hacerte, pelirroja.

Me acerco a ella como un león dispuesto a atrapar a su presa, aunque mi presa resulta ser más rápida que yo y consigue situarse detrás del sillón. Una barrera inútil, pues no me costaría nada llegar hasta ella, solo necesitaría un pequeño salto y la tendría bajo mis garras. Sin embargo, la determinación que veo en su mirada detiene mis posibles movimientos.

—Las manos quietas, cubano, necesito dibujar todos los diseños que tengo en mi cabeza y, por muy tentadora y apetecible que sea tu oferta, tendrás que esperarte.

—*Aguenta un mes*^[113], Roma no se hizo en un día y tú tampoco tienes que terminar la colección hoy, podemos hacer un kit-kat para aumentar tu... inspiración.

No puedo evitarlo, soy adicto a ella y, aunque intente hacerse la dura, sé que a Valentina le sucede lo mismo. Es como si nuestros cuerpos se llamasen, nuestras bocas se necesitasen y el enorme deseo que sentimos nos manejara como si fuésemos dos títeres.

—Mi inspiración está perfecta, no te preocupes por ella y céntrate en ayudarme a encontrar el color que he perdido.

—Es normal que no encuentres nada con la choricera^[114] que tienes montada, el orden es necesario cuando uno trabaja y esto —señalo con las manos el campo de batalla que es nuestro salón—, es todo lo contrario.

Os prometo que no exagero y tampoco tengo ningún tipo de TOC con la organización o disposición de las cosas, pero es que ahora mismo no se ve dónde está la mesa, el sofá e incluso parte del suelo. Vamos, que una clase con veinte niños pequeños está más ordenada que esto.

—Mira, listillo, donde tú ves caos, yo veo orden. Es mi forma de trabajar y me funciona a la perfección, no empieces como Rodrigo y sus *tips* de planificación y orden, porque desde ya te digo que no van conmigo.

La sola mención de ese tipo enturbia mi buen humor, no lo conozco y no tengo ningún interés en hacerlo, para mí está de más en el mundo. Hay algo en él que no me gusta, y no hablan solo los celos, que los tengo, a estas alturas es tontería negar lo evidente, ese capullo ha compartido con Valentina cientos de momentos, la ha acompañado cuando se encontraba en apuros, la ha visto vulnerable, alegre, excitada y ha sido su pareja y confidente durante años.

No puedo competir con él ni con lo que han vivido, tampoco lo pretendo. Rodriguito no ha sabido tratarla y cuidarla como se merece, de haberlo hecho estarían juntos, y yo no soy así de *guacarnaco*, por lo que no pienso cometer sus mismos errores y mucho menos voy a dejarla escapar.

—¡Ya estamos de nuevo sin wifi! Estoy empezando a cansarme de tu puñetera manía de

desconectar.

—No desconecto, pelirroja, solo tengo facilidad para distraerme, sobre todo, cuando tú andas cerca.

—Lo que tienes es más cara que espalda, cubano. Tengo un problema y tú solo haces que comerme con los ojos, como si fuese un filete.

—Mi intención es comerte con la boca, recorrer cada centímetro de tu piel con mi lengua mientras te retuerces pidiéndome más, pero no me lo permites y tengo que conformarme con devorarte con la mirada.

—¡Brrr! Me desesperas, desquicias y descontrolas, Yotuel. Algún día te estrangularé con mis propias manos, te lo juro.

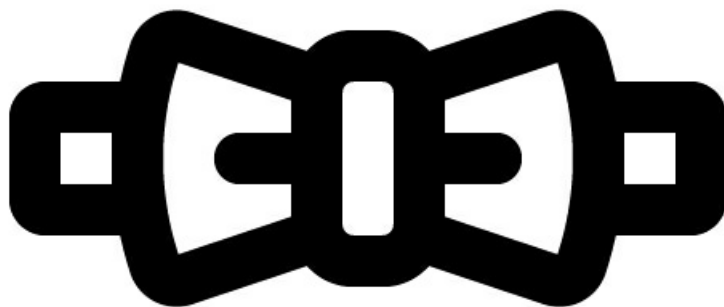
¡*No, qué rico!* [\[115\]](#) Provocarla y que saque ese genio conmigo es mi perdición. No entiendo muy bien el motivo, porque Valentina enfadada es de todo menos fácil de manejar, sin embargo, a mí me excita de una forma que no puedo remediar y, aunque me encantaría seguir con nuestra pequeña batalla y ver cómo termina, ella necesita finalizar sus diseños primero.

—Deja de *coger berro* y dime qué quieres, cuando te ayude podré volver a concentrarme en lo que de verdad me interesa.

—Colores, cubano, necesito colores —responde con una preciosa sonrisa que me pone duro como una piedra.

Con ella cerca vivo con una erección constante, aunque no me importa, ya que luego sabe cómo compensarme y aliviar los males que me provoca.

Con una nota llena de materiales de pintura, y que no sé dónde conseguiré, me despido de ella regalándole un beso cargado de promesas que más tarde pienso cumplir. Y sospecho que así pasaremos los siguientes días: trabajando, amándonos y compartiendo cientos de momentos que me llenarán de felicidad.



CAPÍTULO 37

RODRIGO

Con el supuesto contrato de *Platinum by Valentina's* firmado, y después de darme el homenaje que merezco, es decir, buena comida y varias mujeres dispuestas a complacer mis deseos, pongo rumbo de nuevo a Barcelona. La verdad es que esperaba tener más problemas para conseguirlo, pero, una vez más, Valentina ha vuelto a demostrarme lo idiota y confiada que puede llegar a ser.

Desde que fundamos nuestra empresa, nunca ha mostrado interés en los contratos que firmaba, los documentos que redactábamos o los cientos de papeles que debíamos mantener en orden. Muchas veces le insistía para que se involucrase en esa parte, que era tan importante y necesaria como la de diseñar; sin embargo, ella siempre alegaba que era mi trabajo y ahí no tenía nada que hacer.

Valentina es tan ignorante que confía en todos los que la rodean, no baraja la posibilidad de que alguien se aproveche de ella, la engañe o falle. Para ella su entorno es seguro, pero en esta vida todos buscamos un fin, tenemos unas metas y luchamos por ellas, sin importarnos el resto. El poder y la ambición son muy apetecibles y ella es, con su buen corazón, muy idiota por creer en la humanidad.

Su forma de pensar me favorecía, me daba total libertad para hacer y deshacer a mi antojo. Al principio me centré en buscar lo mejor para ambos y, sobre todo, para *Valentina's*, aunque con el tiempo me di cuenta de que haciendo ciertos movimientos, era yo el único beneficiado y era algo

que no iba a dejar escapar. Tenía un propósito en mi cabeza y no pensaba parar hasta que lo consiguiera.

Comisiones que solo terminaban en mi cuenta, acciones de la empresa que movía hasta que pasaban a mi poder y otras actividades nada lícitas que poco a poco iban dándome mayor dominio y, sobre todo, dinero. Aunque todo cambió cuando conocí a Cayetana, su mente prodigiosa, sus numerosos contactos, codicia y odio hacia la que era mi pareja, terminaron de poner la balanza a mi favor.

No dudaba en seguir sus indicaciones por muy disparatadas que me parecieran, como por ejemplo, pedirle matrimonio a Valentina para que se olvidara de la estúpida idea de dejarme. No tenía muy claro qué pretendía con eso, pues yo no pensaba anclar mi vida por unos sentimientos que para nada sentía. Sin embargo, no cuestioné sus órdenes y seguí el plan que me había marcado. Por suerte para mí, no aceptó la proposición, aunque sí firmó el contrato.

Con esos papeles tengo el poder absoluto y mi sueño cada vez está más cerca, solo falta que esa estúpida termine la colección y, entonces, Valentina's será toda mía. No puedo imaginar la cara que pondrá cuando se entere, pero conociéndola y sabiendo lo conformista que es, jamás hará nada. Permanecerá impasible mientras paso sobre ella. Llorará, sufrirá, se quedará destrozada y esa será su única respuesta.

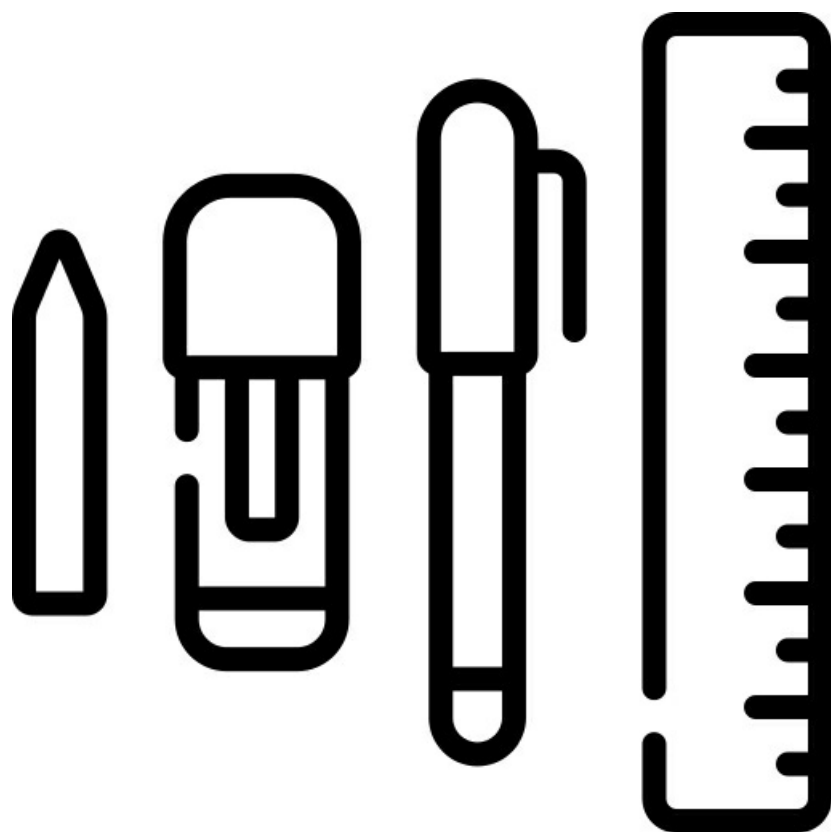
Después de todos los años que hemos compartido, lo mucho que hemos peleado por conseguir que nuestra marca tenga un nombre y posición, debería sentir algo de pena por ella, pero, seamos sinceros, la pena, lástima y compasión nos hace débiles y vulnerables. Nos aparta de la realidad, y la mía la tengo muy clara, por lo tanto, lo único que me provoca es repulsión y asco. Nunca llegará a nada sin mí y ella es la única responsable.

Volverá a su patética vida en Altea, al lado de su hermanita, se conformará con cualquier trabajo mediocre y no se molestará en odiarme ni un poquito, es demasiado buena para eso. Si fuera un poco más ambiciosa, el mundo de la moda estaría a nuestros pies, la relación que manteníamos podría funcionar y un futuro prometedor nos esperaría. Sin embargo, eso nunca sucederá, su final está muy cerca y mi victoria todavía más.

Satisfecho porque todo marche como planeamos, llamo a Cayetana. Necesito llegar cuanto antes y enterrarme entre sus piernas, haciéndola jadear de placer, uno que solo yo puedo darle. Ambos nos entendemos tanto fuera como dentro de la cama y eso hace que nuestra conexión sea especial. Podría ser ella la elegida, ya que tiene todos los requisitos que ansío en una mujer, aunque lo que más me interesa son todas las posibilidades que estar a su lado puede darme.

No responde y decido dejarle un mensaje avisando de mi próxima llegada. Faltan poco más de tres horas para vernos y, aunque podría entretenerme revisando varios papeles que tengo atrasados, la francesa que tengo enfrente llama mi atención.

Admito que no es Cayetana ni tampoco Valentina, ellas juegan en otra liga en la que muy pocas mujeres pueden entrar, aunque para un ratito de diversión puede servir. Desplegando todos mis encantos, inicio una conversación con ella que termina con ambos follando como salvajes en los baños del aeropuerto.



CAPÍTULO 38

VALENTINA

Como no puedo darles color a los diseños, pues me faltan la mitad de los lápices, decido seguir dibujando hasta que Yotuel traiga todo lo que le he pedido. No sé de dónde va a sacar el material, pero no tengo duda de que es un hombre de recursos y de palabra, así que apuesto que hará todo lo posible por conseguir aquello que necesito.

La inspiración ha venido de golpe, como un meteorito impactando en la parte creativa de mi cerebro, llevándome a ver con una claridad supina la colección que deseo llevar a cabo. En esta nueva andadura quiero reflejar en mis diseños las sensaciones que me provoca Ibiza y todo lo bueno que ha traído a mi vida. Para ello me voy a basar en el estilo *boho chic* tan de moda, algo muy visto, aunque le quiero dar una vuelta de tuerca.

Hasta ahora me había dejado llevar por la parte más rancia del sector, claudicando ante esas modelos esqueléticas que no representan a la mayoría de las mujeres, ante unos estándares de belleza impuestos por las marcas, pasarelas y revistas más importantes. Al principio lo había hecho para, de alguna manera, sentirme aceptada en esta industria gigante y falta de escrúpulos. No me avergüenza reconocer que era el camino más directo para entrar en la rueda. Sin embargo, ¡ya está bien!

Primero, porque no le debo nada a nadie en ese mundo desconsiderado y lleno de pirañas que te miran por encima del hombro e intentan joderte a la menor oportunidad. Segundo, porque yo tampoco luzco una talla treinta y cuatro, y en muchas ocasiones me he visto vetada en ciertas

tiendas donde es imposible encontrar un modelito que se ajuste a mis caderas anchas y mi pecho pequeño.

Así que, mi repertorio está dirigido a todas aquellas personas que no entran por el filtro absurdo de los estándares impuestos. Y sí, he dicho personas, porque por primera vez voy a realizar piezas tanto para hombres como para mujeres.

En cuanto a los colores, en mis diseños habrá blanco, pues es el color que la gente más asocia con el estilo *hippie* de la isla, pero también una gran variedad de tonos en rosa, azul, amarillo y tierra, con el ánimo de representar los atardeceres, el mar, la luz del sol y la arena de las playas.

Para algunos bocetos me gustaría introducir los estampados. No obstante, serán distintos a lo acostumbrado, ya que me he propuesto que sobresalgan a través de piezas conectadas como si fueran una colcha de *crochet*. Algo complicado y laborioso, aunque confío por completo en las costureras que llevan conmigo desde los inicios. Esas mujeres maravillosas de talento desbordante serán capaces de eso y de mucho más.

Con mi cabeza bullendo por la ansiedad, me dedico a plasmar los modelos que me han salido sobre los figurines con curvas que he dibujado antes, delineando con mi lápiz tipo H las formas y la caída de la tela, los fruncidos por debajo del pecho, las mangas abullonadas o acampanadas, los pantalones anchos de corte sencillo.

Escucho girar la cerradura de la puerta de entrada y unos pasos acercarse, pero estoy demasiado metida en la creación como para salir de ella. Yotuel deposita con delicadeza una bolsa de cartón llena hasta los topes sobre la mesa de centro. No dice nada, se limita a darme un beso en la cabeza y a ir hacia la cocina. Esa es una de las cosas que me gustan de él, que no es una persona egoísta que necesite ser siempre el centro de atención. Sabe que esto es importante para mí y respeta mi espacio y mi proceso.

Si me pongo a crear no soy consciente del tiempo que transcurre ni de los ruidos del exterior, así que cuando levanto la vista del papel me encuentro un tanto aturdida. Mis músculos están agarrotados y mi visión cansada, pero mi alma está satisfecha con el resultado que ha propiciado el esfuerzo. Aquí está, al fin, mi ansiada colección.

En este momento mis tripas se quejan, por lo que observo el reloj que se encuentra en la pared de enfrente. Las tres de la mañana. No me extraña que mi cuerpo pida comida a gritos, pues llevo la friolera de doce horas sin probar bocado. Me dirijo hacia la cocina con la intención de atracar la nevera y me llevo una grata sorpresa al comprobar que hay un plato tapado con film transparente en la encimera. Al lado hay una nota que dice: «CÓMEME» en letras mayúsculas. Me entra la risa floja y mis facciones se relajan. Seguro que ahora tengo una cara de idiota enamorada que echa para atrás.

Un segundo, ¿enamorada? No, eso no puede ser. *Sí que lo es, belleza. Has caído con todo el equipo. ¿Qué tal si te das un homenaje y lo celebras dándole mambo al cuerpo?* Maldito subconsciente. Si pudiera, lo apuñalaría. Sin embargo, no puedo negar ciertas evidencias, como la necesidad de tenerlo cerca, de tocarlo, de sentirlo. También la ilusión que me hace que alguien esté pendiente de mí. Siempre he sido yo la que ha tirado del carro, incluso cuando era demasiado joven como para saber hacerlo. Me he criado siendo independiente, lo cual está bien, pues sé defenderme en multitud de situaciones. No obstante, la novedad de tener a alguien al lado que me ayude y me dé ánimos para no caer o desistir, me llena el corazón de una felicidad que no había sentido hasta la fecha.

¿Qué voy a hacer? En algún momento tendré que volver a Altea, sobre todo ahora que los bosquejos ya están acabados, a falta de pulir algunos detalles. En menos de un segundo, decido que este no es un tema que deba pensar a las tantas de la madrugada, agotada como estoy y

muerta de hambre. Así que lo aparco en mi mente para retomarlo más adelante y me dispongo a saciar mi apetito. No es que el cubano cocine muy bien, desde luego no ha sacado la vena culinaria de su familia, pero por algo se dice que «cuando no hay lomo, de todo como». Al final, lo que importa es el detalle.

En cuanto termino, me marchó directa a la cama, donde encuentro a Yotuel hecho un cuadro, con el cuerpo contorsionado de una forma imposible. Debe de notar mi presencia al meterme bajo la colcha, ya que se mueve hasta acabar acoplado a mí en la conocida postura de la cucharita, otra cosa que pensaba que no me gustaría hasta que la probé con él.

Un escalofrío recorre mi cuerpo dejando mi piel erizada y sensible. Con parsimonia, salgo de la niebla producida por el sueño, abriendo mis ojos apenas una rendija. Al instante me arrepiento, pues un potente rayo de sol entra en la habitación directo a mi cara. Cierro los párpados de nuevo y añado las manos para que la barrera protectora sea más gruesa. Gimo, aunque no es por el dolor de mis córneas quemadas, más bien por esa descarga que he sentido recorriendo toda mi anatomía y que ahora sé de dónde proviene.

Yotuel se está pegando un festín entre mis piernas, lamiendo cada rincón de mi sexo, arañando con los dientes mi clítoris hinchado por la necesidad. De repente, escucho un clic y al instante noto que mi acompañante detiene uno de sus dedos en mi ano. Se dedica a acariciarlo con lentitud y a esparcir algo que me produce una sensación de frío, entiendo que es el lubricante. Sin poder evitarlo, me tensó, supongo que por una mezcla de expectación y miedo a lo desconocido.

—¿Quieres que pare? —susurra el cubano mientras detiene sus movimientos.

—No —contesto con total convicción.

Cuando compré toda esa parafernalia en el *sex shop* pensé en alcanzar el máximo gozo, sola o acompañada, y no se me ocurre mejor compañero que él para probar algo nuevo. Confío en Yotuel, sé que no me hará daño y que parará si algo no me gusta.

Mientras su lengua sigue jugando en mi vagina, entrando y saliendo como si del movimiento de su pene se tratara, su dedo untado va abriéndose paso en el fruncido orificio. Al principio siento una ligera quemazón y un tirón. Mi cuerpo intenta rechazar la invasión, mientras mi mente la asimila y la acepta. Es una sensación muy extraña, una lucha de voluntades que al final gana la parte desinhibida de mi psique, relajando mis extremidades, recibiendo sin objeciones la intromisión. Conforme lo va introduciendo el pequeño dolor que sentía va dejando paso al placer más crudo y real que he experimentado jamás.

Tengo todo el cuerpo sensible, las emociones a flor de piel batallando por salir a la luz como una explosión de fuegos artificiales. Sin embargo, el cubano no se apresura, su lentitud me pone nerviosa, quiero que aumente el ritmo y me deje correrme, pero él frena el movimiento que mis caderas intentan hacer para apresurar el proceso y conseguir una mayor fricción. Lo que no sabía era que tenía planes mayores para mí.

Tras dilatar con esmero esa parte que muchos consideran prohibida, saca los dedos y se aparta de mí, dejándome vacía y con un calentón indescriptible. Cuando estoy a punto de soltarle alguna fresca, vuelvo a escuchar el sonido que hace una tapa al abrirse. Otra vez noto el gélido contacto del líquido en la entrada, pero esta vez no es el dedo de Yotuel el que hace presión, sino un objeto cuyo tacto no había sentido hasta ahora. El dildo entra en mí poco a poco, presionando con delicadeza, acariciando las paredes.

—Ya lo tienes dentro, pelirroja —apunta el cubano, con una voz cargada de sensualidad—. ¿Cómo te sientes?

—Bi... bien —contesto mientras tiemblo por el deseo contenido—. Pero necesito...

necesito...

—Lo sé, *mamey*. Enseguida podrás correrte. Ahora te voy a follar mientras tienes este juguetito metido en tu precioso culo. Te vas a sentir tan llena que no vas a querer parar nunca.

De una potente estocada, su pene entra en mi vagina, dejándome sin respiración por un instante. Sin embargo, él no se apiada de mí y comienza a bombear fuerte, duro, con irreverencia. Al mismo tiempo, como si fuera el hombre orquesta, mueve el dildo para que sienta también la fricción en la parte trasera. Tenía razón, me siento tan llena que no sé si explotar de una vez o permanecer así durante horas. La satisfacción alcanza un significado distinto, llegando a cotas que no había tocado nunca, ni siquiera con este imponente hombre que ha venerado mi cuerpo en más de una ocasión.

—No sabes cómo se siente mi pinga, bombón. Arropada por tu precioso coño, húmeda por nuestros fluidos y rozándose con ese juguete a través de tus paredes.

Nuestros jadeos impactan contra la barrera del silencio, llenando la habitación de una música que solo sabemos crear nosotros. No puedo más, siento que voy a partirme y a no recomponerme nunca. Mi vagina comienza a contraerse pidiendo una liberación. El cubano debe de notar las convulsiones involuntarias, ya que aumenta el ritmo de sus embestidas. Nuestros ojos se encuentran y entonces sé que ha llegado el momento de dejarnos ir. Sin hacernos mucho de rogar, ambos estallamos en un orgasmo descarnado que nos deja sudorosos, complacidos y muertos de cansancio.

Sin darme un pequeño descanso, Yotuel saca su miembro y el dildo. La sensación de vacío y abandono es casi abrumadora. Creo que, aunque intentara explicar con palabras lo que acaba de ocurrir, me quedaría un relato corto, sin brillo.

—¿Estás bien? —pregunta el hombre que me ha hecho ver las estrellas.

—¿Bromeas?

—Nunca lo hago cuando se trata de sentimientos, Valentina. Hablar de lo que nos ocurre, por pequeño que sea, es importante.

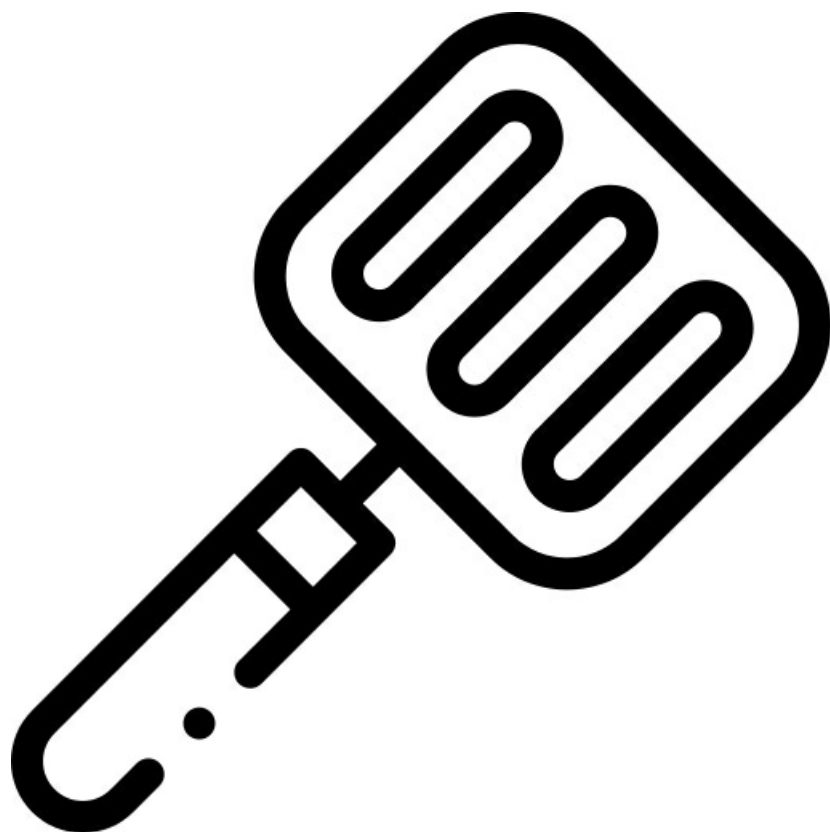
—Estoy genial, Yotuel —confirmo encerrando su cara entre mis manos y haciendo contacto visual para que vea que no le miento—. Solo lamento una cosa.

—¿Qué es?

—El tener que levantarme. Debo hablar con Rodrigo lo antes posible para darle la noticia de la nueva colección.

—¿Cómo dices?

El rumor helado que sale de sus labios podría congelar el Amazonas. Me pilla por sorpresa, hace escasos segundos estábamos acaramelados, disfrutando de los últimos coletazos de la pasión desatada. No sé qué mosca le ha picado, pero esto no lo voy a dejar así. ¡Como que me llamo Valentina!



CAPÍTULO 39

MARITZA

Me despierto sobresaltada, el sudor gélido va recorriendo cada rincón de mi cuerpo. Tengo los músculos entumecidos, como si hubiera hecho mucho ejercicio y me hubiera olvidado de estirar después. Hacía años que no tenía uno de esos sueños, exactamente desde que dejé Cuba para salir del horror que había en mi *gao*. Bueno, en el *gao* de mi exmarido, cosa que él se afanaba en recordarme una y otra vez, acoplando las frases a la cadencia de sus *papazos*^[116]. Todo para que no olvidara que, si se me ocurría dejarle, me quedaría vagando por las calles, viviendo entre ratas e inmundicia, con cuatro niños bajo mis alas.

Él había vuelto a mi mente. Jorge Luis, aquel hombre por el que lo había dado todo, hasta mi alma, y que correspondía a mi amor con violencia. Ese que un día me miró como si me quisiera jamar y al poco tiempo, cuando ya estábamos casados y con nuestra primera bebé durmiendo con placidez en su cuna, comenzó con las amenazas, los reproches y las malas palabras. Su oscuridad fue creciendo hasta llegar al punto álgido en el que comprobó que el puño o el jan me hacían temerlo todavía más. Él fue haciéndose más grande, a la par que yo más pequeña, y si no hubiera sido por mi *pura*, dudo mucho que hubiese sobrevivido. Ella fue mi ángel salvador.

¿Por qué volvía, después de tantos años, a hacerse tan fuerte su presencia? Sabía que no era por la llegada de ese señor que solo parece tener ojos para mí, ese tal Jasper, el amigo de Nicolás. Lo cierto es que su mirada no es nada parecida a la de Jorge Luis, son bien dispares, ahora me doy cuenta. Las diferencias son importantes y notorias, el finlandés me trata con una delicadeza y

una caballerosidad desconocidas para mí. Puedo entender que no es como mi exmarido, pero asumirlo es algo bien distinto. Sin embargo, ese tema lo dejo para otro momento, pues hay otro que me reclama, aunque la resistencia se haya apoderado de mi mente.

Nacida de una mujer con ciertos dones, siempre pensé que yo también tendría *aché*^[117], que un día me sorprendería a la salida del colegio un rayo que me daría algo extraordinario. Por supuesto, nada pasó. Yo seguí siendo una niña normal entre cientos de niños normales. Siendo sincera, en aquella época me sentí bastante simple, como un plato lleno de comida deliciosa, pero que no tiene sazón.

Todo cambió al quedarme embarazada de Yanet, mi primera hija. De repente, unos sueños extraños, siempre con el mismo protagonista, empezaron a visitarme por las noches. En ellos veía cómo una sombra le disparaba, quitándole la vida en el acto. Noche tras noche durante un mes fui testigo de cómo *daban guiso* a ese hombre mayor sin motivo aparente. Su cara me sonaba, aunque no lograba recordar dónde lo había visto, hasta que un día todo se volvió claro.

Me encontraba paseando por una calle con varios comercios, cuando me encontré con varias *perseguidoras*^[118] paradas en la calzada. Un poco más adelante, se podía ver la silueta de un cuerpo tirado de cualquier manera. La gente a mi alrededor no paraba de hablar sobre lo que había sucedido, así que me acerqué a un grupo que parecía bien informado. Ahí fue cuando me enteré de que el muerto era Ernesto, el dueño de un *paladar* muy conocido en esa zona. Un señor amable que no había hecho daño a nadie en su larga vida. Entonces, lo recordé. Fui a su establecimiento una vez, allí fue donde tuve mi primera cita formal con Jorge Luis. Según las personas a las que me había unido, llevaba meses siendo amenazado por un hombre que quería quedarse con su negocio a toda costa. Para qué, no se sabía, pero el caso es que le ofreció bastante astilla y Ernesto la rechazó.

Para él, levantarse cada mañana y hacer comida que alegrara los estómagos lo era todo. Su sentimiento iba más allá de sacar astilla, ese lugar le daba vida y le llenaba el corazón. Era lo más parecido que tenía a un hogar, algo que le había costado sudor y sangre sacar adelante, y que no iba a dejar hasta que las fuerzas le hicieran flaquear. Los allí presentes estaban seguros de que lo había matado aquel señor que lo llamaba todos los días para ver si conseguía quebrarlo. Ahí fue cuando entendí que había recibido mi *aché*. Mis sueños habían sido una premonición de lo que iba a pasar, así que se suponía que yo debía avisar a Ernesto para que tomara precauciones, aunque lo comprendí demasiado tarde. Ese día me prometí que nunca más pasaría.

Durante un tiempo, hice mucho bien, me convertí en una especie de guerrera contra los designios del destino. Hasta que una noche, harta de mantener esa carga yo sola, quise compartir mi don con mi exmarido. Sentía la necesidad de contarle las cosas buenas que había hecho. Esperaba que me escuchara, que me diera aliento, que me dijera que todo iba a ir bien, que me abrazara y me consolara cuando alguien se resistiera a escucharme. Fui una *sanaca*. Lo único que conseguí fue un tortazo que retumbó en las paredes de mi habitación, que me llamara bruja y que me dijera que estaba podrida. Al día siguiente, me llevó a la fuerza a una iglesia cerca de nuestra casa y me obligó a estar arrodillada durante horas para pedirle perdón a Dios por ser una pecadora, alguien sucio... indigna. Yo creía que la religión católica no era incompatible con lo que yo hacía, que podía mantener ambas cosas en mi vida. No obstante, él no opinaba lo mismo y, desde ese día, bloqueé mi don para siempre y me encomendé al Altísimo. No quería que la furia de Dios cayera sobre mí.

Lo tuve que hacer bien, pues Caridad nunca se enteró y no había vuelto a ser testigo de ningún incidente mientras dormía. Hasta esta noche. Algo había roto las cadenas que yo misma había utilizado para amarrar esa aberración, algo sobre lo que yo no tenía control. O más bien, alguien.

—¡Por favor, Dios, perdóname! No soy impura, no soy indecente, soy tu mayor sierva —grito arrodillada frente al crucifijo que tengo en una de las paredes.

Esto no puede volver a pasar. No quiero que la gente me señale y, por supuesto, no quiero ser una pecadora. Estoy viendo el momento de la verdad, siendo rechazada a las puertas del Cielo por mis actos paganos. Ese pensamiento hace que mi ansiedad se dispare y unas gruesas lágrimas caigan por mis mejillas. Dando un rápido vistazo al reloj, me doy cuenta de que ya son las diez de la mañana. Con el corazón encogido, pero con ansias de conseguir la salvación, me visto apresurada con lo primero que veo y salgo disparada de mi *gao*.

Al llegar al interior de la iglesia, me desplomo en el suelo debido al ahogo que siento por la carrera y los sollozos, dejando salir de golpe la opresión que siento en el pecho.

—¿Maritza? —pregunta una voz varonil a mi lado.

Al girar la cabeza, veo al padre Jesús arrodillado a mi lado, con sus facciones marcadas por la preocupación. Mantiene las manos en las rodillas, creo que no quiere tocarme por si me siento intimidada. Pude ver su pureza e inteligencia el día que lo conocí, pero acciones como esta muestran más del tipo de persona que es, alguien bueno en quien puedo confiar.

—¡Padre! —grito presa de un pánico que no había sentido nunca—. ¡Necesito confesarme! ¡Soy una pecadora, una mala persona!

—Vamos, Maritza, tranquilízate, por favor. Sea lo que sea lo que te ocurre, seguro que tiene solución. Además, ni en un millón de años creería que tú podrías llevar a cabo un acto malvado.

—Usted no me conoce, padre. No sabe nada de mí.

—Sé lo suficiente. Tus ojos hablan más de lo que crees.

Su sonrisa tranquilizadora y su mirada cristalina me hacen ver que en verdad cree sus palabras. Sin embargo, yo sé que el mal habita en mí y que está volviendo a emerger con fuerzas renovadas.

—De todas formas, no te voy a negar la confesión, mi labor es estar al servicio de los feligreses. Así que, si quieres, podemos sentarnos en un banco y me cuentas qué te ocurre.

—Prefiero que vayamos al confesionario.

No quiero que vea mi cara mientras le hablo de mi pasado. Es algo que me produce una gran vergüenza y, además, sé que cuando acabe con mi relato me verá con otros ojos, unos llenos de temor y rechazo. Prefiero que sus emociones no me alcancen de frente.

—De acuerdo. Ven conmigo, por favor.

Jesús me ofrece su mano para levantarme y yo la acepto encantada. Su contacto me reconforta y me da cierta paz. Para mí él es como uno de mis hijos, uno con el que comparto la devoción por Dios.

Entramos cada uno en una de las cabinas y espero a que el sacerdote abra la pequeña ventana que las conecta. Aguardo con paciencia, pues sé que debe ponerse la estola morada e igual concentrarse un poco. Al instante, escucho el sonido de algo deslizándose y silencio al otro lado. Ha llegado el momento, no lo puedo retrasar más.

—Ave María Purísima —rezo con la voz ahogada y el corazón desbocado.

—Sin pecado concebida.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Perdóneme, padre, porque he pecado.

Casi sin darme cuenta, vomito las palabras, hablándole a Jesús de mis quimeras y de aquellos años en los que pensaba que hacía algo bueno. Le cuento todo sin dejarme un pequeño detalle. Quiero que vea el monstruo que soy, esa abominación más cercana a Satanás que al Padre Creador. Pensaba que al contar mi pequeño secreto me sentiría mejor, con menos carga. Sin embargo, eso no ocurre. En su lugar, noto una punzada en mi cabeza que, de forma automática,

me devuelve la imagen que había visto en mi ensoñación. Una mujer bella, con la cara vestida por la expresión de la maldad pura, recibiendo una carpeta de manos de un hombre. En este caso, yo ocupo el lugar de otro de los protagonistas, pues siento su dolor, desengaño y tormento. No sé quién es esa persona, pero está perdiendo algo importante.

—Juan 11, 43-44 : «Y habiendo dicho esto, clamó una gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir» —concluyó Jesús.

—¿Cómo dice, padre?

Me ha dejado por completo descolocada. No me esperaba que saliera con un pasaje de la Biblia. Pero claro, es un sacerdote, ¿con qué iba a salir si no?

—Te estaba relatando uno de los hechos milagrosos que aparecen en el Nuevo Testamento. En concreto, la resurrección de Lázaro de Betania. Podría citarte varios, incluso del Antiguo Testamento. Todos conocemos a nuestro querido Moisés.

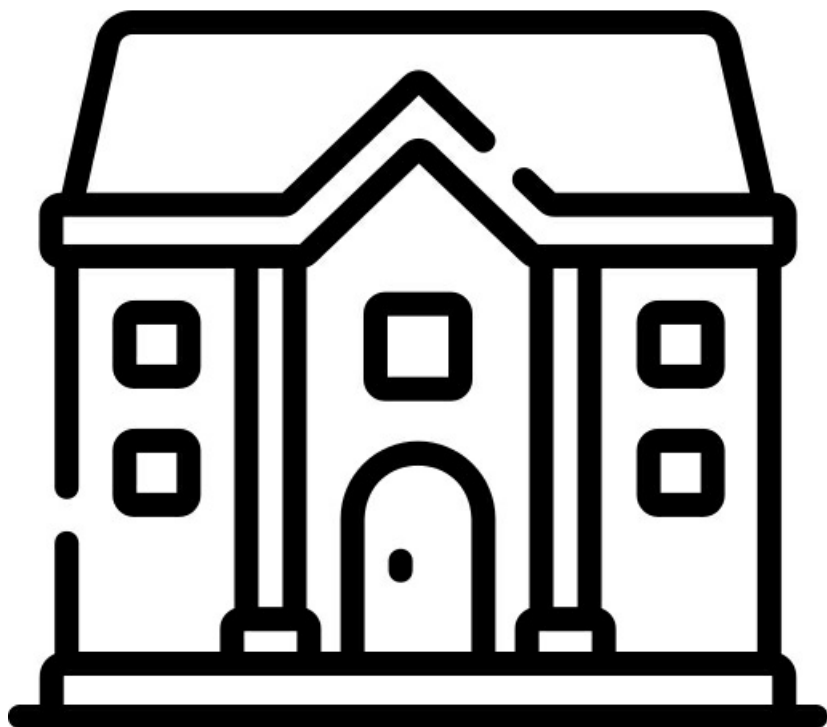
—Ya, conozco los Evangelios, padre. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Qué tienen todos esos milagros en común, Maritza? —contesta con otra pregunta. Ante mi silencio, continúa con su relato—: Fueron realizados por personas terrenales que estaban tocadas por la mano de Dios. El Creador les dio la capacidad para llevar a cabo sus nobles acciones, justo lo que te ocurre a ti. Él te ha dotado de un poder extraordinario para hacer el bien. ¿Por qué lo rechazas, entonces? ¿Porque un día un hombre sin escrúpulos te dijo que eras una bruja, que ibas en contra de los designios del Señor? Te voy a hablar con franqueza, aun a tenor de hacerte daño con mis palabras. Aunque puedo leer entre líneas que tu relación con tu exmarido no era un camino de rosas, nunca debiste hacer caso a sus comentarios malintencionados. Tienes un don, una herramienta que te puede conducir a hacer cosas increíbles.

—Pero la Iglesia condenaba a las personas como yo en el pasado. ¿Cómo olvidar eso?

—Por favor, Maritza, no me hables de la Santa Inquisición. Creo que es una parte oscura de la historia de nuestra Iglesia, una que nunca debió ocurrir y que fue producto de la ignorancia de la época. Al parecer, en aquel siglo, se olvidaron de releer —concreta emitiendo un bufido muy poco profesional después—. Además, creo que tu fe se asienta en los pilares equivocados. Quizá debas darle una vuelta a los valores reales que transmiten las Sagradas Escrituras, pues el divulgador, en ocasiones, comete errores.

Con cientos de cosas rondando por mi cabeza y con unas cuantas tareas importantes que llevar a cabo, me despido de Jesús para ir al encuentro de una persona a la que necesito más que nunca. Caridad, mi querida *pura*.



CAPÍTULO 40

YOTUEL

Esto debe de tratarse de una broma, una cámara oculta o alguna retorcida idea de la pelirroja para castigarme, porque después del caliente encuentro que acabamos de vivir, el fuerte orgasmo que nos acaba de sacudir y lo mucho que ambos lo hemos sentido y disfrutado, que rompa la paz poscoital nombrando a su jodido ex, no tiene otra explicación posible. Que si me llega a preguntar por el cambio climático, el valor del euro o el precio de la luz, os prometo que no me molesta tanto.

Entiendo que es su socio, incluso que, después de tantos años juntos, son amigos y es normal que hablen y comenten cosas. También comprendo su emoción por terminar con ese bloqueo que la atormentaba y la ilusión de poder plasmar todas las nuevas ideas de la futura colección y claro, él algo tiene que saber de sus avances. Todo eso lo acepto, pero que lo primero en lo que piense nada más terminar de hacer el sea en ese estirado me enciende, y no en el mejor sentido de la palabra.

Como un fiñe al que acaban de robar su chocolate favorito, es decir, cabreado como un gorila plateado, me levanto de la cama y voy directo a la ducha. Soy consciente de que el agua no calmará mi mal humor, aunque sí espero que lo enfríe lo suficiente para evitar una nueva pelea entre nosotros. Sin embargo, Valentina parece tener ganas de guerra y decide seguirme con los brazos cruzados, el morro torcido y la mirada lanzando dagas, todas en mi dirección.

—¿Se puede saber qué narices te pasa ahora? —pregunta con esa chulería tan suya, esa que

suele excitarme hasta el extremo, pero que hoy consigue el efecto contrario.

—Nada.

Reconozco que no es la respuesta más brillante y locuaz del mundo, aunque en mi estado y con todos los disparates que pasan por mi mente, azuzados por esos malditos celos que despierta en mí, puede considerarse la respuesta del millón.

—Mi abuela siempre decía que el que nada no se ahoga, y parece que a ti te va que ni pintado ese refrán, porque como no te ahogues tú solito con la ducha, te prometo que lo haré yo.

Respiro hondo e intento calmarme, no soy muy fan de los pleitos, discusiones o enfrentamientos, por eso mismo prefiero evitarlos, aunque muchos me tachen de *guacarnaco*. Pero con Valentina no puedo evitarlo y acabo entrando al trapo, tal y como ella desea.

—¿Sabes lo que suele decir mi abuelita? Que el que calla no discute y parece que a ti te va que ni pintado ese refrán, porque como no te calles tú solita, te prometo que lo haré yo.

—Menos mal que al niño no le sucedía nada, ya que de hacerlo solo te faltaría que te salieran subtítulos.

Ignoro sus palabras y me centro en enjabonar mi cuerpo, pero su descarado escrutinio no me ayuda y mi querido amiguito decide levantarse juguetón reclamando atención. ¡Joder! Ni ducharme tranquilo y masticando mi enfado me deja este par. Con toda la rabia que recorre mi cuerpo, cierro el grifo y salgo de la ducha. Necesito alejarme, respirar, centrarme y deshacerme de estos celos que amenazan con engullirme.

—Puedes dejar de hacer el gilipollas y decirme de una vez ¿qué te ocurre?

Nada, que no hay forma de que me deje en paz, no. Ella tiene que insistir una y otra vez, hasta salirse con la suya y, aunque he intentado no caer, al final termino soltando lo que me ha provocado este estado de mala hostia.

—Deja de tocarme los *berocos* con tanta pregunta y llama a tu querido Rodrigo, seguro que estará encantado de saber las nuevas noticias.

Me maldigo y golpeo mentalmente nada más hablar, pues al hacerlo en voz alta me doy cuenta de lo estúpido que sueno y de lo mucho que mis palabras molestan a la pelirroja. *Para no querer guerra, lo has bordado*, oigo de fondo la voz de mi conciencia, esa que cuando la necesito está muda y cuando no me explica la teoría del caos en mandarín.

—No me lo puedo creer, ¡estás celoso! Acabamos de compartir cama, he dejado que entres por la puerta de atrás, me he entregado por completo a ti y tú ¿me sales con tus estúpidos celos? ¡Esto es increíble!, mira, cubano, madura de una jodida vez y aprende a hablar las cosas antes de montarte películas sin sentido. Rodrigo es mi socio, mi amigo y una de las personas en las que más confío del mundo, hablaré con él las veces que me dé la gana, al igual que lo haré con cada tío que me apetezca. No eres mi dueño y no te debo pleitesías u obediencia, como tampoco me las debes tú a mí.

Salí del baño sin darme opción a réplica y vuelvo a maldecirme. Acabo de estropearlo todo, he roto nuestra pequeña burbuja y lo peor es que sigo celoso, pues que ella reconozca que seguirá hablando con ese seboruco me enferma. Me visto con lo primero que pillo y salgo del *gao* dando un fuerte portazo. Sé que la puerta no tiene la culpa de mis problemas, pero qué bien sienta pagar mi frustración con ella.

Nada más salir a la calle llamo a Kalevi y quedamos en un bar cercano al puerto, de normal lo haríamos en el Viva Cuba, sin embargo, ahora mismo no puedo tener cerca a mis hermanas y sus cotillas interiores, y mucho menos a mi abuelita y sus dones divinos. Necesito a mi mejor *asere*, una plática absurda y una buena *láguer*. Antes de montarme en el coche, termino llamando también a Jesús para que se una a nosotros.

Sentados en el bar Mambo, aguardan a que les cuente el motivo de esta quedada tan improvisada, bueno, el cura lo hace, ya que Kalevi no deja de dar golpes con el pie para que empiece a contarles el brete que nos ha traído hasta aquí. Como no consigue que arranque, es él quien lo hace de forma sutil —toda la que un finlandés de casi dos metros con cero tacto, nulas dotes sociales y cero empatía es capaz— .

—¿Qué cojones has hecho ahora? —¿Veis? Todo sutileza y dulzura.

Le hago una señal hacia Jesús, que nos mira divertido. Está claro que poco a poco se ha convertido en nuestro *compay*, alguien en quien confiar, pero sigue siendo cura y no creo que las salidas de tono del albino sean correctas.

—Perdona, padre, pero nuestro amigo es un capullo y estoy seguro de que esta invitación se debe a que ha vuelto a cagarla con la estirada.

—No hay problema, os he dicho muchas veces que antes que cura soy hombre, y no me asusto por oíros hablar así. Aunque sí te digo que Valentina me parece muchas cosas, pero para nada una estirada, algo me dice que su forma de actuar es una coraza para evitar que le hagan daño.

Sonríó ante las palabras de Jesús, él ha sido capaz de ver a la verdadera Valentina, esa que se esconde detrás de mil capas de frialdad, cuando en el fondo es puro corazón. Sin embargo, Kalevi, por su carácter y, sobre todo, por su pasado, no le da una oportunidad a nadie, quizá ese sea el motivo de que ambos mantengan las distancias.

—Puede que tengas razón, Jesús, pero yo he sufrido a la dama de hierro y más que corazas os aseguro que tiene mala hostia, aunque ahora ese no es el tema. Así que, Yotuel, dinos de una vez qué has hecho para enfadar a Valentina, porque viendo tu cara de sepia y las prisas por vernos, tengo claro que eres el único responsable.

Tras dar un largo trago a mi *láguer*, les cuento el motivo de mi enfado y mi arranque de celos, ambos me escuchan sin interrumpirme, permitiendo que me desahogue como tanto necesito; solo al terminar me dan su opinión:

—Los celos no son buenos consejeros, Yotuel, nos hacen ver demonios donde no hay ni sombras, crean desconfianza y malentendidos, ponen barreras y, si les das pie, pueden corromper el amor más puro. Valentina es libre y puede hablar, verse y salir con quien ella desee, sobre todo si esa persona es su socio y el hombre con el que ha compartido su vida. Debes respetarla, no interferir y lo más importante: no dudar.

—Yo no voy a ser tan correcto como Jesús, me conoces y sabes lo mucho que la cagué con Nati cuando los celos y el jodido alemán se cruzaron. Pero Valentina solo ha hecho un comentario y tú te has equivocado con la respuesta.

—Acabábamos de tener un momento íntimo, Kalevi, estábamos en la cama y si aún no podía respirar con calma, imagínate si podía pensar. La he fastidiado, lo sé, ¡joder! Pero me dolió que su primer pensamiento después de singar, fuera para ese, ese...

Estoy tan ofuscado que no encuentro las palabras, por suerte, mi *compay* decide ayudarme, describiéndolo a la perfección:

—¡Gilipollas! —afirma el albino por mí—, Rodrigo es un gilipollas con todas las letras, ese tipo tiene algo que no me gusta y mi morena opina igual. Sin embargo, eso no te librará de que esta noche duermas en el sofá y puede que mañana también.

Los tres rompemos a reír por su afirmación, pues conociendo a la pelirroja es una opción muy posible y, siendo sincero, el castigo menor que merezco por comportarme como un auténtico verraco. Decidimos comer los tres juntos, disfrutando de nuestra compañía, de los disparatados planes de reconquista y de mi más que posible noche en el *chaise longue* del salón.

El pequeño equipo que hemos formado es curioso cuanto menos, porque ya me diréis qué

podemos tener en común un cura español, que ve paz y buenas sensaciones por todos lados; un finlandés patrón de barco, que odia a todo el mundo; y un cubano arrendatario, con salsa en las venas y dispuesto a repartir *amol* y fastidiar las cosas a la menor oportunidad.

Nada, en común no tenemos nada, sin embargo, ellos me dan la perspectiva que muchas veces me falta, me hacen ver mis errores y me ayudan con sus consejos. Los que sigo, claro, ya que los que suele darme el albino no son una opción, pues terminaría con mis *berocos* en bandeja de plata.

Varias horas después nos despedimos, pues Jesús tiene que dar misa —jamás había estado la iglesia tan llena de feligresas, a esta marcha tendrá que dar número para ver al cura en acción— y Kalevi no soporta estar más tiempo sin su morenita. Yo debería ir a mi *gao* para solucionar las cosas con la pelirroja, pero como soy un cobarde, prefiero alargar ese momento todo lo que pueda y me entretengo mirando la nueva decoración de los diferentes escaparates con los que me voy encontrando.

Ver esos pequeños querubines, corazones por todos lados, bombones, velas, champán y cientos de mensajes bonitos me hacen sonreír. Porque, aunque estemos a finales de enero y todavía haya gente en modo Navidad —Nati es una de ellas—, Cupido ya ha empezado a trabajar lanzando sus flechas cargadas de amor y los comercios no dudan en dar ideas a esos enamorados que desean celebrar ese día.

Admito que yo soy uno de ellos, desde niño en casa celebrábamos ese día como si fuese una gran parranda, mi *pura* y abuelita nos preparaban un gran desayuno, unas tarjetas en las que nos decían lo mucho que nos querían y un regalo nada ostentoso, sino más bien sentimental —no teníamos mucha astilla para despilfarrar y tampoco era lo que ellas querían—. Salíamos a comer, al parque, a bailar o todo lo que se nos ocurriese, logrando que para nosotros ese día fuera especial.

Conforme voy andando y los recuerdos asoman, una idea algo loca comienza a formarse en mi cabeza. Nunca he celebrado San Valentín teniendo *jeba*, no sé muy bien cómo se hace o planifica, tampoco es que ahora la tenga, pues entre Valentina y yo hay muchas cosas, pero no tengo claro que una relación sea una de ellas. Por no mencionar que a la pelirroja no la veo muy fan del niño del arco y las demostraciones de amor.

Sin embargo, quiero tener un detalle especial con ella, deseo que adore ese día tanto como lo hago yo, y no voy a dejar que el *ñao* a su posible reacción me impida hacerlo. Con todo el cargamento que necesito en mis manos y una sonrisa de *mamagüevo*^[119] en la cara, me marchó al *gao* para comenzar con mi plan.

Al llegar la encuentro en el salón vestida con una de mis camisetas, su moño imposible y una concentración absoluta dibujando. No repara en mí y aprovecho esos segundos para empaparme de su belleza y dejar que de nuevo las palabras de mi abuelita resuenen con fuerza en mi cabeza: *Se acerca una tormenta roja, apuesta todo al rojo*. Por primera vez estoy de acuerdo con ella, Valentina es mi tormenta, mi color y mi destino; y no descansaré hasta que ella lo vea.

—¿Piensas seguir mirándome toda la tarde? Lo digo por empezar a cobrarte.

—No soy el culpable de que seas la titi más bonita de todo el edificio.

Pongo mi mejor cara de fiñe junto a mi sonrisa estrella, esa que según Dayana me libra de todo mal, pero que en la pelirroja no causa ningún estrago, pues sigue mirándome con ganas de matarme.

—Ya se te ha pasado la tontería, ¿no? —Asiento con la cabeza y ella continúa—: Me alegro, cubano, aunque siento decirte que a mí me va a durar un rato más, es lo que sucede cuando me tocan los ovarios a dos palmas.

—Lo siento.

Tendría que ser capaz de darle la disculpa que merece, de explicarle por qué actué como lo hice y lo mucho que me arrepiento, sin embargo, mi cerebro es incapaz de formar dos palabras seguidas y eso enfada todavía más a Valentina.

—Yo no, Yotuel. No siento que seas un idiota, un cavernícola y un capullo que se deja llevar por unos absurdos celos que solo están en su cabeza. Me he entregado a ti como nunca antes lo había hecho, ni siquiera con Rodrigo, y sigues dudando de mí. Sé que no soy buena con las palabras, que no manejo los sentimientos o emociones, pero soy leal, transparente y clara. Te aseguro que si quisiera estar con Rodrigo, o cualquier otro tío, lo estaría, pero nunca y ¡óyeme bien!, jugaría contigo.

—Lo sé, y quiero que sepas que jamás haría nada para cortarte las alas o privarte de tu libertad.

—No lo parecía esta mañana cuando en dos segundos has pasado de ser un adorable oso panda a un hipopótamo con almorranas.

Su comparación me hace reír a carcajadas, provocando las suyas y rebajando su enfado varios grados. Sigue molesta conmigo, aunque ya no desea matarme o, al menos, no hacerlo de forma literal. Me observa de manera descarada y por fin ve la pequeña caja que sostengo en las manos.

—¿Es para mí? —cuestiona ansiosa y se levanta de un salto para arrebatármela.

Observo cómo la abre y cómo su gesto cambia de alegría a confusión, provocándome una ternura y unas ganas de besarla que apenas puedo controlar.

—No eres muy bueno con los regalos, cubano.

—¿Tú crees? —Esta vez soy yo quien pregunta, intentando controlar la risa que asoma en mis labios.

—Ya me dirás, guapito. Me has regalado unos vales hechos a mano que ni te has molestado en rellenar, ya podrías habértelo currado un poco, que se supone que quieres ganarte mi perdón.

—Te equivocas, guapita. No quiero ganarme tu perdón, quiero ganarme tu corazón y con esos vales te entrego libertad absoluta para pedirme todo lo que desees.

Su mirada se ilumina y mi amiguito brinca de emoción imaginando todo lo que Valentina podría pedir y él estaría dispuesto a cumplir.

—Me estás diciendo que puedo pedirte lo que quiera y tú lo cumplirás, ¿no?

—Dentro de mis posibilidades, sí.

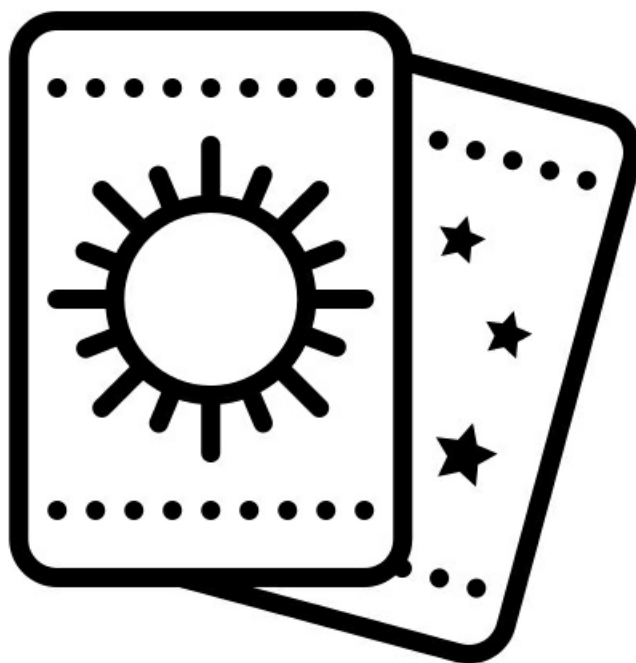
Deja la caja sobre la mesa y coge uno de los cientos de lápices que hay sobre el escritorio para escribir su primer deseo. Reconozco que los nervios me pueden, conociendo a Valentina es capaz de pedirme todo el Ushuaia Ibiza Beach Hotel para ella sola y se queda tan tranquila, y a menos que la familia Matutes me adopte o secuestre el hotel, lo tengo difícil. Aunque haría todo lo posible por conseguirlo, así de *guacarnaco* soy.

Sin dejar de sonreír, deja el lápiz y me entrega la nota.

Vale por...

Hacerme tuya de todas las formas que imagines hoy, mañana y mientras dure esta locura.

Leo la nota y la guardo en el bolsillo del pantalón antes de recorrer la pequeña distancia que nos separa y devorar su boca con ansias. Tantas como las que tengo de hacerlo con su cuerpo, alma y corazón.



CAPÍTULO 41

CARIDAD

Da igual las veces que eche las cartas, lo mucho que las remueva, las mire o las ganas que tenga de que salga algo distinto en ellas, siempre es lo mismo. Se avecinan cambios y, por desgracia, no todos serán buenos, algo muy malo se cierne y no logro ver con claridad hacia quién se dirige.

El *ñao* a que mi familia sufra me atormenta, ellos han soportado mucho, han padecido golpes, insultos, desprecios, humillaciones y dolor. La vida debería darles un respiro y permitir que sean felices, pero el destino no detiene sus planes y mueve sus cartas para alterar la paz de todos.

Lo único bueno de toda esta situación es que por fin mis chicas empiezan a aceptar sus dones. Mayelin ya no *coge berro* cuando me ve con las cartas en las manos o le explico alguna de mis visiones, es más, muestra interés y no tiene *ñao* a explicarme las suyas. Todo lo que sucedió fue demasiado para ella, solo era una chama y no supo cómo actuar, y eso la ha atormentado durante demasiado tiempo. Aunque, por suerte, empieza a perdonarse y es un enorme paso que la ayudará en su futuro.

Pero lo que de verdad me hace feliz es ver cómo mi Maritza vuelve a ser ella, y todo gracias a la llegada de Jasper, ese enorme finlandés con cara de bueno y cuerpo de revista. Mi chama vivió un calvario al lado del miserable de su marido, la hizo sentirse un *grillo*^[120], una inútil y alguien inferior y dependiente, todo acompañado de *papazos* diarios. Ella pensaba que ninguno nos dábamos cuenta, que conseguía engañarnos a todos, nada más lejos de la realidad, pues yo sabía qué sucedía en ese *gao* y, aunque intenté ayudarla ofreciéndole una salida, mi *fiñe* siempre se

negaba.

El día que abrió los ojos fue cuando en una de las muchas palizas que recibió delante de las niñas —Yotuel era apenas un bebé y no recordará nada de eso—, fue Lisandra quien terminó recibiendo los golpes. Ese día Maritza comprendió que si seguía aguantando esa situación, serían sus fiñes quienes sufrirían las consecuencias. Ella aceptaba su destino, pero no quería ese calvario para ellos y, sin mirar atrás, me hizo caso y cogió a sus hijos para que nos marcháramos de su *gao* y de Cuba.

Se dedicó en cuerpo y alma a darles un futuro, una oportunidad y una vida, olvidándose de ella misma. Se negó a tener citas, tampoco se ha molestado en conocer a otro hombre, asegurando que todos menos su Yotuel son iguales. Pero la llegada del finlandés ha hecho renacer a la mujer que llevaba tantos años encerrada, y con esa liberación han resurgido sus dones. Porque sí, ella también los tiene, por mucho que haya intentado ocultarlos, pues siente que por ellos su vida fue un castigo.

Lo único malo de todo fue el maldito Jorge Luis, que aun teniendo nombre de culebrón, resultó ser un grandísimo *hijueputa*. Solo espero que Jasper sepa darle el *amol*, confianza y cariño que mi chama tanto merece, porque de no ser así, poco me importará su amistad con mi *compay* Nicolás y terminaré haciéndome un collar la mar de llamativo con sus *berocos*.

El alboroto que proviene de la cocina me avisa de su llegada y, para no alargar más su agonía, salgo en su búsqueda. Sé lo mucho que me necesita en estos momentos, no solo porque sea un poco bruja —que lo soy, es una de mis muchas virtudes—, más bien es porque una *pura* sabe cuándo su hija la necesita.

—Fuera, *cazueleras*^[121], este asunto nada tiene que ver con vosotras. —Yanet, Lisandra, Dayana y Mayalin me miran con ganas de replicar, pero se contienen, saben que su *pura* necesita ayuda y soy la única que puede dársela.

Una vez a solas, y después de comprobar que las cuatro metiches no están con la oreja puesta, me siento al lado de mi fiñe, sujetando sus manos para que sepa que estoy a su lado, y dejo que lllore todo lo que lleva guardando desde hace más de treinta años.

—Soy... soy... un ser... ho... horrible, *pura*.

—¿Tú? —pregunto sorprendida y ella asiente varias veces, insisto mientras vuelve a llorar sin consuelo—. Puedo saber ¿por qué dices tal tontería?

—Lle... llevo engañándote mu... mucho tiempo, os he en... engañado a todos.

—Pequeña, llevas intentándolo mucho tiempo, pero nunca lo has conseguido. Sé toda la verdad, lo mucho que has sufrido y te has atormentado por tus dones y, sobre todo, por culpa de ese desgraciado al que sigues dándole poder.

—Pe... co... no...

Su confusión al verse descubierta me llena de ternura, mi fiñe intenta ser una mujer fuerte, decidida y segura, sin embargo, en el fondo se siente perdida. Hace años que deberíamos haber mantenido esta conversación, pero no quise presionarla, decidí esperar y ahora veo lo equivocada que estaba. Maritza no necesita tiempo, necesita un buen tirón de orejas y un empujoncito que estoy más que dispuesta a darle.

—Mi chama, soy tu *pura*, te conozco mejor que tú misma, por eso sé que no eres una mala persona ni un ser horrible, un poco *guacarnaca* sí, pero nada más. Necesitas sacar fuera todo lo que te atormenta y es lo que vas a hacer, después ya me contarás qué te traes con el finlandés potente, que no creas que en eso también me has engañado.

—Entre Jasper y yo no hay nada.

No necesitaba ninguna confirmación, aunque de hacerlo ya la tendría, pues esa rapidez al

contestar, el temblor de su voz y sus mejillas como dos chiles habaneros no dejan lugar a dudas de que entre ellos hay algo.

—Al finlandés lo dejamos para el final con un buen cañangazo, pero primero cuéntame qué te tiene en este estado.

Sorprendiéndome, porque no esperaba que fuera a ser tan fácil, me habla de sus dones, de lo feliz que se sentía al poder ayudar a los demás, del maldito día que habló con su ex y lo mal que la hizo sentir. Tanto que decidió olvidarse de ellos, encerrándolos en lo más profundo de su alma, hasta hoy, que una nueva visión ha aparecido despertando todo su sufrimiento.

No me sorprende que lo primero que haya hecho sea ir a la iglesia, esperando encontrar una paz y un perdón que solo logrará si acepta su destino. Las palabras de Jesús han sido un gran bálsamo para ella, aunque no la solución, por eso está aquí y, aunque me gustaría darle una respuesta clara a lo que ha visto, me es imposible.

—Cariño, se avecinan cambios, lo sé, yo también lo he visto, sin embargo, no puedo decirte nada más. Tenemos que estar muy atentas a las visiones y ayudar a quien nos necesite.

—*Pura*, esa mujer de mi sueño quiere hacerle daño a alguien, he sentido su odio y maldad. Tenemos que detenerla, ¡tenemos que hacer algo!

—No podemos, chama. Nosotras no podemos interferir, no es nuestro cometido, aunque te prometo que haremos todo lo posible para descubrir quién es esa mujer y cuáles son sus planes.

—¿Y si no llegamos a tiempo? ¿Y si les hace daño a las chicas o a Yotuel? No puedo fallar otra vez, no podría soportarlo.

Entiendo mejor de lo que cree cómo se siente, pero estamos atadas y solo podemos ver lo que quieren que veamos y nunca entrometernos, las consecuencias serían fatales para todos.

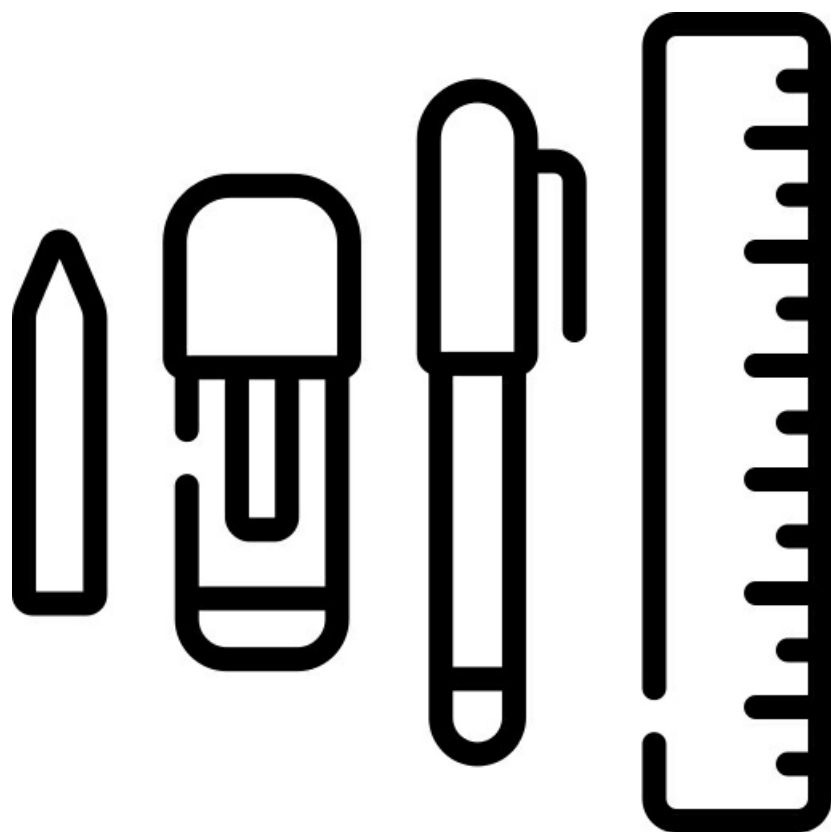
—Lo haremos juntas, te prometo que no soltaré tu mano, pero tú debes prometerme que no volverás a esconder tus dones, ellos son parte de ti y, si quieres ser feliz, tienes que aceptarlos.

—Lo haré, *pura*, te prometo que no volveré a ocultarlos.

Nos fundimos en un fuerte abrazo que nos une más que nunca, al igual que hace con los trocitos de corazón de mi pequeña. Hoy es un nuevo comienzo para ella, una nueva oportunidad para ser feliz, y pienso hacer todo lo que esté en mis manos para que así sea. Cuando nos separamos su sonrisa sincera es contagiosa y termino uniéndome a ella.

Podría callarme y disfrutar de este pequeño momento de paz entre ambas, pero de hacerlo no sería yo, además de que la curiosidad por saber puede conmigo y termino preguntando sobre la nueva ilusión que brilla en sus ojos café.

—Y ahora sí, dime, ¿qué te traes entre manos, y otras partes más placenteras, con ese tal Jasper?



CAPÍTULO 42

VALENTINA

Me había vuelto una romántica de manual y todo apuntaba a que ya no tenía remedio esta nueva situación. Nunca he sido una persona dada a las muestras de cariño en general, salvo con mi hermana, a quien me une un vínculo más allá de la sangre. Me cuesta mucho coger confianza con la gente, siempre me mantengo algo distante y no me gusta que los desconocidos me toquen. Hay veces en las que hasta dar la mano me supone todo un suplicio, ya ni os cuento lo que es cuando me toca dar dos besos —costumbre que sigo sin entender, por cierto—. Y, de repente, me he vuelto un oso amoroso escribiendo notas edulcoradas a un hombre que me pone cardiaca y de los nervios por igual. ¡Ver para creer!

Sin embargo, si hay algo que caracteriza a la mayoría de las mujeres es nuestra picardía, algo que la mayoría de los hombres no tiene. Somos seres ladinos capaces de esperar lo que haga falta para aquello de servir la venganza en plato frío. Y yo, como buena integrante del género femenino, voy a hacer gala de mi título de vengadora en los próximos dos días.

A ver, lo que he puesto en la nota es cierto, no he engañado a Yotuel con mis palabras. Quiero seguir en este torbellino de emociones que me hace sentir, quiero experimentar todo junto a él. Aunque la parte sexual me tiene loca, no se trata solo de eso, mis ganas consisten en algo superior que he encontrado mientras hacía equipo con el cubano. No obstante, no me avergüenza decir que una parte de mi ha puesto ese texto como primer deseo para que se confíe y piense que todo estaría arreglado con una noche y un día entero cargados de pasión. Nada más lejos de la

realidad. Ese hombre, que ahora mismo yace gloriosamente desnudo en nuestra cama, se va a dar cuenta pronto de las consecuencias de ofrecer un vale en blanco como medio para una reconciliación.

De momento le voy a dejar dormir porque necesito concentrarme en otras cosas. Ayer hablé con Rodrigo para comunicarle que tenía la colección e indicarle que se la mandaría por *e-mail*, así que abro mi correo para ver si tengo una respuesta. En efecto, ahí está, una parrafada inmensa llena de entusiasmo y buenos deseos donde alaba también mi talento y ese lavado de cara que le quiero hacer a la marca.

La contestación de mi socio hace que suelte el aire de golpe y me relaje. No es porque no confíe en mis diseños, pero esa primera opinión sobre algo que has creado de cero siempre se espera con cierta tensión. Además, mi ex tendrá muchos defectos, pero cuando se trata de *marketing* y del mundo de la moda es un hacha. Si él hubiera considerado mala mi idea, hubiera tenido que empezar de nuevo, mal que me pese, pues lo último que quiero es que el barco se hunda.

Termino de leer su mensaje, en el cual pone que le va a pasar la colección a Platinum y que me avisará en breve, y concluyo mi visita por el correo eliminando la cantidad descomunal de *spam* que tengo en mi bandeja. En serio, ¡qué gente más cansina!, le daría un euro a cada uno con tal de que dejaran de mandar tanta mierda.

Como llevo días sin hablar con Jordina, entro en el chat para indicarle que estoy viva y preguntarle cómo va todo por Altea. A los pocos segundos me entra una videollamada que acepto encantada.

—¿Tú no estás trabajando? —pregunto un tanto extrañada.

Son las diez de la mañana y debería estar en la clínica, sin embargo, se encuentra paseando por la playa.

—Buenos días a ti también, caramelo de nata —contesta con solemnidad, inclinando la cabeza como si estuviera saludando a una reina, una llamada Caramelo de nata—. Y, respondiendo a tu pregunta, aunque creo que es obvio por las vistas: no, no estoy trabajando.

—¿Y eso por qué?

—Creía que entendías el significado de veterinaria en prácticas, hermanita. Aunque tu cara indica lo contrario, pues pareces bastante satisfecha, no tengo muy claro si te está sentando bien el viaje. Me parece que Ibiza te está atontando.

—Déjate de tonterías, rubia. Claro que entiendo la definición, pero pensaba que te quedarías allí al terminar el periodo de aprendizaje.

—¡Ojalá! Pero no, no van a hacer contrataciones. Así que, ahora soy una feliz veterinaria en paro.

—Lo siento mucho, cariño. Sé que te gustaba mucho ese sitio.

—Bueno, me encantaban mis compañeros y estar con los animales, pero mi jefe era un gilipollas, así que no hay mal que por bien no venga. Lo importante es que ya tengo el título y puedo empezar a buscar.

—Seguro que consigues el trabajo de tus sueños, no tengo duda de tus capacidades.

—Gracias, preciosa. Y tú, ¿cómo vas?

—Pues bien. Bueno, miento, voy muy bien. Acabo de terminar la nueva colección y creo que es...

—¡Cielo santo!

El grito de mi hermana, acompañado de unos ojos abiertos como platos, me hace girarme al instante. ¡Cómo no!, ahí está el cubano, sin otra cosa encima que unos calzoncillos. La madre

que lo parió, yo lo mato.

—Joder, hermanita. ¿Qué pasa en Ibiza? ¿Los coleccionan en serie? Primero Kalevi y ahora este bombón. ¿Las mujeres son iguales? Porque de ser así, voy a tener que ir para allá a ver si me cae del cielo una que me haga girar la cabeza como la niña de «El exorcista».

—¡Por Dios, Jordina! Córtate un poco. Y tú —indico mirando de nuevo al moreno—, haz el favor de vestirte.

—Creo que tapo lo más importante, pelirroja.

Lo miro con cara de querer arrancarle la cabeza y él me contesta con su sonrisa ladeada efecto calor. ¡Qué cabrón!, cómo sabe cuál es mi punto débil. Pavoneándose un poco, como si fuera el modelo de una fragancia obscenamente cara, camina hasta mi posición y me planta un morreo que me deja dando vueltas como una peonza.

—Perdóname, linda. Quería darle los buenos días a tu hermana como se merece —saluda a Jordina mientras yo me revuelvo en la silla por la excitación contenida—. Encantado, soy Yotuel, alias el cubano, alias no sé qué más, porque estoy seguro de que la pelirroja me llama de alguna otra manera bastante imaginativa.

—Hola, guapetón, yo soy Jordina, alias la hermana pequeña. Y por experiencia te diré que con Valentina lo importante es que te llame.

Ambos estallan en carcajadas en una sincronía perfecta, a la par que yo pongo los ojos en blanco. Estos dos se parecen más de lo que me gustaría, me da miedo imaginar el momento en el que se conozcan. Si es que ese encuentro tiene lugar algún día, claro. Debo cortar este primer contacto lo antes posible si no quiero salir escaldada.

—A ver, dúo sacapuntas, dejad de reiros a mi costa. Hermanita, mantenme informada de tus progresos en la búsqueda de empleo.

—A sus órdenes, mi capitana —concluye Jordina con saludo militar incluido, la muy chinche—. Un placer conocerte, Yotuel.

—Lo mismo digo, hermosura. Y si al final decides venir a Ibiza, igual yo puedo hacer algo por ti.

—¿Placer o negocios?

—Ambos.

—Uy, esto se pone interesante.

—Vale, venga, ya está bien. Hasta otro día, enana.

Cuelgo sin más, dejando a la otra con una expresión ilusionada en su rostro y con algunos temas pendientes entre las dos.

—¿Por qué le dices eso a mi pequeña?

—¿El qué? ¿Que puedo ayudarla? No es mentira.

—Ah, ¿no? ¿Quizá sabes de alguna clínica que necesite una veterinaria? ¿Acaso conoces a la mujer de sus sueños?

—Voy a responder con un «puede» a ambas preguntas. No solo de *gaos* vive el hombre, se da la casualidad de que tengo también un bajo alquilado, precisamente, a una de las clínicas veterinarias más grandes de Santa Eulalia. No sé si necesitan personal, pero puedo hablar con Juan, el dueño, y ver qué podemos hacer.

Su ofrecimiento hace que mi corazón se salte un latido. Me parece encantador que quiera ayudar a mi hermana sin conocerla y de una manera tan desinteresada. No sé qué pasará con mi vida, tengo demasiadas cosas en las que pensar, pero no por ello voy a cortar las alas de Jordina, sobre todo con la ilusión que sé que le hace dedicarse al cuidado de los animales.

—¿Y qué me dices de la mujer?

—Bueno, igual a Jordina no le gusta, pero yo encuentro a Mayelin bastante atractiva.

—¿Tu hermana? No sabía que le gustaran las mujeres.

—En realidad es bisexual. Supongo que no te has dado cuenta porque no le gusta vestir todos los días en tonos pastel.

—Qué gracioso te has levantado, cubano.

Sus brazos rodean mi cintura para acercarme a su torso, mientras su garganta emite una risa ahogada de lo más sexy y varonil. Por un instante mis neuronas se fríen debido a su cercanía, lo que provoca que mis labios vuelvan a unirse a los suyos, esta vez para degustar un beso lento con el roce de nuestras lenguas como protagonista. No obstante, la cordura llega con un fogonazo, uno que me recuerda que debo cumplir una misión.

—¿Sabes? Me encantaría quedarme así todo el día, repetir lo que estuvimos haciendo ayer. Pero... me gustaría pasar el día contigo al aire libre. Quiero pedir mi segundo vale.

Se separa un poco de mí, manteniendo los ojos cerrados, al mismo tiempo que hace unas cuantas respiraciones para calmarse, a ver si consigue de paso que su erección baje. Contengo las ganas de reír que me entran, pues la visión es bastante cómica. Pobrecito, me da hasta pena, aunque esto no es lo peor que vivirá hoy.

—Vale, pelirroja, lo prometido es deuda. ¿Qué has pensado? —cuestiona mientras conecta nuestras frentes en un gesto la mar de tierno.

—Verás, he pensado en ir de compras.

—¿A comprar qué?

—Ropa.

—*Mamey*, tienes un vestidor que parece que vaya a reventar. No creo que necesites añadir nada más.

—Lo voy a necesitar porque quiero donar más de la mitad. Hay muchas cosas que no me pongo desde hace un par de años, lo típico que guardas por si acaso, pero que al final nunca te pones más. Necesito cosas nuevas.

—De acuerdo, pero ¿por qué no lo pides por internet? Yo lo hago. Pierdes menos tiempo y te lo traen a casa.

—Claro, tú lo haces porque puedes hacerlo, porque tienes un cuerpo de proporciones normativas esculpido por alguna deidad africana, no obstante, eso no lo puedo hacer yo. No soy precisamente una mujer 90-60-90, y no me quejo, adoro mi cuerpo, pero eso se traduce en que debo probarme la ropa antes de comprarla. No todo se acopla a mi figura como debería.

—Odio ir de compras, pelirroja —manifiesta con cara de tristeza, como si fuera un niño que se está aburriendo solo de pensarlo.

—Lo sé, pero me prometiste que harías todo aquello que te pidiera. Además, ya no se trata del puñetero vale, quiero pasar el día contigo, paseando, viendo tiendas, comiendo en algún bar de tapas. Vamos, lo típico.

Un, dos, tres y ¡pam! Ahí está, la resignación unida a unos ojos que brillan más que nunca, llenos de ternura y cariño. He jugado sucio, lo sé, aunque tampoco he mentido. Quiero pasar el máximo tiempo posible con él, conocerlo mejor, compartir cualquier tontería. Es solo que he dicho las palabras que sabía que lo iban a ablandar.

—De acuerdo, tú ganas, *mamey*.

Con un grito, más propio de una colegiala entusiasmada con la *boy band* de moda que de una adulta hecha y derecha, me lanzo a sus brazos para agradecerle que haya accedido. Con un poco de coacción..., pero ha aceptado a fin de cuentas.

—Venga, vamos a cambiarnos que se nos hace tarde. Hoy toca compras y mañana limpieza.

—¿Disculpa?

—Necesitaré que me ayudes a poner en bolsas las prendas que descarte y que me lleves a un sitio donde las pueda donar.

—Creo que me arrepentiré de haberte dado ese vale en blanco.

—No lo sabes tú bien —concluyo en voz bajita para que no me oiga.

El plato frío va a ser lo más horrible que Yotuel haya probado nunca.



CAPÍTULO 43

CAYETANA

Me encuentro en la sede de Mélange, mi pequeño imperio, con un martini que ha preparado mi asistente para mí y la vista fija en el ventanal a través del cual puedo ver Barcelona a mis pies. El fin de la misión está por llegar, ya casi puedo saborear el éxito. Sin embargo, me mantengo con la cabeza fría, pues si algo me ha enseñado este camino es que es irregular y puede cambiar en cualquier momento.

Rodrigo me comunicó ayer que tenía algo para mí y quedamos para vernos hoy en mi empresa. Estoy un poco impaciente por ver lo que me trae, ya que entiendo que será la nueva colección de la marca Valentina's. Por lo visto, a la mojigata se le había terminado el bloqueo y había hecho en un día del tirón varios modelos, tanto para hombres como para mujeres, cosa que me alivia profundamente, pues ya veía paralizado mi objetivo por culpa de la tontería de esa niña.

Mientras espero a ese hombre que no he tenido tantas ganas de ver en mi vida, me pongo a recordar el instante en el que Anthony me llamó para indicarme que había encontrado a Valentina. La muy perra estaba en Ibiza, mano sobre mano, sin mover un dedo más que para darse paseos con un moreno. Por un lado, no la culpo por ello, aquel hombre está como un queso y supongo que, después de haber sufrido a Rodrigo tanto como yo, la chica necesitaba que le dieran un buen meneo. Y ese hombre fuerte tiene pinta de saber empotrar como Dios manda. No obstante, por otro lado, me ponía de los nervios pensar que ese nuevo ligue la estuviera distrayendo y que sus diseños no vieran nunca la luz.

En cuanto terminé la conversación con el detective, me lancé a llamar a mi abogado para saber cuál sería nuestro siguiente paso. Él nos citó a mi compañero y a mí en su bufete y allí nos puso al corriente de todo.

—Sabéis que nunca me ha importado cruzar la línea —indicó Alonso en cuanto ambos

tomamos asiento mientras él permanecía de pie—. Muchos de mis clientes tienen negocios de dudosa reputación y siempre tengo que navegar entre dos aguas. Sin embargo, vamos a intentar hacer esto de la forma más legal posible.

—¿Legal? —pregunté sorprendida—. No esperaba que te convirtieras en un cobarde, Alonso. Dijimos que haríamos lo que fuera necesario para arrebatarse el negocio a esa niñata y ahora me sales con estas. ¿Pretendes que pague por la adquisición de la empresa? Soy la futura duquesa de Escalona, por el amor de Dios.

—En primer lugar, me hablarás con respeto, Cayetana. Que yo sepa, siempre he estado disponible para cualquier cosa que necesitaras en tu empresa y he sido un profesional diligente en todo momento. Tu título te lo puedes tragar o utilizarlo para limpiarte el culo, tanto me da, pero conmigo no lo utilices porque si me tocas los cojones tengo material suficiente para ir a por ti. ¿Ha quedado claro?

Me limité a asentir, no pude ni contestar, no porque me diera miedo, aunque sabía que hablaba en serio, más bien porque me puso cachonda perdida y no era cuestión de que Rodrigo se percatase. No obstante, Alonso fue capaz de ver la lujuria que desprendían mis ojos verdes, pues me dedicó una sonrisa cargada de sensualidad. Esperaba que pronto pudiéramos acabar con esa tensión sexual que nos envolvía cada vez que estábamos juntos.

—Buena chica —concluyó, dando media vuelta para sentarse tras su escritorio—. La palabra escogida ha sido legal, porque así será de cara a Hacienda, la ley, la opinión pública y, si hace falta, el puto Vaticano. Eres demasiado conocida por la prensa debido a tu profesión y tu rancio abolengo. Cuando todo se sepa esas pirañas harán lo posible por sacar a la luz todo lo firmado para adquirir Valentina's y, si damos un mal paso, eso podría repercutir en tu futuro. ¿Lo comprendes?

—Alto y claro.

—Me alegro, porque la fiesta va a empezar. Tengo preparado un contrato de mandato por el cual Valentina le otorga el poder a Rodrigo para que venda su parte de la empresa en su nombre. Cuando esté firmado por ambos prepararé la compraventa de esa parte de la sociedad a nombre de Cayetana. En cuanto al precio, le pondremos el más bajo que nos permita la tasación y haremos una transferencia a su cuenta. Todo bien reflejado y cristalino.

—Pero eso no lo aceptará ni muerta —intervino mi acompañante por primera vez desde nuestra llegada—. Yo la conozco bien, se aferrará a esa empresa con uñas y dientes, es su bebé. En su caso no se trata de dinero, ella no le da importancia a esas cosas, pero no soltará a su niño así como así.

—Sí, si sabes jugar bien tus cartas. Aquí es donde viene la otra parte de la línea, una que nadie sabrá ni podrá ver. Tienes que convencerla para que firme sin leer los documentos.

—Y ¿cómo coño esperas que haga eso?

—Sinceramente, me importa una mierda cómo lo hagas, pero tienes que conseguirlo o esto no saldrá adelante.

—Podrías pedirle matrimonio —solté yo casi sin pensar, aunque la idea me pareció brillante al instante.

—¿Estás loca, querida? Quiero hacerme con el negocio, no tener una casa con valla blanca, un perro y dos hijos, y menos con ella.

—No seas obtuso y piensa, cariño. Debes cogerla por sorpresa, decirle algo que le impacte tanto que no pueda centrarse. Sabes tan bien como yo que Valentina no aceptará la propuesta. Primero, porque te dejó por teléfono, y segundo, porque has visto sus fotos con ese hombre. No creo que esté dispuesta a retomar nada contigo.

—En eso tienes razón.

—A mí me parece una gran idea —indicó Alonso, quien se mantuvo durante un instante en un segundo plano—. Tras tu declaración muéstrate comprensivo con ella, eso les encanta a algunas mujeres, las hace olvidar que puede haber otro motivo oculto.

—Eso y un pedrusco del tamaño de España —añadí, ya que era una gran seguidora del dicho: un hombre es de quita y pon, pero un diamante es para siempre—. Supongo que esa petarda no apreciará una buena joya, pero te dará un plus para montar tu teatro.

—De acuerdo —claudicó Rodrigo, un tanto más animado que al principio—. Estaba pensando que todavía debe firmar el contrato de Platinum. Le iré con el cuento de una colaboración especial o algo por el estilo. Puedo grapar ese documento encima del contrato de mandato y decirle que firme todos los papeles. Así será más fácil que no se dé cuenta de nada.

—Perfecto. ¿Ves como todo tiene solución, cariño?

—Por supuesto, amorcito.

Con un plan bien estructurado salimos del despacho de Alonso con una sonrisa deslumbrante. No era del todo lo que tenía pensado cuando empecé a desarrollar mi plan, pero entendía que era lo mejor que podía obtener. Al final el resultado sería el mismo, quedarme con esa empresa. Estaba deseando ver la cara de tonta que se le quedaba a esa niñata cuando se diera cuenta de que la había perdido para siempre.

Todavía queda media hora para que llegue el susodicho, así que cojo el teléfono para llamar a una empresa que me han recomendado para que se encargue de organizar la fiesta que montaremos para el anuncio de la adquisición.

—Sueños, buenos días. Le atiende Roma, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, me llamo Cayetana de Borja de Soto y Enríquez. Necesito que me ayuden con la preparación de una fiesta.

—¡Madre mía! ¿No será usted la dueña de Mélange?

—La misma, querida.

—¿Y quiere que nosotras le preparemos una fiesta? ¿En serio?

—Parece sorprendida.

—No me malinterprete, por favor. Es solo que pensaba que en la alta sociedad ya estaba todo el pescado vendido.

—Bueno, a veces es bueno cambiar de pescadería y me han hablado muy bien de vuestra empresa. ¿Estaría dispuesta?

—Por supuesto.

Pasamos unos minutos conversando sobre lo que quiero y los invitados que vendrán. Soy una mujer previsora y, por qué no decirlo, soñadora, y hace tiempo que tenía una lista hecha con todas las personas a las que quería tener allí. Quedamos en pasarnos más detalles por *e-mail* y, cuando colgamos, unos golpes en la puerta me indican que mi visita ha llegado.

En cuanto doy paso, Rodrigo aparece por la puerta, que cierra tras de sí, con un traje azul marino que le queda como un guante y ese atractivo rostro que me mira con hambre. Es una pena que sea pésimo en la cama y que me lo quiera quitar de en medio. En fin, mal que me pese, no se puede tener todo en esta vida.

—Buenas tardes, querida.

—Hola, guapo.

Nos fundimos en un beso poco satisfactorio para mí y nos sentamos enfrentados para ver lo que ha traído. Me tiende un *pen drive*, que yo conecto rauda en mi ordenador, desvelando al instante lo que hay en su interior.

—¿Qué es esto? —pregunto con tono duro, bastante confusa por lo que veo.

—La nueva colección de Valentina's, creía que estaba claro.

—No seas condescendiente conmigo, Rodrigo, estoy viendo los modelos tan bien como los has visto tú.

—Entonces ¿cuál es el problema?

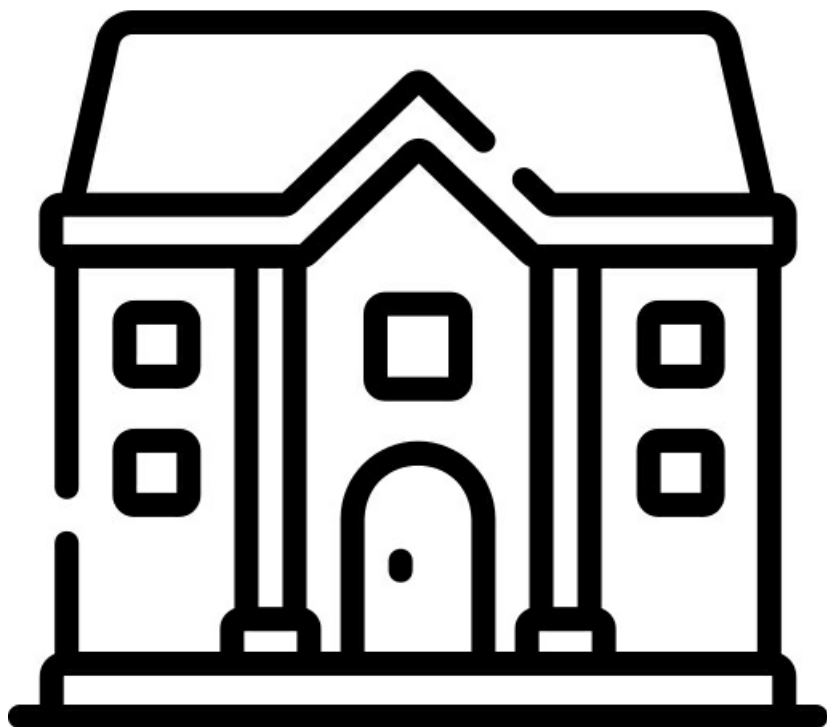
—¿Acaso no lo ves?

—Lo único que veo son unos diseños brillantes, llenos de color, con estampados novedosos, en una colección basada en la moda ibicenca.

—Y que es para gordas. En mi vida he utilizado más tela de la necesaria, si alguien quiere vestirse según las pasarelas, que se mate a comer brócoli.

—Así es como piensan la mayoría de las marcas de moda y yo, como hombre, también aprecio a una mujer estilizada. Sin embargo, la idea de Valentina es increíble, una marca bien posicionada en el mundo de la moda que se atreve a desmarcarse del resto. Sé de buena tinta que muchas mujeres con exceso de peso estarían locas por meterse en un vestido hecho por ella y, hasta la fecha, nunca han podido. Ahora tendrán la posibilidad de hacerlo, de sentirse tan únicas y exclusivas como las modelos de Victoria's Secret. Además, su riesgo va más allá, pues también hay una colección para hombres... grandes. En fin, desde el punto de vista del *marketing* lo veo una genialidad. Una que nos va a dar un montón de dinero y menciones honoríficas.

Visto así, tiene razón, puede que al principio me hubiera obcecado en demasía, pero lo cierto es que no me lo esperaba. Y hay que reconocer que los trajes elaborados por Valentina son preciosos. Ya puedo respirar tranquila, lo que llevaba años queriendo, al fin, se encuentra ya en mi poder. Esta noche me desharé como pueda de este mequetrefe y me lanzaré a celebrarlo. Quizá con Valeriano, quizá pruebe a Alonso, no tengo ni idea. Lo único válido es que la noche es joven y estará a mis pies.



CAPÍTULO 44

YOTUEL

No entiendo cómo todavía me sorprende lo bruja, arpía y manipuladora que puede llegar a ser la pelirroja y lo incrédulo, *guacarnaco* e idiota que puedo ser yo. Por eso ahora mismo me río por no llorar, o mejor dicho, me río por no empezar una dura pelea contra los armarios de la cocina, que con la suerte que hoy me gasto seguro que perdería.

Cuando ayer le regalé los dichosos vales, miles de ideas de cómo los utilizaría pasaron por mi mente y sí, no me importa admitir que en todas estábamos juntos, con escasa ropa, posturas imposibles y agotadores orgasmos que nos harían ver todo el firmamento. Pero claro, ella, con lo retorcida que es y lo mucho que le gusta tocarme los *berocos*, tenía otros planes a los que no he podido ni querido negarme.

Después de un desayuno y una ducha sin final feliz —no podíamos perder tiempo—, nos hemos ido al centro de Ibiza, pues la señorita hoy necesitaba cambiar su armario. Puedo entender que la moda le apasione, es su trabajo y como buena mujer —y no me acuséis de machista, porque cuando me explique me daréis toda la razón—, disfruta en una tienda probándose modelitos como lo hacemos los tíos cuando vemos o montamos un buen carro.

Su cara era pura felicidad con cada prenda que veía y, por supuesto, tenía que probárselas todas, y a un servidor le tocaba admirar lo bien que le sentaba cada vestido, falda, pantalón, blusa y camiseta. Logrando que mi pinga doblara su tamaño y que el dolor que sentía fuera insoportable. Que en ese momento me llegan a preguntar mi nombre y soy incapaz de responder, si todavía me pregunto cómo he sido capaz de respirar con normalidad.

Siguiendo con la tortura —ya que no se puede denominar de otra manera—, la muy cabrona ha decidido que ya que cambiaba toda su ropa exterior, tenía que hacer lo mismo con la interior, y os podéis imaginar todo lo que he tenido que soportar. Eso sí que ha sido un jodido castigo y no los que dictan los jueces, ni la cadena perpetua es tan cruel.

Admito que siempre he sido fan de la lencería, para mí no hay nada más *sexy* o erótico que un buen conjunto de encaje en el cuerpo de la mujer. Me da igual el color y la forma, no soy muy delicado. Sin embargo, no es lo mismo disfrutarlo en la intimidad de tu cama que en una tienda con la dependienta azuzando para que halague a mi chica. Que yo halagar, halago, y devoro si hace falta, pero lo hago sin invitados ni aplausos. Por lo que soportar las dos horas que hemos estado en la dichosa tienda ha sido toda una hazaña que espero no volver a repetir.

De vuelta al *gao* parecía que estábamos rodando una secuela de «Pretty Woman», y por la pelirroja muy bien, ya que ella era Julia Roberts paseando por Rodeo Drive, gastando astilla por cada esquina, pero yo era el pobre desgraciado que si tenía que cargar con una sola bolsa más terminaría besando el suelo y con las muñecas dislocadas. Y antes de que os preguntéis por qué conozco esa película —que sé que lo estáis haciendo—, os diré que he crecido con seis mujeres enamoradas de Richard Gere y habré visto el dichoso *film* más veces de las que podáis imaginar.

Idiota de mí, pensaba que el suplicio había terminado, sin embargo, no podía estar más equivocado, ya que después tocaba colocar todas las malditas bolsas y, por la cantidad de ropa que había comprado, iba a cambiar su armario y el de medio Ibiza. Armándome de una paciencia infinita y rezando todo lo que sabía, intenté ayudarla, nuevo error por mi parte.

Daba igual cómo colocara las camisetas, lo bien que pusiera los vestidos o los croquis que inventara para doblar los jodidos tangas —que ya podrían venir con un libro de instrucciones porque, aunque son pequeños y sencillos, no hay forma de saber cómo van—, a Valentina todo le parecía mal y me hacía repetirlo una y otra vez, poniéndome de una mala hostia que avecinaba una nueva bronca. Apiadándose de mí o más bien, porque quería seguir dándome por culo, me ordenó hacer la cena, ya que con su arranque de compradora compulsiva ni comer me había dejado.

Y aquí estoy, mirando los armarios, con la cocina que parece que acaban de grabar toda la temporada de «MasterChef», tres intentos de tortilla —las dos anteriores eran más calcinadas que francesas—, dos cortes que casi me cuestan los dedos y una dorada que me mira con cara de pena y que soy incapaz de cocinar. Hay que ver, con lo que me gusta comer y la poca capacidad que tengo para hacer nada que pueda considerarse comestible.

La culpa de mis nulas dotes culinarias la tienen mis chicas, ellas cocinan como los angelitos y cuando se dieron cuenta de lo inútil que soy, prefirieron alejarme de la cocina para evitar que provocara una desgracia. Por lo que lo máximo que soy capaz de hacer es un sándwich, una ensalada y algún filete; el problema es que quería sorprender a la pelirroja y me he venido tan arriba que ahora no sé cómo bajar.

—¿Estás cocinando o intentando conquistar a la dorada?

Al no esperarla tan cerca, me da tal susto que mi supuesta conquista termina volando por los aires hasta llegar al suelo, provocando las carcajadas de Valentina. Siguiendo con mi buena suerte, voy a cogerla, pero me resbalo y termino golpeándome en la cabeza con uno de los cajones que tengo abiertos. La cosa mejora por momentos, y su ataque de risa, el cual la tiene llorando y sujetándose la barriga mientras se dobla por la mitad, lo confirma.

Mi día ha sido un completo desastre, sin embargo, por verla reír así, volvería a repetirlo una y mil veces más. Mi abuelita siempre dice que uno es feliz cuando la gente que le importa lo es, que una sonrisa puede cambiar el mundo y un momento cómplice con la persona indicada

hacernos vivir. De nuevo no puede tener más razón, ya que en el poco tiempo que llevamos juntos, la felicidad de Valentina se ha convertido en mi mayor prioridad y eso me gusta y preocupa con la misma intensidad.

—No..., no me digas que con el golpe has perdido otra neurona y te has quedado medio lelo.

Decido no responderle y dejar que se acerque a mí, a su lado he aprendido que la venganza se sirve fría y yo pienso cobrarme la mía.

—Yotuel, ¿estás bien? Al final va a ser verdad que te has quedado tonto.

Sigo sin responder ni moverme, ella aún con lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios se acerca para comprobar que sigo de una pieza. Solo cuando se encuentra encima de mí, me lanzo sobre ella girándola y rodeándola con mi cuerpo, impidiendo así que pueda escapar.

—Te voy a matar, te juro...

Antes de que continúe con su cháchara sin sentido, porque los dos sabemos que está disfrutando tanto como yo, me apodero de su boca y la beso como tanto deseo hacer. Adueniéndome de cada rincón de su boca, enredando nuestras lenguas en una batalla sin tregua y despertando el inmenso deseo que sentimos cada vez que nos tocamos. Valentina no se resiste y presenta batalla como la guerrera que es. Sus manos se enredan en mis rastas impidiendo que me aleje, su cuerpo se acopla al mío pidiendo más y sus suaves jadeos me encienden hasta que pierdo el control.

Subo su vestido hasta la cintura, revelando que lleva unas braguitas rojas que me hacen pensar en mil perversiones. Me pasaría horas contemplándola, viéndola retorcerse bajo mis caricias, pidiéndome más y entregándose por completo. Pero llevo duro como una piedra demasiadas horas y la necesidad apremia, o al final terminaré eunuco, pues tanto contenerme no puede ser bueno.

De un fuerte tirón rompo ese trocito de tela que me llevará al paraíso y, sin perder más tiempo, entierro mi cabeza entre sus piernas. Atormento su pequeño botón con ansias, degustando ese sabor al que soy adicto, paseo mi lengua por cada rincón y recorro cada pliegue. Mis dedos se sumergen en su interior, tocando ese punto que sé que es su debilidad y no descanso hasta que un fuerte orgasmo arrasa con ella y, aun así, no me detengo.

—Te necesito, Yotuel.

Su reclamo es lo único que me hace abandonar su centro, aunque no mis planes. Su boca me recibe para dar comienzo a una nueva sesión de besos cargados de necesidad. Sus manos abren mi pantalón y cogen mi pinga hasta llevarla a su lugar favorito. No soy suave, y de una fuerte embestida entro en ella, provocando un fuerte gemido de ambos. Como dos locos, comenzamos a movernos, somos bruscos, salvajes y podría decirse que incluso violentos, somos dos cuerpos que luchan por ser solo uno.

Cada vez que entro en ella derribamos una barrera, nos entregamos un poco más y lo que hay entre nosotros da un paso. Ya no hablo de sexo, hablo de lo que sentimos, de lo que nos negamos a decir y de lo mucho que nos deseamos, o por lo menos yo es lo que estoy haciendo. Me estoy entregando a Valentina en cuerpo, alma y corazón. Soy suyo y quiero seguir siéndolo mientras me quede un halo de vida, porque vivir sin ella ya no es una opción.

Un devastador orgasmo —quizá el más fuerte que he sentido nunca— me alcanza haciéndome consciente de todo lo que siento por la pelirroja. Ya no puedo mentirme, es más, ya no quiero seguir haciéndolo, es hora de admitir la verdad y no es otra que: estoy completamente enamorado de Valentina. Amo su cuerpo, su carácter y pasión, su risa, sus enfados y locura, quiero cada parte de su ser y su esencia.

—Algo se está quemando.

Incluso amo esa forma tan suya de joder cualquier momento especial, porque hay que ver lo experta que es en la materia.

—La cena, Yotuel, se quema la cena.

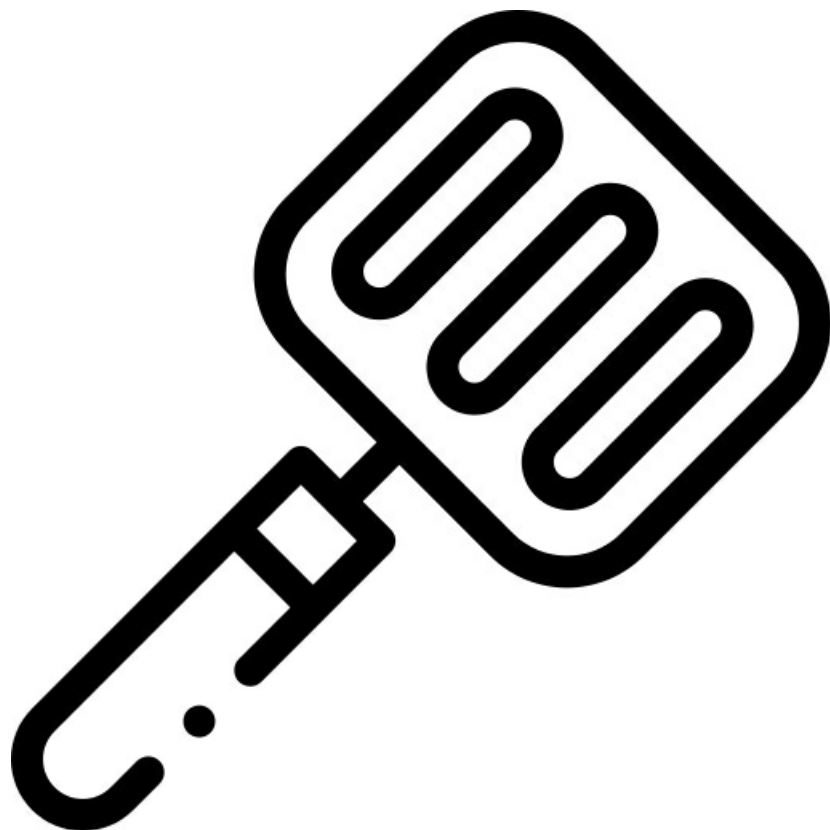
Al entender de qué habla y de que esta vez no lo hace por tocarme las narices, salgo de su interior y veo como mi tercera tortilla es más bien un trozo de carbón. Aparto la sartén antes de que salgamos ardiendo y ayudo a mi pelirroja a levantarse.

—Me parece que hoy no cenamos, cubano —replica divertida.

—¿Una ducha rápida y una *pizza*? —pregunto mientras recojo la dorada del suelo, que, por si fuera poco, la pobre ha perdido hasta un ojo.

—Perfecto, pero de este desastre —señala el caos que tenemos por cocina— te encargas tú.

Y así es como la bruja vuelve a engañarme, teniéndome a sus pies y listo para una nueva batalla.



CAPÍTULO 45

MARITZA

Tengo los nervios a flor de piel, no puedo concentrarme ni dormir. Mis hijas me han echado de la cocina porque era incapaz de hacer algo bien. Por eso, he cogido una toalla y me he venido a la playa de Santa Eulalia para despejarme. Se ha levantado viento, hace algo de frío y el mar está tan picado como mi interior. Sin embargo, la tormenta que se acerca desde el horizonte me está ayudando a calmar esta revolución que llevo sintiendo desde hace una semana.

He esperado con ansiedad recibir otra señal, algo que me indicase lo que está pasando con esa mujer que vi y que me hizo sentir tan malas vibraciones, pero no me ha visitado ninguna escena más en sueños. Es como si ella me hubiera visto espiando desde un rincón, mientras hacía sus trapicheos, y hubiera cerrado la conexión entre nosotras. Aunque sé que eso no es posible, pues de ser eso cierto ella debería tener *aché*, y no sentí el más mínimo reconocimiento.

Sé que yo misma he provocado mi situación actual, bloqueando cualquier posible señal con mi obsesión, pero no lo he podido evitar. El ansia de la que soy presa me advierte de que algo malo se avecina, algo que puede cambiar por completo una vida, lo que no entiendo todavía es si para bien o para mal.

—¿Puedo sentarme contigo?

La voz masculina y algo áspera me hace dar un bote. Estaba tan metida en mis pensamientos que no le he visto venir y mi agitación cambia a otra que hacía más de veinte años no sentía, una que se aposenta más abajo de las entrañas. Jasper me mira desde las alturas esperando una

respuesta que no le he dado, pues estaba demasiado centrada en esas cosquillas tan inoportunas.

—Claro —indico haciéndome a un lado en la toalla.

Estamos cada uno en una punta, nuestros cuerpos no se tocan, pero un escalofrío me alcanza solo con tenerlo al lado. También, por lo que el viento trae hasta mi nariz, el olor de ese perfume que usa y que ya me hace identificarlo al instante. Él, pensando que el movimiento de mi cuerpo se debe al frío, se quita el abrigo y se inclina para posarlo sobre mis hombros.

—¿Y tú?

—Soy finlandés —contesta como única respuesta.

—Ya, supongo que en Finlandia es todo más... helado.

La verdad es que no sé qué decir, no habíamos estado solos hasta ahora. La gente a nuestro alrededor ha funcionado como un escudo para mí, pero ahora no tengo escapatoria, a no ser que salga corriendo sin decir nada, cosa que mi educación no me permite hacer. Además, estoy un poco harta de huir, de esquivar ciertos sentimientos por *ñao* a que me hagan daño. Un hombre me hizo sufrir mucho, a mí y a mis hijos, sin embargo, no todos van a ser iguales. Jasper me gusta, sé que es un buen hombre por los comentarios de Nicolás, además que ese señor no tendría a alguien malo a su lado.

—¿Qué haces aquí, Jasper?

—Le he preguntado a tu madre si sabía dónde estabas y me ha mandado aquí.

—Ya, cómo no, mi querida y *cazuelera pura* —susurro para que no me oiga, aunque creo que no ha servido de mucho—. De todas formas, no has contestado a mi pregunta.

—Lo he hecho.

—No, lo único que me has dicho es cómo me has encontrado, pero no la razón por la que querías hacerlo.

Nos quedamos callados durante unos segundos que me parecen eternos. Nuestras miradas impactan la una contra la otra, marrón y azul, como si fuéramos la piedra inamovible de un acantilado y el océano que acaricia su base con cada ola. Tengo ganas de besarlo, de probar esos labios que me tientan más de lo que me tentaron los de cualquier hombre, incluido mi ex. Sin embargo, en el último momento me paro, volviendo mi cara, que debe de estar del color de los tomates, de nuevo hacia el mar.

—Esta semana te he notado inquieta, como si estuvieras angustiada por algo que te ha pasado. Quería saber si estabas bien, por eso he venido —suelta, contestando al fin a la cuestión—. También porque he pensado que te vendría bien hablar con alguien. Yo sé escuchar muy bien.

—Si te lo contara, pensarías que es una locura.

—No creo. A lo largo de mi vida he sido testigo de eventos extraordinarios. Además, soy el guardián de infinidad de secretos y un gran conversador. Puedes confiar en mí.

Al escuchar sus palabras, giro todo mi cuerpo para quedar frente a él. Lo que veo en sus ojos es una sinceridad tan clara como el agua. Igual es una insensatez, pero se lo voy a contar todo. Primero, porque necesito hablar de lo que me está ocurriendo y él está a mi lado ofreciéndose. La otra razón es porque así tendré claro qué clase de persona es cuando vea su reacción: la que me trata de hereje y loca, o la que me entiende e intenta ayudarme a encontrar una solución. Desde el corazón, espero que sea la segunda opción por los sentimientos que estoy empezando a tener por él. Si es lo contrario, me sentiré decepcionada, pero no me encontraré bajo el yugo de otro hombre que me hace sentir como una persona horrible. De eso ya tuve bastante.

—Tengo un don, en mi tierra se le llama *aché*. Cuando nació mi primera hija comencé a tener sueños extraños en los que vivía situaciones que no entendía y con protagonistas que no conocía. De la peor manera aprendí que no eran solo sueños, sino visiones, pues lo que ocurría en ellos

acababa pasando.

Jasper continúa con la misma expresión que antes de empezar a hablar, lo que me da fuerzas para seguir adelante:

—Ayudé a mucha gente, a otra no llegué a tiempo, pero siempre lo intenté.

—Estás hablando en pasado. ¿Acaso has perdido el don?

—Mas bien lo bloqueé durante años. El porqué ahora no importa.

—De acuerdo.

¿Este hombre es real? ¿De verdad mis palabras no le están sonando raras?

—La cuestión es que hace una semana volvió a mí y me trajo la escena de una mujer muy bella con una expresión maligna en su cara. Estaba recibiendo unos papeles de manos de un hombre.

—¿Los conoces?

—No tengo idea de quiénes son. Lo único que sé, porque lo siento en el pecho, es que va a ocurrir algo malo, aunque no sé el qué. De esto hace ya siete días y no he vuelto a tener otro sueño.

—Y eso te perturba.

—¡Sí! ¡Porque alguien va a sufrir y no sé cómo ayudar! —grito desesperada, arrepintiéndome al instante—. Lo siento.

—Nunca te disculpes por mostrar tus sentimientos. Ellos te hacen humana —sentencia con voz pausada, calmando mi interior como si fuera un bálsamo para bebés.

Yo solo puedo asentir y agradecerle con una sonrisa. Deseaba que fuera la segunda opción y creo que va por buen camino.

—Por lo que me has contado, entiendo que el problema es que estás demasiado centrada en tener otra percepción. Como no llega te pones nerviosa y no sales del bucle.

—Exacto, pero no sé cómo hacer para tranquilizarme.

El silencio nos vuelve a engullir, mientras nos metemos en nuestros propios pensamientos. Jasper frunce el ceño y me mira, primero con la duda impresa en su cara, para pasar a una expresión más relajada y determinada. Casi sin darme tiempo a reaccionar, posa sus labios sobre los míos, dejándome confundida. Lo aparto sin hacer fuerza, dándole un pequeño empujón en el pecho. Me toco los labios, que siento hormiguear por la caricia de los suyos, mientras él espera mi decisión tragando saliva como si fuera un preso aguardando una sentencia que lo puede liberar o condenar de por vida.

Medito y llego a la conclusión de que ya no necesito más pruebas sobre este hombre. Me gusta, me atrae, me hace sentir de nuevo y eso, de momento, es suficiente para mí. ¿Por qué preocuparse por el futuro si lo que vivimos es el presente?

Sin más, cojo sus mejillas y contacto nuestros labios de nuevo, en un beso suave que se torna febril en décimas de segundo. Estoy un poco oxidada en esto de la seducción, aunque creo que no voy mal encaminada, pues escucho un gemido ronco que sale de su garganta. Sus manos también hablan por él, una en mi nuca, otra en mi espalda, ambas acariciando mi carne a través de la tela de su abrigo.

De pronto, un fogonazo impacta en el centro de mi mente, haciendo que caiga hacia atrás. Sin embargo, no noto ningún golpe, solo unos brazos que me sostienen mientras yo me encuentro una vez más frente a esa mujer, que ahora está hablando con un hombre distinto al de la otra visión. Lo sé por su complexión y su forma de andar, además de percibir una vibración muy parecida a la que desprende ella.

—Enhorabuena, Alonso. Ya lo tenemos. Ese idiota no se huele nada.

Ella tiende una carpeta de cartón en las manos masculinas, con un nombre impreso en una etiqueta: «PROYECTO SAN VALENTÍN».

—Perfecto, Cayetana. Ahora se la pasará al notario para que vaya redactando la escritura de compraventa. Lo firmaremos todo el mismo día y ya solo quedará pagar.

—Sigue sin hacerme gracia darle dinero a esa perra.

—Esto ya lo hablamos, Cayetana. Hay que dar una imagen limpia. Te tendrás que conformar con haberle quitado la empresa de forma inmoral.

—Lo sé.

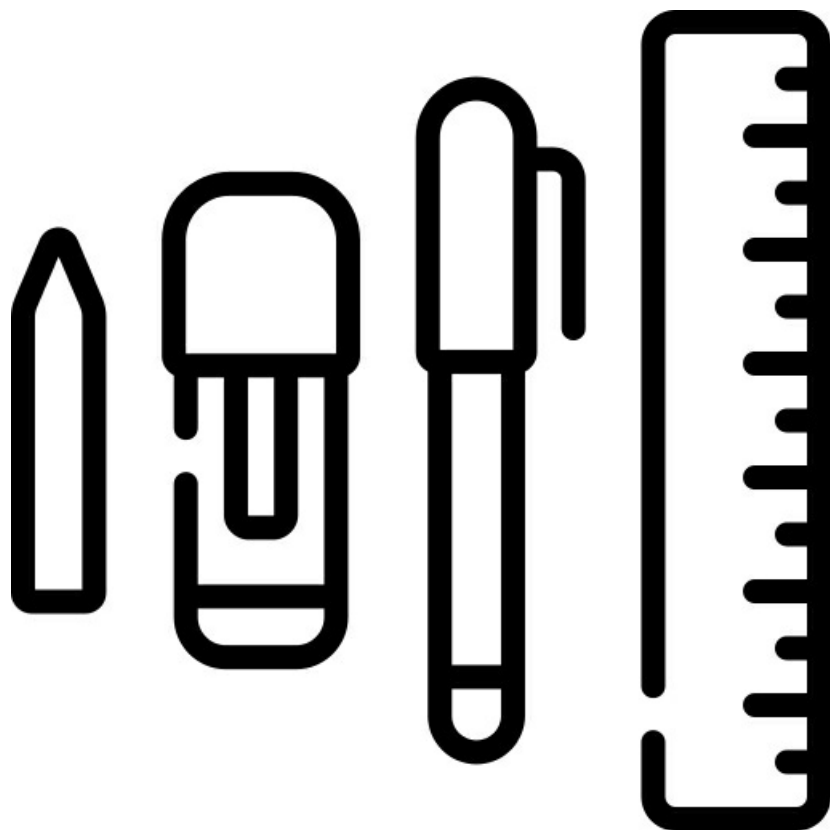
La mujer pone los ojos en blanco y después dirige al tal Alonso una sonrisa cargada de deseo. Se acerca a él posando las manos sobre su pecho para bajarlas poco a poco hasta... hasta... ahí.

—¿Crees que podríamos celebrarlo?

—Claro que sí, pequeña zorrilla. Y lo primero que vas a hacer es arrodillarte y chupármela como es debido. Luego, si lo haces bien, puede que te folle.

Ella se arrastra como una culebra por el torso masculino, contenta por complacer los deseos del hombre, a la par que yo cierro los ojos porque no quiero ser testigo de nada más. Parece que alguien me escucha, ya que salgo de la ensoñación de un tirón. Al abrir los ojos me encuentro arropada por los brazos de Jasper, con su cara frente a la mía observándome con preocupación.

Yo no puedo hacer nada más que volver a atacar sus labios, agradecida por haberlo encontrado y también por haber recibido más información acerca del misterioso sueño. Sé que debería ir corriendo hasta mi *pura* para comentarle las novedades, pero antes quiero parar cinco minutos para respirar el aire puro que se introduce en mis pulmones gracias al contacto de nuestras bocas.



CAPÍTULO 46

VALENTINA

Todavía estoy en la cama, con la espalda apoyada en el respaldo y bien caliente, pero no por el cubano, más bien por el edredón que tengo sobre mi cuerpo. Yotuel ha salido esta mañana temprano porque tenía que hacer unas gestiones en el banco y recoger las llaves de un apartamento que hoy dejaban libre sus huéspedes, así que he decidido tomarme un respiro.

Como no quería pensar en nada más que en mí, algo que siempre me ha funcionado para evadir la mente ha sido una buena lectura. Por eso, he salido un instante de la cama para hacerme un café enorme y coger el libro que me recomendó Mila hace más de un año, pero que nunca había tenido el tiempo suficiente para leer, y que estaba en el vestidor, enfundado en toneladas de ropa. Tras mi adquisición he vuelto a la tranquilidad del colchón, donde me encuentro desde hace un par de horas enganchada a la lectura de «El jinete de bronce».

En esas estoy cuando mi móvil me indica que he recibido una notificación. La tentación por no hacerle caso es demasiado grande, sin embargo, la maldita amistad, un incordio total cuando estás tan tranquila en tu mundo, gana el pulso a la perrería.

Nati

Oye, bruja, ¿qué planes tienes?

Valentina

Pues pensaba pasarme todo el día tocándome el papo.

Nati

¡Qué bruta eres!

Valentina

Tú has preguntado.

Nati

Pues, lo siento, pero tus planes han cambiado.

Valentina

Y ¿quién lo dice?

Nati

La amiga que te aguanta desde hace más de veinte años.

Valentina

¿No puede ser mañana?

Nati

No.

Valentina

Eres un ser cruel, ya te dije que el rubiales no era bueno para ti.

Nati

Qué graciosa estás. Anda, quítate las legañas y vístete.
Nos vamos a dar una vuelta.

Valentina

Oh, joder. ¡Vale!

A pesar de que se lo he dicho poco, la quiero un montón, aunque en estos momentos tenga más ganas de matarla que de abrazarla. Con lo bien que estaba aquí, procrastinando, bebiendo café y absorbiendo los párrafos de este libro increíble. En fin, supongo que es el precio que hay que pagar cuando se tienen amigas.

Tan rápido como puedo me doy una ducha, me lavo los dientes y me hago una coleta en un intento por ocultar el desastre que resulta mi pelo esta mañana. Hoy solo me apetece comodidad, así que unos vaqueros y un suéter son los candidatos perfectos para vestir mi cuerpo. Justo cuando me estoy poniendo las deportivas suena el timbre, anunciando la llegada de la que hoy es mi enemiga número uno.

—Hola, arpía. Estás impresionante.

—Creo que necesitas gafas, bruja.

—Lo digo en serio, tonta del culo. Estás muy guapa. No se trata del conjunto, sino de tu cara.

—¿Mi cara? ¿Qué coño le pasa a mi cara?

—Nada malo, deja de tocarte, que te van a salir rojeces.

Como no me fío un pelo de ella, porque de pequeñas siempre nos hacíamos alguna jugarreta, voy corriendo al baño para mirarme en el espejo, respirando hondo al ver mi imagen reflejada sin manchas ni nada que se le parezca, solo las pecas que están ahí desde que nací.

—Ya te he dicho que no te pasaba nada. ¿Acaso no confías en mí?

—No, y a las pruebas me remito.

—¡Oh, por favor! Dejé de ser una gamberra en potencia a los doce años. Además, tú también me hacías cosas a mí.

—Yo no te corté cinco dedos de pelo con las tijeras de Plástica desde el pupitre de atrás.

—Tenías las puntas abiertas y quería ser peluquera. Ya desde entonces salía mi vena artística, solo que luego cambié las tijeras por el torno.

Sin poder contenernos, ambas estallamos en carcajadas por el recuerdo de todas las putadas que nos hacíamos. Y ya os digo que lo del pelo no fue lo peor de todo.

—Ahora en serio, estás distinta, tu cara deslumbra y tus ojos tienen un brillo especial. Voy a tener que darle las gracias a Yotuel.

—Si haces eso, acabaré contigo. Tengo el mar muy cerca y estoy fuerte. Seguro que tu cadáver no pesa tanto.

—Anda, menos lobos, caperucita, que sé que me quieres un montón.

Le dedico una sonrisa torcida y salgo del baño más recta que una vara. Si mi madre estuviera delante se sentiría superorgullosa porque siempre dice que me va a salir chepa de lo encorvada que voy. En fin, ¡cosas de madres!

Con la chaqueta enfundada y el bolso tamaño casa de cuatro plantas bien anclado a mi brazo nos dirigimos hacia la calle. Una vez en la acera, Nati me hace señas para que suba a su coche, que está aparcado frente al portal.

—¿A dónde me llevas?

—A Ibiza. Solo fuiste el día que llegaste en ferri, así que te voy a enseñar algunas cosas de allí.

No me apetecía mucho salir, pero cuando estoy con mis amigas siento que podría ir al fin del mundo. Lástima que nos falte Mila.

Como buenas valencianas, nos ponemos un *mix* de *remember* de los noventa sonando a todo trapo por los altavoces del coche y emprendemos el corto camino hasta nuestro destino. Aun así, nos da tiempo a quedarnos afónicas con «Something» de Lasgo, una de nuestras canciones favoritas, que cantamos con una cantidad indecente de gallos. Vamos, como debe ser.

En cuanto llegamos, Nati aparca el coche en el primer sitio que encuentra libre y nos dedicamos a caminar por las calles de casas blancas de esta pequeña ciudad. Vamos subiendo poco a poco, siguiendo la muralla hasta alcanzar el castillo, donde encontramos un grupo de turistas pegados a un guía. Haciéndonos las despistadas, nos juntamos al chico para escuchar su explicación sobre este último bastión defensivo de la Ibiza árabe. Con la lección aprendida, terminamos nuestra visita improvisada volviendo a bajar, esta vez en dirección a la playa. Sin embargo, no vamos hacia la arena, sino que Nati se desvía hacia el puerto.

—Me parece que esto ya lo he visto.

—Bueno, no se trata de qué, sino de quién.

—A veces no entiendo nada de lo que dices.

—Mira hacia la pasarela de ese ferri y lo comprenderás.

Con cierta dosis de escepticismo y con el ceño fruncido, poso mi mirada en el punto exacto que me ha dicho. Percibo a dos personas saludando con entusiasmo en nuestra dirección, aunque el sol del mediodía me deslumbra y no las puedo ver bien. Sin embargo, eso termina enseguida, pues se dirigen hacia nosotras corriendo como si las persiguiera una horda de zombis. Y, en cuanto distingo sus caras, casi me caigo de culo de la impresión.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo...?

—Querían venir a vernos, así que hemos montado una pequeña sorpresa para ti.

Nada más terminar con la frase, un cuerpo impacta contra mi espalda con lo que parece la fuerza de un ciclón. El cabello rubio cae hacia delante y los largos brazos me rodean por completo para darme un fuerte abrazo que echaba mucho de menos.

—¡Pecosa! ¡Qué alegría verte! Estás cañón, hermanita.

—Tú sí que estás cañón, rubia.

—¿No hay abrazo para mí? —pregunta Mila, que venía justo detrás de mi hermana.

—Claro que sí, ven aquí. Te he echado de menos.

—Un momento, ¿quién eres tú y qué has hecho con nuestra amiga la gritona?

—¡Yo no soy una gritona!

—¿Ves?, ahora sí, esa es mi chica.

Desde luego, hay veces que me saca de mis casillas, somos muy diferentes. Sin embargo, en esa diferencia es donde encontramos mayor aliciente para sazonar día a día nuestra amistad.

Cogidas las cuatro por la cintura volvemos al coche para dejar sus maletas, pues van a pasar unos días con nosotras. Tras dejarlas a buen recaudo, Nati nos encamina a todas a un restaurante que ya tenía reservado, uno lleno de succulentos mariscos donde nos vamos a pegar un buen homenaje.

Mientras esperamos a que nos sirvan la comida hablamos de lo que nos hemos perdido nosotras en Altea, que al parecer no es mucho, algo comprensible porque hablamos muy a menudo. Después me hacen un tercer grado sobre el cubano y logran sacarme hasta la información jugosa. Me doy cuenta de que nunca había hablado tan tranquila de sexo con mis amigas y mi hermana, y siento bien tener a alguien que te comprende y te da consejos, a pesar de que estas estén como una regadera y suelten unas barbaridades tan grandes que me hacen sonrojar.

Al fin llega nuestra comida, que tiene una pinta deliciosa. Sin embargo, algo va mal. En cuanto el olor del marisco entra en mis fosas nasales se me revuelve el estómago. Una arcada llega hasta mi garganta y me hace salir corriendo al baño, donde vomito lo poco que tengo en el estómago. Amorrada en la taza del váter, noto algo frío en mi nuca y en mi frente.

—Es una toallita con agua para refrescarte —informa la voz de Jordina, que suena algo lejana, aunque la tengo al lado—. Tranquila, preciosa, estamos contigo.

—No sé qué me pasa.

—Habrás cogido un virus, es normal en esta época del año.

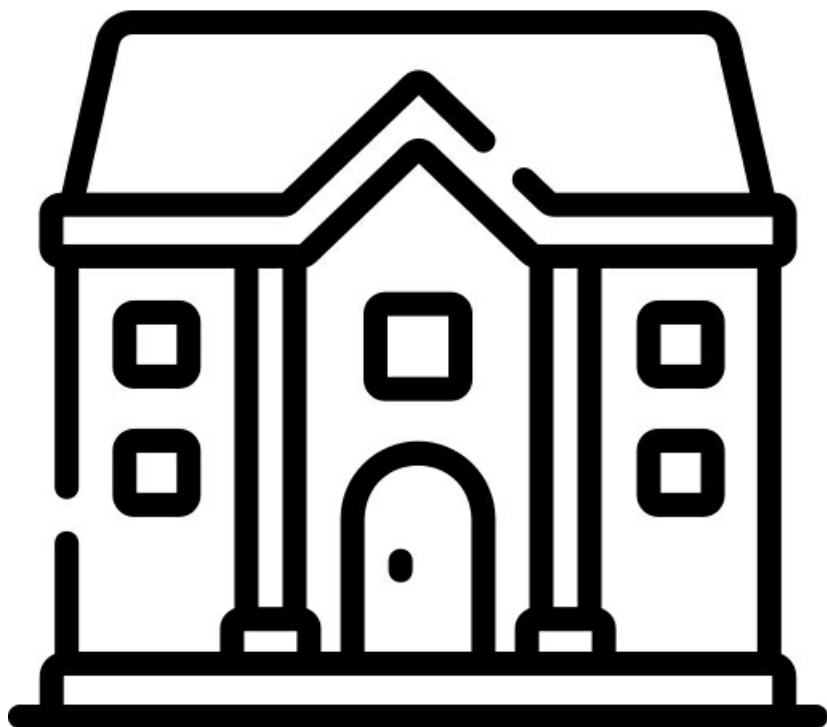
—Pero he estado bien toda la mañana.

—A veces llegan así, sin avisar —contesta Mila al otro lado de la puerta—. No te preocupes, seguro que mañana estarás mejor.

—Joder, he fastidiado nuestro reencuentro.

—Pero ¿qué dices, tonta? Ya comeremos juntas cuando se te pase. Lo importante es que tú estés bien.

Cuando logro dejar a un lado el retrete me levanto, ayudada por Jordina, y nos encaminamos hacia la salida, mientras mis amigas pagan la cuenta y piden la comida para llevar. Con lo bien que lo estaba pasando, me da mucha rabia terminar así. No obstante, tengo el estómago demasiado revuelto para seguir con el día que tenían programado. Solo espero estar bien mañana, odio estar enferma.



CAPÍTULO 47

YOTUEL

No me gusta mentir, es algo que detesto, además de que lo hago fatal, no puedo evitar ponerme nervioso, enredar las palabras y terminar contando una historia que nadie en su sano juicio podría creerse. Por algo mis dulces hermanas —entiéndase con toda la ironía del mundo—, no dudaban en *bajar un avión*^[122] cada vez que me pedían que contara alguna mentira piadosa para ayudarlas y yo terminaba contando la Biblia en verso.

Pero hacerlo con Valentina ha sido mucho peor, me he sentido sucio, rastrero y miserable. Sin embargo, no tenía otra opción que seguir las indicaciones de Nati, ya que sufrir su ira y mala leche no es algo que entre en mis planes. Mi morenita puede ser todo encanto y dulzura la mayoría del tiempo, aunque cuando le llevas la contraria puede llegar a convertirse en la doble de Astaroth.

Por eso, y para evitar liarla —que en otra cosa no, pero yo en ese tema soy todo un experto—, he puesto una pobre excusa sobre el trabajo y varios mandados que tenía pendientes para salir corriendo, como si me persiguieran una marabunta de guiris con ganas de disfrutar de la isla, sus famosas fiestas e increíbles playas.

Siguiendo las estrictas órdenes de Nati, tenía prohibido llamar o acudir al *gao* hasta nueva orden y, como tampoco tenía nada que hacer, decidí quedar con mis *compays*, que, para mi alegría, aceptaron mis planes. Decidimos, bueno, mejor dicho, el albino decidió salir a navegar para que así Jesús conociera un poco mejor la isla, aunque viendo ahora mismo la cara pálida que luce y lo movida que se encuentra la mar, creo que no ha sido la mejor de las ideas.

—Kalevi, deberías dar la vuelta o en vez de volver con un cura lo hacemos con una medusa.

Mi *asere* ve el estado en el que se encuentra Jesús y, por una vez —ya que él suele negarse a poner fin a un rato en su querido barco—, decide dar por finalizada nuestra experiencia acuática. Eso sí, primero no duda en meterse con el pobre padre, que ya no está blanco, ahora tiene un tono grisáceo que comienza a preocuparme.

—Jesús, debes tomar el sol más a menudo, estás de un blanco que parece que vas a rodar una nueva saga de «Cazafantasmas».

—Muy gracioso, Kalevi, pero a menos que quieras que te eche hasta la primera papilla en tu querido barco, será mejor que volvamos a tierra firme.

Ya la tenemos, hay pocas cosas que el albino tolere menos que a alguien vomitando y es, que lo hagan en su barco; por menos se han desatado conflictos, creado guerras y, ya que me pongo, se ha terminado con otras civilizaciones. Como suponía —no porque sea muy listo, más bien es que lo conozco mejor que él mismo y su cara de vinagre no da lugar a dudas—, responde de forma brusca:

—Atrévete y te prometo que vuelves al puerto nadando.

Lo que decía, simpático y agradable como él solo. Por suerte, Jesús le ignora y hacemos el trayecto de vuelta tranquilos, bueno, todo lo que se puede con la mar con ganas de fiesta, Kalevi en plan gruñón y el pobre cura rezando todo su repertorio para no bautizarnos con los restos del desayuno.

En tierra firme, y después de que Jesús se tome un agüita con limón, nos dirigimos al Viva Cuba. Admito que en la nube de felicidad en la que me encuentro tengo un poco desatendidas a mis chicas, y antes de que llamen a la policía para denunciar mi desaparición, o vayan ellas en mi búsqueda —que eso sería mucho peor—, decido hacerles una visita que calme su ira.

En el *paladar* se nota el buen ambiente que siempre reina, no sé si será por la buena comida, los mojitos bien cargados de ron o la música caribeña que suena a todas horas, pero, sea lo que sea, es cruzar las puertas y el buen humor se apodera de uno. A lo lejos veo a Mayelin cargada con varias comandas, a Dayana hablando muy animada con unos comensales y a mi abuelita moviendo sus caderas y regalando sonrisas a cada persona que se cruza en su camino.

—¡Mis chamás! Qué alegría teneros por aquí —nos recibe mi abuelita con su eterna sonrisa.

—Doña Caridad, la alegría es nuestra.

—Fiñe, deja de llamarme doña, o al final me olvido de que eres cura y te doy un *avión* con el que te quito los formalismos y hasta el hábito.

—¡Abuela! —intento reñirle, pero cuando veo su mirada lo pienso mejor y guardo silencio, de lo contrario no solo recibirá Jesús, sino que yo terminaré acompañándolo.

Con las carcajadas de fondo del jodido albino nos sentamos en nuestra mesa. Busco con la mirada a mi *pura* y me sorprende no encontrarla por ningún lado. Mi jefa siempre anda controlando que todo marche como debe, no es que no se fie del resto —que, siendo sincero, no lo hace—, es que según ella las cosas solo funcionan cuando Maritza Cruz Suárez está pendiente.

—No la busques, necesitaba pensar y ordenar sus ideas y se ha tomado unas horas libres, bueno, mejor dicho, tus hermanas la han obligado.

—¿Qué pasa, abuelita?

Un mal presentimiento se instala en mi pecho, si mi *pura* no está en la cocina es porque algo muy grave la atormenta, pues la he visto con cuarenta de fiebre, un esguince e incluso recién operada desviviéndose para que el Viva Cuba siguiera funcionando.

—¡Benditos mis ojitos lindos que por fin te ven! Eres un ingrato, un desagradecido y un... un...

—Yo también me alegro de verte, preciosa.

No lo veo venir, aunque sí siento el *avión* que Mayelin me suelta al oír mi tono irónico.

—Nosotras preocupadas y tú —me señala con ese dedo acusador que me dan ganas de morder—, tan feliz en tu mundo. Cada día estoy más segura que de fiñe te caíste de la cuna o te tiramos, ya no lo recuerdo bien.

—¡Qué ven mis ojos! El hijo pródigo ha vuelto. Padre, que toquen las campanas que esto hay que celebrarlo.

Es el turno de Dayana, que se gasta el mismo humor que Mayelin, aunque, por suerte, esta no tiene la mano tan larga y solo es su mirada la que me desea todos los males del universo.

—¿Podéis dejar de meteros conmigo y decirme de una vez qué sucede? No soy adivino y vuestra cháchara sin sentido comienza a aburrirme.

Muy pronto había hablado, ya que antes de poder defenderme Dayana incrusta su puño en mis costillas, impidiendo que pueda respirar con normalidad. Joder con las karatecas de la familia, a esta marcha se hacen olímpicas, aunque, como imaginaréis, eso no lo comento, paso de que sigan usándome como saco de boxeo.

—Chamas, dejad los golpes que al final lo dejáis *guacarnaco* del todo. —Mi abuelita no duda en unirse al Club Torturemos a Yotuel.

—Me encanta que os divirtáis a mi costa, aunque me gustaría que me explicarais de una vez qué está sucediendo con mi *pura*.

Las tres empiezan a hablar a la vez, siendo imposible que entienda una sola palabra de lo que dicen y poniéndome de los nervios. Estoy a punto de estallar cuando la puerta se abre y entra mi *pura*, muy sonriente, y acompañada del puñetero finlandés, que la mira como si fuera todo su mundo.

—Creo que tu respuesta acaba de entrar por la puerta, querido *asere*.

Lo que me faltaba, no tengo bastante con aguantar a mis hermanas, con soportar las pullas de mi abuela, con imaginar lo que le sucede a mi *pura*, con no matar a Jasper por acercarse a una de las mujeres que más quiero, que, además, ahora tengo que sufrir al seboruco y tocapelotas de mi *compay*. Esto mejora por momentos.

No lo pienso, ya que en estos instantes lo veo todo negro, muy negro, y me levanto dispuesto a liarme a golpes con el finlandés, con todos los comensales que nos rodean e incluso hasta con la Santa Inquisición si hace falta. Jesús, que es el único sensato que me rodea —pues Kalevi, por verme hacer el capullo no movería ni las pestañas—, sujeta mi brazo y hace que entre en razón.

—No le hagas eso a tu madre, ella no lo merece. Por lo que me has contado ha sufrido demasiado, merece ser feliz y por mucho que no te guste, él lo está consiguiendo. Respira, piensa y deja que viva su vida.

Tiene razón, hace años que no veo ese brillo en su mirada, esa sonrisa de dicha y esa aura que parece hacerla flotar. Sin embargo, no puedo evitar que mi lado protector y algo cafre haga acto de presencia. No quiero que sufra, que nadie más vuelva a hacerle daño.

—Chamas, qué alegría veros a los tres juntos, aunque me sorprende que vuestras *jebas* no anden cerca.

Mi *pura* saluda a mis *compays* y cuando llega mi turno me da uno de esos abrazos que solo una *pura* es capaz de dar y que calma mi genio en un segundo.

—Te lo explicaré todo, mi fiñe, pero dame tiempo —susurra para que nadie nos oiga y no puedo evitar que los remordimientos por comportarme como un completo necio acudan a mí.

Todos juntos —incluidas las cuatro brujas que tengo por hermanas y, la peor de todas, doña Caridad— nos sentamos en la mesa como si de una familia feliz se tratara. Juro que intento

distraerme, mantener la calma y olvidarme de la mala hostia que nubla mi mente, pero cada vez que miro al jodido Jasper y veo cómo este observa a mi *pura*, me llevan los demonios, lo que provoca las risas de Kalevi, las sonrisitas de mi abuelita y los intentos de Jesús porque no pierda la cordura.

Así pasa la comida, los cafés y los mojitos que Yanet y Lisandra se empeñan en preparar. En un desesperado intento por despejarme, miro el celular, esperando un mensaje de la pelirroja, aunque para mi desgracia no encuentro nada y eso tampoco me ayuda.

—Tu destino te tiene de un verraco que da gustito verte, fiñe.

—No empecemos, abuelita, que ya estoy bastante calentito.

—Eres caliente, mi chama, siempre lo has sido y eso te hace especial. Pero te voy a dar los dos consejos que no me has pedido. Primero, debes tener cuidado, algo malo se acerca y hará tambalear nuestras vidas y desde ya te digo que nada tiene que ver con Jasper, por lo tanto, deja de mirarlo como si fueras un can con rabia. Segundo, el amor más puro y sincero que podemos sentir llegará a tu vida, cuídalo, protégelo y dale todo el cariño que seas capaz de sentir; y no hablo de Valentina, aunque ella tiene mucho que ver.

Mucho estaba tardando en regalarme sus palabras en clave y sus consejos sin sentido, le preguntaría qué quiere decir, pues me he quedado igual de perdido que antes de que empezara con su consultorio. Sin embargo, no lo hago, y no por falta de ganas, más bien se debe a la chica y sus tres acompañantes —a las que no presto la menor atención— que acaban de entrar en el local, acaparando todas las miradas.

Ese es el efecto que Valentina causa en mí, su sola presencia me aturde, hace que me olvide de todo lo que me rodea y me atrae como lo hace un dulce a un niño. Necesitando tenerla entre mis brazos, me levanto y voy a su encuentro, pero un duendecillo rubio, con mirada cristalina y cara de pilla se lanza sobre mí, dejándome paralizado.

—¡Cuñi! Por fin te conozco. Ahora entiendo por qué mi hermana no tiene prisa por volver, estás para hacerte un monumento.

—¡Jordina!

El grito que Valentina le lanza a su hermana no consigue asustarla lo más mínimo, aunque sí logra que me suelte del abrazo estilo koala en el que me tenía preso.

—¡Jordina, Jordina! Solo he dicho la verdad, que no me gusten los tíos no significa que no sepa admirar un portento cuando lo veo y este —me señala con las manos como si fuera un panel de «La ruleta de la suerte»— es el premio gordo. No seas sota, borde y Valentina en estado puro, o terminarás asustándolo y... para uno que te aguanta.

—Reconozcamos que algo de razón tiene la rubia —confirma Nati, que no puede disimular la diversión que le provoca enfadar a su amiga.

—Paso de vosotras dos, sois dos descerebradas sin solución. Vamos, Mila, te invito a una copa.

Pero Mila no responde y sigue firme como un jan mirando hacia la mesa donde se encuentran los demás.

—¡Chica, reacciona! Que parece que te ha dado un chungo —insiste la pelirroja.

—¡Jesusito de mi vida! Por favor, decidme que el morenazo que se encuentra al lado de Kalevi es real y, sobre todo, que está soltero.

Aun sabiendo de quién habla, más que nada porque en esa mesa solo hay un moreno que pueda llamar su atención, me giro siguiendo su mirada, que, tal y como suponía, está fija en Jesús.

—Has dado en el clavo, chata. Se llama Jesús, aunque no tienes nada que hacer, es cura —le

explica Valentina.

—Claro, él cura y yo monja. No digas tonterías, pecosa. Ese tío puede ser modelo, actor o el hombre de mi vida, pero ¿cura? Ni de coña.

—La bruja dice la verdad, es cura, así que deja de devorarlo con los ojos, pelleja —es el turno de Nati.

Las oigo hablar y no salgo de mi asombro, ellas por su parte siguen a lo suyo debatiendo sobre las virtudes del padre y, también, su único defecto. Lo normal sería que intercediera y le quitara la loca idea a Mila de ir a por él, sin embargo, y a las malas, he aprendido que en una conversación de mujeres es mejor mantener la boca cerrada.

—Yotuel, dime que estas cabronas solo quieren burlarse de mí. —Me mira haciendo ojitos y poniendo carita de pena y, aunque me gustaría decirle que tiene razón, no puedo. Su batalla la tiene perdida antes de empezar.

—Lo siento, Mila.

—Me cago en mi suerte, meses sin que ningún tío me guste y para uno que lo hace... resulta que es cura. Lo mío no es karma, es una putada detrás de otra.

—Vamos, chocolatina, no hay nada que no cure un buen y cargado mojito de Caridad — intenta animarla Nati.

Las tres se van hacia la mesa, dejándome a solas con la pelirroja, y sin perder más tiempo la atrapo entre mis brazos, pegándola todo lo posible a mi cuerpo.

—Hola, preciosa.

—Hola, cubano, ¿me has echado de menos?

Podría decirle que estar sin ella ha sido todo un suplicio, que he extrañado sus labios, su sonrisa y su lengua mordaz, pero prefiero demostrárselo con un beso cargado de todo lo que me hace sentir. Aunque antes de que nuestras bocas puedan tocarse se aparta de forma brusca y sale corriendo al aseo. No lo pienso y sigo sus pasos.

Sujeto su melena, acaricio su espalda y mojo su nuca mientras la pobre no deja de vomitar. Así pasamos varios minutos hasta que su estómago parece asentarse. Le ayudo a recomponer su estado, sin embargo, sigue demasiado pálida, tanto que parece a punto de desmayarse.

—¿Estás bien, Valentina? —La preocupación baña mi voz, y eso no es nada comparado con la que sacude mi cuerpo.

—He debido de pillar algún virus, no te preocupes.

—Deberíamos ir al médico. —Su explicación no termina de convencerme y quiero asegurarme de que de verdad no le sucede algo grave.

—No es nada, pero si vuelvo a vomitar iremos al médico, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto y ahora, ¿puedo besarte o saldrás corriendo de nuevo?

Sonríe de esa forma tan suya que me vuelve loco y une nuestras bocas en un beso suave que poco a poco se va volviendo más exigente, húmedo y salvaje. Me pasaría todo lo que me queda de vida besándola, bueno, quien dice besándola dice haciéndole de todo, ya me entendéis.

—Perdón.

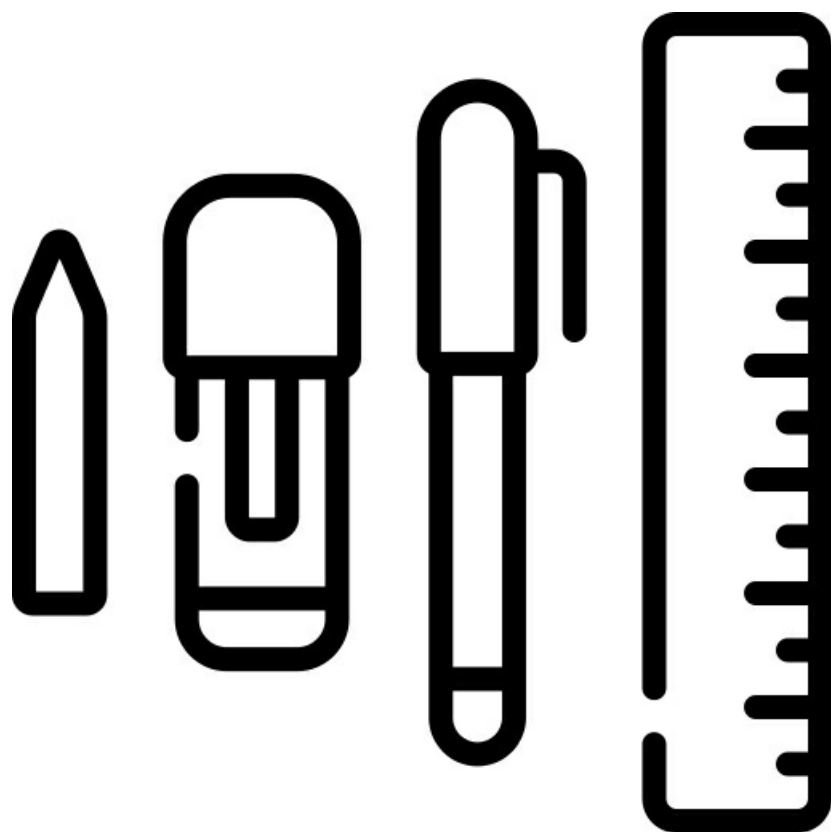
Alguien ha entrado en el baño y al vernos tan entretenidos ha salido corriendo —menos mal, porque cinco minutos más tarde y con lo que hubiera visto sí que la hubiéramos traumatizado—. Rompemos a reír por la situación tan surrealista, ahora mismo parecemos dos críos sin preocupaciones ni problemas.

—Será mejor que salgamos, cubano, o al final terminaremos detenidos.

De la mano salimos del baño y vamos donde nuestra familia nos espera, aunque a medio camino Valentina detiene sus pasos y se gira para mirarme.

—¿Has cambiado de colonia? —Su pregunta me descoloca por completo y solo puedo negar con la cabeza—. Pues hazlo, es horrorosa.

Sin esperar una respuesta por mi parte, reanuda la marcha y se va directa a los brazos de mi abuelita que la mira de una forma extraña, aunque no sé qué estoy pensando si todo en esa mujer es extraño, misterioso y loco.



CAPÍTULO 48

VALENTINA

Había pasado una semana desde que comencé con los síntomas del virus y por fin parecía que la enfermedad iba remitiendo. No había ido al médico, la verdad es que no me gustan e intento evitarlos en la medida de lo posible. Para escabullirme de la temida visita al doctor había tenido que utilizar todas mis armas de mujer. Yotuel es un hueso duro de roer cuando quiere algo y me lo había puesto un tanto difícil, pero yo soy mucho más cabezona. Al final, por no discutir, se había dado por vencido. Eso sí, del cambio de colonia no le había librado nadie. Bueno, más que cambiar de perfume había optado por la solución rápida que era no ponerse ninguno. Ahora va por la vida desprendido de artificios químicos, lo cual le agradezco sobremanera.

A mis amigas y a mi hermana no les había visto el pelo, aunque había hablado con ellas todos los días. Me daba pavor pegarles el bicho que había cogido yo, bastante era con que una de nosotras no pudiera levantar la cabeza de la taza del váter, que sororidad teníamos mucha, pero eso hubiera sido pasarse tres pueblos y hasta tres países. De todas formas, Nati estaba trabajando sin descanso para sacar todos los pedidos que tenía para San Valentín, con lo que igual no la hubiéramos visto mucho. En cuanto a Mila y Jordina, quienes se alojaban en el apartamento en el que yo comencé mi andadura ibicenca, todavía pasarían aquí una temporada, puede que incluso indefinida.

Mi hermana había ido de la mano de Yotuel a visitar la clínica veterinaria de la que este le habló, encontrando una sorpresa. El dueño, un señor ya mayor, estaba a punto de jubilarse. Sus hijos no habían seguido sus pasos y el personal que tenía trabajando con él no quería quedarse

con el negocio, así que se veía ante la tesitura de tener que cerrarlo. Debido al arraigo sentimental que tenía con el establecimiento, que tan buenos momentos le había dado y que tanto le había costado sacar adelante, en cuanto Jordina se presentó ante él el buen señor vio la luz. Entonces fue cuando le ofreció un traspaso por un precio ridículo, pues el dinero no era en verdad lo que le importaba, solo que su «bebé» siguiera abierto muchos años al amparo de una persona que se preocupaba por los animales lo mismo que él.

Jordina estaba más pelada que una gamba congelada, pero por fortuna el dinero no era un problema para mí. Y ¿qué mejor manera de gastarlo que esta? No hay nada tan importante como darle a una persona a la que amas la posibilidad de llevar a cabo sus sueños. A su vez, el cubano se había marcado un tanto regalándole el bajo donde se asentaba la clínica. Iba a prepararlo todo para, cuando llegara el momento del traspaso, firmar ante notario los papeles que la harían dueña del lugar. Yo no estaba muy convencida con esa maniobra, algo que le había expresado hacía días, lo que provocó una pequeña discusión.

Mis temores venían al ponerme en el supuesto de que un día nuestra relación se terminara, ya que era una circunstancia posible debido a que yo aún no sabía qué iba a ser de mi vida. Sin embargo, él argumentó que lo hacía de corazón, que no tenía nada que ver conmigo o lo que teníamos. Su decisión nacía del recuerdo de un día en el que alguien le tendió la mano para emprender el camino que hoy le estaba dando el ansiado éxito, al igual que le ocurrió a Kalevi con su negocio. Decía que si en el mundo se creara una cadena de ayuda mutua todo funcionaría mejor. Así que no había más que hablar.

En cuanto a Mila, recién había plantado al jefe de la orquesta en la que había trabajado durante varios años. El tipejo era un listo que se sacaba una buena cantidad de dinero a costa de los seis miembros del grupo, dejándoles a ellos las migajas de lo ganado en cada actuación. Vamos, que los explotaba. De modo que mi amiga había cogido el toro por los cuernos y le había dicho a ese cabrón que se fuera a explotar a su santa madre.

A su vez estaba el hecho de que había demasiado gallo en el gallinero. Con los componentes que tocaban instrumentos se llevaba de categoría, bromeaban a todas horas y tenían una gran relación. Sin embargo, los otros dos cantantes eran otro cantar. Les gustaba el individualismo, brillar a toda costa, pasando por encima de cualquier persona que se pusiera en su camino. Cada vez exigían mayor protagonismo en el escenario, y mi querida Mila consideraba que eso estaba de más, pues en una orquesta se suponía que los miembros tenían que formar un equipo.

No soportaba a las personas que tenían el ego más grande que el cuerpo y se había desilusionado mucho al comprobar que el mundo de la música era así. Pensaba que si esto pasaba en un equipo que se dedicaba a cantar por los pueblos de la geografía española, ¿qué pasaría con aquellos que lograban llenar, por ejemplo, el Palau Sant Jordi? En definitiva, no solo había dejado su trabajo, también se estaba planteando renunciar a la música. Venía, entonces, un periodo de reflexión para ella que, para sufrirlo en casa mirando al techo, lo pasaría en la isla donde estaban sus amigas.

Esta noche tengo una cita con ellas en mi antiguo apartamento para cenar y hablaremos en persona de las novedades en nuestras vidas, pero de momento me tengo que centrar en la inminente comida, ya que Maritza nos ha pedido que vayamos a su casa. Quiere que Yotuel conozca mejor a Jasper, con quien parece que la relación va viento en popa, y quiere que yo esté también como parte de la familia y, para qué negarlo, para hacer de muro de contención. Solo espero que el cubano se comporte y no saque a relucir su lado cromañón, porque si no la vamos a tener.

—Mmm, estás para comerte, *mamey*.

—Alto ahí, morenazo. He tardado un siglo en tapar mis ojeras y ponerme algo decente. Ni se te ocurra poner tus manos sobre mí.

—¿Ni un poquito? —inquire con cara inocente, aunque me la creo menos que una moneda de tres euros.

—Ni un dedo, cubano, o te lo arranco.

—¡Joder! ¡Qué salvaje estás! Desde el virus estás más brava de lo normal.

—Entonces, me doy por satisfecha. Va a ser cierto eso de que cuando se cierra una puerta se abre una ventana.

Con expresión triunfal, paso por su lado cual reina y me dirijo al perchero de la entrada, de donde cojo mi bolso tamaño maleta de Mary Poppins. Sin mirar a Yotuel, porque una es débil y, al final, podría mandar tanta dignidad al carajo, me encamino hacia el ascensor. Al momento escucho un suspiro y una puerta cerrarse, sintiendo que he ganado esta pequeña batalla.

No es que no me apetezca perderme con él entre las sábanas, sobre todo después de la semana a dos velas que hemos tenido, donde la cucharita ha sido casi el único contacto físico entre los dos. Tampoco dudo de su atracción hacia mí y de la excitación que le provoco. Sin embargo, sé que este teatrillo que ha montado se debe más a las pocas ganas que tiene de ir a la comida con su madre, y eso no se lo voy a consentir. Esa mujer que, por lo poco que sé, pasó las de Caín a manos de un abusador, se merece cualquier situación buena que se presente ante sus ojos, algo que me encargo de recordarle en cuanto llegamos a la puerta de la casa de Maritza:

—A ver, cubano, antes de subir vas a respirar hondo. He pasado una semana de mierda y lo que menos necesito es que saques al gallito a pasear. Jasper es un buen hombre y tu madre está exultante.

—¿Acaso lo conoces? —pregunta con la ironía impregnada en cada palabra.

Ahora mismo le daría una hostia con toda la mano abierta que lo mandaría de golpe a Cuba sin coger un avión. No sé qué me pasa, pero últimamente los actos violentos claman más atención por mi parte. Más que un virus parece que me haya convertido en la prima de Hulk tras una exposición a los rayos gamma.

—No, no lo conozco. La primera vez que lo vi fue la misma que tú. Sin embargo, es amigo de Nicolás, uno de los buenos, y no creo que ese señor adorable se junte con personas que resulten ser unos delincuentes en potencia.

—Tienes razón —contesta con la mandíbula tensa, sacando el sonido a duras penas.

—Además, luego está tu madre.

—¿Qué pasa con mi *pura*?

—Pues que se merece tener a alguien que la ame en su vida, alguien que esté con ella día a día, que compartan momentos e ilusiones.

—Para eso ya está la familia, ¿no crees?

Su postura de crío empecinado con los brazos cruzados en el pecho y los labios fruncidos hace que mi sangre hierva en mayor medida. *Igual la que debe respirar hondo eres tú, nena.* Qué verdad tan grande, mi pequeña conciencia.

—Yotuel, ¡basta ya! Te estás poniendo obtuso sin motivo. Tú eras un bebé y, por suerte, no tuviste que sufrir las consecuencias del maltrato. Yo tampoco he pasado por esa situación en mi vida, algo que agradezco enormemente. No obstante, ambos somos inteligentes e intuimos cuáles son. Miedo, humillación, vulnerabilidad, vergüenza, culpa, y una infinidad de sentimientos más. Pienso que solo ella sabe lo que ha pasado.

Sus engranajes van a mil por hora, veo pasar las emociones por su rostro a gran velocidad y también cómo poco a poco va relajando los músculos. ¡Dios mío! Dame paciencia, por favor.

—Así que, vas a atarte los machos, vas a poner en tu rostro esa sonrisa maravillosa que haría que cualquier persona del universo se bajara la ropa interior y vas a entrar en esa casa dispuesto a conocer a la persona que ha conseguido traer luz a tu madre.

—¿Tengo una sonrisa que...?

—Ni se te ocurra seguir o de esta no sales vivo.

—De acuerdo, pelirroja. ¡Menudo carácter! —rebate con las manos en alto y una mueca pícaro contenida en sus labios.

Me limito a poner los ojos en blanco y a llamar al timbre. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

Al llegar a la quinta planta una Maritza deslumbrante nos recibe en el quicio de la puerta. Madre e hijo se funden en un abrazo de esos que reconfortan las almas y te hacen ver que nada malo puede pasar. Incluso soy testigo de cómo unas pequeñas lágrimas salen de los ojos de ambos, lo que hace que a mí me suba a la garganta una congoja que no había sentido antes. En serio, ¡qué rara estoy!

—¡Oh, mi niña!, pero qué hermosa estás —indica la buena mujer en cuanto pone su mirada sobre mí—. ¿Me das un abrazo?

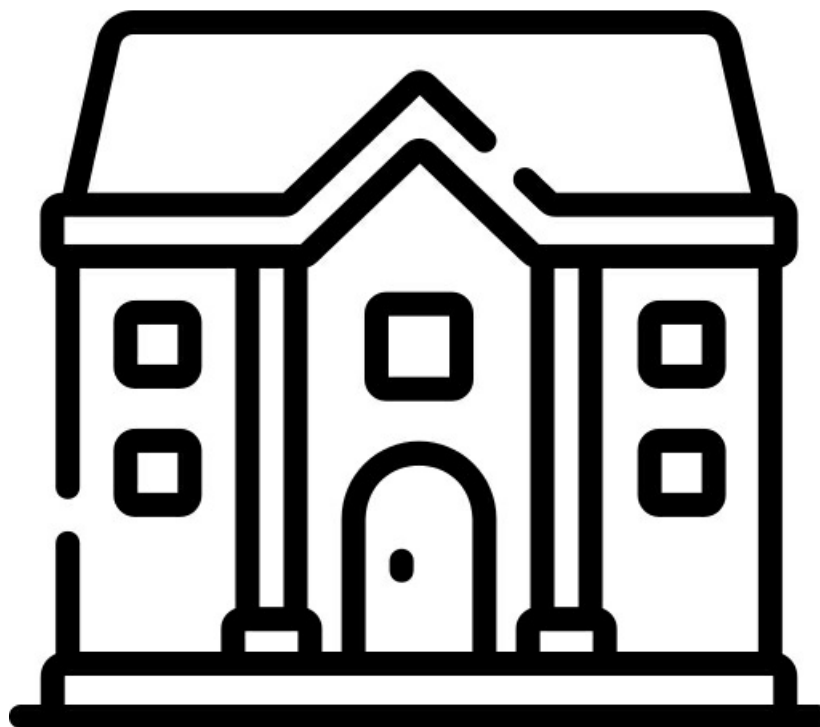
—Claro que sí.

No obstante, en cuanto nuestros cuerpos se tocan algo le ocurre a Maritza, pues sufre una convulsión y se desploma en mis brazos, que apenas pueden contener el peso de su cuerpo. Menos mal que Yotuel me ayuda y también Jasper, quien sale del apartamento en cuanto escucha el revuelo que se crea.

Pasamos unos minutos angustiosos, en los que Maritza no responde, aunque sigue respirando con regularidad. Una pequeña discusión comienza entre el cubano y el finlandés, pues Yotuel quiere llamar a un médico, mientras Jasper lo frena, indicando que no hace falta, que pronto sabrá la razón. Yo me limito a observar a la mujer, quien parece que está durmiendo, y a acariciar uno de sus brazos. No sé muy bien si para tranquilizarme o para reconfortar a la bella durmiente.

Justo cuando la tensión ha adquirido un punto álgido, la madre del cubano abre los párpados con lentitud y me mira con fijeza, pronunciando unas palabras que me dejan descolocada y a las que no les encuentro sentido:

—Eres tú a por quien van.



CAPÍTULO 49

YOTUEL

Imaginar y soñar son de las pocas cosas gratuitas que nos ofrece la vida. Puedes montarte tu propia película, organizar mil planes diferentes, prever qué sucederá y crear diversas opciones, todo eso lo puedes hacer tú, pero claro, luego llega el karma, destino o suerte —llámalo como quieras, que al final siempre es lo mismo—, y decide mover sus hilos mandando al traste todo lo que deseabas. Ese sería un buen resumen de la semanita que he pasado, aunque siendo franco, la pelirroja la ha pasado mucho peor.

El virus que sufre la ha mantenido abrazada al váter, como lo está Georgina Rodríguez a sus queridos embutidos, que hay que ver lo que le gustan a la titi. Verla en tal estado me desesperaba, aunque no ha habido forma de convencerla para acudir al médico, daba igual lo que intentara, su negativa y enfado era su única respuesta y, para evitar más *berro* entre nosotros, he decidido dejar el tema. Porque el supuesto virus no solo le ha traído vómitos y mal cuerpo, además la ha dotado de una mala hostia que no hay ser humano, extraterrestre o no nacido capaz de soportarla.

Entendía su frustración y enfado, pensaba pasar una semana de desenfreno, fiesta, diversión, risas, playas y mojitos junto a su hermana y amigas; sin embargo, la ha terminado pasando como un trapo, sin ganas de verlas. Tanta era su desesperación y mi preocupación que estuve tentado de llamar a mi abuelita para que le *diera un despojo*, pero al final decidí quedarme quieto, porque ¿cómo le explico a Valentina que la buena de Caridad tiene ciertos dones, sin que crea

que estamos todos con un *pase a la tierra*?

Lo único bueno de esta situación ha sido que he podido conocer a Jordina y adorar un poco más a Mila. La primera, pese a su juventud, es una mujer sensata, segura, capaz y con un dulce carácter que hace imposible no quererla. Poder ayudarla y ver la ilusión y determinación en su mirada cuando le hablé de la posibilidad de ser la dueña de la clínica veterinaria fue un regalo para mí. Soy de los que piensan que poder echarle una mano a los demás no cuesta, aunque sí da muchas alegrías. Ver feliz a la gente que te rodea te hace serlo a ti y ser generoso no te hace tonto. Quizá sea porque cuando yo lo necesité tuve esa mano amiga, o porque mi *pura* y abuelita, aun no teniendo nada, dan todo a quien lo necesita. Sea por el motivo que sea, me gusta ayudar y es algo que no pienso cambiar.

Al lado de Mila he descubierto muchas cosas, ella es puro *corasón*, buenos sentimientos y alegría asegurada. Nuestra conexión fue inmediata el día que nos conocimos en la playa de Altea mientras el albino intentaba reconquistar a Nati. Somos muy parecidos y enseguida nació un vínculo especial, que estos días no ha hecho más que crecer. Puede que por eso sea más consciente de las miraditas que le lanza a Jesús cuando piensa que nadie la ve. No quiero que sufra, no lo merece, pero como bien dicen: en el *amol* y los sentimientos no se manda. Y la pobre está perdida por el cura... ¡De nuevo el jodido karma haciendo de las suyas!

Para mejorar mi semana, hoy tenemos comida en casa de mi *pura* para que pueda conocer un poco más a Jasper. Como si quisiera hacerlo, que por si tenéis dudas ya os digo que no quiero. No dudo que sea un buen hombre ni de que sus intenciones sean buenas, el problema es que se está singando a mi *pura* y eso es algo que ningún hijo quiere saber, aceptar o, ya que nos ponemos, ver. Pero no podía negarme a la puñetera invitación, no solo porque le haría daño a mi *pura*, sino porque mis cuatro hermanitas, reconvertidas en los cuatro jinetes del apocalipsis, me han amenazado de tantas formas que he sentido hasta *ñao* de las posibles consecuencias.

Veo cómo Valentina se da los últimos retoques frente al espejo y mi *berro* se esfuma dando paso al deseo, aunque de poco me sirve, pues la pelirroja no me deja acercarme. Me conoce demasiado bien y sabe que, de hacerlo, no iríamos a la comida y si me pongo tampoco la dejaría ir a la cena que tiene con las chicas. Eso sí, la muy bruja no duda en regañarme como si fuera un fiñe, ni en bajarle los humos a mi cromañón interior. Así que me voy a la jodida comida con el finlandés, excitado, calentito y con ganas de estrangular a alguien. ¿Qué puede salir mal?

En un intento por calmarme, rememoro todas las frases motivadoras que recuerdo, realizo las respiraciones que Ava me enseñó e incluso su frase estrella: «*Amorcito, everything happens for a reason*», pero nada, sigo en plan gruñón, tocapelotas e inaguantable, vamos, una copia en color chocolate de mi *compay* Kalevi. Solo consigo relajarme —todo lo relajado que uno puede estar en una situación así— cuando la puerta del *gao* de mi *pura* se abre y nos recibe con una preciosa sonrisa y un abrazo de esos que alargan la vida.

La emoción es palpable y las pequeñas lágrimas que han escapado de nuestros ojos son buena muestra. Noto un brillo especial en su mirada, una felicidad que nunca le había visto y unas vibras que la hacen brillar. En ese instante me doy cuenta de lo *guacarnaco* que soy y lo mal que estoy haciendo las cosas. Quiero decirle tantas cosas que me quedo bloqueado y ella aprovecha mi estado para saludar a la pelirroja.

Todo sucede demasiado rápido, en un segundo está sonriendo y al siguiente se desploma en los brazos de Valentina. Mi pulso se detiene, un nudo enorme oprime mi garganta y un dolor insoportable se instala en mi pecho.

—¡Llama a una ambulancia! —le pido a la pelirroja mientras intento hacer reaccionar a mi *pura*.

—No es necesario, Maritza se recuperará enseguida.

El que faltaba, el doctor House finlandés. Ignoro sus palabras y vuelvo a insistirle a Valentina para que pida ayuda, sin embargo, ella parece estar en *shock* y no se mueve. Mis hermanas nos miran desde el quicio de la puerta sin hacer ni decir nada, mi abuelita aparece con un vaso en la mano y le sonríe a Jasper y yo... yo voy a explotar de un momento a otro.

—Maldita sea, llamad a una puta ambulancia, ¡ya!

—Yotuel, tu madre está bien, enseguida volverá con nosotros y te explicará qué sucede.

—Jasper tiene razón, dale un poco de tiempo —secunda Mayelin a la vez que el resto afirman con la cabeza.

—Mirad, yo no sé si le habéis dado en exceso al ron o a las hierbas, pero mi *pura* está inconsciente y no pienso seguir perdiendo un tiempo que puede ser crucial. Yo mismo la llevaré al hospital y después...

No puedo continuar hablando, pues mi *pura* abre los ojos y agarrada a Valentina pronuncia unas palabras que nos dejan a todos sin respiración:

—Eres tú a por quien van.

He visto esa mirada desesperada antes, pero nunca la había visto en ella. Solo mi abuelita o Mayelin la tienen después de sufrir una de sus visiones, y eso solo puede significar que mi *pura* también comparte ese extraño don. Antes de que diga nada más, y necesitando una explicación, la tomo en brazos y la llevo a su cuarto.

—Mi chama, sé que tienes muchas preguntas, que ahora mismo no entiendes nada y que el *berro* que llevas encima tampoco ayuda. Te juro que voy a explicarte todo, pero necesito que me prometas que cuidarás a Valentina, van a por ella.

No entiendo nada, esto es una jodida locura o una maldita pesadilla de la que necesito despertar. Estoy a punto de exigirle una explicación cuando el puñetero finlandés —la cosa no hace más que mejorar— entra en el cuarto con un vaso de agua y una sonrisa bobalicona. Ignora mi presencia y se coloca al lado de mi *pura* besando su frente a la vez que la rodea con sus brazos. Negro, ¡qué digo negro!, Vantablack —que por si no lo sabéis es el negro más oscuro que existe, la oscuridad más absoluta y según leí, la nada más intensa— es como veo todo a mi alrededor. Verás la que termino liando.

—¿Cómo te sientes, *rakkaus*?

—Cansada, esta visión ha sido más fuerte que las anteriores, pero por suerte ya sé a por quién van, aunque sigo sin saber quién es esa mujer.

Los miro como si estuviese presenciando un partido de tenis, mientras ellos siguen inmersos en su nube de *amol* y, como no puede ser de otra manera, exploto:

—Podéis dejar la maldita comedia romántica que lleváis entre manos y decirme de una puñetera vez ¡qué *berocos* pasa!

Mi *pura* aparta la mirada del finlandés para enfocarla en mí y puedo ver lo decepcionada que está conmigo, a su vez el hombre perfecto intenta controlarse para no lanzarse sobre mí y quitarme la gilipollez que luzco por bandera a base de *papazos*, y yo solo puedo admitir lo sumamente idiota que soy.

—No vuelvas a hablarle a tu madre en ese tono, ella merece un respeto y se lo darás por las buenas o por las malas —gruñe Jasper.

Una persona normal aceptaría la regañina, agacharía la cabeza y pediría perdón, pero como yo parezco y soy de todo menos cabal, saco a pasear mi lado más camorrista.

—Me gustaría ver cómo lo intentas, finlandés.

Lo dicho, a gilipollas hoy no me gana ni el más pintado. Mi *pura* que ve como el ambiente

está a punto de estallar, se levanta y con su dedo acusador nos pone a cada uno en su lugar:

—Parad con esta demostración de *bolos* pasados de hormonas.

—¡Ha sido él! —respondemos los dos a la vez en una situación que resultaría cómica de no ser por la oscuridad que revolotea en mi mente.

—Yotuel, deja de comportarte como un fiñe malcriado, yo no te eduqué así, Jasper es la persona con la que quiero estar, quien me hace feliz y me ha devuelto la vida. No espero que se convierta en tu *compay*, aunque sí te pido que respetes mi decisión y le des un voto de confianza, es un gran hombre.

Perfecto, ahora el finlandés, alias doctor House, señor *amol* y buen *corazón*, es el ojito de mi *pura*.

—Jasper, no le tengas en cuenta a Yotuel su comportamiento, son demasiados cambios para él y su lado protector le hace ser así de torpe, aunque te aseguro que gracias a su *amol* y forma de ser me ha sido imposible odiar a los hombres. Él me ha enseñado que no todos sois iguales y que todos merecemos una oportunidad.

La última frase no tengo claro si va dirigida al finlandés o a mí, aunque, sea para quien sea, ambos agachamos la cabeza y asentimos a sus palabras. Contenta por haber parado la guerra entre nosotros, se sienta en la cama y me hace una señal para que lo haga a su lado.

—Mi chama, todo tiene un principio y el de esta historia comenzó mucho antes de que tú nacieras.

Sin soltar mi mano ni apartar la mirada me cuenta cuándo comenzó a tener ese don, con el que la mayoría de las mujeres de mi familia son bendecidas, aunque para ella fuera más bien un castigo. Lo mal que lo pasó al no entender bien sus visiones y, por supuesto, el rechazo y maltrato al que fue sometida por el cabrón con quien comparto genética. Como consecuencia decidió esconder sus dones, apagando su esencia y sumiéndose en una tristeza que la ha acompañado durante tantos años.

—¿Por qué nunca me contaste nada?

—Pensé que así os protegería, pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. He aceptado mi destino, Yotuel, y gracias a Jasper he entendido que no debo ocultar lo que soy.

Joder con el finlandés, él ha sabido comprenderla, aceptarla y quererla mientras yo me he comportado como un egoísta, celoso e insoportable.

—Lo siento, *pura*.

—No tienes que sentir nada, cariño, solo quiero que respetes mi decisión, le des una oportunidad a Jasper y, sobre todo, me ayudes a proteger a Valentina, ella no lo sabe, pero va a necesitarte a su lado y, no preguntes, te contaré lo que necesites saber cuando ella esté presente.

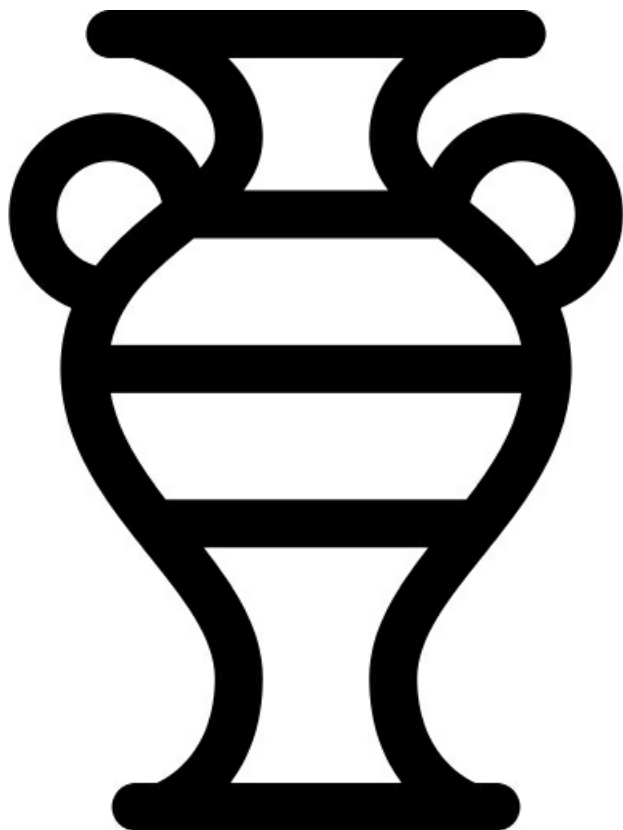
Tengo claro que no me dirá nada más, y después de un fuerte abrazo que calma todos mis demonios —o al menos los que tienen que ver con su nueva relación— y un apretón de manos con el finlandés salimos al comedor, donde todos nos esperan alrededor de la mesa. Me coloco al lado de la pelirroja y rodeo su cintura, dejando que su dulce olor me llene de calma. Mi *pura* se disculpa por su pequeño desvanecimiento y las diferentes charlas y platos comienzan a desfilar.

—Valentina, sé que lo que voy a decirte no lo entenderás y puede que te asuste, es normal, pero quiero que sepas que solo pretendo ayudarte y para eso debes confiar en mí. Algo muy malo va a suceder, he visto cómo una mujer con mucho odio en su interior se acerca y tú, mi chama, eres a por quien va. Todavía no he podido averiguar el motivo de sus actos, aunque no descansaré hasta que lo consiga. Abre bien los ojos, no te fíes de nadie y escucha a tu *corazón*, él es capaz de ver y sentir lo que la cabeza se niega a aceptar.

La pelirroja no puede disimular la incredulidad que siente al escuchar las palabras de mi *pura*,

algo normal, pues que te digan que van a por ti y, lo más descabellado de todo, que lo han visto, como si de una película se tratara, es para pensar mal y salir corriendo sin mirar atrás. Guarda las formas, sonríe, asiente e intenta mantener la calma, aunque conociéndola sé que esa cabecita está trabajando sin parar y deseando salir de aquí para destripar con sus amigas y hermana lo que acaba de suceder.

Ella no entiende los poderes que mis chicas pueden tener, pero yo sí y seguiré sus consejos, ya que la seguridad, felicidad y tranquilidad de Valentina son mi única prioridad.



CAPÍTULO 50

NATI

Me despido de mi vikingo y su ceño fruncido ya que, aunque ha intentado e inventado de todo para que me quedara en casa, no ha conseguido su propósito y voy derechita a reunirme con las chicas. Reconozco que desde que ha descubierto a Copito está de un mimoso que me resulta imposible resistirme a él, pero debe entender que necesito este ratito de confesiones, locuras y muchas risas.

Bueno, y de algún rapapolvo, sobre todo, de parte de Valentina, cuando conozca la noticia bomba de la noche. Que a los cinco minutos estará feliz, dando saltos y organizándolo todo, aunque de su momento: «¡Qué coño has hecho, loca!», no me libra ni Dios ni las mil estampitas de mi madre. Eso será a su debido momento, ya que primero nos toca disfrutar de estar las tres juntas y nuestra peque, porque por mucho que Jordina sea una mujer con todas las letras, para nosotras, que la hemos visto crecer, sufrido su enfermedad, admirado su coraje y desesperado con sus rabietas, siempre será nuestra peque.

Me encanta, casi tanto como lo hace la Navidad, que estén en la isla y que de momento no tengan planes de volver. Las necesito —aunque con Kalevi soy muy feliz y solo me falta escupir corazones por los ojos, con Nicolás no dejo de aprender y con Yotuel he encontrado el amigo que nunca tuve y su familia ya es la mía—, mis amigas son esenciales para sentirme completa.

Hemos estado juntas desde la guardería y, aunque somos muy distintas y discutimos hasta por una línea del suelo, son ellas quienes me han enseñado a ser mejor, a conocer un amor sincero, a

respetar la lealtad y a hacer miles de putadas con las que terminábamos tirándonos de los pelos. Recordar esos momentos me da morriña y en el estado pastel en el que me encuentro consigue que varias lágrimas comiencen su procesión. Jodidas hormonas.

Una vez recompuesta, toco la puerta del que fue el piso de Valentina y que disfrutó dos días antes de mudarse con el cubano. Menos mal que luego soy yo la que corre, pues mi querida amiga se ha marcado un esprint que ni Miguel Induráin —por favor, decidme que sabéis de quién hablo y no soy tan vieja como ahora me siento por la comparación—.

—Bienvenida a mi humilde morada, Natividad, reina de dragones y domadora de vikingos.

El recibimiento de Mila, con reverencia pomposa incluida, me hace reír a carcajadas. Mi amiga no es cómica, más bien es un chiste andante. Con ganas de seguirle la broma, respondo en el mismo tono que ha empleado ella:

—Gracias, Milagrosa, hija de Jon Nieve y domadora de micros desafinados. Es un honor poder pisar tu humilde morada.

—Lo de hija de Jon Nieve lo has bordado, el tema domadora de micros te lo perdono, pero ¿Milagrosa? Se supone que eres mi amiga, no la fundadora de Cabronas a domicilio. Exijo una disculpa, o las cervezas serán solo para mí.

—Puedes bebértelas todas, esta noche voy de tranqui.

Podría decirle que no solo será hoy cuando guarde abstinencia, aunque prefiero hacerlo una vez estemos las cuatro, y sentadas si es posible.

—¿Quién coño eres tú y qué has hecho con mi amiga? Esto debe de ser una broma, la pecosa con el estómago revuelto y la morena en plan *healthy*. Rubia, no me falles o me meto a monja.

Jordina nos mira divertida desde el sofá y levantando el botellín que tiene en sus manos le promete lealtad y muchas borracheras a Mila, que incluso llega a emocionarse y comentar lo mucho que ha crecido nuestra peque. Por sus risas, sospecho que ambas llevan más de una cerveza en el cuerpo, y antes de que empiecen en plan sentimental y que yo termine llorando sin control, pregunto por la pelirroja:

—¿No ha llegado Valentina?

—La pequitas lleva una hora dándose de hostias con el hojaldre o rodando un programa de cocina, no lo tenemos muy claro —explica Mila.

Decido dejar al dúo sacapuntas en el sofá y voy en busca de la bruja, sé que le encanta cocinar y, además, se le da muy bien, pero si prefiere encerrarse con los fogones, en vez de disfrutar en el salón con las chicas, es porque algo le preocupa. La encuentro golpeando la masa con un brío y una mala leche que dan miedo, dejándome claro que algo pasa por su cabecita y no sabe cómo afrontarlo.

—Has ganado el asalto, el combate y hasta el mundial.

—¡Joder! Qué susto me has dado, Nati. Ponte una puñetera campana.

—Le pegan más unos cascabeles, ya sabes, por eso de la Navidad —responde Mila desde la puerta mientras choca su botella con Jordina y ríen sin parar.

—¿No te unes al grupo Borrachas sin fronteras?

—No, hermanita, hoy Nati va de sana y responsable.

Mi amiga me mira, remira y vuelve a mirar, intentando descifrar lo que solo ella ve, ya que las otras dos no se ven ni ellas mismas.

—¡La madre que te parió! No puede ser. Dime que no es verdad.

Es imposible que lo sepa, aunque tratándose de Valentina y su ojo analizador, todo puede ser.

—Díselo, Nati, no sé el qué, pero díselo —insiste Mila.

Me pongo nerviosa, quería disfrutar de la cena, mantener cientos de conversaciones sin

sentido y solo cuando estuvieran relajadas darles la noticia. Sin embargo, todos mis planes se están esfumando y lo peor es que no sé cómo detenerlos.

—Yo... yo... —Nada, que no arranco.

—¡Estás preñada! El vikingo de los cojones te ha preñado.

Pues nada, noticia dada y momento: «¡Qué coño has hecho, loca» en pleno apogeo. No hay forma de que algo me salga bien a la primera, bueno, Copito sí.

—No es por nada, Valentina, pero creo recordar de clase de Ciencias que para tener un bebé se necesitan dos personas.

—Milagritos, deja de tocarme los ovarios y sigue dándole a la botella.

—Sí, estoy embarazada y estamos muy felices, no teníamos planeado que fuera tan pronto, la verdad. Pero así ha sucedido y, si no pasa nada, dentro de más o menos siete meses nacerá Copito.

¡Ale, ya lo he dicho! Y qué a gusto me he quedado, Mila y Jordina se lanzan a abrazarme, besarme y acariciar mi inexistente barriga, mientras Valentina sigue digiriendo la noticia.

—¿No te alegras? —Me resulta imposible no preguntarle.

—Claro que me alegro, vas a ser mamá y yo la tía divertida y enrollada. Pero hoy parece ser el día de Volvamos loca a la Valentina; y desde ya os digo que no quiero más sorpresas ni visiones.

—Nos explicas ya ¿a qué se debe tu cara de lechuguina? Porque desde que has llegado estás más rara de lo normal y eso es mucho decir.

Después de fulminar a Jordina con la mirada y beberse de un trago un vaso de Aquarius, decide contarnos lo que de verdad la tiene en ese estado y que nada tiene que ver con mi futuro embarazo.

—Hoy hemos ido a comer a casa de Maritza y no sé cómo explicaros lo que ha sucedido sin que penséis que he perdido la cabeza.

—La gente normal empezaría por el principio, aunque tú puedes hacerlo por el final, todas sabemos lo especialita que eres.

Mila tan graciosa y feliz como ella sola no ve venir el collejón hasta que este impacta en su cabeza.

—¿Por qué me pegas, loca? Solo te estaba dando una idea. Qué *desaboría* eres, coño.

—Sigue hablando y verás las que te caen —ante esa amenaza Mila guarda silencio y Valentina continúa con la explicación—: nada más llegar a su casa, Maritza nos ha recibido y al abrazarme se ha desmayado, han sido unos minutos horribles. No reaccionaba, y Yotuel y Jasper han decidido sacar a pasear a sus machitos cabríos. Al recuperarse solo decía disparates sobre que alguien viene a por mí, que debo mantener los ojos abiertos y tener mucho cuidado.

—Esa película la pusieron el otro día en Nova —interrumpe Jordina.

—Exacto, todo de película, pero lo más surrealista es que todos parecían creer lo que decía. Como si de verdad hubiera visto a esa mujer, como si tuviera poderes o algo así.

No sabía que Maritza tuviera ese don, aunque sí soy consciente de que Caridad y Mayelin lo comparten. Fue Nicolás quien después de una visión de la dulce Caridad, y que por poco me provoca un infarto —y eso que yo a la magia y locuras estoy acostumbrada, pues convivo con el nieto de Papá Noel—, me explicó los poderes que las mujeres Cruz tienen. Días después fue la misma Caridad la que respondió a todas mis dudas y me habló sin tapujos de sus visiones y dones.

No puedo explicarle eso a las chicas, hay secretos que no me pertenecen y otros como el de Nicolás que deben seguir escondidos, ya que en las manos equivocadas sería el fin. Además de

que nos han educado en una sociedad donde lo diferente, único y especial no está muy bien visto. Es más fácil controlar un mundo sin preguntas que uno para el que no tienes respuestas. Aun así, debo hacerle entender que debe confiar en Maritza y lo que ha visto.

—Valentina, no todo en la vida es blanco o negro, real o inventado, verdadero o falso. Hay cosas, situaciones o circunstancias que no tienen explicación a simple vista, pero eso no las hace inciertas o mucho menos incorrectas.

—¿Me estás diciendo que crea en ese disparate?

—Te estoy diciendo que no lo descartes. En la realidad hay más de lo que vemos o percibimos, creemos en la lotería, la suerte y el más allá. ¿Por qué no creer en la magia, las visiones o poderes? No puedes negar lo que no conoces ni juzgar a quien sí lo hace, o incluso lo siente. Deja la mente abierta y sigue los consejos de Maritza.

Las tres me miran entre asombradas y acojonadas, las entiendo, yo antes de ver la magia con mis propios ojos era igual de escéptica que ellas. Mila y Jordina, con su tajada monumental, rompen a reír mientras Valentina sigue asimilando mis palabras.

—La preñada ahora es la doble de Esperanza Gracia —apostilla la rubia.

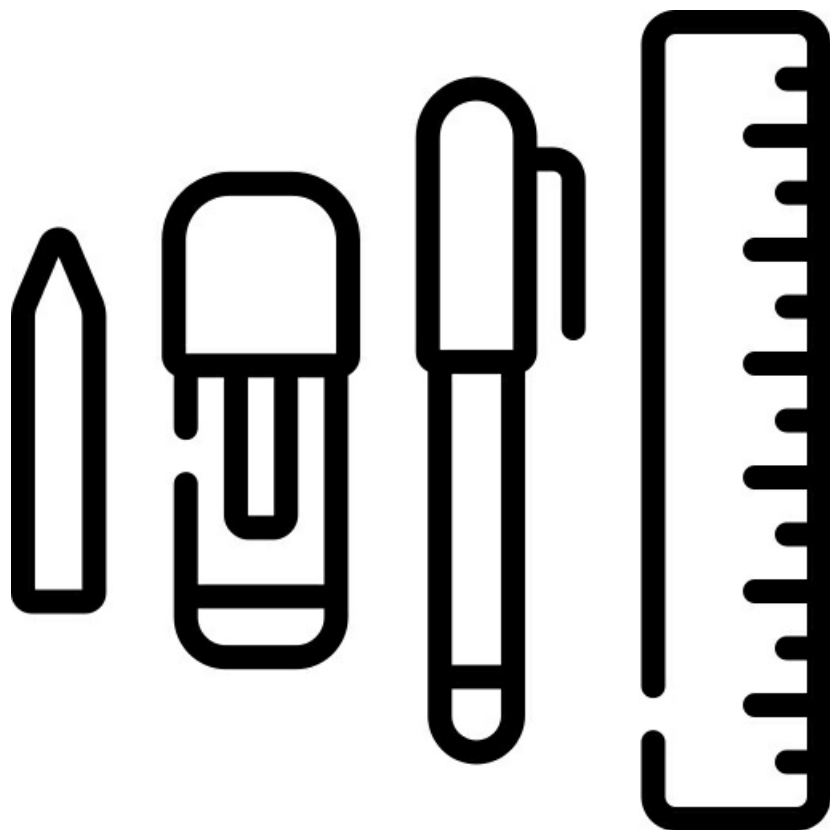
—Yo le veo más parecido al Maestro Joao y su buen gusto con los rubios —sigue con la tontuna Mila.

—Sois unas pavas sin gracia, que lo sepáis —las señala Valentina con el dedo—, y ahora dejemos el mundo del misterio aparcado y dame un abrazo, futura mamá.

Sospecho que ignorará lo que le he dicho; ella es una persona que necesita hechos y pruebas para aceptar algo, el problema es que no puedo ofrecerle nada de eso, por mucho que yo sepa que todo es cierto. Fundidas en un abrazo —en el que es imposible saber dónde empieza una y termina la otra—, y sorprendiéndome, habla entre susurros para que nadie nos oiga, algo innecesario, pues el dueto cómico sigue a lo suyo buscando parecidos razonables.

—Te haré caso y confiaré en las palabras de Maritza, pero como algún día me cruce con un fantasma te juro que iré a por ti.

La sesión mística queda finalizada y, ahora sí, podemos disfrutar de una noche de chicas donde ninguna nos aburriremos.



CAPÍTULO 51

VALENTINA

Junto a las tres locas del coño que tengo en mi vida paso una noche mágica, llena de risas, confidencias, bromas y amor incondicional, de ese que se te mete hasta los huesos, recargando tus pilas de modo que cualquier obstáculo venidero podrás saltarlo sin mayor dificultad.

Jordina y Mila pillan la mayor tajada conocida por el hombre. La primera porque está de celebración, ya que dentro de poco comenzará su andadura en solitario en un entorno para el que ha nacido. La segunda bebe para olvidar las penas, que no son pocas. No intenta buscar las respuestas en una jarra de cerveza, lo único que quiere es olvidar por un momento que se encuentra en el centro de una intersección sin saber qué camino coger.

Los seres humanos nos movemos por y para alcanzar una serie de objetivos que nos marcamos en un calendario de forma estratégica, moviendo las fichas adecuadas hasta obtener aquello que más ansiamos, como si de una partida de Risk se tratara. Sin embargo, luego viene la vida con sus propias piezas, haciendo que el tablero se tambalee y tus metas pierdan la posición que habían conseguido. Cuando eso ocurre nunca se está preparado, pues nosotros no estamos programados para el instante en el que una puerta tras otra se van cerrando.

Ahí es donde te das cuenta de que la existencia no es un camino de rosas, que a veces no es por falta de pasión o empuje, es más bien porque hay otros factores externos sobre los que tú no tienes el control. Y, cuando llegas a ese punto, hay un periodo de asimilación difícil de digerir para muchos. Solo espero que Mila consiga saltar ese pequeño bache. Por descontado, nosotras

vamos a estar para ella en todo momento y no la vamos a dejar caer.

Nati y yo evitamos la bebida, ambas por fuerza mayor. No obstante, eso no impide que lo pasemos en grande. Nunca he comprendido a las personas que necesitan ponerse a tono para pasar una buena noche, pero, en fin, ellas sabrán.

Dormimos juntas —como cuando éramos pequeñas y montábamos una noche de pijamas en casa de alguna de nosotras—, poniendo colchones en el suelo del comedor y viendo películas chorras que analizamos al dedillo como si fuéramos críticas de cine, hasta que se nos cierran los párpados por el cansancio.

Al abrir los ojos, las camas improvisadas a mi alrededor están desiertas, aunque no me hace falta ponerme a buscar a lo Sherlock Holmes para saber dónde están las antiguas ocupantes, ya que una algarabía de voces y sonidos de platos viene directa a mis oídos desde la cocina americana.

—¡La pecosa ha revivido! —exclama Mila con cierta guasa—. Pensábamos que anoche habías tocado una ruela envenenada sin que nos diéramos cuenta.

—No sé por qué sigues pensando que los chistes a primera hora de la mañana son una buena opción, chocolatina.

—Nunca me sacarás de mis trece. Una buena risa al amanecer hace que tu día pase de ser una porquería a excepcional.

Resoplo como una yegua a punto de dar una coz, lo que provoca una carcajada en las tres mujeres que se encuentran trajinando en los fogones. Como no quiero empezar la jornada con mal pie, me levanto y voy directa al baño. Me doy una ducha reconfortante, haciendo que mi mal humor mañanero se vaya por el desagüe junto a los restos de jabón. Todavía no sé por qué estoy tan revolucionada. Es decir, jamás he sido una persona que se levantara con el mejor de los humores, dando saltitos y cantando la melodía de «Sonrisas y Lágrimas», pero tampoco soy el personaje de Ira en «Del revés». En fin, lo único que puedo hacer es tomarme un tiempo y respirar hondo. Es algo que me está funcionando, al menos, de momento.

Con el pelo y la piel limpios, y vestida con la ropa de recambio que llevaba en mi bolso, me dirijo hacia la cocina para encontrarme con las gallinas de mis chicas, que se encuentran cacareando a viva voz «Amigos para siempre» de Los Manolos. Y no sabéis lo que es sufrir esa distorsión de sonidos en el tímpano, pues solo entona Mila. En favor de Nati he de decir que las partes en inglés las borda, con ese acento que parece nacida en Cambridge. En cuanto a mi hermana... bueno, la quiero con locura.

—¡Venga, pecosa! Canta con nosotras —grita Jordina embriagada por el furor.

Si no la conociera pensaría que aún está borracha. Sin embargo, mi pequeña es así de normal, una persona con un brillo especial que se bebe la vida a grandes sorbos, por lo que pueda pasar, y a la que le importa bien poco lo que opinen los demás. Y ¿sabéis ese dicho que dicta: si no puedes con el enemigo, únete a él? Pues eso es lo que hago, dejando que la euforia se mezcle con mis glóbulos blancos en mi torrente sanguíneo y combatan unidos a los invasores indeseados.

Tras esta canción viene la de «Loca» de Malena Gracia. Cómo se nota que la lista de reproducción es de Mila, pues esconde todas las joyas que cantaba en la orquesta. Con esta pieza musical juro que los berridos se deben de escuchar hasta en Venus, aunque a nosotras nos da lo mismo, pues estamos en nuestro momento de catarsis, más conocido como «quiero ser igual que Christina Aguilera», aunque sabemos de antemano quién es la única que podría conseguir tal hazaña en este cuarteto improvisado.

Con las endorfinas por las nubes, cortamos en todo lo alto la actuación privada, ya que la siguiente canción es «Ese hombre» de Rocío Jurado, y tampoco es cuestión de destrozar

leyendas. Además, el hambre ya está haciendo de las suyas, sobre todo en Nati, cuya cara está adquiriendo un matiz de orco de Mordor que da bastante miedo, así que cogemos nuestros platos con un desayuno estilo americano que se le ha antojado a la morena y nos dirigimos a la mesita de centro.

—¿Puedo poner las noticias? —pregunta mi hermana con cautela, pues sabe que yo no soy amante de los noticieros.

No es por nada en particular, es solo que me aburre como una ostra encontrar lo mismo un día tras otro y que nadie mueva un dedo para poner una solución real a los problemas crecientes. Mucho darle al pico, mucho debatir, mucho hablar en comidas interminables, pero todo sigue igual. No obstante, hoy me encuentro dadivosa, no sé si por la propuesta de cante jondo que nos hemos marcado hace unos minutos o por la comida tan deliciosa que tengo delante y que no me da ganas de expulsar a borbotones en el inodoro. Solo sé que levanto el dedo pulgar en señal de aceptación a lo Julio César salvando a un gladiador.

Ponemos un canal 24 horas, en el que ya está finalizando el ciclo de noticias, conque la primera comunicación que vemos es el recordatorio de que hoy es el día de San Valentín. Para lo único que me sirve saber ese dato es para darme cuenta de la rapidez con la que pasa el tiempo. Por lo demás, como siempre, me da igual.

—Vaya suerte la vuestra que tenéis a dos maromos a vuestro lado para celebrar este día —dice Mila haciendo unos pucheros muy graciosos.

—Oh, sí, no te lo puedes ni imaginar —contesto con tono mordaz y los ojos en blanco—. Lo primero, Yotuel y yo no hemos hablado de nada. Y, lo segundo, sabes que odio este día.

—Bueno, igual él te ha preparado alguna sorpresa. Sería tan romántico...

—Déjalo estar, chocolatina, y, ya de paso, quítate los corazones de los ojos. Solo de imaginarlo me entran escalofríos.

—¡Qué siesa eres! —afirma Nati con cierta reprobación en su voz—. Pues mi vikingo y yo sí que lo vamos a celebrar.

—Y yo que pensaba que él no era de celebraciones del calendario. ¡Vaya por Dios! Se me acaba de caer un mito.

—No lo es, bruja, pero se ve que Copito ha conseguido ablandarle del todo el corazón. Y ¿quién soy yo para negarle sus deseos?

—Tienes un morro que te lo pisas, morena. Además, esa cara de inocente no te la crees ni tú.

Nati se encoje de hombros y pone una sonrisa ladeada que confirma mis sospechas, que son que en la superficie le encanta ese nuevo cambio en la actitud del troglodita de su novio, consiguiendo la celebración por todo lo alto de otro de sus días favoritos después de la Navidad.

Las primicias vuelven al inicio del informativo en un hemicycle a rebosar de diputados aburridos peleándose por el caramelo que le ha quitado el de al lado. Ni unos críos en el patio del colegio dan tanta guerra como ese grupo de lampreas. Estoy a punto de colapsar con tanto postureo cuando llega a mis oídos algo inesperado:

Cayetana de Borja de Soto y Enríquez, duquesa de Escalona y grande de España, ha convocado hoy una multitudinaria rueda de prensa para anunciar la adquisición de una nueva empresa.

Vaya, la Cayetana marcándose un nuevo tanto en el mundo de la moda. Lo cierto es que no la conozco mucho, solo hemos tenido unos cuantos encuentros en alguna Fashion Week donde nuestra mayor interacción ha sido dos besos al aire y cuatro palabras de cortesía. No tengo nada en contra de ella, su marca me gusta y, a pesar de tener las cosas más fáciles debido a su fama, su rancio abolengo y el dinero que amasó como modelo, en verdad la admiro. Ha sabido encaminar

su vida haciendo algo de provecho, en vez de quedarse en el pasado como una vieja gloria o ir de plató en plató vendiendo sus secretos más oscuros. Sin embargo, en cuanto a lo personal, no me atrae. Supongo que nos distancia demasiado la casta.

La que fuera Miss España en los años noventa y supermodelo de grandes marcas, tanto en el panorama nacional como internacional, sorprendía esta mañana con una noticia que ha hecho tambalear al mundo de la moda.

—Con gran ilusión —declara una Cayetana sonriente ante varios micrófonos anclados en un pedestal—, anuncio que la marca Valentina's pasa a formar parte de lo que en un futuro será un grupo de empresas de prestigio en mi cartera. Mélange mantendrá la línea de refinamiento que ha seguido desde sus inicios, aunque con pequeñas modificaciones necesarias, y Valentina's se adentrará en otro público que resulta tan importante como al que estamos acostumbrados.

¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Está hablando de mi marca? ¿Cómo que la ha comprado? Cientos de preguntas pasan por mi cabeza antes de desplomarme en el suelo. Mientras estoy inconsciente, los pensamientos no dejan de fluir y mi mente intenta averiguar qué ha podido ocurrir, ya que estoy más que segura de que yo no se la he vendido y no he firmado nada. Es más, llevo meses sin ver a Cayetana, tampoco ha aterrizado sobre mi mesa ninguna propuesta por su parte ni se ha puesto en contacto conmigo su abogado. Esto que está ocurriendo, sencillamente, no puede ser.

Abro los ojos de golpe, descubriendo que otros tantos me están mirando desde arriba con cara de preocupación y angustia, compartiendo a su vez el estado de *shock* en el que yo misma me encuentro.

—Necesito mi teléfono. ¡¿Dónde está mi teléfono?! —grito a la vez que levanto de golpe mi cuerpo del suelo, algo poco aconsejable que descubro en cuanto me empieza a dar vueltas todo.

—Por favor, Valentina, tranquilízate —ruega Jordina a mi lado, cuyo brazo se encuentra sosteniendo mi peso.

—¿Cómo quieres que me tranquilice! Esa..., esa arpía ha anunciado la compra de Valentina's y ¡yo no he firmado documento alguno!

—Lo sé y lo comprendo, pero gritando e hiperventilando no solucionas nada. Así que, siéntate, respira hondo y cálmate, por favor te lo pido. Mientras, yo buscaré tu móvil, ¿sí? —indica mi pequeña tomando el mando de la situación.

Yo me limito a asentir y hacer lo que me manda. Durante unos segundos me centro en hacer respiraciones, recordando mis lecciones de yoga, cerrando los párpados para concentrarme en esa luz que nace en mi mente y que recorre todo mi cuerpo cual cura infalible contra los nervios. Al abrir los ojos de nuevo mi hermana ya tiene el teléfono en sus manos, que me tiende sin ceremonia.

Desbloqueo la pantalla y me doy cuenta de que tengo un carrusel interminable de llamadas perdidas de gente del mundillo y de periodistas. Hago caso omiso a todas ellas, pues por ahora tampoco sabría muy bien qué decirles. Ya habrá tiempo para eso cuando disponga de la información que me he perdido, por lo que llamo a la única persona que puede ayudarme, poniendo el manos libres para que las chicas lo escuchen.

—Buenos días, Valentina —contesta Rodrigo con su voz melosa de siempre.

—¿Buenos días? ¿Acaso estás metido en una cueva? ¿No te has enterado de las noticias?

—Por supuesto que me he enterado, querida, por eso es un buen día para mí.

—¿Cómo puedes decir eso, Rodrigo? ¡Nos han robado la empresa!

—No, querida. Te han comprado tu parte de la empresa, que es distinto. Yo, sin embargo, mantengo la mía intacta. No es mi problema que seas tan descuidada como para firmar unos

documentos sin leerlos antes.

En cuanto mi mente se centra, pasan dos cosas: la primera es que recibo la consabida hostia de realidad que guardaba la vida para mí, esa de la que hablaba antes haciendo mención a Mila. La segunda viene cuando comprendo que el peligro sobre el que me advirtió Maritza es real. Iban a por mí.

—Aquello que firmé en el hotel aquella noche no era el contrato con Platinum.

—Exacto, mi amor —afirma el gilipollas de mi ex con recochineo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Pensaba que éramos amigos.

—¿Amigos?

La carcajada que me llega desde el otro lado del teléfono me pone los pelos de punta, quitando la venda que tenía puesta sobre mis ojos con respecto a él.

—Nunca hemos sido tal cosa, niña. Además, llevo meses soportando que me trates como a una mierda y años aguantando tu falta de empuje. Yo valgo más que todo eso, perra. No iba a consentir que mi potencial se quedara encadenado por tu culpa. Cuando comencé a verme con Cayetana las posibilidades aumentaron. Ella tiene visión, garra, poder y contactos. Vamos, todo lo contrario a ti —escupe con todo el veneno que lleva dentro, saliendo una persona que no reconozco.

—Pues disfruta de tu pequeña victoria, sanguijuela, porque la lucha no ha hecho más que comenzar. Si piensas que me voy a quedar con los brazos cruzados, ¡vas listo!

—Bueno, estás en tu derecho, yo también lo intentaría. Sin embargo, antes de eso yo miraría mi cuenta corriente. Igual te llevas una sorpresa.

—¿De qué hablas?

—Ya lo descubrirás —aclara con su tono de arrogante hijo de puta—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Valentina.

Rodrigo corta la conexión sin darme tiempo a replicar de nuevo. Me quedo con la mente en blanco sin saber qué hacer a continuación. El silencio se extiende en la habitación, nadie quiere ser la primera en verbalizar los sapos y culebras que contenemos a duras penas. En un arranque, cojo el teléfono de la mesa y toqueteo la pantalla hasta abrir la aplicación de mi banco. En cuanto entro en los movimientos de mi cuenta me encuentro con una cantidad de varios ceros transferida desde una cuenta a nombre de Cayetana. Se lo enseño a mis acompañantes, quienes ponen los ojos como platos y comienzan a hablar intentando poner una solución al problema.

—Vamos a ver, eso tampoco demuestra nada. Tenemos que ver los papeles que firmaste, además de la nueva escritura hecha ante notario —dice Nati poniendo algo de cordura al instante.

—Y ¿cómo hacemos eso?

—Pues fácil, plantándonos en la sede de esa cabrona culo fino —contesta Jordina con su alma de guerrera en pie.

Tiene razón, solo podré salir de dudas si le pido explicaciones a la persona que, supuestamente, se ha quedado con mi parte de la empresa. Así que, sin esperar más, Nati y yo nos encaminamos hacia nuestros respectivos apartamentos para recoger algunas cosas.

Cuando llego la casa está en silencio, confirmando que Yotuel no se encuentra aquí. El tiempo apremia y ahora no puedo pararme a llamarlo o a dejarle una nota para explicarle todo. Cuando sepa algo ya hablaré con él. Así que me limito a coger unas cuantas cosas en una maleta y salir de nuevo a la calle como si fuera una vulgar ladrona. Una vez abajo veo que un taxi ya me espera con mis tres chicas a bordo para llevarnos al aeropuerto de Ibiza.

—Jasper estaba en mi casa cuando he ido a por mis cosas —dice Nati en cuanto me subo al coche—. Se ha ofrecido a acompañarnos y ya está de camino al aeropuerto para comprar los

billetes.

—¿Qué tiene que ver Jasper en todo esto?

—Es abogado, Valentina, y, aunque las leyes españolas pueden diferir de las finlandesas, él entenderá mejor que nosotras la jerga legal. Además, me ha comentado que Jesús también estudió la carrera de Derecho, así que hablará con él y desde allí le mandará toda la documentación que pueda recapitular. Juntos encontrarán una solución, ya lo verás.

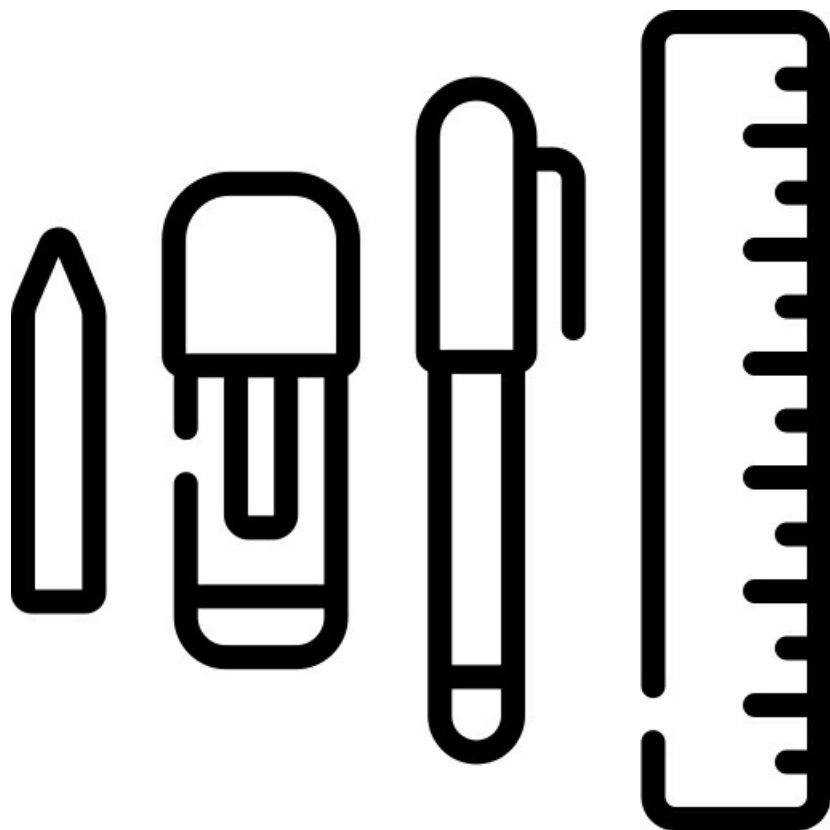
—Y ¿qué pasa con tu cena romántica? ¡Dios, qué desastre! No deberías venir conmigo.

—Claro que sí, ahora es el sitio donde debo estar, a tu lado.

—Kalevi me va a odiar todavía más.

—Por el vikingo no te preocupes que ya me encargo yo de él cuando volvamos.

Y así, sin más, la vida me recuerda que, aunque me caiga, siempre habrá personas a mi alrededor a las que les importo, dispuestas a levantarme y a luchar a mi lado mis batallas.



CAPÍTULO 52

VALENTINA

Llegamos al aeropuerto del Prat de Llobregat en lo que parece una eternidad, aunque el vuelo ha durado menos de una hora. El frío que siento en el interior de mi cuerpo se une al del exterior, en un día en el que, para más inri, está cayendo la madre de todas las tormentas. Por un instante, mientras nos encontrábamos sobrevolando el entorno, he pensado que no podríamos aterrizar, que igual nos desviaban hacia un punto indeterminado, aumentando así mi agonía. Menos mal que, por la cuestión que sea, han dejado que el avión aterrizara.

Para mi desgracia, el periodo de espera no se acaba aquí, ya que ahora tenemos que pelearnos con la interminable cola de personas que están esperando subirse a un taxi. Y mis nervios no son precisamente de acero, sobre todo si a mis problemas les añado una cantidad elevada de comentarios absurdos por parte del idiota que tengo delante y que está intentando ligar con una chica extranjera. Me encantaría tener a mano un rollo de cinta americana para taponarle la boca a ese imbécil y, ya de paso, decirle que como siga soltando tanta perla no se va a comer un rosco en su vida. Los babosos que se creen James Dean no le gustan a nadie.

Por supuesto, no hago nada de todo eso porque dentro de mis tiendas estrella no está la ferretería. Un error que, desde luego, pienso subsanar por si me encuentro otra vez con este tipejo. O con otro, tanto da, con la mala hostia que siento me daría igual que fuera el rey de España.

Al fin conseguimos acomodarnos en dos taxis que nos llevarán directos a la Ciudad Condal. La autopista está llena de vehículos, aunque logramos mantener una marcha constante sin que

nos pare un embotellamiento. Sin embargo, al llegar a Barcelona la cosa cambia y un impresionante atasco nos da la bienvenida. Como no podía ser de otro modo, la señorita Cayetana tiene la sede de su empresa en pleno paseo de Gracia, algo contraproducente cuando vas con prisa, en coche y siendo la peor hora del día. Pero claro, es absurdo pensar que ella podría establecer su negocio en un lugar que no fuera exclusivo, ¡por favor!

Con las uñas pasando a mejor vida y los dedos agarrotados de la tensión, arribamos a la dirección de Mélange. Una puerta pesada de forja, con demasiadas filigranas para mi gusto, se nos presenta abierta por una hoja. En el interior, un portero nos recibe y nos pregunta a qué piso nos dirigimos. Es el primer filtro que debemos pasar para acceder a la finca y, tras dar mis datos, el señor hace una llamada para ver si debe dejarnos pasar. Por un momento pienso que no nos dejará, que la arpía de Cayetana nos cortará el paso, etiquetando a nuestras personas como no gratas. Para mi sorpresa no ocurre nada de eso y el hombre nos deja pasar, indicándonos la planta en la que debemos parar.

Al entrar en la sede nos recibe una música suave y sensual que arroja el ambiente, y lo hace parecer hasta cálido. La pared que enfrenta a la puerta está vestida con madera de ébano, con un mostrador delante en color blanco donde se puede leer en letras negras el nombre de la empresa bien grande. La recepcionista no para un segundo de coger llamadas y pasarlas a los departamentos correspondientes. No sé si eso siempre es así o si es una consecuencia del anuncio que ha hecho hoy Cayetana en prensa.

—Parece un *ninja* —dice Mila en voz baja, con los ojos abiertos como platos al ver la destreza de la chica.

—Ya te digo —secunda Jordina—. Me da por pensar en cómo sería sentir esos dedos certeros sobre mi cuerpo.

—A ver, las del «Club de la Comedia», haced el favor de comportaros —susurra Nati con la mandíbula apretada en un arrebato de futura mamá.

Yo no digo nada, aunque su intervención me ha hecho gracia y ha logrado distender un poco el ambiente. No obstante, estoy clavada en el suelo, mis pies no quieren colaborar iniciando un movimiento y tengo la garganta más seca que una bola del desierto. Menos mal que no he venido sola porque creo que no hubiera sido capaz de pasar de la recepción.

Mientras intento poner todo en orden en mi cuerpo para que me haga caso, veo por el rabillo del ojo a Jasper, que se aproxima al mostrador con paso seguro. ¡Bendito sea este hombre y sus dotes para coger el mando!

—Disculpe, señorita. Venimos a ver a la señora Cayetana de Borja de Soto y Enríquez.

—¿Tienen cita? —pregunta la chica sin dejar su cometido con las llamadas. Va a ser verdad eso de que es un *ninja*.

—No, no la tenemos, pero estoy seguro de que ella está a la espera de nuestra aparición.

—Señor, ¿sabe la cantidad de veces que escucho lo mismo a lo largo del día?

—No, señorita.

—Pues solo le diré que, si me dieran un euro por cada una de las veces que me dicen esa frase, no tendría una hipoteca sobre mi piso.

—Entiendo —asiente Jasper comprensivo—. Sin embargo, me haría un inmenso favor si deslizara uno de esos dedos hacia el botón que conecta con el despacho de la señora de Borja de Soto y anunciara nuestra presencia. Ya verá como, en esta ocasión, no es como tantas otras veces.

Tras un escalofrío, la recepcionista sigue las instrucciones del finlandés. No sé qué le hace cambiar de opinión, puede que se trate del tono gélido que ha utilizado él para soltar su discurso,

o puede que sea su mirada, de un azul penetrante, que no deja de observarla. Quizá ha llegado a la conclusión de que no nos iremos sin obtener una respuesta por parte de Cayetana. La chica podría llamar a seguridad y largarnos de aquí en segundos, con patada en el culo incluida, sin embargo, debe entender que hay verdad en las palabras que ha escuchado.

Después de una breve conversación donde la chica anuncia a su interlocutora que Valentina ha venido a verla, cuelga la llamada, toca unos cuantos botones en la centralita y nos indica que la sigamos. Nos lleva por un largo pasillo con varias puertas, que deben de ser los distintos despachos de la empresa, hasta que nos hace pasar a una habitación con una gran mesa y varias sillas que parece una sala de reuniones. Mientras nosotros tomamos asiento, la recepcionista se dirige al fondo del habitáculo. Cuando vuelve, lo hace cargada con una bandeja llena de vasos y botellines de agua que deja solícita delante de nosotros en la mesa.

—Esperen aquí, enseguida vendrá la señora Cayetana a atenderles.

Sin mayor ceremonia, se larga de vuelta a su puesto, dejándonos en soledad, cada uno centrado en sus pensamientos. Al pasar media hora continuamos aquí sentados, con la tensión en aumento, recibiendo sonidos de pasos acelerados en el pasillo de tanto en tanto. Cuando estoy a punto de salir en busca de Cayetana para traerla hasta aquí, arrastrándola de los pelos si hace falta, la puerta se vuelve a abrir. La reina de los dominios aparece en el umbral acompañada de un hombre trajeado, con un atractivo evidente para cualquiera que tenga ojos en la cara y un aura de peligro que me pone los pelos de punta.

—Buenos días a todos —indica una Cayetana sonriente, sabedora de la atención que recibe en estos momentos—. Este señor es Alonso García, mi abogado y persona de confianza.

Todos los presentes asentimos a modo de saludo y Jasper se presenta como uno de mis abogados. A su vez indica que el segundo no ha podido venir por razones de fuerza mayor —o por la obra y gracia de Dios, que para el caso es lo mismo— y añade que nos respaldará de forma telemática. Tanto el hombre oscuro como la arpía no ponen ningún impedimento ante tal circunstancia y comenzamos con la reunión improvisada.

—Nos gustaría revisar la documentación de la compraventa de la empresa, pues no teníamos conocimiento alguno de que esta se estaba llevando a cabo —manifiesta Jasper tomando la voz cantante.

—¿Cómo es eso posible? —cuestiona una Cayetana que parece afectada por las palabras que acaba de escuchar—. La firma de ambos aparece en un contrato de mandato que nos hizo llegar el señor Rodrigo Sánchez.

No me pasa desapercibida ni su pose de superioridad, ni su satisfacción al pronunciar cada sílaba. El tono de inocencia con el que pretende engañarnos está fuera de lugar en ella. Al instante lo entiendo, sé que ella ha tenido algo que ver con este despropósito, lo que no comprendo es el porqué.

—Como verán, todo está hecho de forma transparente y legal —prosigue el tal Alonso, aumentando el toque de misterio que envuelve su persona con la modulación de una voz grave—. El señor Sánchez mantuvo negociaciones durante un año con mi clienta asegurando que ambos querían vender la empresa. A pesar de que él tenía mayor número de participaciones, no era suya al completo, así que necesitaba la firma de la señora Valentina Martínez para efectuar dicha venta.

—¡Eso no es verdad! —indico a voz en grito, con un cabreo de campeonato porque se están inventando cosas.

—¿El qué, querida? —cuestiona Cayetana con la confusión bailando en su rostro.

—Ninguna de las cosas que ha dicho tu abogado. Yo no pensé en ningún momento en vender

la empresa y Rodrigo era mi socio al cincuenta por ciento.

—Según los documentos que nos hizo llegar él, no era así, señora Martínez. Como pueden ver aquí, el señor Sánchez adquirió el veinte por ciento de sus acciones a los pocos meses de abrir la sociedad. Al tener esta pérdidas, no pagó valor alguno, quedándose con el setenta por ciento del negocio. Él nos comentó que lo habían hecho de mutuo acuerdo, ya que a usted no le interesaba la parte administrativa, ni tener una gran fortuna, solo quería centrarse en sus diseños, en su obra, en el legado que iba a dejar en esta sociedad.

Me repito una y otra vez que no puede ser, que esto no me puede estar pasando a mí. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Cómo he podido darle tanto poder sobre mí a esa persona?

—A su vez, como verán en el documento que cita «Contrato de mandato», la firma de la señora Valentina Martínez acredita al señor Rodrigo Sánchez a realizar la compraventa de la sociedad en su nombre. Tras la celebración de esta ante notario se efectuó el pago del importe en función del valor según mercado a cada una de las partes.

—A la baja, por lo que he podido comprobar —indica Jasper con severidad.

—Es el acuerdo que aceptó uno de los propietarios y entendimos que la señora Martínez estaba al tanto de todo—interviene el abogado de la exmiss.

—¿No lo sabías, querida?

Cayetana me mira sin vacilar, con una sonrisa casi imperceptible que hace evidente la satisfacción que siente en estos momentos. Con esto me confirma que lo sabía todo; diría, sin miedo a equivocarme, que ella ha estado manejando a Rodrigo a su antojo. Sé muy bien que él no es una perita en dulce, sus ganas de prosperar y triunfar resultan obsesivas, el ego lo tiene tan grande que le rebosa por cada poro de su piel. Es un comercial nato, sería capaz de vender arena en el desierto y sabe moverse con soltura en cualquier situación. Sin embargo, no tiene la picardía necesaria para llevar a cabo un plan de esta magnitud. Estoy segura de que alguien lo ha ido guiando y me jugaría una mano a que ha sido el abogado mientras ella le cantaba lisonjas al oído.

—Me gustaría hablar en privado contigo —indico sin separar mi mirada de la suya—. Me lo debes, duquesa.

Al verbalizar su título casi me atraganto del asco que me entra, parece que en esta vida da igual con la fuerza que luches, pues los poderosos siempre ganan.

—Por supuesto, niña.

Nuestros acompañantes se levantan y van saliendo de forma ordenada. Antes de alcanzar la salida mis chicas me miran con tristeza y agobio, al mismo tiempo que yo les dedico una sonrisa para darles tranquilidad, aunque sé que esta no me llega a los ojos.

—¿Por qué lo has hecho, Cayetana? —pregunto en cuanto la puerta se cierra.

—No sé a qué te refieres, Valentina.

—No me vengas con juegos, no estoy de humor y, como te he dicho antes, me lo debes. Si es cierto que he perdido mi empresa exijo saber la razón, porque por más que le doy vueltas al asunto no veo ningún motivo de peso para llevar a cabo algo tan rastrero.

Su expresión cambia a una de puro odio, dejando la condescendencia a un lado. Me deja ver su verdadero rostro, ese que ha contenido durante toda la reunión y aquellas veces que nos hemos encontrado con anterioridad.

—La respuesta es porque puedo, querida.

Un escalofrío me recorre entera al sentir sus ojos verdes, parecidos a los de una serpiente, clavados sobre mí. Gélidos, desprovistos de cualquier sentimiento más allá de la satisfacción que le produce toda esta situación.

—Mi padre es un hombre severo, creyente del trabajo duro, de sembrar para recoger. A pesar de mi posición noble nunca tuve las cosas tan fáciles como todo el mundo se cree. Si quería algo, me lo debía ganar, y eso hice durante años, después de ser coronada *Miss España*. Mi exposición pública desde niña me ayudó. Eso no te lo voy a discutir, sin embargo, trabajé duro, no me conformé, monté mi propia empresa cuando la edad hizo que el mundo del modelaje pasara a un segundo plano.

—Eso lo sé, y me impresiona, incluso te admiro por todo lo que has conseguido. Pero ¿qué tengo que ver yo en todo esto?

—Demasiado, niña, porque cuando me encontraba de nuevo en la cúspide de la moda, recibiendo premios, siendo aclamada por la crítica, llegaste tú como la nueva sensación, la diseñadora con un talento descomunal, con ideas brillantes y novedosas. Y no solo eso, sino que supiste mantenerte sacando cada año una colección totalmente innovadora y transgresora. Todas las revistas te ponían en el top, siempre por encima de *Mélange*, que quedaba en segundo plano por el brillo de tu estela.

—Y eso no lo podías permitir, ¿verdad?

Ella no contesta, pero tampoco hace falta, pues puedo ver su respuesta clara como el agua en su cara. Empiezo a sentir una opresión en el pecho, siento que voy a ahogarme, sin embargo, no permitiré que esta arpía me vea caer más bajo.

—Nada te garantiza que Valentina's siga en pie. Sin mí lo vas a tener difícil.

—Me gustan los retos, querida.

—Esto no tiene sentido, Cayetana. Sabes que el mundo de la moda es competencia constante, que después de mí vendrán otros a reclamar su parte del pastel, nuevos talentos que, al igual que yo, tendrán éxito y serán manteados.

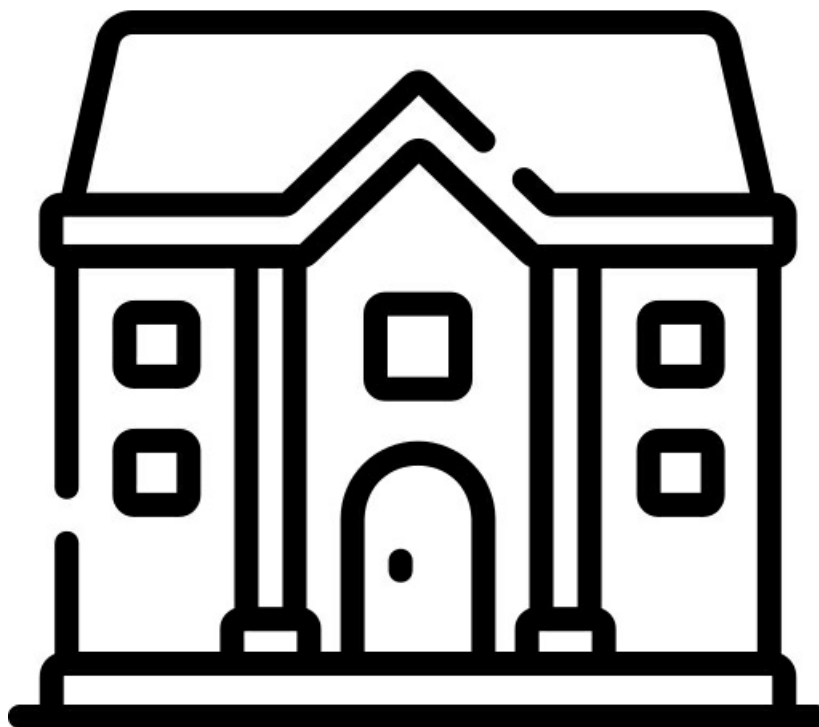
—Pero para cuando llegue ese momento tú habrás desaparecido y nadie te recordará. Ya me ocuparé de cada fuego cuando la llama prenda.

—Esto no va a quedar así, mis abogados van a mirar la documentación con lupa. Pienso luchar hasta el final, Cayetana.

—No esperaba menos, niña. Suerte con eso.

Sin darme más conversación, ni aclaraciones, se da la vuelta y se marcha con una sonrisa triunfal y el porte de reina bañando sus movimientos.

Mi gente entra, me rodea, me pregunta, intenta hacerme reaccionar. Siento como mi corazón se rompe en mil pedazos, no puedo respirar, la angustia cada vez es mayor y, entonces, hago algo que llevaba años sin hacer: me pongo a llorar sin consuelo.



CAPÍTULO 53

YOTUEL

Hoy pienso sorprenderla, llevo semanas organizando la velada, informándome y preparando una noche que no podremos olvidar ninguno de los dos. Celebraremos nuestro primer San Valentín juntos y, por fin, pienso hablarle sobre mis sentimientos, eso sí, lo haré después de la cena romántica a la luz de las velas, con sus platos favoritos y el buen vino que he elegido para la ocasión. Hasta le he pedido a Nicolás unos chocolates de su tierra que sé que son su debilidad.

Sigue asombrándome lo bien que nos hemos amoldado, nada fácil, pues ambos somos muy diferentes, y en la convivencia más; ya que mientras yo soy organización, orden y control, ella es caos, desorden y si quieres algo, suerte en tu búsqueda. Aun así, todo funciona entre nosotros, y cada día que pasamos juntos, la necesito más. Soy feliz cuando me regala alguna de sus preciosas sonrisas, un guiño o hasta uno de sus frecuentes bufidos.

Tampoco voy a engañaros haciéndome pasar por un dulce caballero de brillante armadura — más que nada porque estoy muy lejos de ser un capullo medio lelo en mallas, sonrisa de anuncio y melena al viento en busca de una damisela en apuros—. Verla deshacerse por mis caricias, el placer tan intenso que ambos sentimos después de una buena sesión de sexo, su forma de excitarme y su prodigiosa boca también forman parte de su encanto natural. Al igual que su mala hostia, su ceño fruncido y sus constantes ganas de guerra, vamos, que como podéis imaginar de la pelirroja me gusta y lo quiero todo.

Por su forma de pensar sé que no es muy fan del pequeño querubín que todos relacionamos

con San Valentín, es más, en varias ocasiones la he oído quejarse de esta fiesta absurda y la manía que tenemos las personas de celebrar cualquier festividad. Deseaba que cambiara de opinión y que disfrutase de este día tanto como lo hago yo, por eso me puse en plan profesor de Historia y busqué información sobre los orígenes de este día y su verdadero significado.

Descubrí que el personaje de San Valentín se situaba en la Roma del siglo iii, bajo el mandato del emperador Claudio ii el Gótico —que ya el nombrecito da pistas de cómo era el tío—. Con el poder que tenía a su alcance creó una ley en la que impedía que los jóvenes pudieran casarse para que así se alistaran en el ejército. Ya desde el inicio de los tiempos los poderosos no dudaban en mover sus hilos para dirigir la vida de los pobres ciudadanos. Menos mal que un joven sacerdote llamado Valentín se opuso a dicha norma y empezó a celebrar matrimonios en secreto. Aunque, una vez que el puñetero emperador o alguno de sus secuaces descubrieron su labor, lo arrestaron y confinaron en una mazmorra.

Uno de los oficiales encargados de vigilarlo retó a Valentín para que sanara la ceguera que sufría su hija. El joven cura aceptó y gracias a Dios, la Iglesia o la suerte —a saber quién o qué le echó un cable— le devolvió la vista a Julia, pero de nada le sirvió, pues fue lapidado y decapitado el catorce de febrero del año 269. Según cuenta la leyenda, el joven sacerdote se enamoró de ella y le envió una nota de despedida a su amada que firmó con: «De tu Valentín». Ella, agradecida por su milagro y enamorada del cura, plantó flores rosadas junto a su tumba.

Reconozco que no es una historia feliz, como por desgracia no lo son la mayoría, si no solo hay que recordar la de Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra o incluso los Amantes de Teruel. A todos ellos su amor los llevó a vivir una gran tragedia, y el desconocimiento a muchas personas les hace idolatrar y desear sus diferentes relatos.

Da igual lo que intentemos, nunca podremos decidir ni de quién ni cuándo nos enamoraremos; ya que si los sentimientos son puros y de verdad, estos cambian tu vida, creencias y convicciones. Por amor se hacen las mayores locuras y solo con amor podremos cambiar el mundo o, al menos, así es como yo lo veo.

Conociendo a Valentina, esperaba que le gustara más todo lo que había descubierto, la historia de un niño desnudo con los ojos vendados, alas, arco y flechas; que si estaba de mal humor te lanzaba una flecha con plumas de búho, causando que el odio y la indiferencia se apoderaran de ti, mientras que si tenías suerte y lo pillabas de buenas, te lanzaba una de plumas de paloma con la que te concedía el amor.

Ilusionado y con ganas de empezar a preparar su sorpresa, me despido de Kalevi con el que he pasado toda la noche y he dormido la borrachera que ambos llevábamos. Todavía no puedo creer que vaya a ser papá mi *compay*, el cual lleva toda la vida asegurando que nunca, jamás, tendría mujer ni mucho menos niños, y al final va a terminar con el *pack* completo. Me alegro mucho por él, su infancia no ha sido fácil y todavía arrastra secuelas que no creo que sea capaz de superar, aunque con Nati a su lado ha encontrado una estabilidad, está formando una familia y disfrutando de esa felicidad de la que tantas veces renegó.

No encuentro a Valentina en nuestro *gao*, y tampoco me extraña, supongo que el *güiro*^[123] que montaron anoche las tendrá todavía durmiendo o celebrando el embarazo de su *asere*. Es mi oportunidad, ya que con la pelirroja aquí sería imposible, y comienzo a decorar el *gao*. Velas rojas, globos con forma de *corasones*, flores rosas y pétalos esparcidos por todo el salón forman la composición perfecta. Bueno, reconozco que quizá me he pasado un poco, ya que más que un salón parece un sueño romántico que haría subir el azúcar de cualquiera. Pero todo me parece poco, la pelirroja es la elegida y estoy listo para entregarle mi *corasón*, mi alma y un futuro que solo imagino a su lado.

Miro la hora y me sorprendo, con tanto preparativo y emoción por mi parte la mañana ha pasado volando y son casi las tres de la tarde. Valentina no se ha puesto en contacto y eso me parece raro, por lo que decido llamarla; sin embargo, no contesta ni responde a los mensajes. Un mal presentimiento empieza a rondar por mi cabeza, aunque lo desecho enseguida, las chicas deben de estar divirtiéndose y por eso no coge el teléfono.

Voy al cuarto y el desorden con el que me encuentro me impide moverme, varias prendas de la pelirroja se encuentran esparcidas por el suelo, las maletas fuera de su lugar, zapatos y productos de aseo tirados sobre la cama y un caos al que no le encuentro explicación. Es como si una marabunta hubiera arrasado el dormitorio, llevándose solo algunas cosas de las que sé que no se desprendería Valentina, como sus cargadores —siempre lleva tres encima—, sus cremas, gafas y una foto con su hermana que descansaba en la mesita y que cuando ayer nos marchamos seguía ahí.

El mal presentimiento ya no es una sensación, es una jodida realidad que no logro entender. Marco varias veces su número, deseando que conteste, pero no lo hace y la última vez que lo intento una voz sin emoción, artificial y repetitiva, me explica que «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Lo que provoca que termine lanzando el maldito aparato contra el suelo a la vez que las lágrimas que he intentado contener desde que entré al dormitorio se escapan de mis ojos sin que pueda detenerlas.

Intento saber qué ha ocurrido para que Valentina desaparezca sin dar ninguna explicación, sin una despedida, llamada o mensaje. Sé que las palabras de mi *pura* la habían asustado, era lógico, pues todos los días no te hablan de visiones, mujeres malvadas y un supuesto mal que viene a por ti. Sin embargo, cuando nos despedimos antes de que se fuera con las chicas, no me dio ninguna pista de que horas más tarde me abandonaría sin mirar una sola vez atrás.

Al examinar el armario compruebo que la mayoría de sus cosas siguen en el *gao*, solo se ha llevado lo más imprescindible y una maleta. Eso me da una pequeña esperanza, ya que en algún momento tendrá que volver a por el resto. Pero puede que solo sea una ilusión, que nada de lo que ha dejado le importe y que tal y como llegó a mi vida, arrasando todo a su paso y haciéndome feliz, tanto que he llegado a sentirme invencible solo con tenerla cerca, desaparezca hundiéndome en la más absoluta oscuridad de la que no sé si podré llegar a salir.

Desesperado, marco el teléfono de Nati, Mila e incluso el de Jordina. Nada. Ninguna responde ni me devuelve la llamada o se molesta en enviar un simple mensaje, aumentando así la rabia que empieza a engullirme. Sin más opciones, pruebo con Kalevi, que, por suerte, sí responde a mi tercera llamada.

—Cuando alguien no contesta es porque está ocupado, no para que le fundas el jodido teléfono con llamadas.

—¿Dónde está Nati? Necesito hablar con ella.

—Lo siento, pero no sé dónde está.

Su tranquilidad me enfurece, por no decir que sé que miente como un bellaco, es imposible que no sepa dónde está su morenita.

—No me toques más los *berocos* que ya voy calentito, albino. ¿Dónde está?

—Yotuel, no puedo decírtelo, se lo prometí a Nati.

—¡No me jodas! ¿Qué está pasando, Kalevi? Valentina ha desaparecido, no responde a mis llamadas y estoy volviéndome loco. Nati es la única que puede ayudarme y ¿tú me dices que le has prometido silencio?

—Exacto, eso es justo lo que te estoy diciendo. No puedo contarte más, o Nati se enfadará, y no me gusta la morena enfadada y repleta de hormonas.

Esto tiene que ser una maldita broma, su única preocupación es no enfadar a la bestia mientras yo estoy desesperado imaginando mil situaciones, cada cual peor.

—Te consideraba mi hermano. —El tono de mi voz deja claro la rabia que me inunda.

—Soy tu hermano, Yotuel, además del tío más gilipollas del mundo que se ha equivocado demasiadas veces en la vida por no pararse a pensar antes de actuar. Sé que hablas desde el enfado y que este te hace decir cosas que no sientes, créeme, lo he vivido infinidad de veces. Pero entiende que no puedo decirte nada más.

—Genial, gracias por tu valiosa ayuda.

—Un placer, colega, aunque como hoy me siento generoso te daré un consejo gratuito y de hermano. Ve a ver a tu madre y a Caridad. Ellas podrán darte más respuestas.

Antes de que siga preguntando, corta la llamada y, más perdido que antes de hablar con él, salgo de mi *gao* en busca de las dos únicas personas que, se supone, pueden aclarar la locura en la que se ha convertido mi vida.

Las encuentro en el *paladar* con cientos de papeles sobre la mesa y hablando con Jesús, que al verme se pone blanco, nervioso y no sale corriendo porque es demasiado correcto, de lo contrario, estaría atravesando el agua como lo hizo Moisés. Hoy el día se está convirtiendo en una copia barata del programa «Sorpresa, sorpresa», solo espero que no salga Isabel Gemio de la cocina para poner el broche final.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto en un gruñido.

—Ven, mi chama, te estábamos esperando.

Me recibe mi abuelita con un intento de su habitual sonrisa, con la que no logra engañarme, está preocupada y nerviosa, el problema es que yo estoy enfadado, decepcionado y lleno de ira, no midiendo mis palabras.

—Otra de vuestras visiones, ¿verdad? Cómo no imaginar que doña Caridad estaba enterada de todo y una vez más decide guardar silencio, aunque eso me haga sufrir a mí, pero claro, los dones son lo primero, ¿no, abuelita?

—No seas *cayuco*, y mucho menos me hables así. Nosotras por muchas visiones o dones que tengamos no podemos ni debemos intervenir, es algo que conoces desde fiñe y nunca te hemos ocultado. Entiendo que estés enfadado o incluso molesto, sin embargo, nosotras no somos las culpables, solo simples espectadoras, y te aseguro que es bastante duro para nosotras ver sufrir a la gente que nos importa y no poder hacer nada.

—Yotuel, si te sientas, cariño, podremos explicarte lo poco que sabemos.

La preocupación y culpabilidad que bañan la voz de mi *pura* deberían hacerme reflexionar, pero a estas alturas ya no pienso ni razo y no dudo en atacarla, aun sabiendo que le haré daño.

—¿Qué me vais a explicar en concreto, *pura*? ¿Por qué Valentina ha desaparecido? ¿Por qué Kalevi me manda hablar con vosotras? O ¿qué hace aquí Jesús con esos papeles? No, mejor, ¿por qué esas malditas visiones son más importantes que yo?

—Amigo, creo que deberías pensar antes de hablar, no estás siendo justo. Demasiadas cosas están pasando y lo más importante es que todas tienen que ver con Valentina.

—El padre tiene razón, chama, siéntate y hablemos con calma.

Lo que faltaba, el padrecito ahora compinchado con el aquelarre de brujas que son las mujeres de mi familia. Claro, pero a él sí pueden contarle sus secretitos y hacerle partícipe de lo que sucede, mientras a mí me mantienen en la ignorancia.

—Jesús, somos *compays*, ¿no? —El hielo ya no baña solo mi voz, sino que devora cada centímetro de mi cuerpo.

—Claro, Yotuel, no debes dudar de eso —responde con su calma habitual, esa que de normal

agradezco, pero que ahora solo sirve para aumentar mi enfado.

—Perfecto, pues como mi *asere*, no tendrás inconveniente en contarme qué narices está pasando y por qué todos parecéis saber la verdad, menos yo.

—Solo puedo contarte lo poco que nos ha dicho Jasper, el resto debe ser Valentina quien te lo explique.

Esto no puede estar pasándome, soy el único pringado que no sabe nada y al que todos engañan, ya que hasta el jodido finlandés —que últimamente sale hasta en la sopa y le estoy tomando una manía que no os podéis imaginar— está enterado de lo que le sucede a la que hasta hace una hora consideraba mi mujer. Ya que después de saber esto tengo claro que lo que había entre la pelirroja y yo ha terminado. No puedo mantener una relación donde mi pareja confía en todos menos en mí, en la que al menor problema sale huyendo y no le importa cómo me pueda sentir.

—No necesito ninguna explicación, ni tampoco me importa lo que haya sucedido con Valentina. Ella ha elegido y ahora lo haré yo.

Me dispongo a marcharme cuando la voz de mi abuelita detiene mis pasos, dejándome anclado al suelo.

—Yotuel Cruz Suárez, detente ahora mismo y recapacita. No te dejes llevar por el odio o la ira, solo nublarán tu *corasón* y ahora no solo te necesita Valentina, también lo hace alguien a quien muy pronto conocerás. No seas terco o terminarás perdiendo tu felicidad y es algo que jamás te perdonarás, mi chama.

Ofuscado y decepcionado con todos salgo del *paladar*. Sé que estoy actuando mal y que es muy posible que me arrepienta de la decisión que acabo de tomar, porque por mucho que me duela admitirlo quiero a Valentina sobre todas las cosas, sin embargo, no voy a permitir que juegue conmigo, que me aparte e ignore y, sobre todo, que no confíe en mí.

Sin saber cómo, llego de nuevo a mi *gao*, donde acompañado de una botella de ron y después de volver a marcar su número sin obtener ninguna respuesta, me permito derrumbarme, llorar su ausencia y levantar las barreras que necesito para que nadie vuelva a entrar en el *corasón* que le pertenece a mi tormenta roja.



CAPÍTULO 54

CAYETANA

Dicha. Absoluta, grandiosa, efervescente. Es la sensación más maravillosa que jamás he experimentado y, por qué no decirlo, ha sido gracias a la perra blancucha que creía tener el mundo a sus pies. O quizá mi gozo nacía de la desdicha de ella, quién sabe. El caso es que el resultado sigue siendo el mismo: placer.

Ver su cara contraerse por el dolor, ser testigo de su desgracia y, ante todo, saber que yo soy la artífice de esas emociones que residen en la desolación, es una ambrosía que se mezcla en mi torrente sanguíneo y me da la vida. He derrocado a Valentina de un trono que le quedaba grande, uno que solo debe pertenecer a una reina, y esa, sin duda, soy yo.

Sin embargo, la felicidad aún no es completa, falta el último movimiento en mi tablero de ajedrez para terminar la partida. Y es que el rey y la reina de las piezas negras tenían arrinconado, con una sincronía envidiable en su estrategia, al monarca de las piezas blancas. Lo tenían a tiro, a la espera de que todo saltara por los aires para hacer la jugada definitiva.

Por eso, tras dejar a Valentina con todo su séquito de muertos de hambre, Alonso y yo hemos venido a mi despacho a organizar el siguiente encuentro, que tendrá lugar en media hora, tiempo suficiente para que esa zorra se marchase y no se cruzase con nuestro nuevo invitado. Lo que menos necesito ahora mismo es un enfrentamiento a las puertas de mi sede entre esos dos. Por mucho que Dalí dijera: «Que hablen bien o mal, lo importante es que hablen de mí», y a pesar de que se haya convertido en un icono que muchas personas sacan a la luz para hacer ver que les importan un carajo los comentarios negativos, yo no soy muy seguidora de esa frase. Lo que menos necesito es un escándalo en la prensa con mi empresa como protagonista.

A la hora convenida, una llamada interna de mi secretaria me avisa de que la cita ha llegado. Sin perder un segundo, le indico que lo haga pasar y me encamino hacia uno de los sofás que tengo en una esquina para recibirlo sentada al lado de Alonso.

Al abrirse la puerta aparece un Rodrigo exultante, desprovisto de preocupaciones y, lo más importante, con la guardia baja. Como siempre, viste impecable, con un traje de tres piezas que se acopla a su cuerpo de escándalo como una segunda piel. Si al menos lo hubiera pasado bien en la cama con él me daría un poco de pena perderlo. Sin embargo, como no se ha dado el caso, estoy ansiosa por quitármelo de encima.

—Hola, amorcito.

Se acerca a mí con ese paso felino que utiliza para seducir a cualquier mujer que se le ponga a tiro y no pongo los ojos en blanco de milagro. Rodrigo se inclina hacia mis labios con la intención de besarlos, aunque yo soy más rápida y consigo hacerle la madre de todas las cobras, movimiento que hace que sus morros impacten contra mi mejilla. Deja una huella de babas sobre mi piel, que no me limpio con un pañuelo para no hacer que se mosquee y empiece a olerse algo. Lo del beso es una cosa, él sabe que cuando estoy nerviosa no acepto bien las muestras de cariño, pero lo otro ya sería pasarse. No quiero que se ponga en pie de guerra antes de darle la estocada final. Me aguantaré el asco que siento por el bien de la causa.

—Siéntate, por favor, tenemos que comentarte una cosa —le indico con una sonrisa dulce.

Él, solícito, me hace caso y toma asiento en el otro sofá que se encuentra frente al que yo ocupo junto a mi abogado. Como el grinch de la Navidad, me va a encantar quitarle no solo esa mueca satisfecha con la que viste su cara, también sus ilusiones.

—Hace una hora hemos tenido la visita de Valentina, que venía con uno de sus abogados y tres mujeres —le informo, comenzando con el espectáculo.

—Las insulsas de sus amigas y su hermana pequeña —aclara él con cara de haberse tragado un limón.

—Supongo, aunque ellas no han sido de importancia. Se han limitado a sentarse a su lado y darle la mano.

—Me hubiera encantado estar ahí solo para ver la cara que ponían las cuatro con la revelación. *Justo la cara que vas a poner tú en cinco minutos, pelele*, pienso yo para mis adentros.

—Sabes que eso no era posible. No quería escándalos.

—Lo sé, amorcito.

—En fin, la reunión en sí no ha sido relevante, nos hemos limitado a informarle de los procedimientos legales que se han llevado a cabo para la adquisición de Valentina's. Ella se ha llevado la documentación para que sus abogados le echen un ojo y ver qué se puede hacer para tirar atrás la venta.

—Bueno, está en todo su derecho, no obstante, nosotros sabemos que no es posible.

—Por supuesto, solo te comunico lo ocurrido porque te has convertido en un Judas y es probable que te llame para decirte del mal que te tienes que morir.

—Pues su llamada va a caer en saco roto. En cuanto he recibido la tuya he desconectado el móvil —advierde mientras su rostro se contrae con una mueca maliciosa.

Me limito a asentir y a relajar mi espalda sobre el respaldo. Ha llegado el momento de que Alonso coja el testigo y comience con la segunda parte de la reunión, la única que tiene una valía real.

—Bueno, señor Sánchez, le he traído una copia de la escritura de compraventa para que la revise.

—Me la llevaré, pero no hace falta que la lea, está todo claro, yo también estuve en el notario el día que se celebró —contesta Rodrigo, restándole importancia con un gesto de su mano.

—Yo de ti la leería ahora, cariño —insisto sin desviar mi mirada verde de la de él.

Es entonces cuando las alarmas se activan en su mente y me convierto en testigo de sus

sentimientos a través de las contracciones en su rostro. Primero, desconcierto, que se refleja en su ceño fruncido. Después, sorpresa, que viene acompañada de las cejas alzadas y sus ojos abiertos como platos conforme va leyendo el escrito. Por último, rabia, cuando aprieta su mandíbula al percatarse de que no pone lo que él pensaba que pondría. Me dan ganas de encender un cigarrillo, pienso que este es el mejor sexo que he tenido en mi vida, a pesar de que ni me ha rozado. Este día acaba de pasar a una categoría superior.

—¿Qué significa esto? —inquire con entonación dura.

—Es la escritura que acredita a mi clienta, Cayetana de Borja de Soto y Enríquez, como única propietaria de Valentina's —apunta Alonso, quien debe de sentir la misma subida de adrenalina que yo al ver que ha conseguido una nueva victoria en su larga lista.

—Eso no puede ser, yo estuve ese día en el notario, escuché cómo decía el nombre de los dos como propietarios a partes iguales, tal y como acordamos.

—¿El notario, querido? ¿Te refieres a ese hombre que, pagado por nosotros, te ayudó a adquirir las participaciones que le robaste a Valentina? ¿El mismo al que le importa más llenarse los bolsillos que la ética profesional? Él tan solo se limitó a decir lo que tú querías oír, previo pago bajo mano, por supuesto.

—Y luego yo firmé el documento que me pasó sin leer lo que estaba escrito —afirma en un susurro, dándose cuenta del error que había cometido.

Desde el principio la estrategia estuvo clara entre mi abogado y yo. Alonso se dedicaría a buscar la manera de que la empresa pasara a mis manos, mientras yo engatusaba a Rodrigo con aquello que más deseaba y que se reducía a lisonjas, poder, dinero y sexo. Sabía que su ego y sus ínfulas eran mayores a su precaución. A pesar de que era un negociador nato, duro e inflexible cuando la ocasión lo merecía, también era un torpe social. No entendía de emociones ni de dobles sentidos, no se había preocupado en empezar a analizar a las personas fuera del entorno de los negocios. Esa era la baza que yo había usado para conseguir su confianza ciega, pues Rodrigo no era rival para una persona que se había criado en un mundo pleno de falsedad y sonrisas impostadas.

—¡Me has engañado, zorra! —grita él, un tanto fuera de sí, levantando su corpulencia del sofá.

—Por favor, Rodrigo, guarda la compostura —contesto mientras me alzo también.

Voy hacia mi mesa para coger mi móvil, desde el cual envío un mensaje a mi jefe de seguridad indicando que mande dos hombres a mi despacho porque igual necesito sacar la basura. Toda precaución es poca.

—¡Que guarde la compostura! ¡Me has jodido, Cayetana! Pensaba que teníamos un trato, que juntos íbamos a alzar el nombre de Valentina's.

—Por favor, querido, no me hagas reír. A diferencia de tu ex, yo no necesito a nadie que reme a mi lado. Mi nombre, mi trayectoria, mis contactos y Mélange tienen suficiente peso en el panorama mundial como para que mi nueva empresa salga a flote casi sin esfuerzo —contesto con el aburrimiento impregnando mis palabras—. Además, tengo al mejor diseñador trabajando para mí centrado en los diseños que nos pasaste y entusiasmado con el proyecto. Como ves, no hay cabida para ti.

—Esos diseños no son tuyos ni de la empresa.

—Oh, qué bonito. ¿Te vas a poner sentimental ahora?

—Solo lo digo porque cualquiera podría venderlos al mejor postor y dejarte en evidencia —replica con una sonrisa ladina, creyendo que se ha marcado un tanto.

—¿Acaso piensa que mi clienta es tan descuidada? —le increpa Alonso con un toque de

recochineo—. En cuanto se los dio, antes de llevar a cabo la firma, ella los registró a nombre de Mélange.

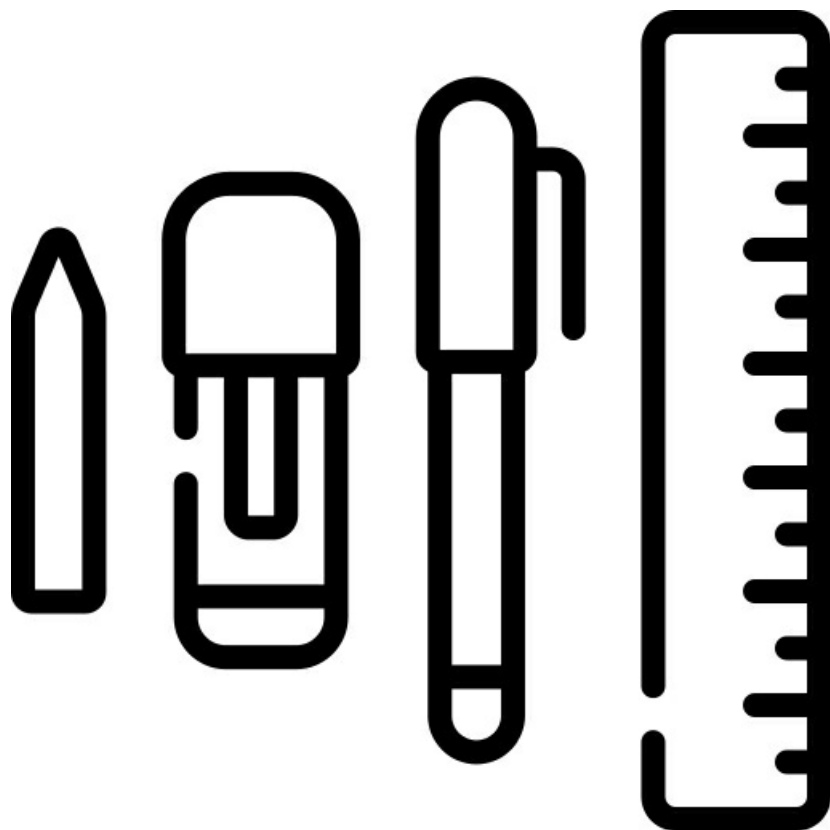
—Además, ¿recuerdas cuando estábamos anoche en tu apartamento? —espeto, esperando una respuesta que no tarda en llegar a través de un asentimiento—. Te dormiste enseguida, no me duraste ni un asalto. Hay que ver lo que puede hacer un buen somnífero en una copa de celebración.

La diversión que siento en este instante, al ver sus ojos abiertos como platos ante mi declaración, no se puede comparar con nada que haya vivido.

—En tanto que tu cuerpo desmadejado descansaba en la cama, yo aproveché para entrar en tu ordenador, algo que, gracias a lo descuidado que eres, no me costó nada, pues la sesión estaba abierta. Solo tuve que acceder a tu correo electrónico, abrir un mensaje especial y pinchar en el enlace que iba dentro, lo que borró toda la información que tenías guardada. Nunca pensé que acostarme con un *hacker* iba a resultar tan beneficioso. Supongo que es cierto eso de que hay que tener amigos hasta en el infierno.

—¡Bruja! ¡Te arrepentirás de esto!

En cuanto escuchan el grito, dos hombres de mi equipo de seguridad entran en la oficina cogiendo a Rodrigo en volandas, a punto de tirarse a por mí. El susodicho patalea e intenta zafarse de su agarre, pero es obvio que lleva las de perder. Sus chillidos se escuchan hasta que se meten los tres en el ascensor, momento en el cual comienzo a respirar con normalidad y me atrevo a relajarme. Ya está, lo he conseguido, objetivo cumplido. Y, ahora sí, la jugada del rey y la reina ha llegado a su fin. *Jaque mate, gilipollas.*



CAPÍTULO 55

VALENTINA

Había pasado una semana desde aquella reunión en la que me di cuenta de lo rastrera que podía llegar a ser la gente, tú les dabas la mano y se cogían el brazo sin ser invitados a ello. Estaba claro que Cayetana había movido sus hilos, unos muy largos y poderosos, para quitarme una empresa que me había costado sudor y sangre levantar de la nada. Y lo había hecho porque su ambición era desmedida, porque necesitaba ser el centro de atención en todo momento, porque no soportaba que alguien humilde, trabajador y venido de fuera le hubiera hecho una ligera sombra durante cuatro años. En vez de mirar hacia dentro y analizar qué era lo que fallaba en su empresa, había optado por la vía más fácil: quitarme de en medio. Una jugada arriesgada, ya que yo podría ir a la prensa y denunciar el engaño del que había sido víctima. Sin embargo, no lo podía demostrar.

Tras dos días examinando cada punto y cada coma de la documentación, tanto Jesús como Jasper habían llegado a la conclusión de que no había nada que hacer. Los papeles eran legales, las firmas eran nuestras y el dinero estaba ingresado. Una operación transparente sin margen para el error. Desde luego, el abogado de Cayetana había sido brillante. Al ver que no se podía hacer nada, me vine a Altea, acompañada de mis tres escuderas, para lamerme las heridas.

Después estaba Rodrigo, quien no había parado de llamarme y mandarme mensajes. Al final, de tanto insistir, cogí una de sus llamadas por no estampar el teléfono en la primera pared que encontrase. Además, necesitaba decirle muchas cosas, entre ellas, del mal que se tenía que morir.

El muy idiota me vino con el cuento de que Cayetana lo había engañado a él también, que lo había dejado sin posibilidades de quedarse con su parte de la empresa, así que me llamaba para pedirme perdón y proponerme que volviéramos a emprender algo juntos. ¿En serio? ¿Acaso tenía cara de gilipollas? ¿Cómo podía tener tanto morro? Había picado una vez, basando mis acciones en la confianza que había entre nosotros, pensando que él jamás me vendería. Había pecado de inocente y el resultado para mí había sido nefasto, no volvería a caer una segunda vez.

Además, mi mente, que se convertía en fría y metódica cuando la necesitaba, ya había pasado a otra cosa. No es que no me diera rabia haber perdido Valentina's, pero si nada se podía hacer no me servía de mucho darle vueltas una y otra vez a lo mismo. Quedarme estancada no era una posibilidad, así que ya estaba mirando cómo hacer uso del dinero que me había quedado.

Para colmo, por si no tenía ya bastante, los vómitos volvieron con fuerzas renovadas, aunque esta vez sabía que no era por un virus, sino por los nervios de lo que me había pasado. Desde mi vuelta prácticamente no había salido de la cama. Mila, Nati y Jordina estaban desesperadas porque querían que me viera un médico, pero yo seguía sin ceder. ¿Para qué colapsar aún más el sistema sanitario si sabía la razón de mi estado?

Por último estaba el tema de Yotuel, a quien había dejado más plantado que a una coliflor. Tenía una cantidad infinita de llamadas tuyas de aquel día en el que me fui sin darle explicaciones y todavía no le había devuelto ni una. Si era sincera, no sabía qué decirle, no sabía cómo excusarme por mis actos, pero es que en aquel instante no pensé, solo actué. Y ahora puede que hubiese roto aquello a lo que no queríamos poner nombre y que había crecido en un corto espacio de tiempo entre nosotros.

Estos días en la cama había tenido mucho tiempo libre para pensar y me había dado cuenta de que en Ibiza conseguí dibujar la palabra felicidad. Una parte de ese cambio en mi vida había sido gracias a él, a ese hombre increíble que me había dado tanto sin esperar nada a cambio. El problema era que no sabía cómo reiniciar, cómo reconectar con el cubano, cómo expresarle todo lo que me hacía sentir, aun a riesgo de que me mandara a Asturias a pastar junto a un rebaño de vacas. Y es que yo nunca había sido una persona romántica, no tenía datos, ni claves, ni hemeroteca de la que tirar para conseguir un instante grandilocuente. En definitiva, estaba cagada, no por miedo a hacer un ridículo espantoso, más bien por el posible rechazo que me esperaba.

—¿Cómo estás, bruja? —pregunta Nati, entrando en mi habitación con una bandeja.

No detecto ningún olor, algo que agradezco, pues parece ser que mi olfato se ha vuelto un poco pejugero. En cuanto veo el contenido, descubro que porta un paquete de galletas María y unas cuantas nueces. Además, hay una pequeña caja con una foto impresa en una de sus caras.

—¿Un test de embarazo?

—Menos mal que lo has captado a la primera.

—Pero yo no estoy embarazada.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo lo sabes?

—Pues lo sé porque te veo a ti y no estoy como tú.

—Supongo que te refieres a las náuseas, los vómitos, la irritabilidad que viene sin avisar y los cambios emocionales constantes... ¿sigo?

Conforme Nati enumera los efectos que siente a diario, yo abro los ojos cada vez más, hasta el punto de correr el riesgo de parecer una caricatura de «La máscara». No puede ser, o ¿sí? En verdad no poseo argumento alguno para rebatir la posibilidad de estar embarazada. De hecho, es más que posible, pues haciendo un conteo mental, resulta que la última regla me había bajado el día de Reyes. A pesar de que tomo la píldora, lo cierto es que es efectiva en un 98 por ciento, así

que yo podría ser una de esas mujeres del 2 por ciento restante.

Como si me hubieran puesto un cohete en el culo, me levanto de la cama con la cajita en la mano. Debido a mi efusividad, me mareo y tengo que apoyar una mano en el hombro de mi amiga para no estamparme contra el suelo.

—Despacio, Valentina, que el váter no se va a mover.

Nati me coge por la cintura y me acompaña hasta el baño. Allí me sujeta hasta que consigo bajarme la ropa interior, acomodando después mi trasero en la taza. Sin demora, saco el test de su envoltorio, hago pipí en el lugar destinado para ello, le vuelvo a poner el tapón y lo dejo sobre la encimera del lavabo. En todo ese proceso, que no dura un minuto, mi amiga no se mueve de mi lado. Total, no es la primera vez que está presente mientras hago pis, la única diferencia con respecto a otras veces es la cantidad de alcohol que llevábamos en el cuerpo.

Mientras esperamos el resultado de la prueba, yo me dedico a pensar en lo que haría en caso de que fuera positivo. Aunque pueda parecer lo contrario, me encantan los niños. Soy de esas a las que se les pone la cara dulce del gatito de «Shrek» en cuanto veo a un bebé. ¿Sería buena madre? No es una respuesta fácil, aunque algo en mi interior me dice que sí. Los años que he pasado al cuidado de mi hermana, a pesar de que hubo ocasiones en las que me apeteció tirarme de los pelos, resultaron ser los más maravillosos de mi vida. Verla dar sus primeros pasos, ser testigo de cómo crecía ya libre de la enfermedad y acompañarla en su desarrollo como persona son cosas que no cambiaría por nada.

No sé si Yotuel querría ser padre. En el supuesto de que volviera a aceptarme, eso lo sabría en cuanto hablara con él. Sin embargo, me siento capacitada para seguir sola. Entiendo que no caminaría sobre un lecho de rosas, que ser madre es algo gigante, que no se trata solo de dar biberones y cambiar pañales, pero me veo con fuerzas, además de tener gente a mi alrededor que podría ayudarme en caso de necesitar auxilio.

—Ya está —señala Nati, rompiendo la burbuja de pensamientos en la que estaba metida.

—¿Y bien? ¿Qué dice?

—Pues mira, dice: Valentina, te damos la bienvenida al Club de las Preñadas.

Una sensación de pura dicha comienza a recorrer todo mi cuerpo. De golpe grito, lloro, río y no hago volteretas porque seguro que me abro la cabeza. Nati me imita, dejándose llevar por mi alegría. Nuestra algarabía hace que Mila y Jordina entren en el baño como un torrente con cara de agobio porque piensan que nos ha pasado algo malo, dándose de bruces con el cuadro que somos nosotras ahora mismo. Yo sentada en la taza del váter, con las bragas todavía por los tobillos, abrazada a Nati y cambiando de expresión cada cinco segundos. En fin, lo dicho, un cuadro.

Al percatarse de lo que ocurre, mi hermana y mi chocolatina se unen a la rueda de sentimientos y llega un momento en el que parece que estemos compitiendo para ver quién lo hace mejor.

Y ahí, con todo el *toto* al aire, rodeada de mis personas favoritas, mi energía se carga y concluyo que en esta vida todo es posible, incluso recuperar el amor de Yotuel. Así que, lo siguiente que hacemos, tras calmar la cacofonía que hemos montado, es pensar en una estrategia para volver a conectar con el cubano. Si algo tengo claro es que ese hombre es un sentimental de los pies a la cabeza, un enamorado del amor, al igual que mis padres, un tópico andante con forma de corazón. No puedo volver a Ibiza y presentarme ante él sin el merecido momentazo, a poder ser uno que esté a la altura del «Pretty woman» versión Kalevi. Al final será cierto aquello que opinaban las malas lenguas de que el rubio y yo somos como dos gotas de agua, separados al nacer.

Nos pasamos todo el día haciendo planes de reconquista, a cuál más descabellado, que nos sirven para reírnos como unas desquiciadas y aliviar los nervios que siento. Ninguno de ellos me convence, son escenas bonitas, pero no pienso que identifiquen a Yotuel. Hasta que, al llegar la hora de la cena, se me enciende la bombilla con el recuerdo de una conversación en la cama y veo con total claridad en mi mente qué puedo hacer para llamar de nuevo su atención.

En aquel instante, tras una hora de pasión desmedida, comenzamos a hablar de las películas que nos gustaban. Como buen bailarín, a Yotuel le encanta el cine musical o aquel donde sus protagonistas se conocen a través del baile. De entre sus favoritas están: «Siete novias para siete hermanos», «¿Bailamos?» o «Espera al último baile». La primera es un proyecto demasiado ambicioso, necesitaría a un grupo de personas sin miedo al ridículo, que fueran buenas bailando y dispuestas a llevar a cabo un *flashmob* en medio de la calle con una coreografía que nos queda grande. Así que está descartada. La segunda, esa en la que todo el mundo pensaba que Jennifer López acabaría enrollándose con Richard Gere, es un problema con patas, ya que ninguna de nosotras maneja los bailes de salón. Otra al baúl de los descartes, al igual que la tercera, pues ni sé *ballet* ni tengo nociones de *hip hop*. No me veo pegando botes y contorsionando el cuerpo al son de una canción de Eminem.

Sin embargo, en el resto de la lista hay una que destaca sobre todas las demás y esa es «Dirty Dancing». Primero, porque también es una de mis películas favoritas, a pesar de no ser fan del cine romántico, pero tengo mis razones de peso para amarla. Es una cinta que en su época resultó transgresora, su guion pasó por muchas manos hasta que un estudio de segunda decidió arriesgarse con el proyecto, ponía encima de la mesa temas que se consideraban tabú y, por qué no decirlo, Patrick Swayze en el papel de tipo aparentemente macarra está para comérselo.

En segundo lugar, porque sé que esa película nos acerca un poco más y Yotuel me había enseñado la coreografía. El único punto que me sigue fallando un poco es ese salto final y no sé si podría ejecutarlo, debido también a los mareos que ahora sé que vienen del que ya he bautizado como Picatoste. Sin embargo, esto no me impedirá dar lo mejor de mí en ese baile.

Sin más tiempo que perder, me pongo a mirar vuelos con destino a Ibiza para todas; por razones evidentes el barco queda excluido. Como todavía están en temporada baja, no me cuesta mucho encontrar cuatro pasajes en un vuelo que sale al día siguiente desde Alicante.

Paso una noche horrorosa, dando vueltas en la cama por culpa de los nervios, ya que las náuseas han pasado a mejor vida gracias a la milagrosa vitamina B6 que Jordina me ha traído en una escapada a la farmacia. Cuando la canción «Camaleón» de Belén Aguilera suena en mi móvil, indicando con ello que debo despertarme y ponerme en marcha, me siento como si me hubiera arrollado un camión. Sin embargo, no me demoro en levantarme, tengo que recoger las pocas pertenencias que me traje. Soy una mujer con una misión importante.

A Mila y a Jordina les cuesta un poco despertarse por las mañanas, son como dos pequeñas marmotas, se parecen tanto en carácter que a veces pienso que las hermanas son ellas. Después de unos cuantos zarandeos y amenazas, consigo que se levanten, pero su tardanza nos ha quitado bastante tiempo, y cuando el taxi nos deja en el aeropuerto de Alicante, nos toca correr como unas locas hacia el área de Facturación porque vamos justas de tiempo. Aun así, no sé si por una intervención divina o porque somos las mejores corredoras de fondo de la historia, conseguimos acomodarnos en el avión cinco minutos antes de que se cierre la puerta de embarque.

Durante el vuelo apenas hablamos, cada una está sumida en sus propios pensamientos. Yo no paro de darle vueltas al momento en el que vuelva a ver a Yotuel, pasando por mi mente una serie de imágenes montadas como si se tratase del final de una película romántica, ese en el que el amor gana y la chica consigue que el chico se quede a su lado, olvidando los malentendidos

que se han dado lugar entre ellos. La reproduzco una y otra vez a modo de lo que llaman en psicología la técnica de visualización, a ver si es verdad que funciona y todo sale como tengo pensado.

En cuanto tocamos suelo ibicenco y recogemos nuestras maletas, nos dirigimos hacia la salida donde un ceñudo Kalevi nos espera con los brazos cruzados sobre el pecho. En cuanto ve a su morenita parece que ya no tiene ojos para nadie, aunque todavía le da tiempo a dirigirme una mirada de advertencia antes de ponerse a examinar el cuerpo de su chica en busca de algún posible daño. Si fuera por él, la envolvía en plástico de burbujas antes de salir de casa.

—Esta vez, no la cagues —me aconseja el rubio en cuanto llego a su posición.

Yo asiento con la mirada fija en la suya, le indico sin palabras que no lo haré y, ya de paso, le doy las gracias también por ayudarme, porque Kalevi ha sido el primero en poner todo en marcha para que yo pudiera tener mi momento con Yotuel, algo que yo no hice por él en el pasado. ¿Quién nos iba a decir que estaríamos conectados por hacer daño a las personas que amamos? Esto me enseña que hay que ser humilde, dejar a un lado el trono de la superioridad y no dar por sentado que nosotros no haríamos algo así, porque al final somos humanos y cometemos errores.

Nos montamos en su coche y él nos lleva hasta el apartamento en el que comencé mis días en Ibiza. Nada ha cambiado, todo sigue tal cual lo dejé, sin embargo, ya nada es igual. Kalevi me informa de que Yotuel sigue en el otro apartamento, uno que ya no es de Ava, sino suyo, porque habían firmado los papeles de la venta, a pesar de que al día siguiente de mi partida el cubano fue a hablar con la inglesa. Le contó la verdad de nuestra relación al principio y, también, que ya no estábamos juntos. Esa parte me escuece un poco, ya que da la sensación de que él ha pasado página y esto me desanima un poco. No obstante, no voy a dejarme llevar por los comentarios negativos que pasan por mi mente. He venido con un propósito claro y lo voy a llevar a cabo, aunque eso implique perder.

Nati se va con su hombre, ya nos veremos esta noche con el resultado que sea. Mila y Jordina también parten para hacer unas compras de última hora y yo me dedico a deshacer el equipaje. Necesito ocupar mi tiempo porque si no me volveré loca, además, tengo que sacar el modelito que voy a ponerme esta noche, el único vestido que metí en la maleta, uno color coral atado al cuello y con vuelo en la falda.

Tras una depilación exprés, una larga ducha y un kilo de maquillaje, ya estoy lista para la batalla. Tengo náuseas, aunque no creo que sea por Picatoste, más bien es porque el corazón me va a mil por hora y retumba en mi estómago.

—Vamos, Valentina, puedes hacerlo —me espoleo mientras me miro en el espejo del baño.

Los ánimos hacen efecto, la determinación se convierte en mi fiel compañera y juntas salimos en dirección al Viva Cuba, el restaurante que la señora Caridad ha cerrado esta noche para que pudiera llevar a cabo mis planes con respecto a su nieto. No voy a tener suficiente vida para agradecer lo que estas personas están haciendo por mí.

Al entrar veo a todas las mujeres que me han ayudado detrás de la barra, a la par que me quedo sin aliento, impactada por aquello que han creado en tan poco tiempo. La sala está iluminada por varias velas, una cantidad incontable de pétalos de rosas descansan en el suelo del comedor, varias guirnaldas de corazones se encuentran colgadas en las paredes y las mesas y sillas han desaparecido, dejando el local libre de obstáculos. En la barra hay una rosa de color rosa y un osito de peluche, el regalo que le tengo que dar al cubano, algo típico y predecible, sin embargo, tendrá que valer.

—Gracias, de verdad. No sé cómo voy a poder devolveros todo esto.

—Será suficiente con amar a mi nieto, preciosa —contesta Caridad por todas, lo que provoca un asentimiento general entre las féminas.

—Espero que él me deje.

—Claro que sí, estáis hechos el uno para el otro, mis cartas y profecías nunca fallan —afirma con cierto toque altivo la matriarca de la familia, dándose la vuelta para enfrentar a las demás—. Anda, todas dentro de la cocina, que Yotuel está a punto de llegar.

A regañadientes, porque todas preferirían quedarse en primera fila a ver el espectáculo, una a una van entrando en la habitación y, justo un minuto después, suena la puerta de entrada. *Respira hondo, nena, que te estás poniendo azul.* Gracias, conciencia. ¿Qué haría yo sin ti?

—¿Valentina?

—Hola, Yotuel.

En cuanto me giro para encararlo, vuelvo a quedarme sin respiración. Está un poco más delgado, aunque esa pérdida de kilos no le resta atractivo ni a su cara morena ni a ese cuerpo que conozco como la palma de mi mano. Lleva un traje de chaqueta negro y una camisa blanca, un conjunto que me hace salivar al instante. Bueno, en realidad, hasta con un chándal lleno de pelotillas me haría salivar, ¡para qué nos vamos a engañar! La expresión de su cara no acompaña mucho al conjunto, pues parece entre confuso y cabreado, aunque sus ojos brillan como dos luciérnagas en medio de la noche cerrada. Por un instante, me acobardo, los malos pensamientos aparecen de nuevo, me hacen pensar que igual tengo unas expectativas muy altas. No obstante, no me voy a dejar llevar por ellos, no ahora que lo tengo tan cerca y que verifico lo que me daba tanto miedo admitir: que estoy enamorada de él.

—¿Qué es todo esto? —inquieta con los brazos en jarras, en una pose defensiva que me da de todo menos ánimos.

—Es mi manera de pedir perdón.

—¿Perdón? ¿De verdad me crees tan simple como para olvidar lo ocurrido con cuatro cirios y unos *corasones*?

—También tengo esto —le expongo, a la par que le enseño el osito y la rosa.

—¿Es una broma?

—No, es que... verás... yo...

—¿Vas a decirme algo ya? Porque estoy a un pelo de irme por donde he venido.

—¡Joder, cubano! ¡Déjame pensar! Esto no es fácil para mí, ¿sabes? No se me da bien hacer estas cosas.

—No, lo que se te da bien es salir de mi vida sin darme una explicación, dejarme a un lado de tus problemas y no devolver las llamadas. Eso se te ha dado de puta madre.

El tono de su voz me deja helada, impacta en mi corazón como una bala certera, y no le culpo. Le dejé plantado, no conté con él y no me puse en contacto para nada. Lo había hecho todo al revés, cualquier explicación que le diera sonaría a excusa barata. Sí, yo no estaba en mi mejor momento y lo pasé mal, pero él había hecho tanto por mí, por mi hermana, por Mila... y se había desvivido por encontrar soluciones a mis problemas. También me había hecho volar entre las sábanas y había creado a nuestro alrededor pedacitos de felicidad. Y yo ¿cómo se lo había pagado? Dejándole a un lado.

—Tienes razón en lo que dices, pero necesito que me escuches. Si después de todo no quieres nada conmigo, lo entenderé.

—Soy todo oídos.

—De acuerdo.

Respiro hondo varias veces para darme fuerzas, colocando las palabras en mi mente como si

de un puzle se tratase. La presión que siento es porque quiero hacerlo bien, que sea perfecto, sin embargo, creo que será mejor dejarme de tanta fórmula cuadriculada, de tanta mente fría y tirar de corazón, abrir en canal mis sentimientos como aquella vez hice con Ava.

—Siempre he sido una mujer independiente hasta las últimas consecuencias. Desde muy joven tuve que hacerme cargo de situaciones que me venían grandes. Nunca he dejado a nadie ver mis debilidades y tampoco pedía ayuda, me he criado así y es algo que me resulta complicado cambiar. Si no hubiera sido porque Nati, Jordina y Mila estaban conmigo en el momento que saltó la noticia, con toda seguridad me hubiera ido sola a luchar mi batalla.

—¿Y qué hubieras ganado con eso?

—Nada, ahora lo sé, pero no estoy acostumbrada a tener tanta gente a mi lado, tendiéndome su mano cuando la necesito. Y es algo que sé que he provocado yo, con mis muros, mi distancia autoimpuesta y mi autosuficiencia llevada al extremo. Ojalá hubiera hecho eso en mi empresa y no con mis amigas o contigo. Creo que he puesto las barreras en los lugares equivocados.

—Pelirroja, yo no quiero cambiarte, me encanta que seas independiente, una mujer fuerte, emprendedora y pasional. Es solo que no me gusta la sensación de sentirme excluido cuando sé que puedo ayudarte, aunque solo sea para abrazarte y decirte que todo se arreglará.

Por un instante me quedo callada porque se me hace un nudo en la garganta. Me ha llamado pelirroja, ese apelativo cariñoso que solo utiliza él para hablarme y creo que me voy a desmayar del gusto. Eso me hace ver que voy por el buen camino, que tenerlo de nuevo a mi lado ya no es una montaña difícil de escalar.

—Lo sé, y esa es una de las cosas que me cautivan de ti, que te gusto tal y como soy.

—¿Cómo no me vas a gustar? Para mí eres un sueño hecho realidad. Sin embargo, quiero alguna garantía, Valentina. No quiero volver a sentir que te pierdo y que no signifique nada para ti.

—No te puedo dar garantías, Yotuel, pero sí puedo decirte que lo intentaré cada día que pase contigo, porque para mí lo significas todo. Eres la persona que quiero ver cada mañana al despertar, la que quiero que me acompañe en cada paso, el hombre que necesito tener cerca para que me abraze y me bese, porque solo en tus brazos me he sentido plena y he descubierto lo que era la palabra felicidad —declaro mientras las lágrimas caen descontroladas por mis mejillas—. Sé que no será sencillo, que a veces chocaremos como dos trenes a gran velocidad, pero quiero intentarlo contigo, necesito vivir cada día percibiendo los colores que solo tú sabes crear y que hacen mis días más brillantes. Esa es la única garantía que puedo ofrecerte. Bueno, esa y que te amo con toda mi alma.

Veo como los engranajes de su cabeza van a mil por hora, al igual que percibo el momento exacto en el que deja de pensar, pues coge mis mejillas con una devoción absoluta y contacta sus bellos ojos oscuros con los míos. Una mirada brillante, plagada de sentimientos y deseos por cumplir. Comienza a inclinarse, sé que va a besarme, sin embargo, antes debo hacer algo.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

—Tengo que contarte algo más.

—Por mí no hace falta que digas nada más, pelirroja. Quiero decir, es una declaración en toda regla. Además, yo también te amo, *mamey*. ¿No te parece perfecto? Tú me amas, yo te amo, lo vamos a intentar. Es el final redondo de cualquier película romántica.

—Ya, pero es que es importante y tienes que saberlo antes de tirar los fuegos artificiales.

—¿También hay fuegos artificiales preparados?

—Es un decir, Yotuel —contesto, poniendo los ojos en blanco. En serio, esto parece ya una

conversación de besugos.

—Vale, vale, pelirroja —indica con las manos hacia delante en señal de calma—. Pues continúa.

—De acuerdo, allá voy —manifiesto, respirando hondo de nuevo antes de soltar la bomba—: Estoy embarazada.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes, preñada, encinta, rellena como un pavo, tengo sorpresa como un Kinder... En fin, que me has hecho un bombo de campeonato.

Durante unos segundos, que a mí se me hacen más eternos que el gol de Oliver, lo veo boquear como un pez, no porque intente coger aire, sino porque quiere decir algo y no sabe cómo empezar. Supongo que es una noticia bastante impactante.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien? ¿Te duele algo? Ahora entiendo aquel virus que tuviste, porque entiendo que era Garbancito, que ya estaba dando guerra.

—Picatoste.

—¿Perdón?

—No es Garbancito, es Picatoste.

—Ah, de acuerdo. Pues, Picatoste. En fin, ¿has ido al médico? Seguro que no, conozco tu fobia a los médicos. Tendremos que pedir hora mañana mismo, hay que ver si todo está bien, si necesitas vitaminas o alguna cosa. Porque estoy seguro de que a las embarazadas les dan suplementos. Y tendremos que empezar a buscar una casa para los tres, porque dentro de poco nos hará falta sitio. Además...

—Yotuel, para, ¡que me vas a volver loca!

—Como tú me tienes a mí, pelirroja. Loco de amor.

—Mira que eres cursi —le replico con una media sonrisa que tira por tierra mi argumento—. Entonces, ¿quieres que lo intentemos igualmente? Esto ha sido algo inesperado y precipitado.

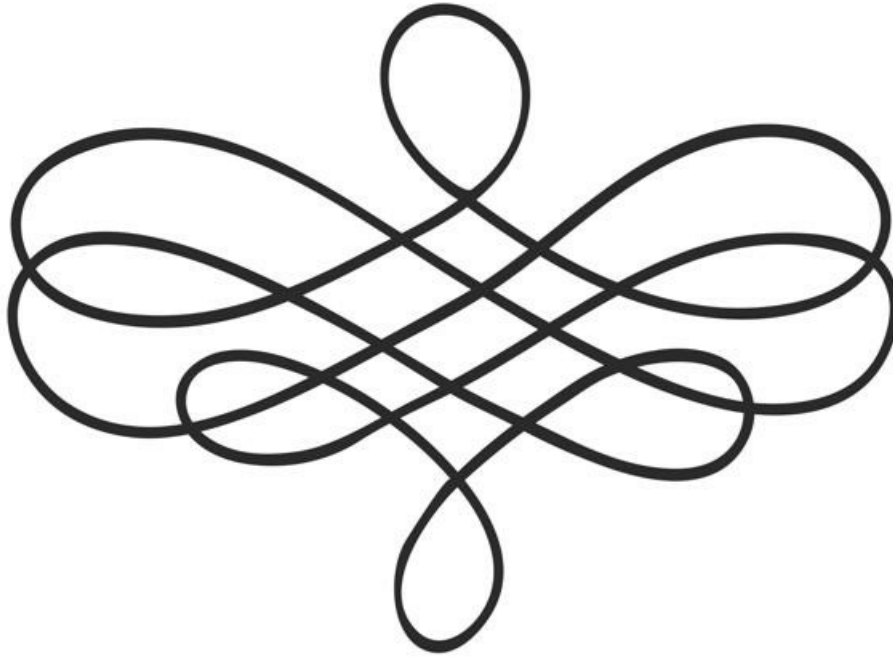
—Claro que quiero hacerlo, *mamey*. Tú eres la mujer de mi vida y Picatoste será un bebé precioso que nos traerá más dicha a nuestras vidas.

Sin posponerlo más, nos fundimos en un beso legendario, de esos que te hacen vibrar de la cabeza a los pies, de los que te hacen saber que, al fin, has encontrado tu hogar. Pasamos unos minutos enganchados, creando el vacío a nuestro alrededor, acariciando nuestras lenguas, lamiendo el néctar que producen nuestros labios. Una escena mágica que recordaré por siempre solo porque él forma parte de ella.

—¿Quieres bailar conmigo? —le pregunto en cuanto nos separamos para respirar un poco.

—Siempre, mi pelirroja.

Sin que yo apriete ningún botón, la canción «Time of my life» empieza a sonar por los altavoces del local. Yotuel me dedica una sonrisa amplia, reconociendo la melodía de esa película romántica que nos une incluso sin hilo rojo. Nuestros cuerpos se funden siguiendo el compás de la música, llena de matices y sabor. Los pasos de ambos se convierten en uno, creando una fusión insuperable de dos almas que se reconocen. Y, al final, ese salto que, por primera vez, sale impecable, poniendo el broche de oro a una coreografía que resulta el principio de una película donde los sueños se pueden hacer realidad.



EPÍLOGO

VALENTINA

Un año después

—Ya está, pequeña. Ya está —le susurro a mi niña mientras la acuno con el propósito de calmar sus lloros.

Yadira, la niña más bonita del mundo, me mira con sus redondos ojos azules que parecen dos faros iluminando el infinito. Su piel morenita y esos morritos tan graciosos, con los que se dedica a hacer pedorretas, me calientan el alma cada vez que la miro. Le tocó ser prematura, siempre he creído que fue ella quien lo decidió, igual pensó que ya estaba bien de tanto líquido amniótico y tanta oscuridad, que ella lo que quería era estar en el meollo. Sin embargo, salir antes de tiempo no le ha impedido convertirse en una chica igual de guerrera que su madre, aunque con mejores pulmones. Su tía Mila siempre dice que será una buena cantante. Yo no tengo ni idea, lo único que quiero es que crezca feliz, que se sienta siempre arropada y respaldada, y que, llegado el momento, elija aquel camino que la haga sentirse mejor. Desde luego, nosotros estaremos ahí para lo que necesite.

Muchas cosas han pasado durante este año en el que hemos ido acumulando historias que en el futuro nos sacarán una sonrisa cuando miremos hacia atrás.

Desde que Yotuel y yo decidimos intentarlo, aquella mágica noche de un veintidós de febrero, no nos hemos separado. Pensaba que me costaría más acoplarme a una vida en pareja. No solo eso, también a compartir vivienda de forma permanente con otra persona. Sin embargo, he de decir —en voz baja, porque si no se le suben demasiado los humos al cubano— que el moreno es la mejor pareja que podía desear. Es atento, siempre está pendiente de lo que necesito y se desvive por nuestra hija. Es un padre increíble, lo primero que hace en cuanto llega a casa es

coger a su niña en brazos. Dice que necesita sentirla, que ese instante con su bebé le devuelve la paz.

Además, nuestras noches de pasión son incluso más intensas que al principio, intentamos tener tiempo para nosotros, para reconocer nuestros cuerpos, para decirnos sin palabras lo que sentimos, para meternos en una burbuja donde solo existimos nosotros. Es importante que sigamos manteniendo la llama viva, que no dejemos en un segundo plano nuestra relación. Porque sí, somos padres y Yadira es y será lo primero, pero eso no quiere decir que perdamos nuestras identidades como personas, empresarios, amigos y amantes.

A veces es difícil encontrar el equilibrio, no obstante, poniendo interés todo es posible. Desde luego, hay días en los que no nos apetece ni mirarnos al espejo, en los que caemos rendidos en la cama esperando a que nuestra niña nos despierte con sus cantos de sirena, pero siempre lo hacemos abrazados, transmitiendo al otro el calor de nuestro cuerpo y el amor que nos profesamos.

Sin embargo, nosotros no somos los únicos a los que les ha cambiado la vida. Dos meses después de nacer Yadira vino al mundo Noora, una morenita con los ojos azules como su padre, al cual tiene enamorado por completo. Nunca pensé que Kalevi podría resultarme tierno, que lo vería hacer tonterías para intentar entretener a un bebé o asustándose por cualquier estupidez que él considera como peligros potenciales para su niña. En fin, vivir para ver, o eso dicen. A la par, habíamos firmado una tregua y hasta se podría decir que éramos amigos.

Ninguno de los cuatro habíamos pensado en boda, lo cierto es que, por ahora, no nos preocupaba tener un papel que certificara nuestra unión. Nos hemos limitado a construir nuestra historia poco a poco y a querernos sin medida.

Para redondear el *baby boom*, Dayana, una de las hermanas solteras de Yotuel, vino al poco tiempo a contarnos que estaba embarazada. Por lo visto, se había quedado encinta tras una noche de fiesta que se le fue de las manos. Tras cerciorarse de que no tenía ninguna enfermedad de transmisión sexual, todos descansamos tranquilos. Aunque sabía quién era el padre, ella nunca comentaba nada. Había decidido seguir adelante con el embarazo y tener a su bebé ella como madre soltera. Así que, hacía un mes que había dado a luz a una niña regordeta, y más pelirroja que yo, a la que había llamado Faith.

En cuanto a Jordina, se convirtió en la flamante dueña de la clínica veterinaria Patitas y cada día que pasaba le iba mejor. Se había corrido la voz de su profesionalidad, del cariño que tenía hacia los animales, de lo cuidadosa que era y de la empatía que mostraba hacia los dueños de esas mascotas. Empezó a tener la agenda llena cada día que la clínica se encontraba abierta y, al final, tuvo que contratar a otra veterinaria para que la ayudara con el trabajo desmesurado.

No fue fácil dar con la persona perfecta, pues mi hermana tenía claro que debía ser igual o mejor que ella en todos los aspectos, sobre todo en el trato a los pacientes, eso quedaba fuera de toda discusión. Después de semanas de entrevistas encontró a Julia, una mujer que había sido voluntaria en varias protectoras de animales y a la que se le iluminaban los ojos cuando estaba rodeada de ellos. Juntas formaban un equipo invencible.

Yo no solo estaba contenta porque tuviera su futuro encauzado, también porque la tenía cerca. Se había quedado con aquel apartamento que fue de Ava y donde Yotuel y yo comenzamos nuestra historia. Me dio mucha pena dejarlo, pero con un bebé en camino era inviable vivir en aquel lugar que solo contaba con una habitación. No obstante, me alegré de que se lo quedara ella, ojalá pudiera construir instantes tan felices entre esas cuatro paredes como los que yo tuve, aunque por el momento el amor le fuera esquivo. Su relación con Mayelin, la hermana de Yotuel, se había quedado estancada en una gran amistad. Junto a Mila formaban un trío

explosivo que disfrutaba de su soltería saliendo de fiesta a la menor oportunidad o haciendo alguna escapada de fin de semana por la isla.

En cuanto a mi chocolatina, se había desconectado por completo del mundo de la música. Decía que estaba harta de luchar, que se encontraba muy desilusionada y que los sueños estaban bien, pero no pagaban las facturas. Había encontrado trabajo en un supermercado, donde estaba cómoda con su jefe y sus compañeros, aunque no estaba lo que se dice emocionada con el cambio. Sin embargo, no había forma de hablar con ella, de decirle que lo siguiera intentando, que un talento como el suyo no podía quedarse encerrado. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, y no había más que decir.

Por otro lado, había construido una gran amistad con Jesús. Al principio a todas nos dio un poco de miedo esa relación, pues sabíamos lo colada que estaba ella por el cura. Sin embargo, parecía que todo funcionaba a las mil maravillas entre los dos y que Mila había aceptado que la cosa no iría más allá de compartir gustos musicales, tomarse una cerveza de vez en cuando y hablar sobre sus inquietudes. Esperaba que no saliera escaldada de todo esto.

En cuanto a mí, pasé dos meses dibujando sin parar y pensando en mi futuro. Nunca he sido una persona dependiente y no iba a empezar a estas alturas de mi existencia. Aunque Yotuel y yo formábamos un buen tándem, trabajar con él quedaba descartado. Era una fiel creyente de que cada uno debía tener su parcela, estar todo el día juntos podía quemar rápido nuestra relación, sobre todo con el carácter que nos salía de vez en cuando a los dos. Y precisamente fue él quien me dio la idea de abrir mi propia tienda con el dinero que me dieron por la venta engañosa de Valentina's, con diseños salidos de la fábrica de ideas que era mi mente.

Con su inestimable ayuda, y la de todas las personas que eran mi familia, logré abrir Duende, una *boutique* con modelos exclusivos, pero a la vez no tan caros como las prendas de pasarela, ropa llena de color y armonía, confeccionada en varias tallas. A mi vera en el negocio se encuentra María, una costurera brillante que sabe captar a la perfección lo que yo quiero transmitir en cada boceto y con un talento increíble. Además, no solo cose, aunque esto suponga ya una tarea titánica, también me aporta grandes ideas, incluso ha empezado a hacer sus propios bocetos animada por mí. No obstante, de momento no se atreve a sacarlos a la luz, tiene demasiado miedo al rechazo y piensa que no es tan buena como yo creo. Pero bueno, tiempo al tiempo, porque a Valentina ya nada se le resiste.

Ya que he mencionado a mi antigua empresa, hago un pequeño inciso para hablar de la gran caída de Cayetana, a la que no le dio tiempo a sacar una colchoneta que la amortiguase. Presentó en la Fashion Week de Nueva York aquella colección que yo realicé tras mi bloqueo, sacando verdaderos esperpentos que poco tenían que ver con lo que yo dibujé. Su diseñador estrella, ese tal Marco Dubois, no supo captar mi esencia y quiso darle su propio toque chic.

Tampoco supo encajar las piezas de estampado como si de *crochet* se tratase. El resultado fue un horror, se convirtió en noticia mundial no solo por lo feo que era todo, también por el error en la confección; y en el mundo de la moda los errores se pagan caros. Tanto que las acciones de Valentina's bajaron estrepitosamente de la noche a la mañana y la empresa entró en quiebra a los pocos meses. Me escocía el final que había tenido mi querido negocio, pero se me pasaba en cuanto recordaba la expresión: justicia divina.

En cuanto a Rodrigo, no volví a saber nada de él ni falta que me hacía. En mi vida no había cabida para personas como él ni para otro tipo de gusano. La experiencia vivida me había enseñado muchas cosas y me había hecho más fuerte ante las adversidades. Además, ahora había cosas que tenían mayor importancia, como mi niña, mi chico, mis amigos, mi familia y mi nuevo proyecto. Desde luego, nunca volvería a perderme a mí misma en el camino.

—¿Cómo están mis dos lindas mujeres? —pregunta Yotuel entrando en la habitación de nuestra bebé.

—Mucho mejor ahora que estás tú con nosotras.

Sí, me he vuelto una romántica, una moñas con todas las letras, pero hay un dicho que esconde una gran verdad, y es que: si no puedes con el enemigo, únete a él.

—¿Estáis listas?

—Sí, solo falta cargar las cosas en el coche y ya está.

Esta va a ser la primera noche que dejemos a Yadira en casa de la abuela y en verdad estamos los dos un poco nerviosos. No es porque no confiemos en Maritza, desde luego tiene más experiencia que nosotros en eso del cuidado de los niños, pero ese momento de separarnos de ella, aunque solo sea por unas horas, nos trae a los dos por la calle de la amargura. Sin embargo, necesitamos salir los dos solos y hablar de cosas diferentes a pañales, biberones y cólicos o facturas, compras y telas. Además, hoy es el día de San Valentín y siento que le debo una a Yotuel por dejarlo plantado el año pasado con todo preparado para tener un instante romántico conmigo.

Sin pensarlo de nuevo, metemos los bábulos de la pequeña en el coche y nos dirigimos hacia la casa de mi suegra, quien vive dichosa junto a Jasper. Desde que está con él se pasan seis meses en Finlandia y seis meses aquí, pues el finlandés todavía tiene obligaciones con Nicolás en aquel país. Maritza no se queja, le encanta ir allí y estar en contacto con la naturaleza y la magia que dice que envuelve al lugar.

—¡Ay, mi niña preciosa! —exclama la mujer en cuanto abre la puerta, cogiendo a Yadira de mis brazos con delicadeza.

De forma automática siento la pérdida y me dan ganas de arrancarla de sus brazos. Sin embargo, me contengo, no es cuestión de montar una escena a lo madre histérica, aunque mirando a Yotuel creo que él está pensando lo mismo. Desde luego, ¡vaya dos patas para un banco!

—Hola, Maritza —la saludo mientras le doy dos besos, al igual que su hijo—. Aquí tienes la bolsa con sus cosas. Hay de todo, pero si necesitas algo más, nos llamas y te lo acercamos.

—Sí, *pura*, estaremos pendientes del teléfono. Si le pasa alguna cosa, nos llamas. No digo que vaya a pasar, pero si pasa...

—Shhh, ¡se acabó! Vosotros dos, fuera de aquí. He criado a cinco hijos, así que tranquilos. Id a que os dé el aire, que Jasper y yo estamos encantados de tener aquí a nuestra chiquita favorita.

—Vale, pues...

—Sí, nos vamos, pero...

—Ni peros ni nada. Media vuelta y andando a divertirnos.

Y sin más ceremonia, nos cierra la puerta en las narices. Pasan unos segundos en los que nos quedamos parados, como si estuviéramos en *shock*, sin creer lo que acaba de ocurrir.

—Bueno, pues nos tendremos que ir —indica Yotuel saliendo primero del trance.

—Sí, desde luego.

—Estará bien, estoy seguro.

—Yo también, no tengo duda.

Parece que nuestras neuronas se han ido volando a algún universo alternativo, pero es que este instante hay que vivirlo, no se puede expresar con palabras lo que se siente al separarse por primera vez de tu bebé.

Sin pensar mucho más, porque al final seguro que aporreamos la puerta como dos desquiciados hasta tirarla abajo, nos cogemos de la mano y vamos andando hasta el restaurante

que hemos elegido para la cena, estratégicamente cerca de la casa de mi suegra. Sí, somos unos enfermos, pero en nuestras mentes no entraba contemplar otras opciones.

El sitio elegido es un lugar con encanto, acogedor y pequeño, tiene alrededor de diez mesas, que están ocupadas con parejas celebrando el día del amor, al igual que nosotros. Está decorado en tonos crema, con guirnaldas de pequeñas bombillas colgadas del techo y centros de mesa con una rosa roja como protagonista.

Una joven camarera nos recibe en la puerta y nos lleva hacia nuestra mesa, que se encuentra un poco apartada del resto; circunstancia que nos viene como anillo al dedo, pues así tenemos un poco más de intimidad. En cuanto pedimos la cena y las copas se llenan con nuestro vino favorito, la conversación comienza a fluir casi sin proponérselo, alejada de los temas principales que solemos tratar. Ambos nos damos cuenta de que, en efecto, necesitábamos este instante entre los dos, conectar de nuevo a través de nuestros gustos y pasiones fuera del trabajo o nuestra hija, reír por alguna tontería o cotillear por la escena que está teniendo lugar en una mesa cercana donde la chica ya se está levantando con cara de pocos amigos. Seguimos tejiendo nuestra historia, mandándonos miradas cargadas de ternura y deseo, aplazando la pasión con caricias en las manos.

Cuando llega el postre yo estoy que me subo por las paredes, no veo la hora de terminar con la cena para comerme al cubano de resopón. Aquello de la gratificación aplazada no es lo mío, aunque antes necesito que Yotuel se coma el postre y no parece que esté muy por la labor. Así que cojo una buena cucharada y se la meto en la boca. Parece que atino a la primera porque comienza a toser hasta que decide coger la servilleta y escupir algo en ella.

—¿Qué coño es esto? —pregunta abriendo la servilleta y encontrando dentro de ella un anillo ancho de oro blanco con una filigrana alrededor del aro.

—Eso es tu regalo de San Valentín —contesto aguantando la risa a duras penas.

—¿Mi regalo consistía en ahogarme?

—He de decir que no pensé que podía ocurrir eso. Lo he visto un millón de veces en esas películas que tanto te gustan y en todas salía bien.

—Valentina, hasta yo sé que son películas, fantasías creadas para los enamorados del amor como yo, ¡claro que sale bien! Pero en la vida real la gente se atraganta o se parte una muela.

—Bueno, a ti no te ha pasado nada de eso, ¿no?

Le pongo mi mejor sonrisa, esa que he aprendido a hacer bastante parecida a la suya. La mía no baja bragas, o eso creo, pero sé que lo vuelve loco. La verdad es que hubiera sido un gran momento si lo hubiera dejado a su aire, pero la impaciencia por estar con él en posición horizontal me ha podido.

—Entonces, ¿esto quiere decir algo?

—No te estoy pidiendo matrimonio, Yotuel... Por ahora. Pero quiero hacerte una promesa.

—¿Cuál?

—Que siempre estaré contigo y con Yadira, que nunca te partiré el corazón, que me esforzaré por crear recuerdos a vuestro lado, que caminaré junto a vosotros en cada momento y que os amaré con toda mi alma.

No soy una persona que suela hacer declaraciones de amor y con esta ya van dos, ambas dirigidas a la misma persona. Como es evidente, no he podido ni querido evitar mencionar a nuestra niña, pues ella forma parte de nuestras vidas, ahora y siempre. Este es un camino que debemos recorrer los tres cogidos de la mano y, quién sabe, en un futuro puede que seamos más.

Con mis palabras sé que le he tocado la fibra sensible. Tampoco es que de normal me cueste un gran esfuerzo, pues mi chico tiene los sentimientos a flor de piel en toda ocasión, pero no es

tan normal que llore, cosa que hace sin ningún pudor frente a mí, y me encanta. Me gusta que se muestre siempre tal cual es sin que le importe lo que puedan pensar los demás. Es una de las grandes lecciones que he aprendido a su lado, además de darme a él sin barreras ni condiciones, solo sintiendo y aceptando.

—Gracias, mi pelirroja. No hay palabras suficientes para expresar el amor que siento hacia ti y nuestra pequeña, ambas le proporcionáis color a mi vida, sois el regalo más grande que he recibido y haré todo lo posible porque en nuestra historia se sigan escribiendo escenas cargadas de felicidad.

Sin poder evitarlo yo también me pongo a llorar. Me acerco a él porque no puedo seguir separada por más tiempo, sentándome sobre su regazo para darle un beso que termina de sellar ese pacto, uno que espero que dure toda la vida y nos traiga instantes que nos llenen el corazón.

—Te amo, cubano.

—Yo también te amo, pelirroja.

[1] Pura: Madre.

[2] Astilla: Dinero.

[3] Puro: Padre.

[4] Chama: niña y joven.

[5] Fiñe: niño.

[6] Chamaco: niño o joven.

[7] Gao: hogar, casa.

[8] Huevón: haragán, indolente, que gusta en exceso de la comodidad.

[9] Titi: la mujer cuando es joven y bonita.

[10] Chicharrón: adulator.

[11] Chicharritas: el plátano verde, frito y cortado en rodajas finas.

- [12] Seboruco/a: persona necia, idiota.
- [13] Jarazo: golpe dado con una jara (palo de punta aguzada)
- [14] Asere: amigo, compañero.
- [15] Ñao: tener ñao: sentir miedo.
- [16] Láguer: cerveza, no importa que no sea la marca citada.
- [17] Compay: compadre, amigo.
- [18] Carro: además de al coche, en Cuba a la mujer hermosa se le llama así.
- [19] Cayuco: inepto, bruto.
- [20] Mamey: a parte de un árbol americano, en Cuba se aplica a la mujer hermosa.
- [21] Avión: golpe, puñetazo. Bajar un avión: dar un golpe.
- [22] Guindar el sable: morir.
- [23] Berocos: los testículos.
- [24] Sirimba: síncope. Dar una sirimba: sufrir un síncope.
- [25] Andar metiendo curva: poner excusas para salir de una situación.
- [26] Coger berro: molestar, enfadarse.
- [27] Habitante: el que no tiene oficio conocido, no trabaja o no se sabe de qué vive.
- [28] Cumbanchar: estar de fiesta.
- [29] Curralar: trabajar.
- [30] Paladar: pequeño restaurante público, o privado autorizado de no más de doce comensales.
- [31] Yuma: norteamericano.
- [32] Jeba: novia o compañera sentimental.
- [33] Guarnaco: tonto.
- [34] Abuelita, ¿qué bolá?: Abuelita, ¿qué tal?
- [35] Aquí estoy en el tibirí: ando en lo mío.
- [36] Sanaco/a: persona tonta, bobalicona, mentecata.
- [37] Filtro: individuo muy inteligente.
- [38] Taco: zapato de tacón.
- [39] Fardo: pantalones.
- [40] Tener un pase a la tierra: estar loco, chiflado.
- [41] Guayabitos en la azotea: estar loco.
- [42] Coger un buen berro: enfadarse.
- [43] Sandunga: gracia femenina, donaire, coqueteo.
- [44] Pincho: dirigente, jefe.
- [45] Para figa la mía: para coño el mío (expresión valenciana).
- [46] Fuca: (lenguaje marginal) arma corta de fuego.
- [47] Sweetheart: cariño.
- [48] My boy: mi niño.
- [49] So: así que.
- [50] Your girlfriend: tu novia.
- [51] You're so beautiful, lady: eres muy hermosa, mujer.
- [52] Thanks: gracias.
- [53] My dear: querida.
- [54] Cranquear: dar cranque: convencer.
- [55] Little girl: pequeña.
- [56] Famous designer: diseñadora famosa.
- [57] Everything: todo.

- [58] It's yours: es vuestra.
- [59] My children, you are the perfect couple: Mis niños, sois la pareja perfecta.
- [60] Let's sit down: vamos a sentarnos.
- [61] Brighten up those faces: alegrar esas caras.
- [62] My husband: mi marido.
- [63] This house is love: esta casa es amor.
- [64] Thanks, love: gracias, amor.
- [65] What's important: lo que es importante.
- [66] Darling: querida.
- [67] Matul: bulto, fardo.
- [68] Guataca: adulador.
- [69] Ambia: amigo, compañero, persona de confianza en general.
- [70] Echarse: tener relación sexual con alguien.
- [71] Empatar: conquistar a una persona del sexo opuesto.
- [72] Chiflar el mono: expresión que se utiliza en invierno para expresar que hace frío.
- [73] My beautiful lady: mi hermosa mujer.
- [74] Suspicious: sospechoso.
- [75] My apartment, right?: mi apartamento, ¿verdad?
- [76] Exactly: exacto.
- [77] Well: bien.
- [78] Couple: pareja.
- [79] But: pero.
- [80] Right: verdad, correcto.
- [81] Chemistry: química.
- [82] Romantic lady: mujer romántica.
- [83] Quemar el tenis: marcharse deprisa.
- [84] Timbales: los genitales masculinos.
- [85] Templar: hacer el coito.
- [86] Ecobio: amigo, compañero
- [87] Moño virado: de mal humor.
- [88] Montar guantanamera: dar un escándalo.
- [89] Berro: disgusto, enfado.
- [90] Palucha: charlatanería en especial en boca de un bravucón.
- [91] Surna: sueño.
- [92] Poner una piedra: ayudar a conseguir un propósito, en especial, en temas de amores.
- [93] Me cojo un diez: me tomo un descanso.
- [94] Chao pescao y a la vuelta picadillo: forma divertida de despedida que usan los cubanos.
- [95] Socotroco/a: persona que es muy brita o torpe.
- [96] My girls, I was scared: mis chicas, estaba asustada.
- [97] Teacher: profesor.
- [98] Firefighters: bomberos.
- [99] Cazuelero: se aplica al hombre entrometido, chismoso.
- [100] Cheo: anticuado, de mal gusto.
- [101] Tanque: la cárcel.
- [102] My Little cake: mi pastelito.
- [103] Grandmother: abuela.

- [104] Escaparate: armario.
- [105] Botellero: quien disfruta un sueldo sin trabajar. En el inicio, empleado público que cobra una botella.
- [106] Cantar el manisero: morir.
- [107] Coger para el trajín: burlarse de alguien, tomarlo de hazmerreír.
- [108] Romper: matar.
- [109] Guanajo: dicho de una persona boba, tonta.
- [110] Morrocoyo: persona que tiene dura la cabeza.
- [111] Me pongo como Picones: me pongo pesado, inaguantable.
- [112] Estar engancha'o y embolla'o: estar enamorado y obsesionado.
- [113] Aguanta un mes: espera un poco.
- [114] Choricera: caos, tumulto, relajo, desorden.
- [115] ¡Ño, que rico!: me gusta mucho
- [116] Papazo: golpe, por lo general dado con la mano.
- [117] Aché: tener aché: don especial, poder especial.
- [118] Perseguidora: el auto de policía o de patrulla.
- [119] Mamagüevo: idiota.
- [120] Grillo: mujer de escaso atractivo.
- [121] Cazuelero: se aplica a la persona entrometida, chismosa.
- [122] Bajar un avión: dar un golpe.
- [123] Güiro: en este caso, fiesta familiar.

AGRADECIMIENTOS

Violant G.G.

Proyecto Navidad fue un regalo para nosotras y dispuestas a seguir disfrutando de esta experiencia, nos lanzamos de cabeza y sin frenos, a escribir esta nueva historia y planear otras tantas. Nuestra imaginación no conoce límites, nuestra locura no hay forma de contenerla, los buenos ratos y risas que nos echamos y los disparates que se nos ocurren mientras escribimos, nos animan a seguir con esta maravillosa unión, que ya os aviso, va para largo.

Primero, agradecerte a ti Edith, toda tu paciencia, muchas veces infinita, tus consejos y aportaciones, no dejo de aprender a tu lado y lo mejor de todo, es lo mucho que lo disfruto. Pero, sobre todo, darte las gracias por tu cariño, eres mi mitad y no solo a la hora de escribir, a tu lado he descubierto que la locura es necesaria. Gracias por ser como eres, por dejarme conocerte y nuestras infinitas conversaciones, que me dan vida.

Gracias a nuestras maravillosas lectoras cero, por soportarnos y sacarnos siempre una sonrisa. Majo, María José, Estrella, Antonia y Asun (la auténtica responsable de que formáramos este tándem), sin vosotras nada de esto sería igual.

A las chicas de @romanticasdelnorte Ainhoa y Vero, gracias se queda corto, casi desde el principio, estuvisteis a mi lado y en este camino, nunca habéis soltado mi mano ni tampoco habéis dejado de ayudarme. Las palabras no sirven para agradeceros vuestro trabajo y dedicación.

No puedo olvidarme de Boro, nuestro maquetador, portadista y la persona que más nos aguenta, sin perder la cabeza. Nuestras aportaciones no suelen ayudar mucho, pero siempre consigue saber lo que queremos y con paciencia de Santo, escucha cada uno de nuestros desvaríos. Muchas gracias por ayudarnos y te prometo que, en la próxima portada, te saturaremos de ideas.

Gracias a mi familia por creer en mí y animarme en cada uno de mis proyectos, sois mi motor y mis ganas de continuar, en especial mis peques. Sabéis lo mucho que os quiero y lo orgullosa que estoy de vosotros, no dejéis de soñar ni soltéis mi mano.

Por último, a todas nuestras lectoras, gracias por vuestras preciosas reseñas, son un impulso para nosotras.

Edith Winter

Cuando estábamos finalizando la escritura de Proyecto Navidad, tanto Violant como yo empezamos a sentir una gran tristeza. Esa novela había sido un proceso muy intenso, con videollamadas, WhatsApp y mensajes de voz hasta la madrugada.

Nos daba mucha pena cortar de raíz y pensamos que lo que había unido @lalokadeloslibros no lo podía separar nadie. Así que empezamos a lanzar propuestas, cada una de ellas más disparatada, que nuestros maridos escuchaban ya sin sorprenderse de nada. Ese día no solo nació Proyecto San Valentín, también todas las historias que nos hemos planteado escribir y publicar, por lo menos durante este año. ¿Y 2025? Pues todo se andará.

Vuelvo a agradecer a Violant G.G, mis otras dos manos en esta andadura literaria, mi amiga y mi hermana perdida, por aceptar cada una de mis locuras con un «me encanta», por inspirarme, por dejarme ser, estar, parecer y volar. Eres una gran persona, madre, compañera y, por supuesto, escritora. Tu talento va más allá de la doctrina, es puro, innato y nace de tu alta sensibilidad. Espero que esto que tenemos dure para siempre.

Gracias a nuestras lectoras cero por prestaros siempre a leer nuestras novelas, por vuestra dedicación, por darnos consejos tan valiosos y por arrancarnos una sonrisa con vuestras burradas: Majo @majolopezand, María José @promocionesesther, Estrella @leyendoconestrella, Asun @lalokadeloslibros y Antonia @mecaieuunlibro.

A nuestras correctoras, Vero y Ainhoa de @romanticasdelnorte. Este libro ha sido un desafío para vosotras porque no os dimos el tiempo que de normal precisáis para corregir. Os agradezco en el alma el esfuerzo y el empeño, ya que sabemos que no ha sido fácil, pero sois unas jabatas que podéis con todo.

A mis amigas y mi familia, que siempre están pendientes de cualquier nueva publicación. Gracias por vuestro apoyo y por querer leer todo lo que sale de mi mente.

A mi perrita Laika, alias la dominadora de mundos, simplemente por estar a mi lado y quererme como lo haces.

A mi marido, que ha asumido las funciones de maquetador y portadista, por aguantar la nula lluvia de ideas que te damos y por no mandarnos a tomar por saco. Gracias por estar ahí y decirle a todo el mundo con cara de orgullo que tu mujer es escritora, aunque luego te saque de quicio.

Por último, a los lectores, por el cariño, las reseñas tan bonitas y por seguir a nuestro lado. Sin vosotros esto no sería posible.

Libros de este autor

¡Claro que sí! - Violant G.G.

Ana es una enfermera, de treinta y seis años, cabezona, histérica, cariñosa pero con la autoestima por los suelos. Acaba de separarse de un hombre al que no ama, por mucho que ella se haya empeñado, a lo largo de los años en no verlo y mucho menos aceptarlo. Como consecuencia de este desengaño, Ana deja de creer en el amor y solo se dedica a lo que mejor sabe hacer, ser madre. Junto a su mejor amiga Lola y sus tres niños, se marchan a un viaje que cambiara sus vidas para siempre.

Allí conoce a Eneko y su particular familia. Un bombero muy sexy con un pasado complicado y muy doloroso, que la embruja y descoloca, desde el primer instante en que se conocen, por mucho que ella intente resistirse. Eneko siempre logra calmarla, darle fuerza, confianza y eliminar todos los miedos y dudas que Ana siente ante cualquier cambio.

Dos personas rotas por el pasado, que no pueden negarse un presente. Dos personas que cuando por fin deciden darse una segunda oportunidad en la vida y en el amor, descubren que por fin sus vidas tienen sentido.

Una historia divertida, llena de locuras, risas, emociones, disparates, sexo y mucho, mucho amor. Una historia que hace replantearse que es la vida y sobre todo, qué esperas de ella.

Que para nuestra desdicha o nuestra suerte nunca es lo que esperas, pero si lo que realmente necesitas.

No dejes de soñar (Serie sueños 1) - Violant G.G.

Gabriel Urrutia es un hombre de éxito.

Temido por sus rivales, deseado por las mujeres.

Muchos afirman que lo tiene todo en la vida, aunque él sabe que no es cierto. Desde hace diez años, hay una rubita que se le resiste, volviéndolo completamente loco.

Gracias a la celebración del aniversario de sus padres, puede que la suerte cambie y, al fin, consiga lo que tanto desea.

Roma Fernández es la mujer de las mil barreras.

Junto a su mejor amiga Luz, son dueñas de Sueños, una empresa encargada de realizar todo tipo de eventos. Como ellas suelen afirmar: "Desde una despedida de soltera hasta un buen divorcio, todo puede ser motivo de celebración."

Su trabajo es su vida, lo único que quiere y puede controlar. Sin embargo, todo cambia cuando el Señor Urrutia aparece en su taller, arrasando con todo y poniendo su mundo del revés.

Una historia inacabada.

Un pasado que sigue dictando el presente.

Demasiadas mentiras, incontables secretos y un deseo imposible de controlar.

Mi sueño eres tú (Serie sueños 2) - Violant G.G.

¿Qué sucede cuando te das cuenta de que vives en una mentira?

¿Cuando todos los secretos salen a la luz y tu mundo se desmorona sin que puedas evitarlo?

¿Cuando tu pasado sigue persiguiéndote y dictando tu presente?

Destrozada después de descubrir todos los secretos que le ocultaban, Roma intenta recuperar su vida refugiándose en su familia y en su trabajo. Esforzándose en olvidar al hombre que la ha traicionado, rompiéndola en mil pedazos.

Por culpa de las mentiras y secretos que guardaba, Gabriel ha terminado rompiendo, dañando y perdiendo a la persona que más le importa en la vida. Quedándose solo, roto y perdido en su propia oscuridad.

Mientras, Paola disfruta viendo cómo su venganza está cada vez más cerca de cumplirse y no descansará hasta que termine con la vida de la persona que más odia.

Una venganza pendiente...

Un odio enfermizo...

Dos corazones rotos...

Una pasión que los consume...

Gala volando libre (Serie inseparables 1) - Edith Winter

Gala es una chica tímida y sencilla que cree en el amor de los cuentos de hadas. Vive una vida que considera idílica junto a sus amigos Mariela y Axel, su perra Wanda y su novio Mario.

Un suceso inesperado marcará un antes y un después en la vida de Gala, haciendo que se dé cuenta de que su vida no es tan maravillosa como ella pensaba y comenzará a preguntarse si en verdad en algún momento ha sido suya.

La aparición de Adrián, no solo hará que Gala experimente sentimientos y emociones desconocidos hasta el momento para ella, sino que poco a poco conseguirá sacarla del caparazón en el que se había metido.

¿Conseguirá Gala emerger por completo y alzar el vuelo? ¿O se rendirá por miedo a avanzar y ser libre?

Proyecto Navidad - Violant G.G. y Edith Winter

Navidad, esa bonita época del año, donde todo es paz y amor, pero ¿qué sucedería si alguien intentara terminar con ella?

Nati adora la Navidad. Si la dejaran, tendría puestas las luces, el árbol, los adornos y las guirnaldas de forma permanente.

Este año, al fin cumplirá su sueño de viajar a Laponia en la época más mágica. Sin embargo, al llegar al famoso complejo de Papá Noel, los problemas no dejarán de aparecer.

El mayor de ellos será Kalevi, un ogro con cuerpo de infarto y pintas de vikingo, que odia todo lo que el destino y su linaje le tienen preparado. Para él, es una maldición y hará todo lo que pueda para escapar de ella.

Adéntrate en un mundo lleno de magia, amor, pasión y hermandad, donde el bien y el mal medirán sus fuerzas en un campo de batalla creado para mantener los sueños vivos.